

Por la autora de la exitosa serie «**Crossfire**»

Bestseller nº 1 en todo el mundo

# SYLVIA DAY

## De carne y hueso



Lectulandia

Durante cinco años, Sapphire ha sido la concubina más preciada del rey de Sari. Cuando al fin recupera su independencia, se niega a volver a perder el control a manos de nadie. Pero una interferencia inesperada la arroja en brazos del arrogante y orgulloso Wulfric, príncipe heredero del reino rival de D'Ashier, un hombre peligroso en todos los sentidos. Sapphire es la hija del principal enemigo de Wulfric. También es una guerrera muy valorada y una experta conocedora de las artes sensuales. En resumen, es perfecta para Wulfric. Pero una relación duradera entre ellos es impensable, por lo que llegan a un acuerdo: pasarán una noche juntos y luego cada uno seguirá su camino. Sin embargo, ninguno de los dos cuenta con tener que enfrentarse a un deseo capaz de llevar a dos naciones a la guerra y a dos corazones a la rendición. Una belleza legendaria, un atrevido guerrero y una seducción que podría destruirlos a ambos.

**Lectulandia**

Sylvia Day

# **De carne y hueso**

ePub r1.0

Titivillus 21.09.16

Título original: *In The Flesh*  
Sylvia Day, 2009  
Traducción: Lara Agnelli

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*La dedico a todos los lectores y lectoras  
que han estado esperando la historia  
de Sapphire durante cinco largos años  
¡Espero que os encante!*

## **Agradecimientos**

Mi gratitud para Sasha White, Annette McCleave y Jordan Summers. Gracias a todos por vuestra colaboración. Y gracias por el apoyo y los ánimos que me habéis dado durante estos últimos años, mientras esperabais impacientes la publicación de este libro. Sois unos amigos geniales, una auténtica bendición.

# Prólogo

*En la frontera de D'Ashier*

—¿Está muerto, alteza?

Acuclillado, Wulfric, príncipe heredero de D'Ashier, cerró el bioescáner, se levantó y se quedó observando el cadáver que yacía a sus pies. La arena del desierto se arremolinaba alrededor del cuerpo, como si estuviera ansiosa por enterrarlo.

—Por desgracia, sí.

Alzó la vista y examinó los terraplenes defensivos que los rodeaban.

—Informad cuando lleguéis al próximo punto de vigilancia. No hace falta dar la alarma antes de tiempo. Podrían detectar la señal.

Estaban demasiado cerca de Sari como para aventurarse a ser descubiertos. El rey sariano aprovechaba la menor oportunidad para hacer la guerra, por eso las patrullas fronterizas nunca bajaban la guardia.

Una vez cada dos meses, Wulf acompañaba a un pelotón de soldados de D'Ashier en su ronda. Su presencia no era necesaria, pero para él era importante. Un buen gobernante debía compartir las penalidades de su pueblo; así veía el mundo a través de sus ojos, a su mismo nivel, no desde un trono tan elevado que le hiciera perder el contacto con sus necesidades.

—¿Entraba o salía del país, alteza?

Wulfric miró al joven teniente que tenía al lado.

—No lo sé. Hace tanto calor hoy que ni siquiera puedo determinar el tiempo que lleva muerto. —El biotraje que llevaba protegía a Wulf tanto del sol como de la deshidratación, pero veía las ondas de aire caliente que flotaban sobre la arena.

Tras las recientes Confrontaciones, se había cerrado la frontera bruscamente, lo que dejó a muchas familias divididas. La triste consecuencia fue la muerte de muchos ciudadanos que trataban de cruzarla para reunirse con sus seres queridos. Wulf intentaba reabrir las negociaciones con Sari cada cierto tiempo, pero el rey sariano siempre se negaba. A pesar de los años que habían transcurrido, en Sari no habían pasado página.

Dos siglos atrás, D'Ashier había sido una grande y próspera colonia de Sari dedicada a la minería. Después de años de desacuerdos y de que ambas partes denunciaran injusticias, el territorio se había independizado tras una sangrienta revolución que dejó como consecuencia una gran hostilidad entre ambos países. El pueblo de D'Ashier coronó rey al gobernador, que era popular y muy querido. Con el paso de los años, los antepasados de Wulf habían expandido y reforzado la nación recién nacida, hasta que esta había superado a sus vecinos.

Pero la familia real de Sari seguía mirando con desprecio a D’Ashier, como un padre frustrado ante un hijo con demasiadas ínfulas. Sari se mantenía siempre firme en su negativa a reconocer el poder y la soberanía de D’Ashier. Las minas de *talgorita* de este país eran las principales productoras del codiciado mineral, que era la principal fuente de energía del universo conocido. Era un metal tan valioso que las guerras para apoderarse de las minas eran constantes.

—Algo no va bien. —Wulf se levantó las gafas con visión de campo para examinar el cielo.

El teniente y él estaban en un montículo, a varios kilómetros de la frontera. Su *skipsbåt* flotaba en el aire cerca de ellos, esperando. Estaban rodeados de soldados de D’Ashier, protegiéndolos. En total eran una docena, el número requerido para formar una patrulla. Desde el improvisado mirador, Wulf tenía una buena vista del terreno y debería haberse sentido relativamente seguro, pero se notaba el vello de la nuca erizado y hacía ya mucho tiempo que había aprendido a fiarse de su instinto.

Tras volver a escrutar alrededor, dijo:

—Hay algo artificial en todo esto. Parece un montaje. Quedan demasiadas preguntas sin respuesta. Este hombre no pudo desplazarse hasta aquí sin un medio de transporte. ¿Dónde está su *skip*? ¿Y sus provisiones? ¿Por qué no está todavía cubierto por la arena?

Al oír un sonido por los auriculares, se bajó las gafas.

—No hay nada reseñable en los alrededores, alteza. Lo hemos registrado todo en un radio de dos kilómetros —le informaron por el altavoz.

—¿Alguna otra información, capitán?

—Nada.

Wulf se volvió hacia el joven teniente, que aguardaba expectante a su lado. En las patrullas de Wulf siempre había más de un oficial, normalmente varios oficiales recién graduados. El general había establecido ese sistema años atrás, para demostrar a los subordinados cómo debía ejercerse el poder. Wulf estaba acostumbrado a él, como un manto, desde el día en que nació.

—Vámonos.

Se desplazaron rápidamente hasta sus *skips*, con la economía de movimientos que caracteriza a los habitantes de un planeta desértico. Mientras se preparaban para montar en las motocicletas de esbeltas líneas, el suelo empezó a temblar de manera amenazadora. La fuente de los temblores era fácil de reconocer y Wulf renegó por no haberse dado cuenta antes de la trampa. Soltó el cierre de la funda de la espada láser que llevaba sujeta al muslo y gritó para advertir a los demás. Subió al *skip* de un salto, encendió el motor, tiró con fuerza de los mandos y salió volando un segundo antes de que el pequeño perforador enemigo emergiera de la arena.

—¡No puedo enviar un mensaje de socorro! —gritó el teniente, aterrorizado.

El resto de la patrulla se colocó en formación en forma de uve y aceleró en dirección a D’Ashier.



—La están bloqueando —dijo Wulf, muy serio—. Joder, seguro que llevan días agujereando la arena.

—¿Y por qué no los han detectado los escáneres? —dijo la voz del teniente por el auricular—. Estábamos justo encima de ellos.

—Tenían el motor apagado y eso los hace casi indetectables.

Wulf era muy consciente del potente zumbido de la perforadora a su espalda. La señal de alerta que les había aparecido en el radar y que había dado pie a la expedición debió de causarla la nave de transporte cuando entró en D’Ashier desde Sari, antes de que apagaran los motores. El cadáver no era más que un cebo para que no pensaran que había sido una falsa alarma.

—¿Cómo demonios han podido aguantar ahí abajo sin controles medioambientales?

—Con desesperación —murmuró el capitán, volando hacia arriba al notar que un disparo de la perforadora levantaba arena a su lado—. Esa perforadora no es sariana. Son mercenarios.

Estudiando los alrededores a través del navegador, Wulf dijo:

—Son más rápidos que nosotros. Separaos al llegar a lo alto del promontorio y rodeadlo.

Al llegar al final del terraplén, la patrulla se dividió en dos. La nave perforadora volvió a disparar. Esta vez alcanzó su objetivo. La moto voladora dio varias vueltas de campana antes de explotar, y el soldado que la conducía murió. El resto de los hombres se agacharon un poco más y siguieron dirigiéndose a toda velocidad hacia la formación rocosa compuesta por varios monolitos.

Wulf soltó una maldición cuando un disparo bien dirigido hizo caer un pináculo de roca rojiza, levantando polvo del color de la sangre, mientras un espantoso crujido rasgaba el aire. Una mirada a su consola le hizo saber que varias rocas del tamaño de naves estaban cayendo sobre los miembros de la otra mitad de la patrulla. La pérdida de varias señales le informó de que sólo unos pocos habían sobrevivido.

Al rodear las rocas, vio una abertura que les podría dar una posibilidad de defenderse.

—Desmontad —ordenó, metiendo su *skip* entre los monolitos—. Atraedlos para que salgan a la superficie.

En el centro de las rocas había una zona arenosa circular. Detuvieron las motos, desmontaron y se dispersaron formando un círculo alrededor. Sacaron las espadas, encendieron los poderosos rayos láser y aguardaron. La tensión era palpable.

El fuego láser hacía temblar la tierra bajo sus pies, pero dentro del círculo rocoso estaban a salvo. Las grietas y huecos entre las piedras eran lo bastante grandes como para que entrara un *skip*, pero no una perforadora, mucho más aparatosa. Si los atacantes querían matarlos, iban a tener que bajar del vehículo y luchar cuerpo a cuerpo.

La espera se hizo eterna. Wulf notó que le resbalaba el sudor por la sien. El resto

de su piel se mantenía seca gracias al traje *dammr*, que regulaba la temperatura corporal.

—Sólo nos interesa el príncipe —resonó una voz a su alrededor—. Entregádnoslo y al resto no os pasará nada.

A Wulf le llegó la indignación que sintieron sus oficiales ante esas palabras.

—Tendréis que matarnos para llegar a él —fue la respuesta del capitán.

—Esperaba que dijerais eso —replicó alguien entre risas, justo antes de que una ráfaga de disparos iluminara el aire.

Los soldados rechazaron los disparos con rápidos movimientos de las espadas láser, unas poderosas armas capaces de hacer frente a las poco toscas pistolas con que los atacaban.

En un abrir y cerrar de ojos, Wulf y sus hombres quedaron rodeados. Mientras atacaba y se defendía con sus reflejos casi innatos, Wulf se dio cuenta de que todos aquellos hombres no cabían en una sola perforadora, tenían que haber usado varias. Y pronto se dio cuenta también de que no tenían ninguna posibilidad de ganar, ya que por cada uno de sus soldados, había cuatro enemigos.

El impulso de rendirse y salvar así la vida de sus hombres era cada vez mayor. A pesar de que sabía que el rescate que los enemigos pedirían por él pondría en peligro las arcas de D’Ashier, Wulf estaba a punto de hacerlo, cuando oyó un sonido por los altavoces.

—No, alteza —le dijo el capitán, mirándolo de reojo—. Nos matarán igualmente. Al menos, muramos con honor.

Wulf le hizo caso y siguió luchando con el corazón encogido por el arrepentimiento y la frustración. Sus hombres lo dieron todo en la batalla, a pesar de saber cómo iba a acabar. Se defendían con patadas de los que se acercaban lo suficiente, atravesaban con la espada a aquellos que tropezaban, y se mantenían lo más cerca posible de Wulf en un vano intento de protegerlo.

Uno a uno fueron cayendo y el aire se fue cargando del olor de la carne quemada. Los cuerpos, tanto de los soldados como de los mercenarios, cubrían el suelo arenoso. Pronto, Wulf se encontró luchando solo contra muchos.

Finalmente, el príncipe heredero Wulfric de D’Ashier cayó con el convencimiento de que no podía haber hecho nada más.

Le bastaba con eso.

### *Sari, Palacio Real*

Sapphire holgazaneaba en el patio privado situado junto sus dependencias y estudiaba distraída el diseño del palacio de Sari en su tableta. Los pájaros cantaban en sus jaulas colgantes, a coro con el agua que salpicaba en la fuente. La luz del sol se filtraba entre las enredaderas que cubrían los muros y le daban sombra, protegiéndola

de los rayos abrasadores, que quedaban difuminados por las claraboyas del techo.

Las demás *mätresses*, concubinas reales igual que ella, estaban cotilleando en el serrallo, pero ese día no le apetecía estar con ellas. De hecho, durante los últimos años, cada vez estaba más insatisfecha con su vida en palacio. Era una mujer activa, con intereses diversos. La indolente vida de concubina, aunque era muy respetada y apreciada, no casaba con su temperamento.

A pesar de todo, Sapphire estaba muy agradecida de que el rey de Sari la hubiera elegido entre las numerosas mujeres que estudiaban en la Escuela de Artes Sensuales de la capital de Sari. Ella se había graduado poco después del final de las Confrontaciones con D’Ashier, una guerra inacabable con una nación vecina, que había agotado buena parte de los recursos de Sari. Durante un tiempo, las concubinas se convirtieron en un bien fuera del alcance de la mayoría de los bolsillos y gran parte de las recién graduadas tuvieron que aceptar subastarse al mejor postor. El interés del rey la había salvado de un destino así y le había proporcionado un estatus elevado. A lo único que había tenido que renunciar era a su nombre.

Ahora se la conocía como Sapphire, el nombre de la piedra real de Sari. La denominación era una innegable declaración de posesión por parte del rey y también buena parte de la razón de su fama.

Pero ella era mucho más dueña del rey que el rey de ella. El amor que el monarca sentía por ella era obsesivo y su deseo insaciable. Exigía su presencia en todos los actos públicos. Desde la primera noche que pasaron juntos, no había vuelto a acostarse con ninguna otra mujer. Ni siquiera con la reina.

Esto último apenaba mucho a Sapphire, ya que era obvio que la reina de Sari amaba a su esposo. Sapphire no conocía de primera mano esa poderosa emoción, pero se imaginaba el dolor que debía de sentir la soberana. Amar a alguien que amaba a otra persona tenía que ser devastador y odiaba ser la causante de tanto sufrimiento.

Durante los últimos años, había aprovechado todas las oportunidades para hablarle bien al rey de la reina. Le hacía notar su belleza, su elegancia y su docilidad, pero sus halagos caían en saco roto. Todos sus esfuerzos por ayudar a la otra mujer habían fracasado.

Suspirando, dejó a un lado la tableta, se levantó y echó a andar por el camino embaldosado.

—No soporto verte tan aburrida —dijo una voz cantarina desde la puerta.

Sapphire se volvió y su mirada se encontró con unos ojos de color verde pálido. Vestida con una vaporosa túnica de color rosa, la mujer rubia que había hablado le alegró la vista.

—¡Mamá!

—Hola, cariño. —Sasha Erikson abrió los brazos y Sapphire se precipitó hacia ellos, dejándose envolver encantada en el abrazo materno—. Te he echado de menos. Cuéntame, ¿qué has estado haciendo?

—Un montón de nada, me temo.

—Oh, cariño. —Su madre le dio un beso en la frente—. Cada vez soy más consciente del daño que te hice al no darme cuenta de cuál era tu auténtica vocación.

Sasha también había sido concubina y, como había disfrutado mucho siéndolo, animó a Sapphire a seguir sus pasos. Ahora estaba retirada, pero era profesora de la Escuela de Artes Sensuales, donde era muy apreciada por su belleza y por la adoración que le profesaba su idolatrado esposo. Muchos atribuían el éxito de Sapphire al tutelaje de su madre y ella siempre había agradecido esa ventaja. Por desgracia, se había dado cuenta demasiado tarde de que se sentía más cómoda con la ocupación militar de su padre que con la vida sensual de su madre.

—Qué cosas tienes —la reprendió Sapphire cariñosamente, cogiéndola del brazo y llevándola hacia el patio—. Si no hubiera querido dedicarme a esto, no lo habría hecho. Aunque me equivoqué, pensaba que sería distinto. Pero que no haya cumplido mis expectativas no es culpa de nadie más que mía.

—¿Qué esperabas?

—Demasiado, al parecer. No sé. Puedo contarte lo que no esperaba. Te aseguro que no esperaba que entráramos en guerra, ni que el rey me ofreciera un contrato. No esperaba que el matrimonio de conveniencia de nuestros monarcas se convirtiera en un matrimonio por amor para uno de ellos. De haberlo sabido, nunca habría aceptado la oferta de su majestad. —Arrugó la nariz—. Fui una ingenua.

—¿Tú, ingenua? —Sasha le apretó la mano—. Cariño, eres una de las mujeres más pragmáticas que conozco.

—No lo dirías si supieras lo que esperaba cuando empecé. Quería encontrar lo que teníais mi padre y tú. La vuestra es una gran historia de amor: el guapo y heroico general que se enamora y se casa con su hermosa concubina. Me contaste que, cuando lo viste por primera vez, fue como si sangre se te incendiara. Es tan romántico, mamá... —Suspiró con tanto dramatismo que su madre se echó a reír—. ¿Lo ves? Crees que soy tonta. Una chica tonta llena de sueños y fantasías.

Su madre negó con la cabeza.

—Casi nadie encuentra el amor en el trabajo, pero no creo que seas tonta.

Sapphire alzó una ceja, no muy convencida.

—Bueno, vale —se rindió Sasha—. Tal vez sólo un poco tontita.

Sapphire sonrió y llamó a uno de los *māstares* para que les trajera vino. Luego se sentó en el borde de azulejos de una fuente y dejó que las palabras de su madre le aportaran la animación que no encontraba entre los muros del palacio.

Faltaba poco para que su esposo abandonara el exótico refugio que constituían sus dependencias privadas para ir en busca de su concubina.

Desesperada por impedirlo, Brenna, reina de Sari, se dirigió a él con brusquedad:

—Tienes que hacerme el amor, Gunther, si quieres que te dé un hijo. No puedo hacerlo sola.

El rey empezó a recorrer la estancia de un lado a otro, señal inequívoca de la frustración que sentía. Era un hombre guapo, alto, de pelo y piel dorados. La reina no había encontrado en toda su vida a un hombre que se le pudiera comparar. Cada vez que respiraba, se enamoraba de él más y más.

—Las leyes son claras y no se pueden romper. No me pueden inseminar artificialmente —le recordó implacable—. Todos los herederos al trono real deben ser concebidos de manera natural.

Pasándose una mano por el pelo, Gunther le dirigió una feroz mirada. Pasó junto a ella, que estaba sentada en un diván de terciopelo rojo, pero no se detuvo.

—¡Conozco las leyes!

Su reticencia a hacerle el amor a Brenna le dolía mucho. Se clavó las uñas en la palma de la mano al pensar en su concubina. Sapphire era la *karimai*, la favorita de las *mätresses*.

Las dependencias de las concubinas estaban llenas de mujeres de todo tipo, pero desde hacía cinco años, las demás *mätresses* habían tenido que conformarse con el placer que les daban los *mästares* que las protegían.

Sapphire era la única que compartía la cama del rey, un lugar que debería haber ocupado Brenna y que la reina estaba dispuesta a recuperar. Pronto.

—Échala —sugirió Brenna por enésima vez. Sus palabras siempre provocaban una discusión entre el matrimonio, pero la reina insistía. No iba a rendirse. Se libraría de su rival como fuera—. Sari necesita un heredero.

El rey gruñó y caminó más deprisa.

—Estoy harto. Siempre estás con lo mismo.

—¡Llevamos años casados! El pueblo se impacienta. Empiezan a poner en duda tu fertilidad.

—Mientes. Nadie se atreve a hablar de esas cosas.

Brenna se levantó de un salto.

—Pero lo piensan. Y cuchichean sobre ello.

Gunther se detuvo y miró a su alrededor, como si estuviera enjaulado. Sin duda se sentía así.

—¿Gunther?

—De acuerdo, hazlo.

Ella contuvo el aliento.

—Mañana, Brenna. Antes de que cambie de idea.

—Sí, por supuesto.

Gunther se la quedó mirando un buen rato en silencio antes de salir de la estancia, negando con la cabeza.

Para ir a buscarla a ella. A Sapphire.

Brenna tragó saliva para controlar la bilis que sintió en la garganta. Ya sólo quedaban unas horas para librarse de una vez por todas de la *mätress*.

Por fin el rey volvería a ser suyo.

Mientras Sapphire hacía el amor con el rey de Sari, estaba concentrada en el trabajo. Apenas era consciente de la opulencia que la rodeaba. Sólo se fijaba en las cosas que la ayudaban a sus obligaciones. La luz, que simulaba la de las velas, y el aroma a incienso llenaban la habitación. El diván donde le daba placer a su soberano estaba rodeado de arcos de piedra blanca, de los que colgaban cortinas de terciopelo azul. Al otro lado de los cortinajes había una bañera poco profunda. El melódico tintineo del agua que brotaba de las fuentes quedaba tapado por los rítmicos sonidos del sexo.

Sapphire se concentró en las señales que le enviaba el cuerpo del rey: la respiración acelerada, la elevación impaciente de las caderas y la mirada vidriosa de sus ojos azules. Usando sus poderosos muslos, ella se movía arriba y abajo, cabalgándolo con la elegancia que le daba la experiencia. Sus movimientos eran estudiados, porque sabía que el rey disfrutaba observándola. La masculina sonrisa de satisfacción que le dedicó fue su recompensa.

Pronto, él se agarró con fuerza a los almohadones que tenía a su alrededor, mientras ella seguía dándole placer. De la garganta del poderoso monarca de Sari brotaron gritos roncros y el sudor cubrió su hermoso rostro.

Sapphire arqueó la espalda al notar su miembro latiendo en su interior. Una vez que hubo acabado su trabajo, cerró los ojos y llegó al orgasmo, contenta por el deber cumplido. Su gemido de éxtasis rebotó en la estancia, uniéndose al del monarca.

Satisfecha, se dejó caer entre los brazos de él, suspirando. Era un hombre alto, con un cuerpo fuerte y musculoso que Sapphire admiraba. El monarca era dorado desde la punta de su rubia cabeza hasta los dedos de los pies, que siempre exhibían una impecable pedicura. Y siempre había sido amable con ella.

En otra época, había soñado con enamorarse del rey, pero al final no sucedió. Para él, su placer era más importante que el de ella. No la conocía en absoluto y no hacía el menor esfuerzo por cambiar las cosas. Tras cinco años a su lado, todavía le servían comida que no le gustaba, escuchaban siempre la música que prefería el rey y la ropa que llevaba había sido elegida por él, tanto los colores como los tejidos. A ella nadie le preguntaba si eran de su agrado.

En Sari, cuando una concubina aceptaba un contrato laboral, quedaba ligada a su protector hasta que él quisiera. Sapphire se preguntaba si el rey la dejaría marchar alguna vez. ¿Durante cuánto tiempo más iba a tener que seguir siendo su concubina? De momento, no parecía estarse cansando de ella.

Sapphire deseaba encontrar a alguien que la quisiera tal como era, por fuera pero también por dentro. Su ilusión era hacer el amor con un hombre de manera completa, entregándole su corazón además de su cuerpo. Quería ser un obsequio para aquel a quien amara.

Pero eso nunca pasaría si el monarca no rescindía su contrato.

Mientras le acariciaba el cuello con la nariz, Sapphire se echó a reír con ganas al notar la evidencia del deseo del rey, que volvía a crecer en su interior con fuerzas

renovadas. Lo miró a los ojos.

—Dadme un momento, majestad, y volveré a ocuparme de vuestro placer.

Él le tomó la cara entre las manos y le dirigió una mirada fiera.

—Pase lo que pase en el futuro, tienes que prometerme que siempre recordarás que eres mi *karisette*. Lo has sido desde el primer momento en que te vi.

La intensidad de sus palabras la sorprendió tanto como lo que representaban. *Karisette* significaba «amor verdadero».

—Majestad...

—¡Prométemelo!

Ella le acarició el pecho dulcemente y le dijo con voz suave:

—Por supuesto. Os lo prometo.

Él le dio la vuelta y, cuando la tuvo debajo, volvió a hacerle el amor.

Brenna recorría el salón del trono una y otra vez, inquieta y nerviosa. Siempre que se sentía impotente, se dirigía a esa estancia —la sede del poder— para calmarse. Cuando llegó, aún era oscuro. Ahora, la gran sala estaba iluminada por la luz del nuevo día, que se colaba por las claraboyas abovedadas que había en el techo.

—Majestad.

Brenna volvió la cabeza y vio a un mensajero postrado en la puerta:

—Levántate.

Él obedeció rápidamente, tirándose del chaleco azul y dorado que proclamaba su estatus como miembro de la corte.

—Traigo un mensaje para el rey.

—Puedes dármelo a mí —dijo ella, que necesitaba distraerse—. Su majestad está ocupado.

—Una familia que vive cerca de la frontera ha denunciado que ha habido una detonación. Una unidad ha salido a investigar y ha capturado a un mercenario. —Hizo una pausa—. Se trata de Tarin Gordmere.

Brenna alzó las cejas. Gordmere era una molestia bien conocida de su marido. No tenía ningún reparo en asaltar ciertos sectores del reino, lo que solía costar su buen dinero a las arcas del Estado. Si le entregara al rey ese mercenario, le mejoraría el humor y eso haría que la mirara con mejores ojos, aunque sólo fuera un poco.

—¿Dónde está?

—En el centro de detención del sur.

—Excelente. —Le dirigió una sonrisa radiante al mensajero—. Me encargaré de informar al monarca. Puedes retirarte.

—Hay más, majestad.

—¿De qué se trata? —le preguntó ella secamente, ya que se le estaba acabando la paciencia.

—Al ayudante de Gordmere lo encerraron en la cárcel poco después de que lo

detuvieran y ha propuesto un intercambio.

—No tiene nada que nos interese —se burló ella.

—Afirma que tiene al príncipe heredero Wulfric de D’Ashier.

Brenna se detuvo con el pie en el aire.

—Es imposible.

—El capitán asegura que no daría esta información si no tuviera pruebas. Llevaba un anillo, un sello con el escudo real de D’Ashier.

Sorprendida, Brenna trató de pensar en las implicaciones de ese hecho.

«Gordmere. El príncipe Wulfric».

Si fuera verdad sería maravilloso. Si pudiera ofrecerle el príncipe a Gunther, se ganaría su respeto. Le demostraría que era una digna reina de Sari y que había estado ciego durante todos esos años. Le demostraría que era perfecta para él.

—¡Guardián! —llamó Brenna.

—¿Sí, majestad? —respondió la voz masculina del ordenador del palacio.

—Diles a mis guardias que se preparen —ordenó, pasando junto al mensajero. Tenía que cambiarse y salir de palacio antes de que su marido se enterara de lo que había pasado—. Saldré en media hora.

### *Frontera de Sari*

Acomodándose la cola de la túnica de terciopelo, Brenna desembarcó de la nave antigraavitatoria. Miró a su alrededor y arrugó la nariz. La gran cueva donde habían entrado le puso la carne de gallina. El olor era ofensivo para su nariz real.

—¿Dónde está? —preguntó, ansiosa por acabar con aquel desagradable asunto cuanto antes.

El gigantón de cabello castaño que la esperaba al final de la rampa se inclinó por la cintura, un grave insulto, ya que debería haberse postrado de rodillas ante ella.

—Por aquí, majestad.

Brenna podría haber ordenado a sus guardias que obligaran a Tor Smithson a postrarse, y lo habría hecho si el mercenario no hubiera tenido algo que ella quería. Pero como era así, lo siguió, rodeada por sus hombres. Recorrieron un largo pasillo antes de doblar una esquina.

La visión que la esperaba le revolvió el estómago.

Se cubrió la boca con la mano y tardó unos segundos en poder hablar.

—¡Si está muerto! —dijo atragantándose—. ¡No te daré nada!

—No está muerto. —Smithson se encogió de hombros—. Sólo me he divertido un poco con él.

«Divertido un poco», repitió ella en silencio, mientras el estómago se le retorció violentamente.

Aquel hombre estaba loco. Lo que tenía ante los ojos era una auténtica carnicería.



Las paredes que los rodeaban estaban tan salpicadas de sangre que costaba creer que toda perteneciera a la misma persona.

Disimulando las náuseas tras una expresión altiva, Brenna dio un paso adelante. El hombre que afirmaban que era el príncipe heredero de D'Ashier colgaba inconsciente ante ella. Tenía las muñecas esposadas y encadenadas a ambas paredes. Todo el peso de su cuerpo pendía de las sujeciones metálicas. Los músculos del pecho y los brazos estaban tan tirantes que parecían a punto de romperse y sus manos tenían un tono lila oscuro.

Al llegar junto a él, Brenna usó las dos manos para levantarle la cabeza. Al verle la cara, ahogó una exclamación. Aparte de su esposo, no había visto a ningún otro hombre con unos rasgos tan perfectos. Cada línea de su rostro parecía haber sido trazada por un artista hasta alcanzar la perfección.

Por desgracia, la cara era la única parte de su cuerpo que no estaba cubierta de sangre a causa de los cortes, los azotes o las quemaduras. El resto de su fuerte cuerpo de guerrero bien entrenado estaba gravemente herido, tal vez sin remedio.

Escuchó tratando de detectar signos de vida y captó su respiración, errática y poco profunda. Era el sonido de un hombre a punto de morir.

—Bajadlo —ordenó Brenna, apartándose.

Smithson gruñó.

—Antes entregadme a Gordmere.

—No. —Brenna lo miró de arriba abajo, sin ocultar la repugnancia que le causaba. Nunca se había encontrado con una criatura tan vil—. Cuando el príncipe esté a salvo en mi nave, ordenaré que suelten a Gordmere.

Instantes después se produjo el intercambio. Gordmere, en perfecto estado de salud, fue cambiado por un hombre al que sólo le quedaban unas horas de vida. La nave antigravitatoria despegó y salió de la cueva con cuidado.

—Avisad a las tropas. Quiero que destruyan este lugar inmediatamente.

No tardaron mucho en llegar al palacio, pero la condición del príncipe empeoró considerablemente durante el trayecto. Al aterrizar, Brenna prefirió dejarlo en la nave por miedo a que siguiera empeorando. Le daba igual si después moría, pero quería entregarle al rey un prisionero vivo. Luchando contra el tiempo, Brenna se dirigió tan deprisa como pudo en busca de su marido. El camino más rápido era el que cruzaba el serrallo y esa fue la ruta que tomó.

Al doblar una esquina, se detuvo en seco al ver al monarca. Estaba a punto de dirigirle la palabra, cuando se dio cuenta de que no estaba solo. Estaba con ella, con Sapphire.

Al ver la intimidad que compartían, Brenna abrió mucho los ojos. Gunther estaba en la puerta de la habitación de la concubina, con una mano en su mejilla. Estaba inclinado hacia ella de manera posesiva y la besaba con un cariño imposible de disimular. Cuando alzó la cara, vio el tormento que alteraba sus hermosos rasgos.

La amaba.

Brenna se apoyó en la fría pared enyesada, conmocionada por lo que acababa de descubrir. Nunca podría recuperar su corazón, porque no le pertenecía. Él se lo había entregado a aquella mujer.

Algo en el interior de la reina se resquebrajó y luego se rompió por completo.

Alejar a la concubina de palacio no iba a ser suficiente. Mientras Sapphire respirara, sería una amenaza.

Se incorporó y se alejó antes de que la descubrieran, recordándose que ella era la reina y que tenía numerosos recursos. Se encargaría de solucionar ese problema de una vez por todas.

Tenía a mano todo lo que necesitaba.

Sapphire entró en la sala de recepción de la reina, admirando como siempre la belleza de la luz natural que entraba por los lucernarios abovedados del techo. Cuando el ordenador del palacio cerró la puerta a su espalda, se postró ante la soberana y se inclinó hasta tocar con la frente el frío suelo embaldosado.

—Majestad, he venido, tal como me habéis ordenado.

La voz de la reina resonó en el techo abovedado y en las paredes de la estancia, estrecha pero alargada.

—Puedes levantarte, *mätress* del rey. Acércate y siéntate a mis pies.

Sapphire hizo lo que le ordenaba y recorrió el largo espacio que llevaba hasta la hermosa reina Brenna, de pelo y piel dorados, como su esposo. Era como la luz, al contrario que Sapphire, que era oscura como la noche. La reina era alta y esbelta y poseía una elegancia natural. Era al menos una cabeza más alta que Sapphire, pero carecía de la voluptuosidad de la *mätress*. Sin embargo, no era la falta de curvas la que había enfriado la pasión del rey hacia su esposa: era su frialdad. Mientras Sapphire se acercaba a la reina, juraría que notaba una corriente de aire helado que brotaba de debajo de su cálida túnica de terciopelo.

Cuando llegó al final del recorrido, Sapphire tomó asiento en el escalón más bajo del estrado real y aguardó.

—Las dos conocemos nuestras respectivas posiciones, *mätress*, así que seré breve. Sari necesita un heredero. Lo he hablado con el rey y él está de acuerdo.

Sapphire la escuchó sin pestañear.

La reina la observó con atención.

—La idea de que el rey ocupe mi cama no te afecta.

Era una afirmación, no una pregunta.

Sapphire se lo confirmó con una inclinación de cabeza y dijo:

—Por supuesto que no, mi reina. El rey es vuestro. Nunca he creído otra cosa.

Brenna se echó hacia atrás en el trono, con una sonrisa triste.

—Ya veo que no sientes por el rey lo que él siente por ti.

Sapphire no dijo nada, aunque su silencio lo dijo todo. Nunca había fingido estar

enamorada del rey. Era un hombre bueno, guapo y amable, pero no era su *karisem*. Nunca podría enamorarse de un hombre que sólo la veía como a una posesión.

—Eso es bueno, *mätress*, teniendo en cuenta lo que tengo que decirte. El rey no se ve capaz de compartir la cama conmigo mientras tú sigas en palacio. —La amargura teñía su regia voz.

Sapphire bajó la vista para no mostrar la lástima que le inspiraba la reina.

—Te retirarás con los honores que se merece la *karimai* del rey —dijo su majestad—. Como la favorita, te trasladarás inmediatamente a una casa en las afueras de la capital. Se te proporcionarán catorce *mästares* que estarán a tu servicio hasta el día de tu muerte, y todos tus deseos serán cumplidos, como agradecimiento por tu servicio ejemplar al monarca.

Sapphire se quedó inmóvil unos momentos, aturdida.

«Me retiraré», se dijo. Eso era mejor que la libertad, era mucho más de lo que había esperado. Se retiraba después de un solo contrato.

Normalmente, cuando una *mätress* acababa su contrato, quedaba en libertad para buscarse otro protector. Su valor aumentaba muchísimo después de haber compartido la cama real. Su tarifa se volvía exorbitante y aumentaba más y más cada vez que cambiaba de protector, hasta que lograba los fondos necesarios para retirarse y mantener el lujo al que se había acostumbrado durante su vida de indolencia. Pero ese no iba a ser el destino de Sapphire. El rey la apreciaba y la amaba demasiado como para compartirla con otros protectores. Así que iba a retirarse.

«¡Me retiro!». Las palabras se quedaron dando vueltas en el cerebro de Sapphire, embriagada de felicidad. Esa era la razón por la que se había esforzado tanto para llegar a ser concubina, y la motivación de sus padres para animarla a ello. No sólo era un oficio respetado, también era uno de los pocos que aseguraban una vida de lujo después del retiro. Además de la pensión, le regalaban catorce *mästares*, hombres guapos y viriles, que dedicarían su vida a servirla.

—Estoy muy agradecida, majestad —dijo con total sinceridad.

Brenna movió una mano, quitándole importancia.

—Vete. He dado orden de que recojan tus cosas mientras hablamos. El rey ha salido del palacio y no se despedirá de ti. Estoy segura de que eres lo bastante lista como para adivinar el motivo.

—Sí, su majestad.

Por fin entendía el frenesí del rey y la apasionada declaración de la noche anterior. Él sabía que era la última noche que pasaban juntos.

Sapphire se marchó de la estancia caminando hacia atrás, inclinada. Las puertas se abrieron suavemente cuando se acercó a ellas y se volvieron a cerrar cuando hubo salido.

Aunque pareciera increíble, era libre.

Brenna esperó hasta que las puertas se cerraron completamente, dejando fuera a la *mätress*. Ver la indiferencia con que la concubina renunciaba al amor del rey reforzó su decisión.

—Guardián —llamó.

—¿Sí, majestad? —respondió el ordenador.

—¿Se ha entregado el regalo en la nueva residencia de la *mätress* Sapphire?

—Por supuesto, mi reina, con la máxima discreción.

La boca de la soberana se curvó en una feroz sonrisa.

—Excelente.

# 1

Sapphire descendió de la nave antigravitatoria real, con las palmas de las manos húmedas por los nervios. La casa que el rey de Sari le había regalado era, de hecho, un pequeño palacio. Pintada de un blanco reluciente y con ventanas de varios colores, estaba situada en las doradas colinas arenosas, donde destacaba como una joya.

Mientras cinco de sus nuevos *māstares* descargaban sus pertenencias, ella se acercó a la puerta principal. La cálida brisa que se deslizó sobre su cuerpo le produjo una sensación agradable y placentera. Se había pasado los cinco últimos años dentro del palacio, bronceándose con luz artificial y respirando aire purificado. Cuando acompañaba al rey en alguna salida, siempre subía a la nave refrigerada a través de plataformas de embarque también refrigeradas.

Tras inspirar aire natural por primera vez en años, Sapphire sonrió al notar una sensación ligeramente arenosa en la boca. Le gustaba el calor de Sari y disfrutó al sentir una ligera capa de sudor, que se evaporó al instante al entrar en contacto con el seca brisa del desierto.

Puso la mano sobre la pantalla identificadora y esperó un segundo a que el sistema reconociera sus huellas dactilares. La puerta se abrió y la melodiosa voz femenina del ordenador de la casa dijo:

—Bienvenida, señora.

Al entrar en su nuevo hogar, Sapphire sintió en la cara la bofetada del helado aire purificado.

—Guardiana.

—¿Sí, señora?

—Que purifiquen el aire, pero sólo lo quiero refrigerado en los dormitorios.

—Como gustéis.

Sapphire contempló su nuevo entorno con los ojos muy abiertos. Sus nuevos *māstares* se habían colocado en fila, a lado y lado del largo vestíbulo. Sonrió al darse cuenta de que todos se parecían al rey: eran altos, rubios y esbeltos, pero musculosos.

Sapphire pasó entre ellos y, al llegar al final, se dio cuenta de que fallaba la simetría.

—Sólo sois trece —dijo, deteniéndose con el cejo fruncido.

El *māstare* que tenía más cerca cayó de rodillas a sus pies.

—Señora, me llamo Dalen.

Ella le apoyó la mano en la cabeza y le acarició el sedoso pelo.

—Encantada de conocerte, Dalen.

Él se levantó y le dirigió una sonrisa de chico travieso.

—El *māstare* que falta está todavía en la cámara de curación, señora.

Sapphire frunció todavía más el cejo.

—¿Todavía?

La cámara de curación solía tardar segundos en sanar heridas leves.

—Cuando llegó estaba gravemente herido. Lleva media hora en la cámara. Aunque pronto estará curado, necesitará un tiempo de reposo antes de asumir sus responsabilidades. Pero los demás estamos en plena forma y supliremos su ausencia con entusiasmo.

—Estoy segura de que quedará muy satisfecha con todos vosotros, pero me preocupa vuestro compañero herido. ¿Cómo se hizo esas heridas tan graves? ¿Y por qué me lo enviaron si estaba en ese estado?

—Os acompañaré a verlo, señora. No tengo respuesta para esas preguntas. Tendréis que preguntárselo a él directamente cuando salga de la cámara.

Dalen le ofreció el brazo y la escoltó por el palacio. Sapphire miraba a todos lados encantada y asombrada por el tamaño y la belleza de la mansión, que era una auténtica declaración de lo mucho que el rey la apreciaba.

Cruzaron la sala de recepción, decorada con un enorme diván, y siguieron por un pasillo con arcos hasta llegar al patio central. Se entusiasmó al ver la burbujeante bañera central, rodeada de exuberante vegetación. El resto de su vida empezaba en ese hogar. El pulso se le aceleró ante la perspectiva de la libertad de la que allí disfrutaría.

Dalen se detuvo al llegar frente a una puerta situada en el ala trasera de la casa y pasó la mano por la pantalla. La puerta se abrió y Sapphire entró en la habitación. El centro de la pequeña estancia estaba ocupado por la cámara de curación, un gran cilindro de cristal. Le echó un vistazo al hombre inconsciente que había dentro y su respuesta instintiva ante él fue tan poderosa que le ordenó a Dalen que la dejara sola. Cuando el *mästare* se hubo retirado y la puerta se cerró, Sapphire se acercó al cilindro.

El hombre herido la había dejado sin aliento. Era alto y moreno y, a pesar de estar lleno de numerosas marcas de latigazos, que se estaban curando lentamente ante sus ojos, desprendía una poderosa masculinidad. No se parecía en nada al rey ni a sus *mästares*. No se parecía a ningún otro hombre que ella conociera.

Su pelo negro, fuerte y brillante, se movía suavemente alrededor de su nuca a causa de los remolinos de aire a presión que lo mantenían en pie. Tenía la piel muy bronceada y los músculos muy desarrollados. Nunca había visto a un hombre con tantas protuberancias de músculos bajo la piel. Ni siquiera su padre, el poderoso guerrero, era tan musculoso.

Sus rasgos eran fuertes y definidos, como el resto de su cuerpo. Tenía los pómulos altos y una nariz aguileña que le daba un aire aristocrático. La mandíbula era fuerte y los labios sensuales le otorgaban un aura de peligro. Era magnífico. Se preguntó de qué color tendría los ojos. ¿Serían castaños, como los suyos? ¿O azules como los del rey?

Sapphire dio la vuelta a la cámara lentamente, encogiéndose al ver las innumerables heridas que laceraban su carne. A aquel hombre lo habían torturado de un modo espantoso. La cantidad de tiempo que llevaba en la cámara demostraba que

tenía que estar al borde de la muerte cuando llegó a la casa. ¿Quién habría elegido para su servicio a alguien en ese estado? Era tan distinto del resto de *mästares* como ella lo era de la reina. Incluso estando inconsciente, aquel hombre irradiaba autoridad. Estaba claro que no era un *mästare*.

Cuando volvió a llegar frente a la parte frontal de la cámara, siguió observándolo. Los pezones se le contrajeron a medida que el deseo le aceleraba el pulso. Su torso, ancho y poderoso, estaba ya prácticamente curado. Una fina línea de vello guio su mirada por las ondulaciones de su abdomen hasta llegar al pene y los testículos. Se le secó la boca al ver que tenía el vello de la base del miembro cuidadosamente recortado y que el pesado saco escrotal estaba totalmente libre de pelo. Se acercó a la cámara hasta que las manos y los pechos le quedaron totalmente pegados al cálido cristal, sin apartar la vista en ningún momento de la entrepierna del hombre. Incluso en estado de flaccidez, su pene era impresionante. Se preguntó cómo sería cuando estuviera excitado.

Como si pudiera leerle la mente, el pene dio una sacudida y empezó a crecer. Se elevó lentamente y siguió creciendo hasta alcanzar un tamaño considerable. Excitada por lo que estaba viendo, Sapphire frotó los pechos contra el cristal, pero se detuvo al darse cuenta de que el impresionante falo seguía creciendo en respuesta a su lascivia. Sorprendida, alzó la vista y quedó cautivada por unos deslumbrantes ojos verdes. Brillantes como esmeraldas, esos ojos la recorrían de arriba abajo con apetito, ya que el vestido que ella llevaba era tan fino que permitía distinguir sus formas perfectamente. Sintió que la piel le cosquilleaba y que la temperatura se le elevaba, mientras el hombre la estudiaba con un atrevimiento que le robaba el aliento.

La desnudez no parecía volverlo vulnerable. Su actitud era innegablemente arrogante. Sapphire lo anhelaba tanto que estaba ardiendo de deseo por aquel desconocido de rostro hermoso y cuerpo destrozado. Por primera vez en su vida supo lo que era el auténtico deseo, embriagador e incontenible.

—¿Quién eres? —susurró, aunque sabía que él no podía oírla a través del cristal.

Él levantó una mano y la apoyó a la altura de la de Sapphire al otro lado de la barrera que los separaba. Una película de sudor cubrió la piel de ella al pensar en tocarlo. Quería doblar los dedos y enlazarlos con los del hombre. Anhelaba acariciar su piel bronceada para comprobar si era tan suave como parecía.

Estaba casi curado. Pronto saldría de la cámara. Una curación tan larga e intensiva era agotadora y lo más probable era que se desplomara a sus pies. Con un suspiro de decepción, Sapphire dio un paso atrás y se sorprendió cuando él se abalanzó hacia el cristal como si quisiera impedirlo.

«No te vayas», leyó en sus labios, mientras le dirigía una mirada suplicante que hizo que a ella se le formara un nudo en la garganta.

—Guardiana —susurró Sapphire con la garganta seca—, ¿quién es el hombre que está en la cámara de curación?

—Es el príncipe heredero Wulfric de D’Ashier.

## 2

Sorprendida por la presentación, Sapphire se alejó del cristal. Wulfric permaneció pegado a él, observándola con ojos entornados, pero muy despiertos.

El príncipe heredero de D' Ashier.

El rechazo de Sari a reconocer la legitimidad del país vecino los había llevado a la guerra en más de una ocasión. El general del ejército sariano se había convertido en héroe nacional al vencer en las Confrontaciones contra D' Ashier hacía pocos años.

El impresionante hombre que tenía delante era el legendario hijo guerrero del actual rey de D' Ashier. Wulfric era el primogénito, el heredero al trono, y tenía fama de implacable y de ser un genio militar.

Se rumoreaba que era él quien realmente gobernaba D' Ashier y que su padre no era más que un hombre de paja.

—¿Por qué está aquí? —preguntó Sapphire con voz temblorosa por el desconcierto.

—Es uno de vuestros *māstares* —le llegó la respuesta por el intercomunicador.

Sapphire negó con la cabeza.

—Pero eso es imposible. Este hombre dirige un país. No puede quedarse aquí. Su presencia en Sari podría iniciar una nueva guerra.

—Sus compatriotas creen que ha muerto.

Los inteligentes ojos verdes que la contemplaban parecieron darse cuenta al momento de que ella había descubierto su identidad. El hombre apretó mucho los labios y la miró con dureza.

Sapphire se llevó una mano a la garganta.

—No puedo quedarme con él —replicó, aunque eso era exactamente lo que deseaba hacer.

Lo deseaba con un hambre primitiva que nunca antes había experimentado. Notaba fuego en la sangre, tal como su madre le había dicho que sentiría. Y la mirada que él le estaba dirigiendo...

Sapphire empezó a sudar.

Conocía esa mirada; él también la deseaba. Pero el príncipe Wulfric era un peligro se mirara como se mirase. Era un hombre que había tenido poder y ella una esclava, un príncipe y su concubina. Acababa de librarse de esa vida y no quería volver a ella.

—¿Cómo se supone que voy a mantenerlo retenido aquí? ¿Y por qué? ¿Quién me lo ha enviado?

—Es un regalo de la reina, señora. Os ordena que lo domesticéis, igual que domesticasteis al rey.

A Sapphire se le escapó una risa ronca. Aquel hombre no era un regalo, era el castigo de una mujer despechada por haberle robado el amor de su marido. Probablemente esperaba que el príncipe la matara. O que ella lo matara a él primero.



—La reina os ha dado a siete de sus guardias personales para ayudaros.

—Ya veo. —Sapphire se pasó la lengua por los labios secos, lo que provocó que Wulfric le dirigiera una mirada ardiente.

Al mirarlo, Sapphire lamentó mucho no poder disfrutar de aquel hombre tal como merecería que se disfrutase de él. Estaban en bandos opuestos sin ni siquiera decir una palabra. Él era un prisionero y ella su carcelera, pero a la mínima oportunidad él le daría la vuelta a la situación y sus papeles se invertirían. Era tan atractivo que a ella le costaría mucho resistirse. Y, aunque sabía que si se entregaba a él probablemente disfrutaría de cada segundo de la experiencia, no podía permitir que eso pasara.

Cuando ella le dirigió una sonrisa apenada, él respondió con una media sonrisa. Aunque su mirada seguía siendo ardiente, en ningún momento dejó de desafiarla. Sapphire leyó la reacción a su retirada en sus ojos. Despiadado, implacable: eso era lo que los medios decían de él. Que siempre obtenía lo que quería, y en esos momentos la quería a ella.

—Guardiana, ¿y si quisiera liberarlo?

—Pero no lo deseáis —respondió el ordenador—. Vuestras constantes vitales me indican...

—Ya sé lo que indican mis constantes vitales. Precisamente por eso quiero que se vaya.

—Sí, señora. Nadie ha ordenado que deba quedarse aquí. Supongo que eso significa que la elección es vuestra.

Sapphire le sostuvo la mirada al príncipe. Entre ellos había una conexión muy fuerte, que se intensificaba a cada segundo. ¿Cómo podía sentir algo así por un hombre al que nunca había tocado y con el que nunca había hablado? Tal vez fuera cruel y egoísta, no tenía ni idea.

Y sin embargo, no lo creía. Su mirada era demasiado franca. Le permitía ver todo lo que estaba sintiendo: atracción, deseo, desafío y determinación.

Suspiró.

—La reina sabe que no haré nada que pueda llamar la atención sobre esta circunstancia. Ambas podríamos ser ejecutadas por alta traición. Brenna debe de estar realmente muy amargada para arriesgarse a llevar a cabo este temerario plan abocado al fracaso sólo para vengarse de mí.

—Lo que digáis, señora.

—¿Cómo habrá adivinado cuál sería mi reacción al verlo? —se preguntó en voz alta.

Ella misma estaba sorprendida por la intensidad de sus emociones, ¿cómo podía haberlo adivinado la reina?

—Mi conclusión es que la reina esperaba que lo odiarais, debido al cargo de vuestro padre.

Sapphire se tensó. Su padre. Si este descubriera a Wulfric...

Tenía que esconderlo.

En cuanto la idea surgió en su cabeza, la rechazó. ¿Cómo se le ocurría tratar de proteger al príncipe? En su vida había habido sólo dos hombres importantes: su padre y el rey. El príncipe era enemigo de ambos. ¿Cómo se le ocurría poner el bienestar del cautivo por delante?

—Guardiana. —Sapphire enderezó la espalda y se volvió hacia la puerta—. Que vengan tres guardias. Su alteza está casi curado y pronto saldrá de la cámara.

La puerta se abrió en cuanto se acercó a ella. El calor de la mirada de Wulfric le abrasó la espalda hasta que se cerró de nuevo, pero Sapphire se negó a devolverle la mirada.

—¿Qué ordenáis que hagamos con el príncipe Wulfric?

—Que lo vistan, le den de comer y lo lleven a su habitación para que duerma. Avísame cuando se despierte. Mientras tanto, recopila toda la información que puedas sobre él y prepara un informe. Quiero saber a quién me estoy enfrentando.

—Desde luego, señora.

—Y consígueme también los planos de este palacio. Necesito estudiarlos antes de establecer medidas para confinar al príncipe de manera segura.

—Podrías ponerle la pulsera.

Le vino a la mente la imagen de la pulsera de seguridad. Era una banda metálica de aspecto inofensivo pero de efectos letales, que se colocaba en el tobillo de los prisioneros. Mientras el individuo permaneciera en las zonas permitidas no había problema, pero si se atrevía a alejarse, la pulsera explotaba y mataba al portador.

Con la belleza masculina de Wulfric aún fresca en la mente, Sapphire se estremeció ante la idea de su muerte.

—No. No quiero ponérsela. Si se escapa, yo misma iré a buscarlo.

—Como gustéis. ¿Necesitáis algo más?

—Sí. Envía una nota de agradecimiento a la reina por su consideración.

Wulfric entró en la sala de recepción llevando toallas recién lavadas. Con todo el trabajo que estaba haciendo últimamente, estaba empezando a apreciar la labor de los criados. Costaba mucho esfuerzo que una casa funcionara de manera eficiente. Nunca habría llegado a apreciarlo de no haber tenido que encargarse de esas pequeñas tareas personalmente.

Agradecía estar constantemente ocupado, ya que así apartaba de su mente los días que había pasado encerrado, siendo torturado. Le costaba mucho dormir, ya que las pesadillas lo atormentaban. El trabajo duro era lo único que lo distraía.

Un destello de color captó su atención, pero cuando se volvió, ya sólo vio desaparecer a su preciosa guardiana morena.

A decir verdad, el trabajo no era su única distracción. La mujer que se había plantado ante él en la cámara de curación como un ángel lujurioso lo fascinaba.

Le parecía estar siempre un paso por detrás de ella. El hecho de que lo rehuera no ayudaba. Durante los últimos tres días, sólo la había visto brevemente, lo justo para notar que no llevaba demasiada ropa encima. Eran visiones fugaces, pero que lo dejaban con ganas de más. Tras haber estado al borde de la muerte, el modo en que ella lo había devuelto a la vida era un milagro que quería explorar.

Pero Wulf se obligaba a mantener su impaciencia bajo control. Ya llegaría su momento. Si no estuviera convencido de eso, ya se habría escapado.

Miró a su alrededor y se fijó en los demás hombres, que estaban ocupados en tareas diversas. Se acercó al que tenía más cerca, el que parecía menos desconfiado. A Wulf todos le parecían iguales: altos, rubios y musculosos, pero esbeltos; nada que ver con su poderosa envergadura.

No le entraba en la cabeza que esos hombres eligieran ser *mästares* por voluntad propia. Eran tan atractivos que cualquier mujer desearía estar con ellos. No podía entender que prefirieran dedicar sus vidas a una sola, a la que tenían que compartir entre todos. ¡Incomprensible!

—*Mästare*.

—¿Sí, alteza?

Wulf se contuvo para no echarse a reír. Le parecía muy gracioso que le mantuvieran el título honorífico, como si no estuviera deslomándose igual que ellos. Pero estaba seguro de que esa muestra de respeto no era espontánea, sino decisión de la mujer. Algunos de los *mästares* lo miraban con odio apenas disimulado y él lo entendía. Mucho se temía que habrían perdido algún amigo o un familiar durante las Confrontaciones. Wulf no había sido el instigador de la guerra, pero había luchado en ella sin piedad, haciendo todo lo que estaba en su mano para proteger a su pueblo. Por supuesto, los ciudadanos de Sari no loveían así.

—¿Puedo hacerte unas preguntas?

—Claro, pero me llamo Dalen.

Wulfric asintió.

—Dalen, ¿qué sabes de la señora de la casa?

—Lo sé todo sobre la señora Sapphire.

Escéptico, Wulf alzó una ceja mientras repetía su nombre en silencio.

«Sapphire».

—Es verdad —insistió Dalen—. Ella quiere que la conozcamos y la entendamos. Cuanto más sepamos de ella, mejor podremos atender sus necesidades.

—Un hombre como tú podría encontrar a alguien que se ocupara de sus necesidades.

—Vuestra reputación con las mujeres os precede, alteza. Ya sé que pensáis que yo debería tener muchas en vez de sólo una.

—Puede que la idea me haya pasado por la cabeza —admitió Wulfric secamente.

—Cien mujeres no podrían darme el prestigio que me da estar al servicio de la señora Sapphire. Su valor aumenta el mío y eso, a su vez, aumenta el valor de mi familia.

—¿Y qué la hace a ella tan importante?

—Es la *karisette* del rey.

—¿Del rey? —A Wulf se le encogió el estómago.

—Lo que hace que vuestra presencia en esta casa sea bastante interesante, ¿no creéis? Estoy convencido de que el rey no tiene ni idea de que estáis aquí.

—Alguien me delatará. —Wulfric miró a su alrededor, mucho más pendiente ahora de los demás *mästares*—. Alguno de tus compañeros pagaría un buen dinero por verme detenido.

—Cuando me enteré de quién erais, yo mismo quise denunciaros. Mi hermano mayor estuvo a punto de morir durante las Confrontaciones. El general Erikson le salvó la vida, pero si no lo hubiera hecho... —Dalen se tensó al darse cuenta de lo que acababa de decir, pero el ambiente pronto volvió a distenderse—. Los otros *mästares* y yo hemos jurado servir a la señora. Aunque sea la *karisette* del rey, es también nuestra principal responsabilidad, y delataros la pondría en peligro.

—¿Qué es una *karisette*? —preguntó finalmente Wulf con impaciencia, sospechando que no le iba a gustar la respuesta.

Dalen bajó la voz.

—La amada del rey.

—¿Una concubina?

—Más que una concubina. Su majestad está enamorado de ella.

Wulf apretó los dientes. Su ángel pertenecía a su peor enemigo.

—La señora es una celebridad nacional —siguió explicándole Dalen—. Todo el mundo sabe lo valiosa que es para el rey, lo que hace que un puesto como *mästare* en su casa sea muy codiciado.

—Si el rey la ama, ¿por qué la ha enviado aquí? ¿Por qué no la ha mantenido a su lado en palacio, para tenerla más a mano?

A causa de las malas relaciones y la constante amenaza de guerra entre los dos países, Wulf se había preocupado de conocer todos los detalles del ejército sariano y de la familia real, pero no se había interesado por las concubinas del rey. Lo había dejado en manos de otros. Sin embargo, ahora las cosas habían cambiado y tenía un interés muy personal en una concubina real, una que le había devuelto la vida con una mirada. Hacía mucho tiempo que no sentía nada parecido por una mujer; tanto que ni se acordaba.

—Como sabéis, el rey no tiene hijos y Sari necesita un heredero. Los herederos de Sari deben ser concebidos a la manera tradicional. El rey debe derramar su semilla directamente en la reina. La inseminación artificial, aunque está permitida para la población en general, no lo está para la familia real.

—En D’Ashier funciona igual.

—El rey era incapaz de cumplir sus deberes con la reina sabiendo que la señora Sapphire estaba en palacio. Por eso la echó de allí.

Wulf frunció el cejo. No es que no entendiera la historia, estaba muy clara, pero se le escapaban las motivaciones del rey.

—¿Eché del palacio a todas las concubinas?

Dalen negó con la cabeza.

—Desde que la señora Sapphire entró en palacio, hace cinco años, el rey no ha vuelto a compartir su cama con nadie más. Un año después de la llegada de Sapphire al serrallo, el monarca se dio cuenta de que el deseo que había sentido por las demás mujeres no iba a volver y les ofreció rescindir sus contratos. Unas cuantas aceptaron su oferta y el resto permaneció en palacio. Los *mästares* de allí se encargan de cubrir sus necesidades, ya que el rey nunca las reclama. Al rey le daba igual si el resto de las *mätresses* se iban o se quedaban, pero la señora Sapphire tenía que marcharse. Como ya os he dicho, no podía cumplir sus obligaciones con la reina si ella estaba cerca.

Wulf permaneció en silencio unos instantes.

—¿Vuestro rey mantuvo a Sapphire en su cama de manera exclusiva? ¿Durante cinco años? ¿Sin ningún descanso?

Dalen se echó a reír.

—Por vuestra expresión, veo que nunca habéis estado enamorado.

A Wulf no le cabía en la cabeza la idea de acostarse con la misma mujer durante cinco años. Si buscara estabilidad en una compañera de cama, se casaría. Pero, de momento, estaba feliz sin compromiso.

—Por eso —siguió diciendo Dalen—, tal vez ahora entendáis por qué a la señora le han regalado este palacio y a todos nosotros. Y no es casualidad que seamos físicamente muy parecidos al rey.

Muy listo ese monarca, pensó Wulf, hacer que Sapphire tuviera recordatorios de su antiguo amante constantemente a su alrededor.

Pero el rey sólo podía darle imitaciones.

Wulf estaba allí en carne y hueso.

Mientras Wulf recorría el pasillo que dividía en dos el patio central, el aire caliente le secaba la piel cubierta de sudor. Le gustaba el calor, ya que se había acostumbrado a él durante los largos meses que había pasado en el desierto, protegiendo y reforzando las fronteras de D’Ashier. Ataviado con el uniforme de *mästare*, llevaba sólo unos amplios pantalones de lino que se le sujetaban a la altura de las caderas, con el pecho y los pies descalzos. Se dirigía hacia el despacho de Sapphire con su habitual paso decidido, un paso que proclamaba, sin necesidad de palabras, que lo controlaba todo a su alrededor.

Bajo sus pies, las baldosas le transmitían un frescor maravilloso. Al parecer, Sapphire prefería prescindir de la tecnología siempre que le era posible. Esa era una de las cosas que le gustaban de ella. Estaba harto de mujeres indolentes y caprichosas. La idea de tener una amante sencilla hizo que se le acelerara el pulso.

Y ahora, por fin, había llegado el momento de volver a verla, cara a cara. Wulf sintió un cosquilleo en la palma de las manos.

La primera vez que la vio, él se estaba recuperando de unas heridas que lo habían llevado al borde de la muerte. Desde ese día, casi había logrado convencerse de que no podía ser tan imponente como la recordaba. Quería creer que aquellos primeros instantes de vida renovada tras recobrar la conciencia en la cámara de curación le había alterado los sentidos, haciéndolo más susceptible. En esas circunstancias, probablemente cualquier mujer le habría parecido atractiva.

La comisura de sus labios se le alzó en una mueca burlona. Era evidente que no había logrado convencerse de que era una mujer como otra cualquiera, porque podría haberse escapado de la mansión y, sin embargo, seguía allí. Sapphire se había tomado muchas molestias para retenerlo. Las medidas de seguridad que había adoptado le resultaban impresionantes e intrigantes. No era habitual que una concubina supiera tanto del tema. Sin embargo, estaba seguro de que se podría escapar con un poco de esfuerzo... de no estar atrapado por un método mucho más eficaz que cualquier cadena. Daba igual que su retorno a D’Ashier fuera de vital importancia, no podía marcharse sin saber qué consecuencias tendría su huida para Sapphire.

Y si ella seguía deseándolo tanto como el día anterior, qué mejor manera de celebrar que había vuelto a nacer que en su cama.

Wulf se detuvo en el umbral de su oficina, que no tenía puerta. Al verla, su cuerpo se endureció de deseo. No habían sido delirios de enfermo: Sapphire era espectacular. De constitución menuda, se había subido a una escalera baja para alcanzar un libro. Cuando se volvió hacia él, su sonrisa hizo que se le encogiera el corazón.

—¿Cómo os encontráis? —le preguntó con una voz un poco ronca.

Llevaba una especie de túnica casi transparente que lo dejó sin aliento. Una oleada de calor le recorrió la piel ante la visión de sus exuberantes curvas.

Tenía unos pechos firmes y generosos, que se mecían libremente sobre sus amplias caderas. En los pezones, largos y atractivos, brillaban argollas de pedrería. No tenía la cintura exageradamente estrecha —de hecho, tenía el vientre un poco redondeado, muy femenino—, pero se veía diminuta junto a sus voluptuosas curvas.

Llevaba el pelo largo hasta la cintura y lo tenía de un color cobrizo parecido al del pelaje de un zorro. El rostro, aunque no poseía una belleza clásica, llamaba la atención por el brillo inteligente de sus ojos castaños, los labios carnosos y la mandíbula marcada. Bajo la tela transparente se veía que tenía la piel pálida y completamente libre de vello. (Lo más probable era que se hubiera hecho la depilación láser).

A Wulf se le había quedado la boca tan seca como el desierto que rodeaba la casa. Sapphire poseía algo mucho más atractivo que la belleza física: irradiaba confianza. Excitaba a quien la miraba porque no ocultaba que estaba deseando disfrutar de los placeres de la vida, y que estaba dispuesta a hacer lo que hiciera falta por gozar de ellos. Wulfric tenía la sensación de haber encontrado en ella a un alma gemela en un mundo que había evolucionado y se había civilizado.

Mientras Sapphire se bajaba de la escalera y se sentaba a la mesa, su sonrisa se hizo más amplia y Wulf se dio cuenta de una cosa. Estando en su compañía, su concentración se reducía y sólo era capaz de centrarse en ella. Cuando se había plantado ante él en la cámara de curación, Wulf había dejado de sentir el insoportable dolor de las heridas o el enorme cansancio. Sólo había podido observarla y desearla, mientras ella se frotaba contra el cristal y lo contemplaba sin ocultar su admiración y su deseo. Lo había mirado de tal manera que lo había hecho sentirse viril y poderoso, cuando se sentía indefenso y furioso consigo mismo por su debilidad.

La deseaba. Esa mujer lo hacía sentir lujurioso y posesivo al mismo tiempo. Su cuerpo anhelaba el suyo a un nivel muy primario. Se preguntó si la tortura que había sufrido lo habría cambiado de alguna manera: si se habría vuelto vulnerable de repente.

—¿Y bien, príncipe Wulfric? ¿Cómo estáis?

Un escalofrío de placer lo recorrió de arriba abajo al oír de nuevo su voz ronca.

—Señora —respondió, en un tono que dejaba claro que estaba a su servicio sólo porque quería y no porque ella lo estuviera obligando—, estoy mucho mejor.

Los ojos oscuros de Sapphire se iluminaron.

—Me alegra oírlo. La Guardiania me ha dicho que habéis pedido permiso para hablar conmigo. Permiso concedido. Hablad.

Él se sobresaltó ante su imperativo tono de voz, pero no lo demostró. La autoridad le sentaba tan bien a aquella mujer como a un monarca su corona. Wulf se fijó en su autodominio y en lo cómoda que se sentía dando órdenes. Aquella concubina no era como las demás. Y él estaba dispuesto a descubrir tanto como pudiera sobre ella antes de marcharse de allí.

—Tengo curiosidad por saber cuáles son mis circunstancias actuales —expuso

con expresión impasible.

No quería que ella sospechara que podía marcharse cuando quisiera. Era obvio que Sapphire no había tenido nada que ver con su captura. Los *māstares* le habían contado lo sorprendida que se había quedado al descubrirlo en la casa. Y no había tratado de interrogarlo ni de atormentarlo, como habría hecho cualquiera que tuviera malas intenciones. Pero eso dejaba muchas preguntas en el aire.

—¿Pensáis pedir rescate por mí?

—No hacía falta que vinierais a verme para saber eso. Guardianas, ¿puedes responderle?

—No se va a pedir ningún rescate, príncipe Wulfric. Vuestros compatriotas creen que estáis muerto.

Wulfric no parpadeó. Al no haber podido ponerse en contacto con su ejército, las patrullas de rescate habrían buscado y encontrado los restos de su escuadrón. Pero a pesar de las pruebas, en palacio sabrían que estaba vivo. Dentro de su nalga derecha llevaba insertado un *nanotach* —un chip activado por su energía celular, que informaba de su localización.

Para evitar una nueva guerra, su padre le concedería un plazo de tiempo razonable para que escapara por sus propios medios. Pasado ese tiempo, volverían a empezar las hostilidades. En D’Ashier lo necesitaban, pero él aún tenía mucho trabajo que hacer. El asalto contra su patrulla había triunfado porque lo habían planificado cuidadosamente. Nadie dedicaba tanto esfuerzo simplemente para pasar el rato. ¿Cuál había sido la auténtica razón de la emboscada? ¿Pedir un rescate? ¿Obtener información? ¿Y cómo era que al final había ido a parar a manos de la concubina favorita del rey?

La Guardianas malinterpretó su silencio.

—Tened cuidado si pensáis acabar con la vida de la señora para conseguir la libertad —dijo el ordenador—. Con su entrenamiento, el resultado podría sorprenderos.

Sapphire lo miró fijamente, como si quisiera averiguar sus intenciones.

—No quiero matarla —le aseguró—. Si quisiera hacerlo, ya estaría muerta.

Wulf se tensó un poco demasiado tarde. Lo que ocurrió sucedió a tal velocidad que más tarde fue incapaz de recordar exactamente lo que había pasado. Sólo se acordaba de que Sapphire había salido disparada de la silla y había saltado la mesa con un movimiento ágil y fluido. Su cuerpo menudo chocó contra el suyo con tanta fuerza que lo derribó. Una punzada en el cuello lo advirtió de que llevaba una daga en la mano. Un simple movimiento de muñeca y Wulf se desangraría.

Por un momento, los horribles recuerdos de la emboscada le aceleraron el pulso. Su pecho subía y bajaba a un ritmo frenético. Podía oler la cueva donde lo habían apresado y también su propia sangre. Inspiró hondo... y le llegó un aroma de lirios *draxianos*.

El aroma de Sapphire.



La calidez y suavidad de su cuerpo eran como un bálsamo. Su tacto lo calmaba. El miedo y la confusión desaparecieron tan rápidamente como habían llegado. Sorprendido, se quedó mirándola con los ojos muy abiertos. Para que una mujer de su tamaño pudiera derribar a un hombre como él, hacían falta años de entrenamiento. No lo habría logrado sin el elemento sorpresa, pero eso ahora no era importante. Lo relevante era que lo había derribado. No era una damisela indefensa y quería que él lo supiera. Wulf estaba impresionado.

La admiración se convirtió en algo más, al notar su cuerpo sobre el suyo. De pronto ya no estaba sorprendido, sino muy excitado.

Sus pechos, tan suaves y voluptuosos, se apoyaban en su torso. Sólo aquella especie de camisola de tirantes transparente los separaba. Sus piernas, esbeltas y obviamente poderosas, estaban enredadas con las suyas. Le sujetó la cintura con una mano y observó cómo entreabría los labios, mientras se le dilataban las pupilas. La erección de Wulf creció pegada al muslo de Sapphire, cuya melena los envolvía en una fragante nube de seda. Se enredó el pelo en el puño para acercarla más a él y se humedeció los labios, deseando que ella lo besara, sin apartar la vista de su apetitosa boca.

Tenía todas las terminaciones nerviosas alerta, todos los músculos en tensión. Cada vez que respiraba, su pecho rozaba aquellos maravillosos senos.

—Bésame —le ordenó, tuteándola.

La daga que seguía pegada a su cuello titubeó.

—No pienso hacerlo.

—¿Por qué?

—Ya lo sabes —susurró ella, tuteándolo también. La situación era demasiado íntima para tratamientos.

—Lo que yo sé es que el otro día estaba al borde de la muerte y, cuando desperté, tú estabas allí. —Wulfric alzó la cabeza y le acarició la nariz con la suya—. Ni muestras de amabilidad, ni un alma caritativa... nada me habría devuelto a la vida tan eficazmente como tu deseo. Estoy en deuda contigo.

Sapphire suspiró y le acarició la mejilla brevemente con la mano que le quedaba libre.

—Entonces, no me pidas que te bese.

El tono pesaroso de su voz lo emocionó tanto como la suave caricia. No tenía tiempo para cortejarla como se merecía, pero sabía que a veces, cuando las posibilidades de éxito eran dudosas, era mejor una retirada a tiempo que arriesgarse. Le costó un gran esfuerzo soltarla, pero lo hizo.

Cuando Sapphire se levantó y volvió a su sitio, tras el escritorio, Wulf sintió una gran decepción. Se levantó del suelo de un salto y cayó sobre las plantas de los pies con la agilidad de un gato.

Su estancia junto a la deliciosa Sapphire tenía fecha de caducidad. Por suerte, el deseo que sentía por ella era recíproco. Había alguna posibilidad de que su plan de

seducción exprés funcionara.

Necesitaba distraerse para que su erección se calmara, así que le preguntó:

—¿Cómo es que he venido a parar aquí?

—Fuiste un regalo —respondió ella en voz muy baja.

—¿Un regalo? —repitió Wulf, frunciendo el cejo. Él no era un objeto que pudiera ir pasando de mano en mano.

A ella se le escapó la risa antes de poder taparse la boca.

Wulf sintió que se le calentaban las entrañas ante un sonido tan seductor. Casi se olvidó de lo que estaba haciendo allí. Todo le daba igual mientras pudiera seguir experimentando las sensaciones que ella le despertaba.

—Creo que en realidad eres mi castigo, alteza —añadió irónicamente el tratamiento.

—¿Castigo? ¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—No importa. Aquello era otro momento, otra vida. Ahora ya da igual. El caso es que estás en mi casa y debemos lidiar con la situación.

—Podrías liberarme —replicó él con aquella voz aterciopelada que nunca fallaba a la hora de conseguir lo que quería de las mujeres.

Ella lo sorprendió asintiendo.

—Sí, sería lo más sensato. En realidad, es la única opción viable. No puedes quedarte aquí. Aunque, por desgracia para ambos, no me apetece nada dejarte marchar.

—¿Por qué?

—Eres magnífico. El hombre más guapo que he visto nunca. —Lo observó con sincera admiración—. Disfruto mucho mirándote.

A Wulf nunca le había resultado tan excitante la honestidad. Todas sus concubinas eran muy expertas y habían perdido el frescor. La admiración que Sapphire sentía por él en contra de su propia voluntad era muy halagadora. Lo deseaba aunque no pudiera cubrirla de regalos ni prometerle favores.

Se acercó a ella lentamente, permitiendo que viera el hambre que le despertaba.

—Te doy permiso para que hagas algo más que mirar. De hecho, te animo a que lo hagas.

Sapphire abrió mucho los ojos.

—¿Tú me das permiso a mí?

La Guardiania los interrumpió.

—Señora, ha llegado el general.

Wulfric se detuvo en seco y flexionó las piernas instintivamente, preparándose para el combate. Observó a Sapphire levantarse de la silla y entonces recordó la advertencia de la Guardiania: «Con su entrenamiento, el resultado podría sorprenderos».

Tras el ataque sorpresa de hacía un momento, comprendió rápidamente lo idiota

que había sido quedándose. Era obvio que Sapphire conocía los movimientos precisos y elegantes de una guerrera, pero había estado demasiado embozado como para darle importancia. Era una concubina del rey de Sari que recibía visitas de generales. Estaba en una situación de mierda, totalmente a merced de sus enemigos.

—¿Quién demonios eres? —le preguntó, fijándose en la expresión inquieta de ella.

—Ve a tu habitación —le ordenó Sapphire, echándolo con un gesto de la mano—. Y no te dejes ver hasta que te avise.

—Tengo derecho a saber lo que me espera. ¿Qué planes habéis hecho para mí?

—¿Planes?

—Sí. ¿Adónde va a llevarme el general?

Ella se dio cuenta al fin de lo que le preocupaba.

—Wulf, no vas a ir a ninguna parte. Quiero que te escondas.

Él permaneció inmóvil, con el corazón desbocado.

—Me estás protegiendo.

Sapphire clavó la vista en la pared. La Guardiana les ofreció una imagen del general, acercándose a la puerta principal. La cara de este quedaba oculta porque tenía la cabeza gacha.

—Vete —lo apremió ella—. Por favor, alteza. Hablamos más tarde.

—¿Por qué lo haces? —Wulf se cruzó de brazos, obstinado.

Ella gruñó.

—¡Y yo qué sé! Quédate, pues, si prefieres disfrutar de la hospitalidad de mi padre que de la mía.

—¿Tu padre?

¿Es que las cosas no iban a parar de empeorar?

—Sí. —Sapphire le dirigió una mirada desafiante—. La elección es tuya, pero decídetelo pronto.

—Quieres que me esconda para que pueda quedarme aquí.

—No sé lo que quiero. Bueno, sí, quiero que te escondas de una vez. Ya te lo he dicho.

Wulf la encontraba irresistible: su honestidad, su fuerza y su belleza. Entre ellos se estaba fraguando algo, algo que ella también notaba, o no estaría tan preocupada por él. No debería confiar en aquella mujer, pero lo hacía.

Sin decir nada más, Wulf se volvió y salió del despacho. Se encerró en su habitación buscando intimidad y la oportunidad de quedarse en la casa más tiempo, para llegar a conocerla mejor.

Mientras la puerta de la habitación se cerraba deslizándose silenciosamente, experimentó una inquietud poco familiar. No estaba acostumbrado a huir de los problemas y se sentía incómodo sabiendo que otra persona trataba de protegerlo.

—¿Qué demonios estará pasando ahí fuera?

En respuesta a sus dudas, la Guardiana proyectó una imagen de Sapphire y de su

padre en la pared, con sonido incluido.

—Gracias.

Había encontrado una aliada.

Wulfric vio cómo el general envolvía a Sapphire en un abrazo afectuoso. Cuando el hombre dio un paso atrás y al fin le vio la cara, Wulf se quedó sin aire.

No le extrañaba que los *mästares* no hubieran denunciado su presencia en Sari. Estaban protegiendo a la hija del héroe nacional.

El padre de Sapphire era nada más y nada menos que el general Grave Erikson, el oficial de mayor graduación del ejército sariano.

Con un gesto, Sapphire le indicó a su padre que se sentara en un enorme diván y tomó asiento a su lado, dispuesta a disfrutar de la oportunidad de tener su atención para ella sola. Sonrió mirándolo a los ojos, que eran idénticos a los suyos, y preguntó:

—¿Cómo está mamá?

Grave Erikson estaba muy elegante con su uniforme. Llevaba una túnica sin mangas de color azul zafiro y unos pantalones amplios del mismo color. Tenía el pelo largo, negro como el azabache, y lo llevaba recogido en una coleta baja. Su rostro reflejaba una belleza austera, además de fuerza y serenidad. El sable láser que llevaba sujeto al muslo potenciaba su aura de peligro, que hacía que sus enemigos salieran huyendo al verlo y que llenaba a Sapphire de orgullo.

—Está bien. Guapa como siempre. Tiene previsto venir a verte en cuanto pueda.

—Me sorprende que hayas venido sin ella.

—Estoy aquí por cuestiones de trabajo. —Alargó la mano, con la palma hacia arriba, y le mostró un gran anillo masculino—. Te he traído un *souvenir*.

Sapphire cogió la joya y admiró la enorme *talgorita*, una piedra preciosa de color rojo intenso, excepcionalmente bella. Era también extraordinariamente valiosa y lo bastante grande como para alimentar una nave sideral y aguantar varios saltos a la velocidad de la luz.

—¿Qué es este símbolo grabado en la piedra?

—El escudo real de D’Ashier.

Sapphire tragó saliva al pensar en la brutalidad con la que le habían quitado el anillo a Wulf. Lo cogió, protectora, antes de preguntarle a su padre:

—¿De dónde lo has sacado?

—La *talgorita* es demasiado valiosa como para usarla en joyería, así que cuando el anillo fue a parar al mercado negro, se corrió la voz enseguida y un suboficial fue a buscarlo. Cuando reconoció el escudo, me lo hizo llegar.

—¿Has descubierto por qué no está en poder de la familia real?

—El traficante admitió que tenía contacto con el grupo mercenario que atacó la patrulla del príncipe heredero de D’Ashier la semana pasada. Yo ya lo sabía, por supuesto. Habíamos interceptado transmisiones de la patrulla de búsqueda que enviamos para localizar el equipo del príncipe.

—¿Lo mataron? —preguntó ella, dejando de lado la culpabilidad que sentía al estar engañando a su padre.

—Eso es lo más interesante de todo. El traficante dijo que torturaron al príncipe y que luego lo vendieron. Por desgracia, el hombre no tenía acceso a las conversaciones internas del grupo mercenario. La falta de noticias es frustrante. Obviamente, Wulfric no ha llegado al palacio de D’Ashier ni al de Sari. ¿Dónde demonios se ha metido? ¿Quién ha podido pagar el precio que pedían por él y para qué lo quieren? Me pregunto si habrá recibido atención médica o bien si lo habrán enviado al espacio

exterior.

Sapphire examinó la expresión de su padre con atención.

—Pareces... disgustado.

Un *mästare* entró en la estancia y dejó unas bandejas llenas de quesos, frutas y dulces. La cerveza que sirvió estaba tan fría que los vasos quedaron casi escarchados al momento.

Grave esperó a que el criado saliera antes de seguir hablando:

—Soy un guerrero, no un político. A mí los tratados de comercio y las riñas del Consejo Interestelar me interesan bien poco. Lo que a mí me importa son las personas y el honor. El príncipe Wulfric es un hombre valiente y un excelente guerrero. Tener que sufrir una emboscada, ser torturado y vendido... es propio de cobardes. Es una vergüenza. Habría preferido que un hombre como él tuviera otro final.

—¿Crees que está muerto?

—Me gustaría que no fuera así, pero en estos momentos las posibilidades de que esté vivo son escasas.

—Cualquiera diría que lo admiras.

Grave se encogió de hombros.

—Lo admiro. Luché contra él cuerpo a cuerpo en las Confrontaciones. En aquella época el príncipe era muy joven, pero tenía mucho empuje y un aire de autoridad digno de elogio. Sus tácticas siempre estaban bien planificadas. Nunca reaccionaba de manera precipitada, sin pensar. Su primera preocupación siempre era el bienestar de sus hombres. No dejaba que sus ansias de victoria lo empujaran a hacer cosas que costaran vidas innecesarias.

—Pero tú fuiste el vencedor de esas batallas; por eso eres el héroe nacional —le recordó Sapphire, orgullosa.

—Ganamos, pero por los pelos. Si el tiempo no hubiera cambiado y no hubiera llegado aquella tormenta de arena, las cosas podrían haber sido muy distintas.

—¡Nunca me lo habías contado!

—Nunca antes habíamos hablado del príncipe Wulfric.

Grave tomó un trozo de melón y se lo metió en la boca.

—Pues hagámoslo ahora. —Sapphire apoyó la espalda en el respaldo del diván y dirigió una mirada desafiante a su padre—. Cuéntame todo lo que sepas de él.

El hombre le devolvió la mirada.

—¿A qué viene este súbito interés por Wulfric?

—Nadie te ha derrotado, pero ahora me entero de que estuvieron a punto de hacerlo. Siento curiosidad por ese hombre que casi está a tu altura.

—Tal vez en otro momento. —Se acabó el contenido de la jarra de un trago.

—¿Sigues investigando lo que le pasó al príncipe?

—Ya veo que sigues tan insistente como siempre. —La expresión de su padre se volvió más solemne—. Sí, sigo investigando. Discretamente. Informo a palacio, pero tanto el rey como la reina piensan que es mejor mantener el tema lejos de los oídos

del Consejo Interestelar.

—Quiero estar al corriente de todo lo que descubras, papi.

—¿Por qué?

—Tal vez quiera dedicarme a investigar en el futuro. O a ser cazarrecompensas. O tal vez sólo sea curiosidad.

—O tal vez no quieras contarme tus motivos. —Grave se echó a reír—. En cualquier caso, te mantendré informada. Pero ahora quiero hablar de ti. Me he enterado de que te has retirado. ¿Has hecho planes para el futuro?

—Creo que voy a pasar un tiempo sin hacer nada. Quiero comer todo lo que no podía comer en palacio y llevar ropa de todos los colores que no he podido llevar estos años. Y quiero enterarme de lo que ha pasado fuera de las paredes del palacio y volver a orientarme en la sociedad. —Sonrió—. Luego ya pensaré qué hago con mi vida.

Grave apoyó la mano sobre la de su hija y le dio un apretón de ánimo.

—Me parece muy sensato que dejes pasar un tiempo antes de tomar una decisión, en vez de lanzarte de cabeza sin saber adónde. ¿Tienes alguna idea? ¿Algo que te interese?

—No, todavía no. Tal vez podría desempolvar mi entrenamiento militar. O enseñar. La verdad es que no lo he decidido.

—Siempre fuiste una gran estratega. Podría enviarte planes de entrenamiento y podrías escribir un manual.

—¿En serio?

—Claro. —Su padre le dedicó una sonrisa afectuosa—. Así tendré una buena excusa para venir a verte más a menudo. Cuando estabas en palacio apenas podía hacerlo.

Sapphire le echó los brazos al cuello. Aunque la jarra vacía quedó entre ellos, a su padre no pareció molestarle, a juzgar por el fuerte abrazo que le dio.

—Y ahora enseñame esta mansión tuya —le dijo riendo—, para poder presumir ante todo el que quiera escucharme.

Mucho más tarde, Sapphire mandó llamar a Wulfric, que volvió a su despacho.

—Creo que esto es tuyo. —Se inclinó sobre el escritorio y dejó el anillo en el borde. La actitud de ella era distante, como si tuviera prisa.

Wulf se acercó lentamente y recuperó su anillo, disimulando el alivio que sentía.

—Gracias —murmuró. Ahora su libertad estaba asegurada.

Sapphire dio media vuelta en la silla giratoria y le hizo un gesto para que se retirara. Parecía distraída, perdida en sus pensamientos.

Wulf sabía que debería marcharse. No sólo de la habitación, tal como ella le indicaba, sino también del país. El anillo que acababa de recuperar parecía un anillo normal y corriente. Aunque lo examinaran al detalle, no encontrarían en él nada

sospechoso. Pero cuando la *talgorita* entraba en contacto con su cuerpo, actuaba con el *nanotach*. Con ambos objetos juntos podía ir al palacio de D'Ashier y volver de nuevo si así lo deseaba, siempre y cuando la señal no estuviera bloqueada.

En un abrir y cerrar de ojos podía poner fin a aquello. Una o varias de sus concubinas podrían aliviar la lujuria que se había apoderado de su entrepierna. Llevaba demasiado tiempo fuera de casa. Era un hombre con un apetito sexual considerable y el deseo que sentía por Sapphire sin duda estaba causado por la larga abstinencia. No podía haber otra razón...

—Te deseo —le dijo, sin poder contenerse.

Ella se tensó ostensiblemente al oír su voz, baja y vibrante de deseo. La observó con atención y notó el instante exacto en que su mirada se suavizaba y sus labios se abrían con un apetito parecido al suyo. Tenían una gran afinidad, a pesar de las muchas cosas que los separaban.

—Debería liberarte —murmuró Sapphire.

—Deberías, pero no lo harás. Te has tomado demasiadas molestias para retenerme.

—Necesitas una mujer. —Apartó la mirada—. Todos los *mästares* necesitáis compañía femenina. Me he ocupado de que un grupo de estudiantes de cuarto curso de Artes Sensuales vengan a visitaros varios días a la semana. Empiezan esta misma noche. Creo que te gustarán. Son...

—No quiero a nadie más. Te deseo a ti.

La preciosa cara de Sapphire expresó resignación.

—Eso es imposible.

—Quiero estar dentro de ti. No puedo pensar en nada más.

Y mientras pensaba en ella, no recordaba la cueva. Ninguna otra mujer podía lograrlo. Tal vez en el futuro, pero de momento no.

—Si nos acostamos, lo único que conseguiremos será complicar aún más las cosas, Wulf. Y si empezaras a pensar con la cabeza en vez de con la polla, me darías la razón.

—Eres una criatura muy insolente. —Y nunca se habría imaginado que la insolencia le resultaría tan *sexy*.

—Aquí tú no mandas. Si quieres hacerlo, vete a tu casa.

Wulfric inspiró con fuerza. Nadie se dirigía a él de esa manera. Aquella mujer no le tenía miedo y se negaba a mostrarle el respeto que merecía un hombre de su estatus. Sapphire era toda pasión, toda fuego. Él quería hundirse en ese fuego y olvidarse de todo lo demás.

Mientras se le acercaba, Sapphire permaneció inmóvil en la silla, aparentemente relajada.

—Con una vez sería suficiente —le advirtió en voz baja.

Wulf se detuvo.

—Ya no deseas a las demás mujeres. ¿De verdad crees que eso cambiará cuando



te hayas acostado conmigo?

—Eres vanidosa —señaló él—. No me confundas con tu rey, el enamorado.

—Eso sería imposible. —Sapphire se echó a reír y el sonido de su risa ronca resonó por la columna vertebral del príncipe—. No es la vanidad la que dicta mis palabras y lo sabes. ¿Crees que no noto la atracción que existe entre tú y yo? Aunque sólo fueras la mitad de bueno en la cama de lo que aparentas, sé que querré más. Y a mí tampoco me falta experiencia. Sé que disfrutarías enormemente conmigo. Tú ya lo sospechas; por eso la idea de acostarte con otra te resulta tan poco atractiva. ¿Cuándo fue la última vez que deseaste a una mujer que no fuera intercambiable por otra?

Wulf se endureció un poco más. Su actitud desafiante lo excitaba.

—Nunca —admitió, observándola con curiosidad, como si fuera un ejemplar de una especie desconocida—. ¿Siempre dices exactamente lo que piensas?

—He pasado los últimos cinco años sin decir lo que pensaba. No me ha gustado y me he jurado no volver a hacerlo.

Él le dirigió una sonrisa propia de un depredador.

—Pues permíteme que sea igual de sincero contigo. A menos que me rechaces de manera clara, voy a poseerte.

—Tienes otra vida a la que volver.

—Entonces te diría que nos diésemos prisa, pero no tengo ninguna intención de hacerlo.

Ella se pasó un dedo entre las dos cejas.

—Esto es una locura.

—¿A que sí? —Se alegraba de que lo fuera y agradecía que su corazón se acelerara y que el estómago se le cerrara por los nervios. Estaba vivo. Era un auténtico milagro y quería celebrarlo con ella.

—Cabrón arrogante. —Sapphire lo fulminó con la mirada.

Wulf rodeó el escritorio y soltó un gruñido cuando ella separó las piernas, mostrándole el sexo brillante de humedad bajo el corto vestido. Estaba tan preparada como él. Wulf se llevó la mano a la cintura para deshacer el nudo del cordón que le sujetaba el pantalón.

—No.

Él se detuvo.

Sapphire le señaló el suelo.

—De rodillas, príncipe Wulfric. Si tantas ganas tienes, puedes darme placer con la boca.

Él se quedó mirándola, paralizado por la sorpresa. Aquella mujer no iba a ponérselo fácil. Escrutó sus ojos y la expresión de su cara, buscando pistas para calibrar la fuerza de su convicción. Gruñó para sus adentros al ver que apretaba la mandíbula con obstinación y que los ojos le brillaban desafiantes.

Se sintió ofendido por el descaro con que le pedía que se olvidara de su placer para dárselo a ella. Pero el hombre que convivía con el príncipe y compartía su

mismo cuerpo era un macho muy primitivo. Olió lo excitada que estaba y supo que era él quien había causado esa excitación. Las dos partes de Wulf lucharon, pero la batalla fue corta.

Enfrentarse a una mujer en un duelo de voluntades era algo nuevo para él; nuevo y muy intrigante, teniendo en cuenta que era alguien a quien nunca nadie le llevaba la contraria.

Tras años de guerra y meses de patrullar, Wulf sabía cómo controlar sus necesidades básicas, pero en esos momentos se sentía incapaz de hacerlo. Su ego protestaba por esa pérdida de autocontrol, pero a su cuerpo le daba igual. Le importaba mucho más responder a aquella llamada animal que corría caliente y espesa por sus venas.

Optó por usar su encanto, su talento y sus atributos físicos para que Sapphire ardiera igual que él.

Levantó la mirada que tenía clavada en su entrepierna y alzó una ceja.

—Una presentación tan íntima debería ir precedida de un beso, ¿no crees?

La cara de ella se ensombreció, insegura, antes de volver a ocultar sus emociones tras una máscara de indiferencia. Se levantó de la silla y le dirigió una sonrisa misteriosa.

—Qué buena idea.

Su tono de voz lo puso nervioso. No sabía si había ganado o perdido la batalla.

Se acercaron el uno al otro. A cada paso eran más conscientes de su mutua presencia. Cuando llegó junto a él, Sapphire apoyó las manos en su musculoso torso y le acarició los costados hasta llegar a su espalda.

Sus caricias eran electrizantes y su aroma embriagador. Wulf había pasado ya varios días en aquella casa y, de momento, había rehuido el roce con los demás *mästares*, esquivando cualquier contacto humano, por leve que fuera. Pensar que alguien le rozara la piel hacía que se le encogiera el estómago, pero el tacto de Sapphire era suave como seda templada, una sensación reconfortante y tranquilizadora.

La atrajo hacia sí, conteniendo el aliento cuando sus pechos generosos se aplastaron contra su torso. Su erección se clavó en la suavidad del vientre de ella. Cuando le llegó el aroma a lirios *draxianos*, hundió la cara en su pelo, para aspirarlo más de cerca.

A pesar de las muchas horas que había pasado esperando ese momento, aún no estaba preparado. Sintió un escalofrío que le recorría la espalda y le llegaba hasta la punta del pene. Contempló el rostro de Sapphire, que había echado la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos, y supo que su próximo movimiento era una auténtica locura. Sin embargo, incapaz de hacer otra cosa. Incluyó la cabeza y la besó, soltando un gruñido al mismo tiempo.

En el mismo instante en que los labios de ella se relajaron bajo los suyos, Wulf sintió que una ráfaga de deseo inundaba sus sentidos con tanta fuerza que se quedó

medio aturdido. Sapphire le siguió el ritmo, sin quedarse atrás, deslizando su lengua sobre la de él, enredándola con la suya. Ladeó la cabeza para abarcar más y apretó contra su cuerpo sus voluptuosas curvas con un hambre que Wulf reconoció, porque él también lo sentía.

Estremeciéndose ante el fervor de su respuesta, la abrazó con más fuerza. La agarró por la nuca con una mano y por la cintura con la otra, cubriéndola con su corpulencia.

La combinación de la habilidad de ambos era muy estimulante. Él tenía a su disposición una docena de mujeres en palacio y todas eran hermosas y expertas. Sin embargo, ninguna de ellas lo había hecho sentir tan excitado como lo estaba en ese momento. Sólo el beso ya superaba su encuentro más apasionado. Podría pasarse días besándola. En todas partes.

Wulf se dio cuenta de que Sapphire era mucho más sabia que él: con una vez no sería suficiente.

Gruñó al darse cuenta de que no iban a tener tiempo de saciar un hambre tan profunda.

Con manos temblorosas, la volvió a sentar en la silla y se dejó caer de rodillas al suelo, separándole los muslos. Se le hizo la boca agua al verla, húmeda por el deseo que él le despertaba y con los labios de su sexo hinchados, anhelando el roce de su lengua.

—Estás húmeda —comentó, con una voz tan ronca que apenas la reconoció.

Sapphire gimió cuando él se acercó y ahogó una exclamación cuando le pasó la lengua de abajo arriba por los suaves pliegues depilados. Dejó caer la cabeza hacia atrás mientras suspiraba.

—Oh, Wulf...

Él apretó los dientes, luchando contra el impulso de levantarse, sacarse el pene de los pantalones y clavarse en su interior. Sabía que ella le daría la bienvenida. Gritaría de placer y disfrutaría con cada embestida. Pero necesitaba que se entregara libremente. Necesitaba que ella lo deseara, lo anhelara, que estuviera hambrienta de él. Y poseyéndola así, abierta de piernas, Wulf tenía a su disposición todas las armas que necesitaba para lograr su objetivo.

Aún de rodillas, se incorporó un poco, acercó más la silla y planeó su seducción con precisión militar.

Sapphire esperaba, casi sin aliento, con los músculos tensos por la excitación, mientras Wulf acercaba la silla y la colocaba a su gusto. Que se tomara tantas molestias con la preparación le decía que tenía intención de darle placer durante un buen rato. La sola idea la hizo estremecer. Llevaba cinco años dedicada a un hombre que sólo se preocupaba de sus propias necesidades. Tener un amante tan entregado era irresistiblemente excitante.

Wulf sostuvo las piernas de Sapphire sobre sus antebrazos y le sujetó las caderas con las manos.

—Espero que estés cómoda —dijo, acariciándola íntimamente con su aliento—, porque no vas a moverte de aquí en un buen rato.

—Es una mala idea —susurró ella.

—Pues a mí me parece jodidamente buena —replicó, justo antes de clavar la lengua en su sexo.

Sapphire arqueó la espalda, jadeando y clavando las uñas en los brazos de la silla.

Wulf soltó un gruñido y la vibración ascendió por el torso de ella, haciendo que se le endurecieran los pezones. La acarició con los labios, haciéndole cosquillas con el pelo en la parte interna de los muslos. Le amasaba las caderas con los dedos mientras deslizaba la lengua con delicadeza y sin prisas sobre la humedad que evidenciaba su deseo, hasta llegar al clítoris.

—Wulf...

Sapphire echó las caderas hacia delante, siguiéndole el ritmo. Se mordió el labio inferior para no empezar a gritar como una desesperada. Aquel hombre era un seductor. Si supiera las pocas veces que le habían hecho el amor de esa manera, lo usaría para debilitar aún más sus defensas.

Con un gruñido ronco, él hundió la lengua, la retiró y volvió a hundirla, follándola con delicadeza, hasta que estuvo completamente cubierta de sudor. Le hormigueaba todo el cuerpo y respiraba cada vez con más dificultad, mientras la sensación que se le había despertado en lo más hondo del vientre aumentaba hasta convertirse en algo muy parecido al dolor. Wulf era metódico, aplicado; no dejaba nada por explorar. La mordisqueaba suavemente y luego succionaba el duro botón en que se le había convertido el clítoris. Nunca nadie la había tomado así, con tanta paciencia y disfrutando de una manera tan evidente.

El sexo de Sapphire se estremeció alrededor de su lengua e, incapaz de soportarlo ni un minuto más, le suplicó que se detuviera.

Él apartó la cara y le mantuvo la vulva bien abierta usando los dedos de una sola mano.

—¿No lo estás pasando bien? —Le soltó la cadera y usó dos dedos para penetrarla con la otra mano.

—N... no... —Sapphire se estremeció. Se agarró los pechos y se pellizcó los pezones, que estaban tan duros que le dolían—. Ya no más.

—¿No? —Wulf acarició sus resbaladizas paredes vaginales con dedos expertos—. Voy a tener que esforzarme más. —Agachó la cabeza y batió la lengua delicadamente sobre su clítoris.

Habría sido imposible prepararse para resistir un asalto a su cuerpo tan lento pero decidido. Ella no tenía experiencia en ese tipo de ataques.

—Por favor... quiero correrme.

Wulf formó un círculo con los labios y la succionó, mientras seguía follándola

con los dedos. Sapphire alcanzó un orgasmo cada vez más largo e intenso, que iba creciendo con cada succión de su boca y cada empujón de sus dedos, hasta que un orgasmo se juntó con el siguiente y este con el siguiente.

Era una sensación devastadora. A diferencia de los orgasmos que ella conseguía con su esfuerzo, este se lo habían arrancado a base de talento y de determinación. Wulf también estaba afectado. Notó que su poderoso cuerpo temblaba bajo las piernas de ella, mientras Sapphire le rogaba que se detuviera y trataba de apartarlo a empujones. Pero él parecía empeñado en obtener alguna meta que a ella se le escapaba.

Sapphire gimió entrecortadamente, retorciéndose bajo su asalto.

Sólo cuando ella dejó caer las manos a los lados y las piernas le colgaron sin fuerza sobre los hombros de Wulf, él desistió y le apoyó la mejilla en el muslo, soltando una masculina risilla de triunfo.

A medida que fue recuperando el control de sus sentidos, Sapphire se resignó y admitió la verdad: estaba metida en un lío muy gordo.

—Puedes levantarte, Wulf —le dijo, con la voz tan ronca a causa de la pasión que acababa de experimentar, que sólo empeoró las cosas.

—No, no creo que pueda. —Tenía la polla tan dura que no podía moverse. Pero logró sonreír, orgulloso por haberla dejado tan satisfecha.

Si no se equivocaba, el deseo de Sapphire llevaba mucho tiempo a punto de ebullición, justo por debajo de la superficie de su piel, y, por desgracia, nadie se ocupaba de él. ¿Cuánto tiempo haría desde la última vez que un hombre le dio placer sólo por la satisfacción que él había obtenido contemplándola? Ojalá tuviera semanas para volver a hacerlo. No le costaba nada imaginarse pasando días y días en la cama con ella, disfrutando de su aroma y de sus curvas, con su exuberante cuerpo arqueándose y retorciéndose de placer debajo del suyo.

—Deja que te ayude —ronroneó Sapphire, y el sonido recorrió la piel de él como una caricia sonora.

Encogió las piernas, le apoyó las plantas de los pies en los hombros y le dio un empujón para hacerlo caer al suelo. Sin darle tiempo a reaccionar, se subió sobre él. Aunque hacía un momento tenía las piernas flojas, lo montó con una asombrosa agilidad de movimientos y le acarició el torso antes de que Wulf tuviera tiempo de sentirse indefenso.

—Me alegro tanto de que te salvaras y te curaras —susurró, desatándole los pantalones antes de bajárselos un poco—. Es un crimen alterar algo tan perfecto como tu cuerpo.

Mientras alzaba la vista hacia sus preciosos rasgos, encendidos por la pasión, a Wulf se le hizo un nudo de gratitud en la garganta. Sapphire no lo estaba tratando con contemplaciones. Al revés, estaba siendo un poco brusca, pero cada vez que lo

empujaba, él ganaba un poco más de confianza. Y cada vez que ella lo observaba con aquel fuego en la mirada, el hielo que se había adueñado de sus entrañas se fundía un poco más.

Le agarró el pene con dedos seguros, lo colocó en posición y llevó la cabeza hinchada del mismo al calor ardiente de su boca.

—Joder —exclamó él, arqueando la espalda al notar que los testículos se le tensaban y ascendían de manera dolorosa—. No hagas que me corra demasiado deprisa.

Sapphire levantó la cara y lo miró con un brillo travieso en los ojos que anunciaba que no iba a tener piedad de él.

—Tu sabor es tan delicioso como tu aspecto. —Lamió una gota de líquido preseminal que le había quedado en la punta y luego trazó el recorrido de una gruesa vena en una sinuosa caricia.

—Tienes una polla impresionante.

Se echó hacia atrás y lo miró con tanta admiración que Wulf se endureció aún más. Se la agarró con las dos manos y apretó.

—¿Cuánto más crecerá? Apenas la abarco.

—Tienes las manos diminutas. —Wulfric estaba ardiendo de deseo. Estaba en tensión de la cabeza a los pies y tenía el cuerpo cubierto de sudor.

—Qué maravilla —susurró ella—. Eres tan suave.

—Métela dentro de ti —le pidió él, gimiendo y luchando por controlarse, mientras Sapphire lo acariciaba—. Es mucho mejor así.

Ella negó con la cabeza y los sedosos mechones de su pelo le acariciaron las caderas. Con la punta de los dedos le resiguió los músculos del torso y él se estremeció.

—Nunca he visto nada más hermoso que tu cuerpo.

Wulf le sujetó la cabeza con delicadeza. No la atrajo hacia su erección, se limitó a acariciarle el cuero cabelludo cada vez que los dedos se le contraían de placer. Poder tocarla, aunque fuera sólo con las puntas de los dedos, le resultaba maravilloso, casi un milagro.

—Me gusta —ronroneó ella, cerrando los ojos.

Wulf quería decirle que se aseguraría de que le gustara todo lo que le hiciera; que darle placer era el principal objetivo de su vida, pero ya no podía hablar. Estaba muy cerca, casi a punto...

Ella volvió a metérselo en la boca, usando las dos manos para acariciarle la parte que no le cabía. Lo succionó con fuerza y decisión, con un apetito que lo derrotó. Con una ferocidad asombrosa, el orgasmo se apoderó de él. Arqueó la espalda mientras su semen salía disparado dentro de la boca de Sapphire, que seguía succionando. Soltó un grito agudo y atormentado, mientras se tensaba y se sacudía con la violenta fuerza de su clímax.

Aunque sólo debían de haber pasado unos minutos, le pareció que transcurrían

horas antes de que su cuerpo se relajara. Se quedó hundido en el suelo, incapaz de moverse.

Sapphire siguió acariciándolo con delicados roces de la lengua, limpiando su simiente mientras él jadeaba y luchaba por recobrar la cordura.

Pero lo único que podía hacer era yacer tumbado en el suelo, despatarrado y aturdido.

Su cuerpo había respondido a sus caricias con la misma velocidad y pasión con que el de ella había respondido a las suyas. Se dio cuenta, con resignación y horror, de que Sapphire tenía razón. A pesar de que los últimos coletazos del orgasmo aún recorrían su cuerpo, la seguía deseando. Más que antes. Quería acercarla a él y abrazarla con fuerza. Y, más tarde, quería follarla como se merecía. Profundamente, duro y durante mucho tiempo. Quería observar cómo gozaba, quería marcarla a base de placer. Quería verle la cara cuando estuviera perdida en sus sensaciones, perdida en él.

La amante de su enemigo. La hija de su mayor adversario.

Iba a tener que olvidarse de los momentos de intimidad que habían compartido. Y también tendría que olvidarla a ella. Se negaba a iniciar una nueva guerra entre los dos países a causa de una concubina.

La larga melena de Sapphire le acarició los muslos mientras ella seguía lamiéndole el pene y ronroneando de placer. Wulf cerró los ojos.

«Más guerra no».

Después de cenar, Sapphire se relajó en el diván de la sala de recepción, pero su mente no estaba cansada, al contrario. Tras examinar los planos del palacio con ojos expertos, se había imaginado todas las posibles vías de escape y luego había puesto los medios para impedir las fugas.

Sólo había un motivo para tomar esas medidas. Sólo había una persona que pudiera plantearse irse de allí. Los demás no tenían ningún deseo de hacerlo. Sin embargo, Sapphire le había dicho a Wulf que era libre de marcharse cuando quisiera. Sus acciones no eran precisamente racionales, pero es que, desde que lo vio por primera vez, no podía pensar con claridad.

Si le quedara una pizca de sensatez, lo obligaría a marcharse. Su presencia en la casa los ponía a ambos en peligro.

Había tomado medidas para no encontrárselo durante los dos últimos días, pero no le resultaba fácil quitárselo de la cabeza. Cada vez que pensaba en él, volvía a sentir sus labios entre sus muslos y su sabor en la garganta. Cada vez que oía su voz por la casa, su cuerpo vibraba de necesidad. Wulf tenía una voz grave y autoritaria. Era una voz que le pegaba mucho y la volvía loca. Sólo tenía que decir algo y Sapphire se derretía por dentro.

Si sólo se tratara de lo bueno que estaba y de lo buen amante que era, podría resistirse a él. Pero sus miradas divertidas, que la perseguían por toda la mansión, hacían que le temblaran las rodillas. Y su modo de ladear la cabeza cuando ella le daba una orden, como si cada una de las palabras que pasaban por sus labios fuera de la máxima importancia, le encogía el estómago. Su modo de apretar los puños cada vez que ella salía de la piscina, le endurecía los pezones, y su manera de...

—¿Puedo sugeriros, una vez más, que lo llaméis? —le preguntó la Guardiana.

—Imposible.

—Según mis estimaciones, vuestras precauciones son inútiles. El príncipe Wulfric está perfectamente familiarizado con nuestra tecnología. En vez de esforzaros en retenerlo aquí, deberíais preguntaros por qué no se ha marchado por voluntad propia.

—Lo sé.

Sapphire se había pasado las dos últimas noches dando vueltas, tratando de entender por qué Wulf permanecía a su lado. Ella no se veía capaz de ordenarle que se marchara. Y, al parecer, él tampoco tenía las fuerzas o el sentido común como para hacerlo. En vez de irse, esperaba. La esperaba a ella.

Cada vez que llegaban las estudiantes de Artes Sensuales, Wulf se retiraba a su habitación. Era el único de los *māstares* que no disfrutaba de sus habilidades carnales. Lo sabía porque ella siempre se quedaba a mirar, para saber si él participaba, y sentía un gran alivio al comprobar que no lo hacía.

Soltando un taco, Sapphire se levantó de la cama y salió al pasillo.



—Guardiana, prepara la holohabitación.

Estaba tan ansiosa por quemar la frustración que la atormentaba, que ni siquiera se dio cuenta de que unos ojos color esmeralda la seguían.

—¿Adónde queréis ir? ¿A los Manantiales de Cristal? ¿Al bosque tropical de Laruvian?

—¿Te has descargado los hologramas que usaba en palacio?

—Por supuesto.

—Entonces prepara las Minas de Valaria.

El ordenador hizo una pausa antes de responder:

—Señora, he revisado el programa en detalle. Carece de las protecciones requeridas por la mayoría de los holoprogramas. Los trols de Valaria no están bajo control.

Sapphire sonrió con ironía.

—Lo sé.

—Es peligroso —insistió la Guardiana—. Incluso para una guerrera con vuestro grado de entrenamiento.

—Pues por eso mismo lo he elegido.

Sentado junto al resto de *mästares*, Wulfric recordaba el movimiento de caderas de Sapphire mientras se alejaba, irradiando violencia contenida por todos los poros de su cuerpo menudo y lleno de curvas. Estaba muy intrigado por las continuas referencias al entrenamiento de la dueña de la casa. Un entrenamiento tan completo que le permitía, al parecer, enfrentarse a trols descontrolados. Había sido testigo directo de su agilidad y se moría de curiosidad por presenciar también ese otro aspecto de su carácter. La necesidad de saber más lo retenía en aquella casa, tan seguro como si lo hubieran encadenado.

—¿Por qué estoy aquí? —se preguntó en voz alta.

—No lo sé seguro —respondió Dalen—, pero sospecho que la reina ordenó que os trajeran aquí como castigo.

—¿Castigo para quién, para Sapphire o para mí?

Dalen se encogió de hombros.

—No estoy seguro. ¿Cómo podría haber previsto la reina lo infelices que os ibais a hacer mutuamente?

Wulf resopló.

—¿Cómo adivinar que no nos íbamos a matar el uno al otro?

Pensar en Sapphire muerta o herida lo afectaba mucho. Sentía hacia ella un instinto protector tan fuerte como el que ella demostraba por él, una reacción que no acababa de comprender.

—Probablemente esa era la intención de su majestad.

Wulf miró a Dalen a los ojos para convencerlo de su sinceridad:

—Yo nunca le haría daño a la señora Sapphire. Ni siquiera para lograr la libertad.

—Os creo, príncipe Wulfric, pero aunque quisierais hacerlo, no os iba a resultar fácil. Os sorprendería ver lo bien entrenada que está.

—¿La entrenó su padre?

—Sí, el general la entrenó en persona.

—La señora necesita una toalla en la cámara de curación, príncipe Wulfric. —Les llegó la voz de la Guardiania.

Wulf cogió un par de toallas del carro que había junto a la puerta en forma de arco.

—Voy.

Al salir de la sala de recepción, empezó a silbar. En ese momento no le importaba nada ser un sirviente. A la cámara de curación se entraba desnudo, por lo que estaba a punto de ver por primera vez a Sapphire sin ropa.

Esperó a que uno de los guardias se acercara a abrir la puerta. Las huellas dactilares de Wulfric estaban desactivadas en todas las pantallas del palacio, para así impedir su huida. Aunque era inútil, se sentía halagado por las molestias que Sapphire se había tomado. Sin embargo, pronto se marcharía. Una noche —una noche entera— con ella y sería capaz de irse sin mirar atrás.

La puerta se abrió y Wulf entró en la habitación. Se quedó petrificado al ver a Sapphire dentro de la cámara de cristal. En su cuerpo perfecto se veían un montón de cortes y de moratones, que se estaban curando rápidamente. Mientras se acercaba, ella alzó la cabeza y le dirigió una mirada fiera antes de ordenarle que se retirara con un movimiento de barbilla.

Él permaneció inmóvil, muy tenso durante un momento, apretando las toallas con fuerza por la rabia que le daba ver su cuerpo tan maltratado. Le costó un gran esfuerzo obedecer su orden y retirarse. La puerta de la cámara se abrió con un silbido de aire a presión, justo cuando Wulf se volvía para marcharse. Con el rabillo del ojo vio que Sapphire se tambaleaba. Con los rápidos reflejos propios de un guerrero, soltó las toallas mientras giraba sobre sus talones y la agarraba antes de que chocara contra el suelo. Estaba inconsciente.

Con ella en brazos, Wulfric salió de la habitación y se dirigió al dormitorio de Sapphire. El día estaba llegando a su fin y el patio central iba quedando sumido en sombras a medida que la oscuridad ganaba terreno.

—Guardiana, abre la puerta de la habitación de Sapphire —le pidió Wulf, preocupado.

Las puertas se abrieron mientras se acercaba. Un guardia trató de seguirlos, pero la Guardiania lo impidió cerrando la puerta con una rapidez fuera de lo corriente. A Wulf se le escapó una media sonrisa.

—Gracias.

—Ha sido un placer.

—¿Cómo están sus constantes? —preguntó Wulf, dejando a Sapphire en la cama.

Las cortinas se cerraron automáticamente y una luz que simulaba la de las velas iluminó la estancia.

—Las constantes están estables. Sólo está agotada.

Wulf se sentó a su lado en la cama y le apartó el pelo de la frente.

—¿Qué demonios le ha pasado?

Como respuesta, el ordenador proyectó una grabación de la holohabitación en una de las paredes. Wulf observó disgustado cómo Sapphire llevaba a cabo una brutal batalla con al menos diez trols valarios. Las fuerzas de estos estaban muy equilibradas con las de la menuda cortesana.

La habilidad de Sapphire era francamente asombrosa. Era buena, muy buena. Podría vencer a la mayoría de hombres que Wulf conocía. Neutralizó a la mitad de los trols antes de que ellos le ganaran la partida haciéndola caer al suelo. Wulf se encogió al ver cómo la golpeaban y le daban patadas. De repente, el holoprograma se desconectó y Sapphire se quedó sola, en el suelo. Levantándose con dificultad, insultó a la Guardiania por haber apagado el juego antes de que acabara, aunque se estuviera aguantando las costillas mientras lo hacía.

La proyección acabó.

—De acuerdo —dijo Wulf en un tono de voz cuidadosamente controlado—. Explícame de qué va todo esto. Y, ya puestos, pásame su biografía.

—Lo único que puedo mostraros son los documentos públicos, alteza.

—Me sirve.

Wulf se tumbó en la cama junto a Sapphire. La volvió de lado con delicadeza y la abrazó por detrás. Disfrutó de la suavidad de sus curvas y agradeció la oportunidad de abrazarla, aunque fuera en esas circunstancias. Enterró la cara en su cuello y se dispuso a escuchar la narración de la Guardiania.

—Katie Erikson nació en...

—Ya me he perdido.

—La mujer que está entre vuestros brazos.

Wulf sonrió.

—De acuerdo, sigue.

Si el ordenador hubiera podido sonar petulante, habría elegido ese momento para hacerlo.

—Su nombre de pila es Katie, Katie Erikson. Es hija del general Grave Erikson y de su esposa, Sasha.

—Katie —repitió Wulf, pronunciando las sílabas con gran placer. Qué nombre tan bonito y femenino para una mujer tan fiera. Se preguntó cómo habría sido de niña y escuchó atentamente lo que la Guardiania le contaba.

Mirando por encima del hombro de Katie, Wulf contempló las escenas que se proyectaban en la pared. Durante una hora, la Guardiania le mostró toda una serie de logros. La vio graduarse en primaria, secundaria y en la Escuela de Artes Sensuales. Vio grabaciones de sus sesiones de entrenamiento con su padre y eventos reales

televisados a los que había asistido, justo detrás de los monarcas de Sari.

Estaba intrigado por la deferencia que el rey Gunther había mostrado siempre por su concubina favorita y por la consiguiente fama que esa estima le había otorgado entre el pueblo de Sari. Wulf sentía curiosidad por saber cómo habría afectado todo eso a la reina. Por eso prestó mucha atención a las imágenes y volvió a ver algunas de ellas varias veces hasta encontrar las miradas de velada hostilidad que la soberana dirigía a su rival cuando creía que nadie la veía.

Cuando terminó de examinar las grabaciones y la Guardiania acabó de hablar, Wulf se dio cuenta de que todo lo que acababa de descubrir sólo había aumentado sus ganas de saber más sobre la persona que había tras la imagen pública. Seguía sin conocer a la auténtica Katie. Sólo sabía lo que era capaz de hacer, y no le bastaba.

Wulfric se negaba a ponerle un nombre a sus sentimientos. Hasta ese momento, siempre había preferido saber poco de las mujeres con las que se acostaba. Mantenía las distancias, porque las mujeres dependientes y pegajosas eran una molestia y no tenía tiempo para ellas. No buscaba nada más que un revolcón rápido y agradable para ambos.

—Wulf...

Se tensó al oír a Katie suspirando suavemente en sueños. Se movió hasta quedar más firmemente anclada entre sus brazos. Su espalda desnuda no podía estar más cerca del pecho de Wulf, igual de desnudo.

—¿Katie? —susurró él, negándose a seguir llamándola por el apelativo cariñoso que le había puesto otro hombre.

—No está despierta —le informó la Guardiania, que había bajado el volumen, como siempre que estaba en modo noche—. Y tiene frío.

Con cuidado de no despertarla, Wulf buscó la colcha de terciopelo y se tapó junto a ella antes de volver a abrazarla. Poco después, cuando Katie volvió a caer profundamente dormida, se dirigió de nuevo al ordenador.

—¿Siempre habla en sueños?

—Si decir vuestro nombre cuenta como hablar, alteza, entonces sí, últimamente lo hace mucho.

Wulf no pudo reprimir una sonrisa triunfal. Le gustaba saber que no era el único que tenía sueños tórridos.

—Se ha tomado muchas molestias para reteneros aquí.

—Lo sé.

—Aunque lo más lógico sería que os marcharais.

La sonrisa se le borró de la cara.

—Sí, sé que no debería estar aquí.

—Y, sin embargo, aquí estáis.

—Yo podría darle mucho más de lo que el rey le ha dado. —En cuanto las palabras salieron de su boca, deseó no haberlas pronunciado. No debería decir esas cosas; ni siquiera debería pensarlas.

—Lo único que ella deseaba que el rey le diera era su independencia.

—Independencia —repitió Wulf.

Él deseaba poseerla, ser su dueño. Tenerla siempre a su disposición. Se imaginaba lo que sería luchar en la pista de entrenamiento y regresar a ella, empapado de sudor y cargado de agresividad. Quería tomarla en ese estado. Quería compartir con ella sexo duro, brusco, descarnado. Reclamarla de manera primitiva.

Mientras se entregaba al sueño en territorio hostil, con la amada de su enemigo entre los brazos, reflexionó sobre sus reacciones a todo lo que acababa de descubrir. Y cuando Katie deslizó una pierna entre las suyas con un suspiro de satisfacción, supo que, a pesar del peligro, no se había sentido tan seguro o relajado en toda su vida... simplemente porque podía abrazarla. La ansiedad que lo acompañaba siempre se calmaba cuando la tenía cerca. No se había dado cuenta de lo que le pasaba hasta que la sensación desapareció.

Era como una adicción. Katie era la droga que calmaba su inquietud.

Una idea peligrosa germinó en su mente, sorprendente e inesperada: ¿qué grado de satisfacción sentiría si pudiera tenerla así en su propia cama, en su propio país?

## 6

—¿Le has permitido que se quedara a pasar la noche aquí? —preguntó Sapphire, incrédula.

—El príncipe estaba preocupado y quería asegurarse de que estabais bien.

—¡Y una mierda! Para eso te tengo a ti. —Ocultó la cara entre las manos—. ¡Maldita sea!

—Mi principal función es asegurar vuestra felicidad.

Sapphire alzó la cara.

—Debería actualizarte el *software* por esto.

—No hay ningún otro sistema Guardián mejor que el mío. Soy un prototipodiseñado únicamente para serviros.

—¡Darle a un enemigo un acceso tan íntimo es peligroso!

—Aparentemente sí, pero las constantes vitales del príncipe y su comportamiento me daban otra información. Se preocupa. Se angustió mucho anoche cuando os vio herida.

—Tú no entiendes el comportamiento humano, Guardianas. —Sapphire se apartó el pelo de la cara—. Soy valiosa para él porque lo protejo y porque si me jode a mí, está jodiendo al rey y a mi padre al mismo tiempo.

—No estáis siendo sincera.

—Y tú estás siendo una tocapelotas.

—Estoy programada para buscar vuestra felicidad aunque intentéis boicotearla.

—Nos ocuparemos de tu actualización enseguida —replicó Sapphire—, pero primero dime con qué cara me enfrento yo a él ahora.

—Estuvo encantado de pasar la noche en vuestra compañía.

—Me lo creo. ¿Dónde está ahora?

—Desempaquetando los víveres que acaban de llegar.

—Cuando su alteza acabe, quiero que lo lleven a las coordenadas que te especificaré. Si sigue las instrucciones que te daré, podrá cruzar la frontera sin que lo maten.

—¿Puede preguntaros algo si tiene dudas?

—No. Pasaré el día fuera. Que preparen mi transporte a la ciudad.

—Señora, ¿puedo sugerir que...?

—No. —Sapphire levantó una mano—. Ya me has complicado bastante la vida. De esto me ocuparé sola.

Sapphire contempló a los reunidos en la residencia del gobernador con indiferencia. En otra época solía disfrutar de ese tipo de actos sociales, pero ya hacía tiempo que las cosas habían cambiado. Al convertirse en la favorita del rey, se había creado una barrera a su alrededor que muy pocos podían atravesar sin provocar la ira del

monarca. Lo lamentó al darse cuenta de que seguía sintiéndose muy sola en medio de la multitud. Y estaba muy cansada de sentirse sola. Era agotador tener que llevar siempre puesta una máscara tan elaborada que nadie sabía cómo era la mujer que había debajo.

Dignatarios, emprendedores de éxito... hasta el gobernador se había acercado a ella tratando de convencerla para que renunciara a retirarse. Le habían ofrecido unas sumas de dinero astronómicas, pero Sapphire no se sentía halagada por ello. La carrera de concubina era muy respetada, ya que era un cargo que requería muchos años de estudio y una dedicación total. Si una concubina elegía bien sus contratos, podía acabar en una posición de poder y privilegio. Nadie dudaba de que había llegado a lo más alto, pero a ella no le satisfacía su fama. Y menos ahora, que había disfrutado de las atenciones de un amante generoso y entregado.

—Pareces aburrida.

Se volvió con una sonrisa al oír la voz de su padre.

—¡No sabía que habías vuelto a la ciudad!

—He llegado esta noche. —Grave Erikson estaba muy elegante, con su uniforme militar de gala, que consistía en unos pantalones ajustados y una chaqueta azul marino—. He pasado por tu casa y la Guardiania me ha dicho que te encontraría aquí.

—¿Es una visita social o querías verme por trabajo?

—Las dos cosas. Querías que te tuviera al día de la investigación sobre la desaparición del príncipe Wulfric, ¿no? ¿O ya has perdido el interés?

—No, no lo he perdido. —El corazón se le aceleró—. ¿Qué has descubierto?

—No gran cosa, a decir verdad, pero era una buena excusa para pasar a verte.

—¡Papá! —Sapphire se echó a reír. Adoraba a su padre en todas sus facetas. Era fuerte y poderoso, pero al mismo tiempo muy cariñoso y siempre sabía encontrar el lado positivo de cualquier situación.

—Vamos a dar un paseo por el invernadero del gobernador y te contaré lo poco que he averiguado.

Grave le ofreció el brazo y la guio con facilidad entre la multitud. Las masas se abrían al paso de su adorado héroe de guerra y su igualmente famosa hija.

—Aún no he descubierto adónde llevaron al príncipe después de que lo vendieran.

—¿Sabes quién contrató a los mercenarios para que lo atacaran?

—No. He encontrado al intermediario, pero sólo he podido hablar con él mediante una comunicación sin imagen. —Grave bajó la mirada hacia su hija—. Al principio pensé que lo habían secuestrado para matarlo o para pedir un rescate por él, pero aparentemente no ha sido así. Iban a entregárselo a alguien en Sari. Lo de la tortura fue sólo diversión del mercenario.

«Y el muy imbécil estuvo a punto de matarlo», pensó Sapphire. El recuerdo de las horribles heridas de Wulfric la acompañaría siempre. Que no se hubiera desmoronado y que permaneciera firme y orgulloso después de ese calvario era una prueba de su

resistencia. Sus ganas de vivir eran fuertes y admirables.

La idea de no encontrarlo cuando volviera a casa le resultaba muy dolorosa, así que trató de apartarla de su mente. De ahora en adelante el único contacto que tendría con él sería mediante lo que oyera en las noticias. Podría mirarlo, pero no tocarlo ni desearlo. Durante el poco tiempo que había tenido para conocerlo, se había convertido en un espectro, siempre presente en su mente. Su cuerpo estaba conectado al de él a un nivel muy profundo. Con sólo mirarla, la excitaba muchísimo, porque sabía que él estaba pensando en todas las maneras en que podría darle placer, algo que estaba muy lejos de las expectativas del rey, que siempre pensaba en cómo iba a satisfacerlo ella.

En resumen, que iba a echar de menos a Wulf, pero quedarse con él habría sido imposible.

—¿Quién podría desear comprar a Wulfric en Sari? —se preguntó en voz alta.

—¿Ahora lo llamas Wulfric?

Sapphire ignoró la pregunta y se esforzó por mostrarse inexpresiva.

—Estoy tan intrigada como tú. Me gustaría ayudarte en las investigaciones.

Grave se echó a reír.

—Ya te estás aburriendo.

—Llevo años aburriéndome. Estoy lista para cambiar de aires y para un poco de acción.

Su padre le cogió la mano y se la apretó.

—Bueno, pues a mí me encantará tenerte en mi equipo. ¿Empezamos el día uno?

—¿Y por qué no esta misma noche? —La idea de volver a una casa donde Wulf ya no estuviera era deprimente. La compañía de su padre sería una distracción perfecta—. Te quedas conmigo, ¿verdad? Podemos beber hasta coger el puntito.

Él negó con la cabeza.

—Ojalá pudiera, pero el rey va a pasarse por aquí esta noche. Desde que te fuiste, sale más a menudo de palacio. Ahora que me han visto, tengo que quedarme o podría usarme como excusa para visitarte. Y teniendo en cuenta el mal humor que tiene últimamente, no sería una gran idea.

—Pobre papi. —Poniéndose de puntillas, Sapphire le dio un beso en la mejilla—. Me voy a casa antes de que llegue. Hablamos el día uno.

—Allí estaré, fresco y puntual, cariño.

—Te quiero.

A pesar de la multitud que casi los aplastaba, la atrajo aún más hacia él y le dio un fuerte abrazo.

—Y yo a ti.

Pasaba de la medianoche cuando Sapphire llegó a casa. El interior estaba suavemente iluminado y muy tranquilo. La mayoría de los *mästares* habían salido, siguiendo su



sugerencia, y el resto estaban en la cama. Sapphire fue directa a su dormitorio y cruzó rápidamente el umbral, mientras las puertas retráctiles se cerraban a su paso.

—Deja las luces apagadas —le ordenó a la Guardiana, al ver que no las encendía inmediatamente.

Estaba acostumbrada a orientarse en la oscuridad, así que se dirigió ágilmente a la cómoda para dejar las joyas antes de quitarse el vestido. Cuando la prenda se arremolinó a sus pies, la apartó de una patada y se acercó a la comfortable cama.

Cuando estaba a punto de llegar, un sonido hizo que se detuviera en seco y aguardara, en tensión.

—Tu ropa apesta a colonia de hombre. —La profunda voz de Wulf retumbó en el espacio que quedaba entre ellos.

Estaba justo a su espalda. Si no hubiera estado tan distraída por la melancolía, se habría dado cuenta antes de su presencia. La furia de Wulf irradiaba de su cuerpo como ondas de calor.

Ella se apartó en silencio, sabiendo que, si hablaba, él podría determinar su posición.

—No deberíamos estar aquí —susurró al fin.

—Tenemos asuntos por resolver. —Su tono de voz era gélido y venía de otra parte de la habitación. Estaba caminando en círculo, rodeándola.

Sapphire se desplazó hacia la cama con la intención de que el gran mueble quedara entre los dos.

—Nosotros no somos nada.

Wulf le hizo un placaje por detrás, girando en el aire para quedar debajo de ella al caer en la cama, protegiéndola así del impacto. Aprovechó el factor sorpresa y se elevó sobre Sapphire, sujetándole los brazos sobre la cabeza y colocándose sobre ella, que no dejaba de moverse.

—¡Guardiana! —gritó, arqueando la espalda para liberarse.

No hubo respuesta. El único sonido que se oía en la habitación era el de sus respiraciones alteradas.

—No puede ayudarte —murmuró Wulf—. He desconectado la alarma y el control de esta habitación. No puede avisar a nadie. Y, aunque pudiera, nadie podría entrar.

—Encontrará la manera de avisar a los guardias.

—No lo creo. Le gusto. ¿Quién crees que me ha dejado entrar?

Negándose a creerlo, Sapphire se revolvió contra él hasta que se dio cuenta de que Wulf estaba tan desnudo como ella. Gimió al ver que la Guardiana seguía sin dar señales de vida. La piel de Wulf estaba ardiendo y su pene, largo y grueso, se le clavaba en el muslo.

—Suéltame.

—¿Con quién has estado?

—¡Y a ti qué demonios te importa! —Sapphire se resistió con más fuerza, tratando de quitárselo de encima.

Sujetándole ambas muñecas con una mano, Wulf bajó la otra y la deslizó entre sus piernas. A ella se le contrajo el vientre cuando le acarició el sexo, abriéndoselo, mientras dejaba caer la frente sobre la suya, suspirando pesadamente.

Wulf se relajó, con lo que la aplastó un poco más.

—No te han tocado —murmuró aliviado.

—Estás loco.

Wulf siguió provocándola con la punta de los dedos. Sus caricias le calentaron la sangre, pero la rabia la encendió aún más.

—Te arrepentirás de esto —lo amenazó.

Él respondió dándole unos suaves besos en los párpados.

—Siento haberte asustado.

—No puedes hacer esto, Wulf. No podemos hacerlo.

Él siguió dándole besos ligeros como una pluma por toda la cara.

—No tienes ni idea de lo mal que lo he pasado mientras te esperaba. —Le dio un lametón en la comisura de los labios—. O tal vez sí lo sabes. Tal vez tú sentías lo mismo cada vez que llegaban las estudiantes de Artes Sensuales.

—¿No crees que estás siendo demasiado vanidoso?

—Siempre te quedabas para ver si me llevaba a alguna de ellas a la cama —susurró él, recorriéndole la mandíbula en tensión y llenándosela de besos.

—No es verdad.

—Sí lo es. —La voz aterciopelada de Wulf la envolvía en la oscuridad—. Te quedabas cada noche.

Wulf le metió la lengua en la oreja y ella se estremeció. Su cuerpo la traicionó y se derritió en sus manos. Él gruñó suavemente y acarició su sexo húmedo, llevando sus fluidos hasta el clítoris para estimularla con la presión adecuada. Ella gimió, con los sentidos inundados por el aroma de su piel. Wulf era tan sexy... Era un ejemplar masculino excitado y dispuesto a conseguir su objetivo. Y hábilmente estaba logrando que ella sintiera la misma lujuria que él.

—Mientras te esperaba —siguió susurrándole—, me estaba volviendo loco pensando que estabas con otro hombre. He sentido ganas de matar a cualquiera que te tocara.

—¿Y para qué iba a ir a buscar sexo fuera? Tengo trece hombres de lo más viriles bajo mi techo —replicó ella, dejándolo fuera de la ecuación deliberadamente.

Wulf le separó las piernas con la rodilla y la penetró profundamente con dos dedos, en un movimiento brusco que la dejó sin palabras.

—¿Con quién has estado?

—¿Qué? —fue lo único que pudo responder, incapaz de pensar.

Él se echó a reír y Sapphire se imaginó la expresión petulante de su hermosa cara. Aquel hombre era demasiado arrogante, pero por desgracia eso la excitaba mucho. Quería enfadarse con él, no derretirse en sus manos.

—¿Por qué no te has marchado? —le preguntó con un gruñido atormentado,

mientras él la seguía penetrando con los dedos rítmicamente. Lo deseaba tanto que lo estaba empapando. Oía el sonido que hacían sus fluidos en contacto con sus dedos y sabía que ese sonido lo estaba volviendo loco de deseo. Su erección aumentó de tamaño y palpité con insistencia contra su muslo.

—No me iré hasta que te tenga, Katie. No puedo.

Oír que la llamaba por su nombre de pila acabó de derribar sus defensas. Una lágrima solitaria se abrió camino entre sus pestañas y le cayó por la mejilla.

Wulf deslizó un tercer dedo en su interior, acariciándole las paredes vaginales con habilidad y delicadeza, ensanchándola antes de penetrarla con su sexo. Mientras tanto, le llenaba los pechos de besos hasta que llegó a uno de los pezones, duro y dolorido, y abrió los labios para rodearlo, a él y al anillo que lo decoraba.

—Para —le suplicó ella, retorciéndose bajo el incansable asalto de su lengua.

Él no le hizo caso y le mordisqueó el pezón delicadamente antes de succionarlo con fuerza.

Con la boca pegada a su pecho, susurró:

—No podría parar de tocarte ni aunque el ejército sariano al completo estuviera en la puerta de la habitación.

Sapphire gimió, seducida por el deseo que despertaba en él.

—Date prisa entonces. Acaba rápido.

Wulf se echó a reír con carcajadas triunfales que resonaron en la oscuridad.

—No pienso darme prisa. Quiero que te entregues a mí completamente. No te reprimas.

—No tenemos tiempo.

—Finge que lo tenemos.

—¿Durante una noche?

—Esta noche. Luego me iré.

Sapphire cerró los ojos.

—De acuerdo.

Wulf le soltó las manos y salió de encima de ella. Aprovechando su recuperada libertad, Sapphire se levantó de la cama y corrió hacia la ventana. Con un destello luminoso, Wulf encendió una vela. Era una vela auténtica, de cera. Ella parpadeó para adaptar la vista a la nueva iluminación.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó sorprendida.

Él sonrió, dejándola sin aliento un instante.

—De Dalen. Me dijo que a las mujeres la luz de las velas les resulta excitante. ¿A ti te pasa?

Wulf estaba dentro del círculo de luz dorada, magnífico en su desnudez. Estaba algo sofocado por el calor y duro como una piedra. Su mirada era oscura y posesiva. No tenía ningún derecho a mirarla así, pero a ella le gustaba que lo hiciera.

—He puesto mi vida en peligro manteniéndote aquí.

—Y yo he arriesgado la mía quedándome. —La recorrió con la mirada de la

cabeza a los pies.

—Eres impresionante.

La voz de Wulf se volvió aún más grave y su grueso miembro se hinchó un poco más.

—Me gusta que te resistas y que me obligues a luchar por ti hasta el final.

—Mañana tendrás que marcharte.

—No quiero pensar en mañana. —Wulf se acercó.

—Pero tenemos que hacerlo. Sólo quedan unas horas.

Él alargó la mano.

—Pues no malgastemos más tiempo.

—No te lo tomas en serio.

—He dejado de lado mis responsabilidades para estar contigo. Han intentado matarme y cada día que pasa, la pista que lleva hasta esos asesinos está más fría. Me lo tomo muy en serio. No quiero desearte. Pero tú me devolviste a la vida cuando ya sólo deseaba morir y también haces que desee esto. Te aseguro que no me estoy tomando nada a la ligera.

Sapphire dio un paso hacia él, atraída por su pasión y su honestidad sin artificios.

Cuando la tuvo al alcance de la mano, la abrazó levantándola del suelo y la besó con un ardor que acabó con la escasa resistencia que a ella le quedaba.

Sapphire le devolvió el abrazo, acercándose más a él, acariciándole la espalda y amasando los fuertes músculos que ocultaba su piel satinada. Wulf gruñó y ella sintió la vibración en sus labios. Sin darle tiempo a reaccionar, la tumbó sobre la cama. Sapphire lo agarró por las nalgas, animándolo a que se acercara aún más, acogiéndolo entre sus piernas.

A pesar del deseo, ella tenía ganas de llorar. La razón trataba de abrirse camino a través del fuego que le devoraba las entrañas. Pensó en su rey, en su padre, en su libertad... dividida entre la lealtad y la fuerza de una fantasía oscura que ni siquiera sabía que tuviera.

Se dio la vuelta hasta que Wulf quedó debajo, sin separar la boca de la suya en ningún momento. Él trató de agarrarla, pero ella le cogió las manos y, entrelazando los dedos de ambos, se las mantuvo sujetas a la cama.

—Déjame tocarte —suplicó Wulf con voz ronca.

—No. —Sapphire logró esbozar una sonrisa seductora. Necesitaba recuperar el control, no sólo de su cuerpo, sino también de la situación. Su oficio consistía en saciar el deseo carnal. Si se centraba en la mecánica, tal vez pudiese reducir el efecto del exceso de sentimientos.

—Querías que me entregara a ti.

Sapphire le acarició la cara con los labios. Le besó las cejas y los párpados, la punta de la nariz y la barbilla. Cuando le mordisqueó el cuello, sintió que su erección daba un brinco entre sus piernas. Frotó su sexo húmedo a lo largo de su pene satinado hasta que él gimió. Luego se detuvo, provocándolo con el calor y la humedad de su

sexo.

—No juegues conmigo —refunfuñó Wulf entre gruñidos—. Ya llevo esperando demasiado tiempo.

Sapphire se alzó ligeramente, inclinándose hacia él haciendo que sus pechos se unieran. Luego fue descendiendo por su cuerpo muy lentamente hasta que la amplia cabeza de su pene quedó situada en la abertura de su vagina. Se estremeció al notarlo. Era muy grande, duro y caliente.

Lentamente, presionó hacia abajo, recibiendo los primeros centímetros y soltando el aire con fuerza al mismo tiempo. Impaciente, él levantó las caderas y Sapphire contuvo el aliento al notar que varios centímetros más entraban en su interior.

Wulf se quedó inmóvil.

—¿Te he hecho daño? —le preguntó con la voz cargada de lujuria—. Estás tan prieta. Quiero follarte hasta encajar en ti como un guante.

Ella se clavó en él, mordiéndose el labio para no gritar, mientras Wulf la embestía con insistencia, penetrando profundamente en su interior. Notarlo dentro de ella, hasta el fondo, la ayudó a concentrarse de nuevo, recordándole que aquello era algo físico, sexual, nada más.

Wulfric soltó una maldición.

—Relájate. Déjame entrar.

Sapphire le soltó las manos, enderezó la espalda y cerró los ojos. Se entregó, dejando que fuera él quien marcara el ritmo y la moviera, adelante y atrás, a derecha y a izquierda, hasta que no pudo estar más dentro.

Ella soltó un gemido desesperado y luego otro.

Wulf soltó el aire entre los dientes apretados.

—Sí —exclamó, sujetándola por las caderas y moviéndola arriba y abajo, empalada en su polla—, sigue haciendo eso, Katie. Sigue haciendo esos ruidos tan sexis.

Sus palabras la excitaron aún más y le resultó más fácil cabalgarlo. Se concentró en el tempo y en su propia respiración, fijándose en el ritmo de Wulf y siguiéndolo embestida por embestida. Él incrementó el ritmo, elevando sus esbeltas caderas y empujando con fuerza y velocidad. La respiración de ambos se aceleró, su deseo se volvió más apremiante. Sapphire se movió más deprisa, sin perder nunca aquel erótico ritmo.

—Mírame.

Sapphire echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos con fuerza.

Wulf le clavó los dedos en las caderas hasta causarse daño, lo que hizo que se detuviera.

—¿Estás trabajando? —le preguntó de malas maneras.

A la velocidad del rayo, la tumbó en la cama y se colocó sobre ella, hundiéndose en su interior hasta las pelotas. Ella ahogó un grito y lo miró sorprendida.

—¿Pensabas que no me iba a dar cuenta? —Le agarró la melena y se la enredó en

el puño, atrayéndola hasta que le marcó el cuello con su boca ardiente—. Todas y cada una de las partes de mi cuerpo están pendientes de ti. ¿Pensabas que no me daría cuenta de que no te estabas entregando por completo? El sexo es sólo sexo. Puedo conseguirlo en cualquier parte. Pero yo te quiero a ti. Te quiero por completo. Ese fue el trato.

—Ya tienes lo que querías.

—Aún no. Pero lo tendré. —Wulf empezó a follársela con embates largos y profundos—. Puedo montarte toda la noche... hasta que me des lo que deseo.

Sapphire trató de cerrarse en banda, pero él no se lo permitió, clavándose en su interior con estocadas rápidas e intensas y rompiendo la concentración que ella necesitaba para separar el cuerpo de la mente.

Ella sintió pánico. El corazón se le aceleró y perdió el control de la respiración. Empezó a jadear y pronto se mareó. Trató de liberarse, pero estaba atrapada por el pelo y por las embestidas de él, que la mantenían clavada en la cama.

Wulf no podría aguantar mucho más a ese ritmo.

Inspirando profundamente, como si fuera un nadador que ha pasado demasiado tiempo bajo el agua, Sapphire cambió de táctica y separó más las piernas para que él pudiera clavarse más a fondo. Wulf tenía la piel resbaladiza de sudor y respiraba con dificultad. Apoyándose en los brazos, se elevó un poco y atrapó la mirada de Sapphire con la suya.

Con una sonrisa lenta y seductora, le golpeó el fondo de la vagina y empezó a hacer movimientos circulares.

—Oh, no, Katie. No voy a correrme aún. No voy a ponértelo tan fácil.

Se retiró, sacando el miembro de sus voraces profundidades, antes de volver a hundirse en ellas. Sapphire sintió que la estaba marcando a fuego. La piel se le encendió y se le hizo un nudo en las entrañas.

—Te gusta, ¿eh? —La voz de Wulf tenía un tono muy sexual—. Me encanta cómo me aprietas. Eres tan suave y estás tan húmeda... Tengo más ganas de correrme que de respirar, pero puedo esperar.

—No esperes.

—Sí. —Wulf siguió penetrándola y retirándose con seductora lentitud, sin perderla de vista, estudiando sus reacciones y repitiendo movimientos que la dejaban medio loca de deseo.

Sapphire no podía defenderse de su asedio sexual. Su cuerpo se había ajustado al suyo, dándole la bienvenida. Nunca había sentido un placer igual. Su gran miembro llenaba cada recoveco como si estuviera hecho a medida para ella. Cuando él echó las caderas hacia delante, Sapphire no pudo contener un gemido. La fricción era irresistible y la obligaba a seguirle el ritmo. Mientras se retorció bajo su cuerpo, Wulf le dedicaba caricias delicadas y tranquilizadoras.

—Chis. —Él la abrazó—. No te resistas. Déjate llevar.

—Wulf...

—Notas lo dentro que estoy —dijo con admiración y ternura—. Eres perfecta. Estás hecha para mí, Katie.

Era imposible mantenerse distante. Si él se hubiera centrado en el sexo, ella habría hecho lo mismo. Pero Wulf se había encargado de que el sexo fuera sólo una parte de algo más grande y Sapphire no tuvo fuerzas suficientes para romper la conexión.

Agarrándole un pecho con la mano que le quedaba libre, él se lo apretó un poco antes de llevárselo a la boca. El calor húmedo de su aliento le quemó el pezón.

—Cuando estés en mi cama, estas joyas serán *talgoritas*.

La piedra real de D’Ashier.

—Sólo una noche... —insistió ella, tensándose para recibir el orgasmo que sentía acercarse, mientras alzaba las caderas con impaciencia.

Él replicó, arrastrando las palabras por culpa del deseo:

—Has sido mía desde el primer momento en que nos vimos. Cuando estemos tumbados en mi cama, en mi palacio, y esté enterrado hasta el fondo en ti, te darás cuenta de hasta qué punto me perteneces.

El sentimiento de posesión de Wulf la rodeaba con tanta decisión como su cuerpo.

—Maldita sea, Wulf, no puedes...

Él aumentó la velocidad de sus acometidas.

—Estás tan caliente, tan húmeda... Soy el último hombre que te va a tocar así.

Ella gimió, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera en la tensión que hervía a fuego lento en su interior. Todo su entrenamiento, sus habilidades, no le sirvieron de nada. Lo había olvidado todo. Sólo podía sentir a Wulfric moviéndose dentro y encima de ella, tan guapo que le robaba el aliento y la razón. Arqueó la espalda, apretándose contra él.

—Por favor —le rogó.

Soltándole el pelo, Wulf se alzó sobre ella, colocándole los brazos por debajo de las piernas y abriéndola completamente para que recibiera sus posesivas acometidas.

—Así, Katie —la animó—. No te resistas.

Se clavó profundamente en ella una vez más. Debería haber sido doloroso, pero no lo era. Era un amante tan hábil que sabía dónde era más sensible. Le frotó ese punto una y otra vez con la punta del pene, hasta volverla loca de placer.

El sudor caía directamente del cuerpo de Wulf al de ella, marcándola con su aroma. Él soltó un gruñido que le salió de lo más hondo de la garganta, un sonido de puro placer animal. Sapphire se agarró a sus duros muslos, clavándole las uñas en la superficie, dura como la roca, totalmente consumida por una lujuria tan fiera que la asustaba.

Dobló la espalda como si fuera un arco en el momento en que el clímax se apoderó de ella. Su vagina se contrajo y se convulsionó, ordeñándolo y causándole oleadas de placer a lo largo del miembro. Wulf la mantuvo cautiva con su mirada. La observó perder el control y se corrió con gran satisfacción masculina, inundando su

cuerpo con violentos chorros de semen blanco y caliente.

—Katie —jadeó—. Katie...

Estremeciéndose, la abrazó y hundió la cara, húmeda de sudor, en su cuello.

Mientras Wulf se liberaba del abrazo de Katie, ella gimió en sueños. Él entendió el sentimiento de pérdida que provocaba ese gemido, porque también lo había sentido con la misma intensidad. Esa reacción era muy preocupante. Nunca había experimentado deseo por una mujer después de haber satisfecho sus necesidades físicas. ¿Qué sentido tenía?

Con Katie, el sentido estaba muy claro: se trataba de reclamar su cuerpo. No podía pertenecer a otro hombre mientras él estuviera dentro de ella.

Frustrado por los residuos emocionales de su encuentro, Wulf se levantó con la intención de volver a conectar a la Guardiania, pero le fallaron las piernas. Se había quedado sin fuerzas ni energías para marcharse. Nunca había tenido un orgasmo tan intenso.

Miró a Katie. Estaba tumbada de espaldas, profundamente dormida. Con impaciencia, aguardó a que le volviera la fuerza a las piernas para poder vestirse y volver a su vida en D'Ashier.

Ella se volvió de lado y se hizo un ovillo, buscando su calor de manera inconsciente. Su piel morena estaba sofocada por el ardor que habían compartido; el pelo alborotado le tapaba la cara. Suspiró diciendo su nombre.

—Katie —respondió él, alargando la mano hacia ella sin pensar.

Incluso en ese momento, seguía deseándola. Quería abrazarla con fuerza y compartir el calor que ella buscaba.

Cerrando en un puño la mano extendida, Wulf se levantó y recogió sus pantalones. Se los puso, se los ató y, negándose a mirar hacia la cama, hizo girar la parte superior de su anillo. Instantáneamente, se encontró en la plataforma de transferencia de su palacio en D'Ashier.

Le escocían los ojos, pero se dijo que era por el cansancio y por el alivio de volver a estar en casa.



Sapphire se despertó y estiró los brazos por encima de la cabeza y las piernas hacia los pies de la cama. Hizo una mueca al notar que le dolían varias partes del cuerpo, pero enseguida se convirtió en una sonrisa felina. Wulf se había comportado como un amante dominante, pero sus caricias eran tan delicadas y había estado tan centrado en complacerla que la experiencia había sido muy agradable.

Volvió la cabeza, esperando encontrarlo a su lado, pero no estaba. Frunció el ceño y levantó la cabeza para inspeccionar las sombras que llenaban la habitación.

—¿Guardiana?

—¿Sí, señora?

—Me alegro de que estés de vuelta. Corre las cortinas.

El terciopelo dorado se desplazó, dejando que la luz del sol inundara la habitación. Parpadeó para que los ojos se le acostumbraran antes a la claridad.

—¿Wulf?

No hubo respuesta.

—Su alteza no se encuentra en la casa.

Wulf se había marchado, tal como le había prometido.

Sentada en la cama, Sapphire apoyó los pies en el suelo y se dio un momento para poner en orden sus pensamientos. Iba a tener que relegarlo a un rincón apartado de su mente. Habían compartido placeres secretos que no podían durar. Había llegado el momento de seguir adelante.

Aunque, al notar las lágrimas que le asomaban a los ojos, se dio cuenta de que era más fácil decirlo que hacerlo. Se agarró al borde del colchón y se deslizó hasta el suelo. Tenía un nudo en la garganta que le dificultaba respirar, así que se obligó a inspirar hondo y a soltar el aire lentamente.

—¿Queréis que avise a un *mästare*?

—No, estoy bien.

Un momento después, las puertas se abrieron. Que el ordenador hiciera lo que le daba la gana se estaba convirtiendo en una costumbre. Sapphire cogió la sábana y se cubrió con ella rápidamente.

—Te he dicho que...

—Buenos días, dormilona.

Sapphire se interrumpió al oír la conocida voz grave y autoritaria y se quedó mirando al hombre que estaba en la puerta.

La sonrisa de Wulf hizo que le temblaran las piernas.

—Te he traído el desayuno a la cama.

Sapphire sintió un alivio tan grande que se dejó caer al suelo.

Wulf se arrodilló ante ella al momento y le alzó la barbilla con delicadeza.

—¿Estás llorando?

Sapphire negó con la cabeza con brusquedad y se frotó los ojos.

Él le dirigió una sonrisa canalla.

—Me echabas de menos.

—No me has dado tiempo.

Wulf la levantó en brazos, la cubrió con una bata de terciopelo rojo que encontró en el vestidor y se dirigió al patio central.

—Mentirosa.

—Capullo arrogante.

—Ah, Katie, me encanta que me digas esas cosas.

—Claro, porque estás acostumbrado a que las demás te besen siempre el...

Él la interrumpió con un beso rápido, intenso.

Ella volvió la cabeza y enterró la cara en su cuello para ocultar la sonrisa y, de paso, aspirar su aroma.

—Has faltado a tu palabra.

—Te dije que me iría hoy y lo haré, pero el día acaba de empezar. Nos quedan muchas horas por delante. —Wulf frotó la mejilla contra su pelo—. Anda, abre la puerta.

Sapphire levantó la cabeza y vio que estaban delante de la cámara de curación. La puerta se abrió cuando ella pasó la mano ante el dispositivo de seguridad.

—¿Qué hacemos aquí?

Los ojos color esmeralda de Wulf la quemaron con su fuego, pero el tono cómplice de su voz la encendió aún más.

—Debes de estar dolorida después de lo de anoche.

Mientras la dejaba en el suelo, Sapphire sintió que se ruborizaba. Ella, la cortesana más famosa de Sari, se estaba ruborizando. Era una señal de lo íntima que había sido su conexión mientras hacían el amor.

Cuando salió de la cámara, poco después, se sentía como una mujer nueva. Wulfric la esperaba con la mano tendida y cuando ella se la cogió, la acompañó al patio.

—Bañémonos juntos —le propuso al pasar junto al *jacuzzi* que burbujeaba en el centro del atrio—. Y luego pasemos el resto del día en la cama.

—¿Lo has preparado expresamente para que la despedida sea lo más difícil posible? —Sapphire bajó los escalones y se sumergió en el agua caliente y humeante.

Wulf se llevó las manos al cordón del pantalón.

—¿Te resultará difícil?

Ella estaba pensando en cuál sería la mejor manera de responder, cuando Dalen apareció a la carrera en el patio, sobresaltándolos. Sin decir nada, agarró a Wulf del brazo y trató de llevárselo a rastras.

—¿Qué haces? —le preguntó él, clavado en el sitio.

—Vamos, alteza. —Dalen estaba muy serio—. Tenéis que esconderos. ¡Rápido!

—Señora, perdonadme —les llegó la voz de la Guardiana, que estaba usando el tono de voz apagado propio de la noche.

Sapphire, alarmada, se volvió hacia Wulf.

—Corre, escóndete.

La ansiedad de su voz lo impulsó a obedecerla. Dejó que Dalen tirara de él y lo escondiera detrás de unos arbustos. Luego Dalen volvió corriendo junto al *jacuzzi* y se postró en el suelo.

Moviéndose por instinto, Sapphire salió del agua y se inclinó en una profunda reverencia. Sólo había dos personas a las que debía mostrarles esa deferencia y en esos momentos no le apetecía ver a ninguna de las dos.

—*Karisette*.

Sapphire cerró los ojos y apretó los párpados con fuerza al reconocer la voz del rey.

—Le he pedido a la Guardiana que mantuviera mi visita en secreto. Sabía que te alegrarías tanto de verme como yo de verte a ti. Levántate, te he echado de menos.

Asombrada, ella se incorporó y lo miró a los ojos.

—Bienvenido, mi rey.

A través de los helechos, de la altura de una persona, Wulf vio que el rey de Sari se acercaba a Katie con ojos codiciosos. Dos docenas de guardias reales entraron tras el monarca y se desplegaron por el patio, rodeándolo. Llevaban uniformes de color azul oscuro, adornados con un cordón de oro que brillaba a la luz del sol.

Los seis guardias reales que vivían con Katie llevaban un cordón de plata, así que, al parecer, estaban al servicio de la reina. Era un dato interesante.

Mientras Wulf observaba al rey abrazar a Katie, una gran furia se apoderó de él. Esa misma mañana, cuando había regresado a su palacio en D’Ashier, se había propuesto no volver a verla. Pero al pensar en ella, desnuda en la cama, oliendo a su sudor y sofocada por la pasión, la tentación de volver había sido irresistible. Sólo unas horas más, se había dicho. Si pasaban más tiempo juntos, podría saciar un poco más su hambre de ella.

Pero ahora, al verla junto a su antiguo amante y ardiendo de celos, supo que se había estado engañando. Nunca podría dejarla en brazos de otro hombre. No cuando le resultaría tan fácil reclamarla para él, hacerla suya de manera irrevocable y tenerla cerca siempre que la necesitara.

Cuando le había dicho a la Guardiana que él podría darle a Katie cosas que el rey nunca podría darle, estaba diciendo la verdad. Tanto en la cama como fuera de ella. Como su concubina, nunca le faltaría de nada y recuperaría la posición que había perdido y que tanto había trabajado para obtener. Tendrían que resolver algunos asuntos logísticos y algunas ataduras familiares... pero también ahí ella saldría ganando.

Al oír la voz ronca de Katie, apretó los puños. Estaba desnuda ante la mirada voraz del rey. Wulf estuvo a punto de salir de su escondite para tajarla y protegerla

de los ojos de todos, sin importarle el contingente de guardias que los rodeaban.

—Mi rey, ¿qué os trae por aquí?

—Mi corazón —respondió el monarca, dejándose caer de rodillas, abrazándose a las caderas de Katie y enterrando la cara en su vientre como si ella fuera la reina y él su súbdito.

La reacción de Wulf no fue la que habría esperado. En vez de ver en el afecto del rey una vulnerabilidad, vio una amenaza.

Katie hundió los dedos en el pelo rubio del monarca y le habló en voz tan baja que Wulf no entendió lo que le decía.

El rey tiró de ella y, cuando la tuvo de rodillas, la tumbó de espaldas en el suelo y montó sobre ella.

Wulf se echó hacia delante, pero alguien lo agarró impidiendo que lo descubrieran. Había estado tan concentrado en la escena que tenía lugar ante sus ojos, que no se había dado cuenta de que Dalen se había ido desplazando disimuladamente hasta llegar a su lado. Los guardias, pendientes de lo que sucedía, tampoco se dieron cuenta.

El *mästare* negó con la cabeza y susurró:

—Os matarán.

Wulf estaba dispuesto a arriesgarse igualmente, pero se detuvo al oír el grito indignado de Katie.

El rey, igual de sorprendido, se apartó.

—Tenéis que volver ahora mismo con vuestra esposa, majestad. —Katie se puso en pie de un salto y retrocedió, tratando de taparse con los brazos.

—¿Crees que no lo he intentado? —El rey se puso en pie entre una nube de frustración y de ropa de color azul zafiro—. Lo he probado todo. Hacerlo en la oscuridad, obligarla a usar tu perfume y tu aceite corporal, afrodisíacos... Nada funciona. No tiene pasión ni fuego y no me despierta absolutamente nada. —Alargó la mano hacia Sapphire, invitándola a unirse a él—. Te deseo tanto que me duele.

Ella relajó los hombros.

—Lo siento.

—Ven a mí —le ordenó el rey.

Sapphire negó con la cabeza.

—Soy el rey.

—Un rey que tiene un deber con su pueblo.

—¿Y qué pasa con tu deber conmigo? Te he amado en exclusiva durante los últimos cinco años. Me perteneces, Sapphire.

—Tenía un contrato firmado, pero nunca fui vuestra.

El rey entornó los ojos.

—El contrato ya no es válido. Debes venir a mí por voluntad propia. Ven ahora mismo.

—No.

—¿Te niegas a obedecerme?

—Sí —respondió Katie, con sencillez.

—Me amas —afirmó el rey—. Estás enfadada conmigo por haberte dejado.

—¿Cómo podría amaros, mi rey? Perteneceís a una mujer y estáis enamorado de otra y yo no soy ninguna de ellas.

—Las cosas entre nosotros no pueden acabar así. —Enfadado, el monarca empezó a caminar a su alrededor con paso decidido—. Si tengo que volver a cortejarte, lo haré. Si tengo que obligarte —la señaló con el dedo—, lo haré. Haré lo que haga falta, Sapphire.

Katie agachó la cabeza con elegancia, para que supiera que había recibido su amenaza.

—Como desee su majestad.

Él la miró fijamente durante unos instantes cargados de tensión y se volvió en medio de un vendaval de tela, para desaparecer seguido de los guardias.

—Su alteza se ha marchado, señora —les comunicó la Guardiana poco después.

Dalen soltó a Wulf en el mismo instante en que Katie se dejaba caer al suelo de rodillas.

Wulf se acercó a ella.

—Si no le hubieras parado los pies tú, lo habría hecho yo.

Acuclillándose a su lado, trató de abrazarla, pero ella se apartó. Wulf frunció el cejo.

—No tengas miedo. Nadie te tomará contra tu voluntad.

—Vuelve a casa —replicó ella sin mirarlo a los ojos—. La Guardiana tiene la información que necesitas para cruzar la frontera con seguridad. Ella se ocupará de tu transporte.

Wulf la agarró y tiró de ella.

—Háblame.

—Ya no tengo ganas de acostarme contigo —replicó Sapphire, sin entonación—. Vete a casa.

Él se tensó, sintiéndose insultado.

—No me castigues a mí por los errores de otro hombre.

Katie abrió la boca para protestar, momento que él aprovechó para abrazarla con fuerza.

Durante unos momentos eternos, Katie permaneció entre sus brazos sin moverse. Wulf cambió entonces de táctica, demostrándole lo mucho que la deseaba con pequeños y decididos lametones. Un murmullo sordo salía de su garganta. Frotó su torso cubierto de vello contra la suavidad de sus pechos, hasta que los pezones se le contrajeron y se clavaron en él, buscando sus caricias. Wulf les dio lo que buscaban. Levantó una mano para sostener un generoso seno, mientras con la otra tiraba del pezón que tenía entre el pulgar y el índice, tal como a ella le gustaba.

Katie se rindió. Abrió la boca con un gruñido hambriento, demostrando una

pasión tan ardiente que esclavizaba a reyes y príncipes por igual. Wulf le penetró la boca con la lengua y la enlazó con la de ella.

Luego, la agarró por las nalgas y la sentó sobre su regazo. Sapphire gimoteó. Interrumpiendo el beso, Wulf la dejó en el suelo, la tumbó y se colocó entre sus muslos abiertos.

Al mirarla a la cara y ver sus mejillas sonrosadas y sus ojos tristes, le preguntó:

—¿Cómo puedes echarme después de lo de anoche?

—Actúas como si tuviéramos elección, como si estar juntos fuera una alternativa. Pero sabes que no es así.

—Lo único que sé es que quiero más, igual que tú. —Wulf le mordisqueó y succionó el cuello. Moviendo las caderas, empujó su rígida erección entre la resbaladiza entrada de su sexo.

No quería dejarla pensar. Y no quería pensar él tampoco. Era imposible desear algo con tanta fuerza y no conseguirlo.

—Ya no podemos separarnos, Katie. Es demasiado tarde.

—¿Renunciarías a tu reino y a tu libertad a cambio de sexo? —replicó ella, con voz ronca—. Si es así, no eres el hombre que pensaba.

Wulf alzó la cabeza y la miró fijamente.

—No renunciaría a D’Ashier ni siquiera por mi vida, pero tú... Tú no tienes nada que sea realmente tuyo. Ni siquiera tu cuerpo. El rey puede venir a reclamarlo en cualquier momento. Si te quedas aquí, nunca serás libre.

Katie soltó un resoplido irónico.

—No intentes convencerme de que la vida a tu lado sería mejor. Si estuviera contigo tampoco sería libre. Me tratarías igual que él. No sois tan diferentes.

—Soy totalmente distinto, porque tú me deseas y anhelas lo que te hago. Veo cómo me miras, noto cómo me tocas. —Se agachó para susurrarle al oído—: Te prometí que me marcharía hoy y cumpliré mi promesa. —Le recorrió la oreja con la lengua—. Pero tú te vienes conmigo.

—Mi padre te perseguiría —le advirtió Sapphire— y acabaría lo que empezaron los mercenarios. El rey aprovecharía mi secuestro para llamar al pueblo a las armas. Sería un desastre.

—Si supieran dónde estabas —murmuró él—, tal vez tuvieras razón.

Wulf hizo un movimiento con ambas manos y de repente Sapphire notó que el suelo bajo su espalda cambiaba y se volvía frío. Sorprendida, volvió la cabeza y vio que seguía debajo de Wulf, pero no en su patio, sino en una plataforma de transporte. Su casa y todo su entorno conocido habían desaparecido. Asustada, se fijó en el escudo que colgaba de la pared de la plataforma y vio que era el mismo que adornaba el anillo de él, el escudo de la casa real de D’Ashier.

—Me las pagarás —lo amenazó.

Wulfric la cubrió con su cuerpo hasta que un criado se acercó con una túnica de terciopelo del color rojo intenso de la *talgorita*. Sólo entonces él se levantó y la

cubrió con la prenda. Sapphire se sentó y se abrazó, cubriéndose los pechos con la rica tela. En la sala de traslados los flanqueaban los guardias reales, ataviados con uniformes rojos y dorados. Cuando se postraron respetuosamente, Sapphire se dio cuenta de que el retorno de su príncipe no los había pillado por sorpresa. Que la estuvieran esperando con la túnica real era otra prueba de ello.

—¿Qué demonios has hecho? —susurró.

Él le ofreció la mano. Sapphire la ignoró y se levantó de un salto, dejando caer la túnica al suelo deliberadamente.

Wulf se plantó ante ella para ocultar su desnudez a los ojos de los guardias. Con una patada de su pie descalzo, recogió la túnica y se la ofreció de nuevo.

—Tápate.

Ella alzó la barbilla.

—No.

Wulf se movió a tanta velocidad que Sapphire no pudo esquivarlo. Antes de darse cuenta, Wulf le había puesto la túnica y se la había cargado al hombro.

—¡Que te jodan, Wulf! —gritó ella, tratando de liberarse—. Estás empezando a hartarme.

Él ignoró sus protestas y se dirigió hacia la puerta, gritando órdenes a su paso.

—Que envíen un pelotón a las coordenadas de retorno. He ajustado el sistema informático Guardián para que permita traslados desde esta plataforma, así que el pelotón deberá salir desde aquí. Traed a D’Ashier a todos los guardias y criados, así como el chip del sistema informático... intacto. Que no quede en Sari nada ni nadie que pueda delatar mi reciente estancia allí.

—¡Bájame antes de que te haga daño! —gritó Sapphire frustrada.

Wulf elevó su tono de voz para acallarla.

Ella lo mordió.

Él le dio una palmada en el culo con la mano que le quedaba libre.

—Para ya —dijo Wulf.

—¡Sabes que no puedes hacer esto, capullo arrogante!

Sapphire sintió que el pecho de Wulf temblaba de risa y vio las caras asombradas de los guardias, a los que dirigió una mirada asesina.

—Decidle al rey que he regresado —ordenó Wulf, dirigiéndose hacia la puerta—, pero que nadie me moleste hasta mañana. —Apoyando una mano posesiva sobre el trasero de Sapphire, añadió—: Voy a estar ocupado.

Wulf tenía las piernas largas, así que, aunque el pasillo de piedra blanca parecía inacabable, lo recorrió a buen paso. Los guardias con los que iban encontrándose se inclinaban a su paso y abrían mucho los ojos al oír a Sapphire, que se retorció y maldecía en voz alta sobre el hombro de su soberano. Poseía el vocabulario de los soldados más curtidos y no dudaba en usarlo. Nunca lo habían insultado tanto en toda

su vida. Pero viniendo de Katie, Wulf descubrió que eso lo divertía mucho.

Las puertas del serrallo se abrieron cuando se acercó. A su llegada sonó un coro de saludos entusiastas y también de suspiros al ver que iba semidesnudo. Cuando las concubinas se acercaron a toda prisa, Wulf las mantuvo a distancia levantando la mano que no tenía sobre las nalgas de Sapphire.

—Su alteza real.

Wulf se volvió hacia una mujer de más edad, que se había postrado en el suelo, a su derecha.

—Sabine —saludó él a su camarera real con una sonrisa. En otra época, había sido la concubina de su padre. Desde que se retiró, servía a Wulf manteniendo el orden en su harén—. Puedes levantarte.

—¿A quién tenemos aquí? —preguntó la mujer, poniéndose en pie con agilidad.

Wulf se dirigió a la gran piscina rectangular que dominaba el centro de la estancia, con Sabine pisándole los talones. Tres fuentes rompían la tranquilidad de la superficie del agua. El chapoteo se mezclaba con las melodiosas voces de las concubinas y con el piar de las aves atrapadas en las jaulas que decoraban el recinto. El aire húmedo estaba perfumado por el aroma de las exuberantes flores de invernadero, esencias varias y suntuosos aceites de baño. A lo largo de todo el perímetro había puertas con piedras preciosas incrustadas, que llevaban a las habitaciones privadas de las concubinas. A la luz del sol que se colaba por la enorme claraboya del techo, las gemas brillaban creando un efecto glorioso.

Wulf dejó que Katie se deslizara despacio al suelo y la mantuvo sujeta.

—Sabine, te presento a Katie.

—Sapphire —lo corrigió ella con impertinencia.

Con una sonrisa, Wulf volvió a dirigirse a Sabine.

—Necesita un baño y ropa adecuada. Quiero que le cambien las joyas corporales. *Talgoritas*, nada de zafiros. Y prefiero que lleve el pelo suelto. Cuando esté lista, la espero en mis aposentos.

Sabine estaba mirando a la desaliñada recién llegada, cuando se dio cuenta de lo que acababa de oír y se volvió hacia Wulf bruscamente.

—¿A vuestros... vuestros aposentos, alteza?

—Eso he dicho. —Con un gesto ampuloso del brazo, le quitó la voluminosa túnica a Katie y la obligó a dar varias vueltas sobre sí misma.

Ella recobró el equilibrio a unos metros de distancia y lo fulminó con la mirada.

—¿Tienes miedo de hacerlo tú mismo, Wulf? Ambos sabemos que puedo ganarte en combate.

Las concubinas ahogaron una exclamación al oír las palabras de insubordinación de la recién llegada, que acababa de llamar al príncipe por su nombre de pila, pero él se echó a reír.

—Lo sé, me ganaste hace tiempo —susurró, sin apartar la mirada de su cuerpo desnudo.



Prendado de su belleza, Wulfric la observó mientras ella miraba a su alrededor, examinando una a una a las mujeres que rodeaban la piscina. Todas le devolvieron la mirada. Algunas eran de curiosidad, otras de desconfianza. Katie se tensó mucho y apretó los puños con fuerza. En ese momento, Wulf se dio cuenta del error que había cometido llevándola allí, a su serrallo. Obsesionado por la lujuria, sólo había pensado en cuál sería la manera más rápida de prepararla para la larga sesión de sexo que pensaba tener con ella.

Abrió la boca para tranquilizarla, pero antes de poder decir nada, ella ya había salido huyendo.

—¡Guardias! —Sabine dio la voz de alarma antes de que Wulf reaccionara.

Las puertas se abrieron, deslizándose silenciosamente, y cuatro soldados entraron en la estancia.

—¡Cerrad la puerta! —bramó Wulf, al ver que Katie daba un salto, dispuesta a atacar al soldado más cercano.

Estaba desnuda, lo que desconcertó al hombre, dejándolo vulnerable a su asalto. La patada de Katie lo alcanzó en el esternón. Él se quedó tumbado en el suelo y Katie no perdió ni un segundo en volverse hacia los demás.

Wulf fue tras ella.

—¡No la toquéis! —exclamó con voz ronca por el miedo, al revivir las escenas de ella herida que había visto en la holohabitación—. Quien le haga daño se las verá conmigo.

Katie volvió la cabeza al oírlo tan cerca. En su mirada sombría, él vio la determinación de escapar de allí como fuera.

«Ya casi la tengo».

Pero cuando estaba a punto de atraparla, Katie salió disparada de nuevo y se alejó de la puerta cerrada. Wulf maldijo. Ella retrocedió y se dirigió al otro lado de la piscina. Asustadas, las concubinas se apartaban a su paso entre gritos. Los pájaros chillaban también, alarmados dentro de las jaulas, sacudiendo las alas y dejando un reguero de plumas en el aire.

Katie rodeó la piscina. Wulf, en cambio, la saltó en diagonal, echando el cuerpo hacia delante a medida que se acercaba volando sobre el agua. La atrapó y se retorció en el aire para protegerla del impacto contra el suelo de mármol, sobre el que se deslizaron varios metros.

—Suéltame. —Katie se resistió.

Él se dio la vuelta y quedó sobre ella, aprisionándola contra el suelo.

Sus pechos se movían al unísono. El corazón de Wulf latía a toda velocidad por la excitación de la caza. El aroma a lirios *draxianos* le inundó la nariz y el alivio que sentía por haber impedido su intento de huida le calentó la sangre. Los pechos desnudos de Katie se clavaron en el suyo, acaparando sus atención. El deseo que le despertaba actuaba como una potente droga en sus venas, haciéndole aumentar la temperatura de todo el cuerpo.

—¡Todo el mundo fuera! —ordenó, levantando la cabeza.

Le llegaron sonidos de pasos que se retiraban y de puertas que se cerraban, pero él seguía con la atención puesta en la mujer que tenía entre sus brazos.

Cubriéndole la boca con los labios, Wulf gruñó de placer cuando Katie le devolvió el beso con el mismo fervor. Adoraba su cuerpo, tan fuerte y flexible. Ella podía luchar y hacerle daño —no le faltaban ni la técnica ni la energía—, pero en cambio lo estaba acariciando con ternura. Tenía el cuerpo tonificado tras años de

entrenamiento, pero seguía siendo suave, llena de generosas curvas y de valles que se ajustaban perfectamente a sus formas.

Katie empezó a resistirse otra vez, aunque su lengua seguía paseándose por su boca con glotonería. No quería desearlo, pero no lo podía evitar. La afinidad que compartían era tan grande que la lujuria de Wulf no hizo más que aumentar hasta convertirse en frenesí.

Interrumpió el beso y hundió la cara en su cuello.

—No te resistas —murmuró contra su piel sofocada y fragante—. Te aseguro que te gustará.

Respirando entrecortadamente, ella arqueó la espalda.

—¡Suéltame!

—No puedo.

Wulf la sujetó por las muñecas y se las levantó por encima de la cabeza. Se metió uno de sus pezones erguidos en la boca, provocándola con la lengua antes de succionarlo con fuerza.

—¡Oh! —Katie se retorció, tratando de detenerlo—. No...

Wulf pasó al otro pecho, mordisqueando la endurecida cima con los dientes antes de calmarla con delicados lametones.

—Deja de moverte —la reprendió con un murmullo que le retumbó en el pecho.

Katie levantó las caderas tratando de librarse de él, pero lo único que consiguió fue quedar con las piernas extendidas bajo su peso. Wulf echó las caderas hacia delante, quedando perfectamente encajado entre sus muslos: había sido diseñado para ella.

—Wulf, no.

—¿Te acuerdas de anoche? —canturreó él—. ¿No te lo pasaste bien? —Hizo rodar las caderas, frotando su erección, dura como una piedra, contra su clítoris—. Tú y yo... estamos destinados a esto.

Mientras se movía entre sus piernas, acariciando la entrada de su sexo con su largo pene, ella gimió.

—Quiero tu miembro.

Wulf gruñó, recordando las sensaciones que ella le había despertado mientras usaba sus múltiples talentos para darle placer.

—¿Para qué? ¿Para que vuelvas a trabajar?

Sosteniéndole las muñecas por encima de la cabeza con una mano, se desabrochó el pantalón con la otra. Cuando le rozó el sexo con el dorso de la mano, ella resopló de placer.

—¿Acaso no me has raptado para eso? —le espetó desafiante—. ¿No es para eso para lo que estoy aquí, en tu serrallo, con tus demás mujeres? ¿Para trabajar?

Con brusquedad, Wulf se bajó el pantalón impaciente, lo bastante como para que su polla saltara libremente. Con agilidad, volvió a invertir sus posturas. Quedó debajo de ella y pateó hasta librarse por completo de los pantalones.

—Ha sido un error —admitió a regañadientes—. No estaba pensando con claridad.

—Igual que ahora. —Katie ahogó una exclamación cuando él apoyó la punta de su pene entre los labios de su sexo, suaves como pétalos, y empujó, penetrando en su mullido y prieto abrazo.

Se mantuvo erguida, con las manos apoyadas en su pecho, mientras las paredes de su vagina succionaban su duro miembro.

Él se obligó a aguantar.

—Tú lo has querido, Katie. Dijiste que podías acogerme en ti. Pues hazlo.

A ella se le marcaban los músculos de los muslos por el esfuerzo que tenía que hacer para mantenerse sobre él. La visión de su cuerpo desnudo y bien torneado era tan erótica que Wulf empezó a sudar. Era una imagen provocativa, muy seductora. Le era imposible imaginarse que algún día pudiera cansarse de ella.

—¿Os daréis por satisfecho si hago esto, alteza? —Con un giro de caderas digno de una experta, lo tomó en su interior hasta la raíz, y su sexo, libre de vello, se cerró alrededor de la base del pene—. ¿Era esto lo que deseabais?

Wulf soltó el aire a través de los dientes apretados. Trató de agarrarse al suelo, pero la pulida superficie de mármol no se lo permitió.

Ella se llevó las manos a la cabeza en un gesto lascivo que le levantó los pechos. Con los ojos entornados, se pasó la lengua por los labios y se elevó, acariciándole el pene de arriba abajo en una caricia muy íntima y cálida.

—Katie —gruñó él, perdido en las sensaciones—. Eres tan hermosa...

Ella empezó a danzar sobre él, ondulando su cuerpo de seductora profesional, subiendo, bajando y rotando las caderas, mientras con las manos convertía su melena en una atractiva cortina de seda negra.

—¿Era esto lo que buscabas? —ronroneó, cabalgándolo con una habilidad pasmosa y una elegancia obtenida tras muchas horas de preparación—. ¿Robarle la amante a tu enemigo para follártela en tu serrallo? ¿Arrebatarle a su cortesana más preciada y añadirla a tu harén personal para que sea una de tantas?

—¿Qué? —Wulf estuvo a punto de atragantarse, mientras ella contraía sus músculos internos alrededor de su polla palpitante, robándole la capacidad de pensar.

—¿Estás pensando en él ahora? —lo provocó Katie, con la voz ronca por la pasión—. ¿Desearías que pudiera verte? ¿Te gustaría que viera cómo te doy lo que no quise darle a él?

Con un grito furioso, Wulf tiró de ella, la pegó a su pecho y volvió a girar hasta que quedó con la espalda pegada al suelo.

—El rey no tiene nada que ver con esto. ¡Nada!

—Mientes —replicó ella con los ojos brillantes.

A Wulf se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Por qué, si no, me has traído aquí, con todas ellas? —insistió Katie.

—Porque soy un idiota —respondió él, besándole el cuello con rabia—, y perdí la

capacidad de pensar desde el momento en que te vi.

—Wulf... —Katie no pudo seguir hablando porque se le quebró la voz.

Las emociones entre ellos eran tan intensas que Wulf sintió que le daba vueltas la cabeza, pero lo agradeció, porque era una prueba de que estaba vivo. Su corazón latía con fuerza en el pecho, tenía los pulmones llenos de aire y entre sus brazos yacía una mujer preciosa y deseable a la que admiraba. Una mujer que se sentía igual que él, temeraria y fuera de control.

Entrelazó los dedos con los de ella y subió los brazos de ambos por encima de sus cabezas.

—Quiero hacerte disfrutar.

—Estoy disfrutando demasiado —susurró ella, apretándole las manos.

Los pectorales de Wulf se contrajeron contra el pecho de Katie cuando le devolvió el apretón de manos.

—Yo también. Me encanta lo que tenemos. Es nuestro y de nadie más.

Cuando ella lo apretó íntimamente, acariciándolo con aquellos músculos internos que lo volvían loco, Wulf dejó caer la cabeza hacia delante.

—No quiero aguantar, Katie —siguió diciendo—. Quiero follarte duro. Hasta el fondo.

Ella le metió la lengua en la oreja, lo que lo hizo estremecer.

—Hazlo. Que arda todo.

Con un gruñido de pura lujuria, la abrazó con fuerza y empezó a embestirla. Estaba desatado, clavándose en su cuerpo con movimientos frenéticos, contrayendo y relajando las nalgas velozmente para llegar lo más profundamente posible a su interior.

Pero no era suficiente. Se preguntó si alguna vez lo sería, si alguna vez lograría estar lo bastante dentro de ella.

Katie sollozó y gritó su nombre, elevándose para recibir cada estocada, mientras le arañaba la sudada espalda cuando trataba de aferrarse a él. Ella también intentaba meterse en su interior.

El placer aumentó rápidamente, como si se tratara de una marea creciente, hasta que se desbordó por los labios de Wulf.

—Katie... Sí, así... tan caliente... tan apretada... joder, me gusta...

Sonidos que parecían producidos por un animal salvaje fueron aumentando de volumen alrededor de la pareja. Como si lo oyera desde lejos, Wulf se dio cuenta de que era él quien emitía esos sonidos de placer, pero no podía parar, ni tenía ninguna intención de hacerlo.

El orgasmo se estaba apoderando de su espinazo y le estaba oprimiendo los testículos. Quería aflojar un poco el ritmo para hacerlo durar un poco más, pero era imposible. No mientras ella le rogaba que la follara con más fuerza, más adentro. Le dolían las rodillas, que tenía clavadas en el suelo de mármol, pero el dolor lo mantenía anclado a la realidad, a aquel momento, a aquella mujer. La que lo había

deseado cuando lo único que él quería era morir.

Apretando los dientes, Wulf intentó olvidarse del placer indescriptible, pero en ese momento Katie gritó su nombre al alcanzar el clímax, mientras se contraía a su alrededor con exquisitas convulsiones internas que lo arrastraron al orgasmo. Él se dejó llevar con un exultante grito de triunfo masculino. Se corrió bruscamente y su pene atormentado brincó cada vez que un chorro de semen se vaciaba en las temblorosas profundidades de Katie.

Estremecido por la fuerza devastadora del orgasmo, a Wulf le costaba respirar. El voraz cuerpo de Katie siguió ordeñándolo con réplicas del clímax que lo volvían loco. Le recorrió la cara y el cuello, llenándolos de besos tiernos y agradecidos. Tras soltarle las manos, la abrazó y luego la volvió de lado para abrazarla por detrás.

¿Cómo se había dejado consumir por aquella pasión tan rápidamente? ¿Por qué tenía que obsesionarse con aquella mujer, una mujer que obviamente no era adecuada para él?

Tenía la mente demasiado embotada para pensar con claridad, de modo que la abrazó con más fuerza.

Katie tenía la cabeza apoyada en su hombro y Wulf notó que se relajaba y se quedaba dormida. Se apartó de ella sólo el tiempo necesario para subirse los pantalones y luego la cogió en brazos.

—Guardián, avisa a Sabine —dijo, llevándola hacia la salida. Un instante después, oyó que se abría una puerta a su espalda.

—¿Sí, alteza? —preguntó Sabine.

Wulf se detuvo y se volvió hacia ella. Cuando Sabine se incorporó de la reverencia, el príncipe vio que estaba muy ruborizada y se preguntó la causa. Entonces recordó el entusiasmo con que acababa de tirarse a Katie y notó que las mejillas se le encendían. No estaba acostumbrado a avergonzarse de ese tipo de cosas, pero con Katie todo era distinto. Todos debían de haberlos oído. Sabine miraba a Katie con respeto.

—Te mandaré llamar cuando se despierte —le dijo—. Te ocuparás de ella en mis habitaciones.

Wulf empezó a alejarse, pero la voz incrédula de Sabine lo interrumpió.

—¿La... la lleváis a vuestros aposentos? Sólo será un momento prepararle una habitación.

Él negó con la cabeza. Estaba tan exhausto como Katie y lo único que quería era un lecho y a ella tumbada a su lado.

—Eso es todo, Sabine.

—Os pido disculpas por no tener la habitación preparada, alteza. —La mujer corrió tras él—. Lo estará enseguida.

—No te disculpes, Sabine. Y no hace falta que prepares nada. Katie compartirá mis habitaciones.

Wulf no tuvo que darse la vuelta para saber que la había dejado con la boca

abierta. Él se sentía igual. Era una sensación parecida a recibir un golpe en la cabeza, algo peligroso teniendo en cuenta que necesitaba tener la mente bien clara para explicar sus actos ante su padre.

Robar a la concubina favorita del rey de Sari para pedir un rescate por ella era una cosa. Implicaba que Katie volvería a su patria y que no se declararían una guerra.

Pero raptarla para quedarse con ella, le pesara a quien le pesase, era algo muy distinto.

Cuando recobró la conciencia, lo primero que Sapphire notó fue el calor y la comodidad. Sin abrir los ojos, disfrutó de esas sensaciones antes de que empezaran a bombardearla otras: la dureza de una pierna de hombre entre sus muslos, un pectoral musculoso bajo la mejilla, unos labios cálidos pegados a la coronilla y el aroma de Wulf impregnando su piel.

Abrió los ojos y vio que estaba en un entorno totalmente desconocido. Unas grandes cortinas de terciopelo rojo cubrían la parte superior y los laterales de una gran cama con dosel. Vio unos enormes ventanales, casi tan grandes como las plataformas de transporte, y, justo debajo de las ventanas, unos bancos adornados con cojines de varios colores.

Curiosa, Sapphire se desenganchó del abrazo de Wulf a pesar de sus protestas soñolientas y se acercó a la ventana para mirar. Situado en lo alto de una montaña, el Palacio Real de D'Ashier tenía unas vistas privilegiadas de las ciudades que medraban a sus pies. El sol se estaba poniendo, iluminando el paisaje que se extendía ante sus ojos con una luz cobriza.

Se sobresaltó cuando los brazos de Wulf la rodearon por detrás. Él le apoyó la barbilla en la coronilla y soltó el aire en silencio.

—Es impresionante —susurró Katie, maravillada.

Wulf la abrazó con más fuerza.

—Estaba pensando lo mismo de ti.

Sapphire se apoyó en su pecho y ahogó una exclamación al notar un dolor en la nalga derecha. Recordó su apasionado polvo junto a la piscina y se llevó los dedos a la zona, pero Wulf le apartó la mano.

—Deja, yo me encargo —murmuró, sabiendo dónde debía acariciarla exactamente para calmarle el dolor.

—No puedes mantenerme aquí prisionera.

Él gruñó, como si estuviera tratando con un chiquillo rebelde.

—Las cosas no tienen por qué ser así.

—¿Y cómo van a ser si no? Mi padre es el general del ejército sariano. Yo he sido la concubina del rey de Sari, tu enemigo, por si no te acuerdas, durante los últimos cinco años y será difícil que me olvide. Cuando descubran que me has raptado...

Wulf le dio la vuelta para mirarla a los ojos.

—¿Y por qué tiene que ser contra tu voluntad? Si eliges quedarte conmigo, tu padre te defenderá. Y sin el apoyo del general, el rey poco podrá hacer. —Los ojos verdes de Wulf brillaban como las esmeraldas a la luz del crepúsculo—. Puedo hacerte feliz. Puedo darte cosas que ni siquiera sabías que querías.

Sapphire sintió que se le paraba el corazón un instante antes de volver a latirle muy deprisa.

—¿Qué me estás ofreciendo?

—Un lugar en mi vida, en mi cama. Te malcriaré, te cubriré de regalos, te llevaré a los sitios que quieras conocer.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Todo el tiempo que nos apetezca a los dos. —Le apoyó la mano en la mejilla y se la acarició con el pulgar.

—No saldría bien.

—He visto cómo te trata tu padre —insistió Wulf—. No se arriesgará a hacerte daño.

—El rey no necesita la aprobación de mi padre.

Sapphire se liberó de su abrazo y regresó a la cama. No eran sus palabras las que la habían molestado, era lo que no decía.

—Tienes muchas mujeres con las que puedes disfrutar con mucho menos riesgo. ¿Cómo se te ocurre poner en peligro la nación entera por un pasatiempo temporal?

A su espalda, Wulf guardó silencio.

Ella aguardó, pero cuando el silencio se alargó, miró por encima del hombro, cuidándose de mantenerse inexpresiva.

Wulfric le devolvió la mirada y se pasó la mano por el pelo oscuro.

—¿Qué quieres que te diga? —Apartó la vista—. ¿Que pienso con la polla? Te he dicho que es más que eso. Pero no me resulta fácil hablar de ello.

—Lo sé.

Igual que sabía que no podía quedarse. Tendría que marcharse —pronto— antes de que la situación se les escapara de las manos a los dos. Wulf le había regalado una semana de su tiempo en Sari. Ella podía aguantar una semana en D’Ashier, pero luego se iría, antes de que el deseo que sentía por él se convirtiera en algo más profundo y más doloroso de perder.

—Tengo hambre —dijo— y quiero bañarme. Luego quiero ver a mis *mästares*.

—Entonces, ¿te quedas? —Wulf se acercó para mirarla a los ojos.

—Un tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—El que nos apetezca a los dos —respondió, apartándose para poner distancia entre ellos.

Cruzó un arco que la llevó a un baño privado. La puerta era impresionante y las paredes estaban cubiertas de baldosines adornados con piedras preciosas. Había varias fuentes que vertían agua templada sobre una bañera. En el fondo había



surtidores de aire perfumado, que creaban burbujas e impregnaban el aire húmedo con una delicada fragancia. El techo estaba formado por cristales que durante el día absorbían los rayos solares y por la noche dejaban ver el cielo estrellado. Las coloridas paredes brillaban a la luz de las velas artificiales.

Era un paraíso hedonista, donde Wulf se sentía muy cómodo. Tenía un apetito voraz por la vida y lo vivía todo al máximo. Era salvaje y desinhibido, sin ataduras, lo que atraía y causaba el rechazo de Katie al mismo tiempo. ¿Cómo sería domesticar a un hombre así? Dudaba que fuera posible. Y si lo era, no creía que fuera a gustarle el resultado.

Sapphire entró en el agua tibia, se sumergió bajo la superficie y nadó hasta el otro extremo. Cuando salió para respirar, se dio cuenta de que Wulf la estaba mirando con el cejo fruncido. Se metió en el agua tras ella, que esperó a que se acercara y luego se deslizó voluntariamente entre sus brazos.

—Katie...

Ella silenció la inevitable pregunta con un beso, ladeando la cabeza para sellarle mejor la boca. Le acarició la lengua con la suya antes de atraparla entre los labios y succionar.

Cuando Wulf se movió para arrinconarla contra el murete de la piscina, ella se sumergió en el agua y se dirigió a un estante donde había jabones y aceites de baño en botellas de cristal estriado. Mientras cogía una botella menos llena que el resto, sintió que las manos de Wulf se deslizaban sobre sus caderas.

—Podría atarte a mi cama y tenerte siempre allí —la amenazó.

Sapphire se echó un poco de líquido en la mano y lo miró con altivez por encima del hombro.

—Si me haces tu prisionera, me resistiré con uñas y dientes. No lo dudes.

Se frotó las manos hasta conseguir espuma y luego se volvió y se la aplicó a Wulf en el torso. Mientras lo masajeaba, él la observaba con los ojos entornados, oscurecidos por el deseo.

—Podría aprisionarte sin cadenas.

—¿Me esclavizarás con tu impresionante cuerpo? —le preguntó ella, sin dejar de acariciar la piel bronceada con las manos resbaladizas por el jabón.

—¿Dejarías que lo hiciera?

—¿Y por qué ibas a querer esclavizarme?

Le acarició los anchos hombros con la punta de los dedos y luego bajó por los brazos bien definidos. Admiró las duras ondulaciones de su abdomen y lo rodeó para frotarle la musculosa espalda. Sintió un cosquilleo y una quemazón en la palma de las manos al contacto con su piel. La atracción que sentía por él era tan fuerte que la dejaba sin aliento. Era una locura, pero no podía luchar contra ella.

—¿No te basta con mi deseo y mi admiración? —añadió.

Mientras le masajeaba la espalda, él dejó caer la cabeza hacia atrás y soltó un gruñido.

—No.

Sapphire se volvió a echar jabón en las manos y le lavó el pelo, masajeándole el cuero cabelludo con la punta de los dedos.

—¿Preferirías que llorara a lágrima viva y que me retorciera las manos cada vez que te alejaras de mí? ¿Y que me pegara a ti como una lapa cuando regresaras, echándote en cara que me hubieras dejado sola demasiado tiempo? No me pareces el tipo de hombre al que le gusta que sus mujeres vayan montando dramas por ahí.

Wulf se volvió, la agarró por la cintura y la zambulló bajo el agua mientras la besaba en la boca. Segundos después, se impulsó con ella hacia arriba con tanta potencia que lo salpicó todo. Sapphire escupió agua y se apartó el pelo mojado de los ojos. Él se echó a reír antes de volver a besarla.

—Me estoy arriesgando a iniciar una guerra por ti. A cambio quiero algo más que deseo. Un poco de dramatismo me parecería bien.

—Yo no te he pedido nada —replicó ella, abrazándolo a la altura de los hombros, lo que hizo que sus pechos se unieran y que los ojos de Wulf se oscurecieran aún más.

—Yo tampoco pedí nada de esto. —Bajó las manos y le levantó las piernas, haciendo que lo rodeara con ellas—. No tengo tiempo para obsesiones.

—Necesitas a una princesa extranjera, con contactos políticos impecables —comentó Sapphire con la voz un poco ronca, lo que delataba lo mucho que le afectaba estar tan pegada a su cuerpo, fuerte y desnudo.

—Algún día. —Wulf la agarró del pelo, obligándola a ladear el cuello—. Pero ahora mismo te deseo a ti. Y no me daré por satisfecho hasta que tú me desees de la misma manera.

—¿Qué te hace pensar que no lo hago?

—Si pudieras, te marcharías.

—Pero no porque no te desee.

—Demuéstralo. —La sonrisa de Wulf hizo que a ella se le encogieran los dedos de los pies.

Sapphire le devolvió la sonrisa y luego bajó las piernas hasta el suelo de la piscina.

—Déjame terminar de bañarte.

—¿Vas a trabajar otra vez?

Ella lo cogió de la mano y lo condujo hacia los escalones, amplios y poco elevados.

—No estoy trabajando. Te estoy tocando porque cualquier excusa es buena para hacerlo.

—No necesitas excusas. Ni siquiera tienes que pedirme permiso.

Con movimientos elegantes, Sapphire hizo que se sentara en el primer escalón y a continuación empezó a lavarle las piernas, entreteniéndose con los músculos de las pantorrillas y los muslos. Siguió ascendiendo hasta llegar frente a su erección, que se

alzaba entusiasta, y se detuvo a observarla. Se la veía gruesa y muy dura. No parecía que hubiera estado follando hasta la extenuación pocas horas antes. Tenía un aspecto delicioso. La boca se le hacía agua al recordar su textura deslizándose sobre su lengua.

—Katie...

El modo en que pronunció su nombre la hizo estremecer. Su voz, siempre tan profunda y amenazadora, estaba teñida de una sensual advertencia.

—Sigue mirándome así y te daré lo que estás buscando aquí mismo, en este escalón.

Acabó de lavarlo rápidamente, ya que el rubor de sus mejillas y sus puños apretados a los costados le indicaron que estaba a punto de cumplir su amenaza. Y aunque era una idea muy apetecible, ella tenía otros planes. Le aclaró el jabón echándole agua con ambas manos sobre las caderas.

Wulf estaba casi tumbado, con el cuerpo en tensión y los ojos entornados, aunque sin perderse detalle de nada. Con las piernas abiertas y su rostro de rasgos austeros y marcados, presentaba una imagen deliciosamente erótica.

Sapphire agachó la cabeza y se metió su polla en la boca.

Él se arqueó, gruñendo, y la agarró por el pelo para acercarla más. Ella succionó con fuerza, mientras mantenía la gruesa cabeza de su sexo aprisionada entre la cálida humedad de su lengua y el velo curvado del paladar. Sujetando la base del pene con una mano, le sostuvo el escroto con la otra, haciendo rodar los testículos con suavidad. Sapphire gimió al notar que su miembro se hinchaba y palpitaba al ritmo de su corazón.

Wulf empezó a jadear trabajosamente y apretó los dedos contra la cabeza de Sapphire.

—Tentadora... esa boca... tan caliente...

La mantuvo sujeta, mientras movía las caderas adelante y atrás, follando su boca entreabierta. Luego, de repente, la apartó y se deslizó en el agua, maldiciendo con ganas.

—¿Wulf? —La boca de Sapphire cosquilleaba de frustración. La sangre le bombeaba caliente y veloz por las venas, hambrienta de él.

Wulf le dirigió una mirada furiosa.

—Quieres reducirlo sólo a sexo.

—Es que no puede ser nada más que eso.

—Puede ser lo que nosotros queramos que sea. —Tras coger un recipiente del estante, regresó nadando hacia ella, apretando la mandíbula en un gesto rebelde.

Estaba claro que Wulf no estaba acostumbrado a que le dijeran que no.

—¿Y por qué quieres que sea algo más? —insistió Sapphire—. Dijiste que lo que había captado tu interés en la cámara de curación era el deseo que yo te había despertado. Y el deseo lleva al sexo.

Wulf se detuvo ante ella. Al levantar la tapa del recipiente, liberó el aroma a lirios

*draxianos.*

—Fue tu deseo el que me revivió —la corrigió él—, aunque me fascinaste cuando me pusiste la daga en el cuello y luego cuando me protegiste de tu padre.

—Momentos de locura temporal.

Contra su voluntad, Sapphire alzó la mano y la apoyó delicadamente en la cadera de Wulf. El gruñido de aprobación que brotó de su garganta la empujó a clavarle los dedos en la carne. El impulso de frotarse contra su cuerpo cada vez era más difícil de resistir.

—Sí. Pero los momentos se alargaron y se unieron unos con otros, convirtiéndose en días de locura, en los que yo no pensaba en nada más que en ti y tú no pensabas en nada más que en mí.

—Con el paso del tiempo nos iremos olvidando el uno del otro.

—El día antes de salir a mi última misión —Wulf se enjabonó las manos—, le pedí a Sabine que seleccionara a cuatro de mis concubinas. No fui capaz de decidirme por ninguna de ellas, así que me quedé con las cuatro.

Las imágenes que acudieron a la mente de Sapphire la pusieron celosa.

—Recuerdo que todas tenían el pelo de distinto color —siguió explicando él—, pero cuando hoy he entrado en el serrallo, no he sido capaz de recordar quiénes eran. Si las hubieran puesto a todas en fila delante de mí, dudo que hubiese sido capaz de reconocerlas. Aunque fue una noche de desenfreno muy agradable, no tuvo nada que la hiciera memorable.

Wulf le sostuvo los pechos doloridos en las manos y se los apretó.

Sapphire contuvo el aliento.

—Pero tú... —Sonrió—. Sé que tienes una marca de nacimiento en la cadera y una peca en el hombro. Conozco tu olor y tu tacto. Los reconocería entre mil. Para mí eres única y muy real. Te quiero para mucho más que para el sexo. Quiero hacer muchas cosas contigo, además de follarte.

Ella lo contemplaba cautivada, mientras él la acariciaba trazando círculos cada vez más pequeños. Cuando alcanzó los pezones, Sapphire gimió al notar que estos se le contraían, convirtiéndose en firmes bolitas.

—Quiero saber mucho más de ti —murmuró Wulf—. Por dentro y por fuera.

La lavó lentamente, con la misma atención con que ella lo había lavado a él. Sapphire se sintió invadida por una deliciosa languidez que hizo que brazos y piernas le pesaran de repente. Wulf le colocó una mano entre las piernas y le acarició la carne ya hinchada, aclarándole el jabón y excitándola al mismo tiempo, hasta que ella tuvo que agarrarse de sus hombros para evitar caerse.

Había pocas cosas que Sapphire fuera incapaz de resistir, pero al parecer la ternura de Wulf era una de ellas. ¿Sabría él el efecto que le causaba? ¿Lo haría expresamente?

—Aclárate —le ordenó.

Cuando ella salió del agua, Wulf la estaba esperando.

—Ven aquí. —Su tono era persuasivo. Agarrándola por la cintura, la levantó y la sentó en el borde de la piscina, con las piernas colgando, en el agua.

Cuando le separó las rodillas, ella supo lo que pretendía. Su sexo entusiasta recibió sus atenciones con una descarga de humedad. Empezó a respirar entrecortadamente, a medida que el corazón se le aceleraba. Wulf le dirigió una sonrisa canalla: sabía perfectamente el efecto que le causaba. Sapphire lo atrapó con el pie y lo acercó al borde de la piscina.

Wulf se sentó en uno de los escalones y le separó los labios del sexo con dos dedos.

—Me deseas.

—Algunas partes de mí lo hacen —replicó ella.

Él sonrió con más ganas.

—No descansaré hasta que me desees con todas las partes de tu cuerpo. —La acarició lentamente con la punta de los dedos, hacia delante y hacia atrás—. Mira lo húmeda que estás. Eres insaciable.

—Wulf...

Sapphire maulló cuando él agachó la cabeza y la obsequió con un beso de amante, hundiendo la lengua en su interior. Acariciándola. Atormentándola.

—Quiero conocer esta parte de ti. —Wulf le dio un nuevo lametón y sus ojos verdes brillaron con una necesidad masculina muy primitiva—. Quiero memorizar su sabor, su tacto. —Se metió su clítoris en la boca y lo succionó antes de golpear las sensibles terminaciones nerviosas con rápidos toques de lengua.

A Sapphire empezaron a temblarle las piernas. Lo agarró por la nuca para acercarlo más a la entrada de su cuerpo. Él ladeó la cabeza y la folló con la lengua, haciéndole cosquillas con la barba en la parte interna de los muslos. Estaba encendida y movía las caderas adelante y atrás, buscando el orgasmo que él le escatimaba deliberadamente.

A Sapphire todo le resultaba nuevo: la seducción, la falta de control, el privilegio de no tener que hacer nada, aparte de disfrutar de las atenciones que él le prodigaba tan generosamente. Lo observaba con los ojos entornados, enamorada de la visión de un hombre tan guapo —un príncipe enemigo— dándole satisfacción de un modo tan íntimo.

Wulf gruñó de placer y ese sonido salvaje desató el nudo de tensión que se había formado en el vientre de Sapphire, que estalló en un orgasmo intenso, demoledor. Gritó con el pecho lleno de emoción, de gratitud, de deseo.

—Preciosa —la alabó él, acompañando con suaves caricias de la lengua los últimos temblores de su orgasmo.

—Para —le rogó ella, demasiado sensible para soportar más sus expertas caricias.

Pero en vez de hacerle caso, Wulf empezó de nuevo, martirizando su carne trémula hasta que ella volvió a correrse en un clímax más salvaje que el anterior. Y luego empezó otra vez. Y otra vez.

—Por favor. —Sapphire le dio un empujón—. Ya basta.

Él la miró con los ojos entornados y los labios hinchados y brillantes.

—¿Estás satisfecha por ahora? ¿Te apetece que comamos algo y charlemos un poco?

Sapphire sonrió.

—Lo que me apetece es dormir una siesta.

Wulf se apoyó en el borde de la piscina y se impulsó con los brazos para salir del agua. Se quedó parado junto a ella, goteando, mientras agarraba con fuerza su erección. Se masturbó con fuerza y rapidez, acariciando el miembro erecto que ella anhelaba. Una gota de semen humedeció la punta justo antes de que el resto saliera disparado y cayera al suelo. Cuando hubo acabado, el pecho de Wulf subía y bajaba trabajosamente. Le dirigió una sonrisa irónica.

—Llevaba mucho tiempo sin hacer esto.

—No tenías por qué hacerlo ahora.

Aunque estaba saciada, le habría encantado acogerlo en su cuerpo de cualquier manera que él hubiera querido y Wulf lo sabía. Pero estaba tratando de enviarle un mensaje: que en su relación estaba dispuesto a dar y no sólo a recibir.

—Sí, tenía que hacerlo —replicó.

Se agachó y se enjuagó las manos en el agua de la piscina. Sapphire se dejó caer y se sumergió por última vez antes de salir por la escalera.

Wulf la estaba esperando y le ofreció la mano para ayudarla. Luego le dio un beso, rápido y entusiasta, en la frente. Entrelazó los dedos con los suyos y la llevó a una de las esquinas de la estancia, donde los esperaba una rejilla de secado. Mientras el aire cálido soplaba a su alrededor, la abrazó. Sapphire lo atrajo aún más cerca, hasta que no quedó espacio entre ellos.

Él le acarició la espalda con delicadeza, casi con reverencia, controlando su enorme fuerza. Los ojos de Sapphire se llenaron de lágrimas, a pesar de que tenía los párpados cerrados, pero el chorro de aire caliente eliminó las pruebas.

Cuando ambos estuvieron secos, Wulf le puso un albornoz, se puso otro él y la sacó de sus habitaciones.

—Comida y vino —le pidió al Guardián del palacio.

Luego especificó y le encargó el festín que Sapphire habría podido pedir si la hubieran dejado elegir a ella, ya que constaba de todos sus platos favoritos. Con eso le estaba demostrando que durante su estancia en Sari se había fijado, y que se había esforzado en memorizarlos. Tal vez no le suponía demasiado esfuerzo. Tal vez formaba parte de su entrenamiento como guerrero prestar atención a todos los detalles.

—Como ordenéis, alteza —respondió el ordenador.

Tomaron una comida ligera, compuesta de queso, frutas y dulces, antes de que Wulf llamara a Sabine a su presencia.

—Levántate, Sabine —le ordenó, al ver que la mujer se postraba ante él,

ofreciéndole una caja.

La camarera real se incorporó.

—He traído ropa para la nueva concubina. También he traído talgorita, alteza, y esto. —Le mostró una cadena de oro de la que pendía un colgante cilíndrico—. Tal como me lo habéis pedido.

Wulf alargó el brazo con la palma de la mano hacia arriba y Sabine dejó el collar en ella. Volviéndose hacia Sapphire, se lo colocó alrededor del cuello.

—Contiene el chip de tu Guardiania —le explicó.

Ella lo levantó de donde había ido a parar, entre sus pechos, y se lo quedó mirando, asombrada al ver el escudo de la familia real de D’Ashier grabado en el oro. Levantó la cara y miró a Wulf con curiosidad.

Él se encogió de hombros.

—Esa Guardiania me ha robado el corazón.

Sabine hizo una reverencia.

—El rey respeta vuestro deseo de privacidad, alteza, pero os pide que os reunáis con él enseguida que podáis.

—Mañana.

—Ve a verlo —lo animó Sapphire—. Tiene que haber estado muy preocupado por ti.

Wulf alzó una ceja, irónico, pero sonrió.

—¿Has olvidado dónde estás, Katie? Aquí no recibo órdenes, aquí las doy.

—Pero no a mí, su real arrogancia.

—Conque esas tenemos.

Wulf la persiguió por la habitación, la atrapó y la tiró sobre la cama. Ella gritó, pero enseguida se echó a reír a carcajadas cuando empezó a hacerle cosquillas.

—¡Para! —Le dio una palmada en el pecho—. ¡Para, Wulf, por favor!

Él se echó a reír.

—Me encanta que me supliques.

—¿Y tú me llamas a mí insaciable?

—Estoy agotado tratando de seguirte el ritmo.

Sapphire enredó una pierna en la de él para impulsarse y colocarse encima. Montó sobre sus caderas y Wulf permitió que le agarrara las manos y se las aprisionara contra el pecho.

—Seguro que tienes un montón de cosas de las que ocuparte tras tantos días fuera.

—Nada que no pueda esperar hasta mañana. Después de esta noche estaré muy ocupado. No me verás demasiado durante el día. —Aunque lo dijo en un tono desenfadado, su expresión era seria.

—Tal vez tu padre tenga novedades sobre el ataque.

—Si me necesitara urgentemente, me lo habría dicho.

—No me pareces el tipo de hombre que antepone el placer al deber y, sin

embargo, conmigo lo haces constantemente.

Wulfric frunció el cejo.

—Hay muchas cosas que no entiendo. Necesito tiempo para pensar antes de hablar con él.

—¿Y podrás pensar a mi lado? —bromeó ella—. Qué envidia. Yo no puedo pensar cuando estoy contigo.

Wulf le tomó la mano y se la llevó a los labios, mientras le dirigía una mirada cargada de promesas.

—De acuerdo. Iré.

—Bien. —Sapphire le apartó el pelo de la frente antes de salir de encima de él—. Nos vemos cuando vuelvas.

—Más te vale estar aquí cuando lo haga.

—¿Y adónde podría ir? —Sapphire parpadeó con fingida inocencia, a lo que él respondió entornando los ojos.

Wulf se levantó de la cama, se quitó el albornoz negro y se puso la túnica de color rojo intenso que Sabine le acercó. Luego se dirigió al armario y tecleó un código para abrir un cajón secreto donde guardaba la corona —una discreta banda de oro, ricamente adornada con *talgorita*—. Cuando se volvió hacia ella con la túnica ondeando a su espalda y el pelo negro brillante a la luz de las velas artificiales, el corazón de Sapphire se le subió a la garganta. Se había puesto un cinturón con hebilla dorada que le ceñía la cintura y dejaba al descubierto su poderoso torso bronceado a través del escote en forma de uve.

—Me dejas sin aliento —confesó ella con una sonrisa soñadora, llevándose la mano al corazón.

Wulfric era la personificación del príncipe ideal... aunque mucho más sexual y peligroso de lo que ella podría haber imaginado. La determinación que había puesto en hacer realidad su atracción mutua era al mismo tiempo adorable y demoleadora.

Él se quedó inmóvil, mirándola. Sus ojos de color esmeralda la traspasaron con una mezcla de emociones: deseo, confusión... Sabía lo que expresaban, porque ella sentía lo mismo.

—Durante el resto de mi vida te recordaré así —dijo Sapphire—, tal como estás en este momento.

Wulf se aclaró la garganta antes de decir con la voz aún ronca:

—¿Cómo demonios se supone que me voy a ir si me miras así?

—Sólo quería que supieras lo mucho que me afectas.

Él la contempló en silencio hasta que ella empezó a dudar de que fuera a marcharse. Al final, se volvió y salió de la habitación sin decir nada.

Suspirando en silencio, Sapphire se volvió hacia Sabine y sonrió. Deseaba encontrar una amiga en aquel palacio extranjero. La camarera real se acercó, insegura.

—Veamos qué tienes ahí. —Sapphire señaló la caja de las piedras preciosas y



luego palmeó la cama, indicándole que se sentara a su lado—. Ayúdame a elegir.

—No puedo —replicó la mujer—. Está prohibido tocar la cama de su alteza.

—Vaya. —Sapphire frunció el cejo, pensativa.

Era una medida comprensible, tenía todo el sentido del mundo, por motivos de seguridad. Aunque eso hacía que su presencia en el lecho del príncipe fuera aún más sorprendente. ¿Acaso a Wulf no le preocupaban sus contactos políticos?

—Me miras extrañada —continuó ella—. Dime, Sabine, lo que está haciendo el príncipe no es muy normal, ¿verdad?

—Decirlo así es quedarse muy corto —respondió la mujer con brusquedad—. Si fuera más dada a la fantasía, diría que el hombre que ha regresado es otro, que nos lo han cambiado.

—¿Y se puede saber qué es lo que ha cambiado tanto de su comportamiento?

Sabine reprimió una sonrisa.

—Para empezar, hay un dormitorio que siempre utiliza para estar con las concubinas. Sin embargo, aquí estáis, en su habitación, en su cama. Y si de él depende, aquí os quedaréis. Es muy, pero que muy raro.

—Ya veo. —Sapphire disimuló la satisfacción que le provocaba saber que la trataba de un modo distinto a como trataba a las demás mujeres.

Sabine siguió hablando.

—También es muy raro que os permita hablarle como lo hacéis. Lo llamáis por su nombre de pila y discutís con él. —Levantó la tapa de la caja y le mostró un impresionante despliegue de joyas—. Sois especial para él. Si sabéis jugar bien vuestras cartas, podréis conseguir mucho poder. Y yo puedo ayudaros.

Sapphire admiró la astucia de la mujer. Una buena camarera real sabía cómo afianzar su posición y la de las mujeres que estaban a su cargo en un palacio. Pero Sapphire no pensaba quedarse allí el tiempo suficiente como para necesitar la ayuda de Sabine.

Una semana. A lo sumo. Pero Sapphire no se engañaba. Sabía que incluso un plazo de tiempo tan breve sería suficiente para salir de allí herida.

—Wulfric. —Anders, el rey de D’Ashier, saludó a su hijo con evidente alegría.

—Padre. —Wulf se dejó caer sobre una rodilla y besó el dorso de la mano que el hombre le ofrecía.

—Gracias por sacar tiempo para verme. Ya sé que tienes la agenda muy apretada —dijo el rey con ironía—. Entre mercenarios y preciosas mujeres desnudas, estoy seguro de que venir a ver a tu padre te tiene que dar mucha pereza.

Wulf se echó a reír, mientras el hombre tiraba de él para ayudarlo a levantarse y lo abrazaba, dándole unas palmadas en la espalda. El rey no era tan alto como su hijo, pero sí igual de musculoso, lo que le daba un aspecto fornido y corpulento.

—Ya he hablado contigo antes —le recordó Wulf—, cuando he regresado por primera vez. Pensaba que con esa reunión te habrías tranquilizado lo suficiente como para poder esperar a mañana.

—Hemos hablado sólo media hora —se quejó Anders—, y únicamente sobre la emboscada. No me has contado nada de dónde has pasado estos días ni de lo que has hecho. Estabas alterado y era evidente que tenías otras cosas en la cabeza. Y luego te has ido otra vez y has vuelto con una preciosa prisionera.

—Katie no es mi prisionera.

Anders se sentó sobre un multicolor montón de cojines de seda e invitó a su hijo a hacer lo mismo. Sobre sus cabezas, el techo abovedado estaba decorado con un fresco que representaba un cielo con varios soles. De él colgaba una enorme lámpara con velas artificiales, cuya luz hacía brillar las hebras plateadas que salpicaban el pelo negro como el carbón del rey. Aunque aquella sala de los aposentos reales era enorme, los colores y las texturas usados en la decoración le daban un aire íntimo y las alfombras de piel calentaban los suelos de piedra.

—Esa mujer es una fiera salvaje —comentó Anders, ajustándose la túnica roja, del mismo tono que las *talgoritas*—. ¿Cómo no sentir curiosidad por ella? Si pensabas que iba a esperar hasta mañana para hablar contigo, es que no me conoces demasiado bien.

—Una fiera salvaje —repitió Wulf con una sonrisa—. Pues sí, la descripción le hace justicia. —Aún notaba las marcas que le había hecho con las uñas en la espalda y en las nalgas.

—Sabine me ha contado que tu entrada en el serrallo ha causado furor. Las demás concubinas están deseando que las trates como a la nueva. Vas a estar muy ocupado cumpliendo con todas. ¡Te envidio!

Wulf hizo una mueca, avergonzado por haber mostrado sus emociones más íntimas en público.

—Me encargaré de ello cuando vuelva a mis habitaciones.

Anders alzó las cejas.

—¿Te encargarás de ello? ¿A qué te refieres? ¿Confeccionarás un horario? ¿O es

que la cautiva te ha agotado? Tómate un par de días, hijo. Eres joven, te recuperarás enseguida.

—No tengo problemas con el tiempo de recuperación.

Sólo pensar en Katie ya se ponía como una piedra. Y por su modo de responderle era como si hubiera sido diseñada para él. No concebía que fuera a cansarse nunca de ella.

—Yo también he tenido mis favoritas a lo largo de los años. —Anders se puso cómodo y apoyó un brazo en un almohadón—. Sabine fue una de ellas. Es embriagador mientras dura. Disfrútalo.

—Eso estoy haciendo. —Wulf se echó hacia delante y apoyó los antebrazos en los muslos—. Tal vez entiendas entonces por qué no me apetecía apartarme de su lado.

Su padre se quedó en silencio, pensativo, durante unos instantes.

—¿Quién es esa mujer? ¿Dónde la encontraste?

—No sé por dónde empezar. Francamente, da igual cómo te presente la información: no te va a gustar.

—Empieza por tu desaparición —le sugirió Anders—. ¿Qué te pasó? ¿Lograste obtener información útil durante tu estancia en Sari?

Wulf respiró hondo y le contó la historia, empezando por el momento en que se despertó en la cámara de curación y acabando con su presencia allí, en aquel momento.

Cuando terminó, se preparó para la reacción de su padre, que esperaba explosiva. Y no se equivocaba.

—¡Eres un genio! —Anders se levantó de un salto—. Es fantástico. Los tenemos agarrados por las pelotas. La hija de Erikson y concubina favorita de Gunther...

—Antigua concubina.

—No me extraña que la estés disfrutando tanto. —Su padre se echó a reír mientras se frotaba las manos.

Wulf se levantó también.

—No es por eso.

Anders se detuvo en seco y entornó los ojos antes de decir:

—Piensa con la cabeza. Es una persona importante en su país. Sí, vale, está muy buena, pero no te olvides nunca de quién es.

Wulf no podía olvidarlo. Su pasado había convertido a Katie en la mujer que era actualmente. Una mujer que le resultaba fascinante y a la que respetaba.

Su padre frunció el ceño.

—No puedes quedarte con ella, Wulfric. Erikson vendrá a buscarla tarde o temprano si no pedimos un rescate dentro de un plazo de tiempo razonable. Y el idiota del rey lo apoyará, si está tan enamorado de ella como dices.

—No harán nada si Katie quiere quedarse. —Ella no lo había dicho con todas las letras, pero él se encargaría de que lo hiciera. La convencería.

El rey puso los brazos en jarra y le dirigió una sonrisa burlona y desagradable, que hizo que Wulf apretara los puños.

—Pero ¿qué demonios tiene esa mujer entre las piernas? Gunther y tú babeáis por e... —Se detuvo bruscamente y los ojos se le iluminaron—. ¡Es una espía!

—¡Que no, joder!

—¡Wulfric, piensa! Ha pasado cinco años en la cama del rey de Sari. ¡Cinco años! Tiene que sentir algo por él.

—Era su trabajo. Había firmado un contrato.

—Bobadas. Tu secuestro no tiene otro sentido. ¿Por qué demonios te enviaron a su casa en vez de a un calabozo de palacio? ¿Por qué su sistema Guardián permitió que presenciaras su encuentro con Erikson? Las concubinas no tienen entrenamiento militar. ¿Por qué ella es tan experta? —insistió Anders, señalándolo con el dedo—. Porque es una jodida asesina o una espía, esa es la razón.

Wulf se levantó, muy tenso, con el corazón martilleándole en el pecho.

—Katie no quería venir, ya lo sabes. La he traído contra su voluntad.

—Ya no sabes lo que dices. Primero aseguras que se quiere quedar. Luego, que no quería venir. ¿En qué quedamos? —El rey resopló—. Es el truco femenino más viejo que existe: se hacen las duras. Tú puedes conseguir a cualquier mujer que quieras, Wulfric. Ella es la única que se rebela, lo que hace que te resulte irresistible. Pero su resistencia se derrite cuando te la tiras, ¿no es cierto? Es puro teatro.

—¿Me acusas de no tener las cosas claras? ¿Tú, que primero sugieres que no me desea y luego la acusas de lo contrario casi en la misma frase?

—Da igual cómo lo mires. Su motivación es de lo más sospechosa.

Wulf se dejó caer de nuevo sobre los cojines y hundió la cara entre las manos. Rompió a sudar y sintió tal opresión en el pecho que le costaba respirar. Las circunstancias que rodeaban su encuentro con la preciosa Sapphire eran realmente sospechosas, eso era innegable, pero él se había negado a pensar demasiado en ellas. Tras el horror que había sufrido durante su cautiverio, sus atenciones habían sido más que bienvenidas.

Todo lo que su padre había dicho podía ser cierto. Hacía muy poco tiempo que conocía a Katie, ¿cómo podía estar seguro de sus motivaciones?

—Wulfric. —El rey se acuclilló ante él—. Nunca te había visto así por una mujer. Tal vez echaron un afrodisíaco en la cámara de curación. O puede que lo lleve ella en su perfume...

Wulf expulsó el aire bruscamente.

—Yo me ocuparé del asunto. Descubriré sus intenciones.

—Tal vez deberíamos entregársela a tu hermano. Él podría...

—No. —El tono que Wulf empleó no admitía réplica—. Duncan es demasiado joven, es casi un niño. No podría manejarla. —Se levantó, súbitamente agotado—. Ella es mía. Ya sea mi amante o mi error, es algo que debo afrontar yo solo.

El rey se enderezó.

—Me preocupas.

—Tranquilo. —Wulf lo miró a los ojos, que eran del mismo color que los suyos—. Mi primer amor es D’Ashier. Lo ha sido siempre y siempre lo será.

Sin embargo, la posibilidad de que Katie lo estuviera engañando lo llenaba de pesar.

Se despidió de su padre con una reverencia.

—Nos vemos mañana.

—Sí —replicó el rey, muy serio—. Te estaré esperando.

La visión que lo recibió al llegar a su habitación fue como una bofetada. Se le encogió el estómago y le costaba respirar. Katie lo esperaba tumbada en la cama, con un vestido de color rojo brillante. Su precioso rostro se iluminó al verlo aparecer.

Lo que había entre ellos no podía ser completamente mentira. Al menos tenía que haber parte de verdad. Cuando estaba en su interior, su respuesta era real y sentida. Estaba seguro.

Sabine salió del cuarto de baño y se postró a sus pies al verlo.

—Alteza.

Él permaneció con los ojos clavados en Katie.

—Tienes mal aspecto —comentó ella, frunciendo el ceño—. ¿Qué ha pasado?

Se levantó de la cama y se acercó a él. El vestido, rojo y transparente, brillaba y se arremolinaba alrededor de sus piernas al caminar, provocándolo con visiones veladas y tentadoras de la pálida piel que ocultaba.

Si Katie era un arma, era el arma perfecta.

—Levántate, Sabine —ordenó malhumorado—. Prepara una habitación para Sapphire junto a las demás concubinas. Se reunirá contigo en breve.

Cuando Wulf oyó cerrarse las puertas tras la mujer, algo en su pecho se cerró con ellas.

Katie se plantó ante él.

—Me has llamado Sapphire —dijo, y guardó silencio, como esperando una respuesta, aunque sus ojos oscuros sabían leer su expresión—. No quieres que me vaya. En realidad no lo deseas.

—Mañana tengo que madrugar.

Ella negó con la cabeza.

—No, no se trata de eso. Tu padre te ha dicho algo que te ha preocupado, ¿me equivoco?

Wulf la abrazó sin poder contenerse. Le dolía la cabeza. No sabía qué ni a quién creer, pero hasta que no estuviera seguro, tenía que cumplir con su obligación de protegerse, así como proteger a la corona y a su pueblo.

Dándole la vuelta con brusquedad, la tumbó sobre la cama, boca abajo.

—¿Qué haces? —preguntó ella, con la voz más ronca de lo habitual.

Wulf se inclinó sobre ella y pegó los labios a su oreja.

—Dime, Katie, ¿por qué iba a aprender una concubina técnicas de combate? Eres más letal que un asesino profesional. —Le levantó el vestido hasta la cintura y le deslizó la mano entre las piernas. Sentirla tan cálida y suave lo excitó aún más. Su miembro se volvió más largo, más grueso. Estaba a punto.

—Yo... Mi... Mi padre quiso que aprendiera a defenderme. —Katie ahogó una exclamación al notar que él le abría el sexo y le acariciaba el clítoris con la yema del dedo—. En el instituto conocí a un chico... mmm..., me encanta lo que me haces...

—Sigue hablando —le ordenó él, apretando los dientes al notar que ella se humedecía.

A medida que la piel de Katie aumentaba de temperatura, el aroma a mujer sensual, atractiva y deseosa alcanzó su nariz, volviéndolo loco. No necesitaba ponerse ningún afrodisíaco artificial, ella era el mejor afrodisíaco por sí sola. Cada vez que la tocaba, se volvía una bestia salvaje, sin control. Si se fiara de ella, disfrutaría mucho de la atracción animal que existía entre los dos. Sin embargo, tal como estaban las cosas en ese momento, se sentía como si se estuviera ahogando. Lo único que podía hacer era asegurarse de que no se ahogaba solo.

—Un día me acompañó a casa. Y trató de...

Wulf introdujo dos dedos en su interior, reprimiendo un gruñido al notar los tejidos apretados y suaves. Empezó a moverlos a un ritmo parsimonioso, decidido a dejarla en el mismo estado de necesidad en que él se encontraba. La penetró varias veces con los dedos y luego los encogió para alcanzar una zona especialmente sensible.

—Oh —gimió Katie y se retorció con tanta intensidad que él empezó a sudar por el esfuerzo de mantenerla quieta—. No puedo pensar cuando me tocas.

Wulf la observó cuando ella cerró los ojos y apoyó la mejilla en la colcha de terciopelo. Incluso ahora, con el corazón dividido por las dudas, la necesitaba tanto como el aire que respiraba. Y la tendría. Aunque tuviera que tomarla así, boca abajo, para que no pudiera ver el efecto que le provocaba.

—Trató de tomarse libertades —siguió diciendo ella, moviendo las caderas en círculos pequeños, tomando lo que necesitaba y haciendo que su vagina se ondulara vorazmente a lo largo de sus dedos—... pero mi padre lle... llegó a ca... casa a tiempo. La sangre no llegó al río, pero a partir de ese día le di la razón y quise aprender a defenderme.

—Te lo tomaste muy a pecho —gruñó él—. Estás entrenada para matar. Y no sólo a un enemigo, sino a varios a la vez.

—No me gusta hacer las cosas a medias —replicó Katie, molesta—. Y tú eres igual que yo.

—¿No eres leal a medias? Has traicionado a tu padre y a tu rey para estar conmigo.

Ella abrió los ojos, levantó la cabeza y lo miró por encima del hombro.

—No sé qué te han dicho sobre mí para que te pongas así. Si buscas pelea, prefiero hacerlo cara a cara. Si quieres follar, adelante. Pero en cualquier caso, ve de frente. No te andes por las ramas.

Con un rugido de frustración, Wulf le desabrochó el vestido con dedos ágiles. Cuando las dos mitades se separaron, se agarró el pene con una mano y, sin mediar palabra, se clavó en ella con brusquedad.

Katie gritó cuando la llenó por completo de una violenta embestida, aplastándola contra la cama con la fuerza de su empuje.

—¿Siempre vuelves locos a los hombres? —le preguntó con rudeza—. ¿Qué soy yo, uno de los muchos a los que has hecho perder la cabeza? —Tiró de ella hasta que las rodillas le quedaron al borde de la cama y le inmovilizó las caderas para que no pudiera moverse. Luego empezó a penetrarla, con estocadas rápidas y bruscas.

—Sí —respondió ella—. Eso es lo que quieres oír, ¿no? Que no significas nada para mí. Que lo único que quiero es joderte de todas las maneras posibles.

Katie estaba muy caliente y apretada, tan apretada que Wulf pensó que iba a morir de placer. Nadie podía sobrevivir a un estado de lujuria constante como ese. La folló como un endemoniado, porque así era como se sentía, y trató de atisbar en su alma para descubrir sus auténticas motivaciones y lo que realmente sentía por él.

—Mientes —dijo jadeando—. Te importo.

Los gritos que ella era incapaz de reprimir lo espoleaban como si fueran golpes de fusta. La cabalgó con penetraciones largas y profundas, gruñendo cada vez que llegaba al final. La sensación que le provocaba el inminente orgasmo que estaba reptando por su columna vertebral y que le hacía hervir la sangre en las venas era increíble. Le encantaba hacerle el amor. Necesitaba esa cercanía, la sensación de conexión que sólo Katie le hacía sentir.

Ella se agarraba con fuerza a la ropa de la cama para conseguir el impulso que necesitaba para follarlo con tanta fuerza como él. Su vagina aferraba su miembro con latidos rítmicos y deliciosos que lo llevaban al límite del clímax. Él acercó la mano a su clítoris y se lo acarició, disfrutando al oírla gimotear al pronunciar su nombre. Acompasó el movimiento de sus caderas con el de su mano.

—Wulf, me gusta... me gusta mucho...

Él la envolvió con su cuerpo.

—Katie —susurró, deseando no haber ido a ver a su padre, haberse quedado en la habitación con ella e ignorar las dudas que le había metido en la cabeza.

Aquello era real.

La sintió tensarse y luego su vagina se contrajo con fuerza alrededor de su polla. Él se quedó clavado en lo más profundo de su interior, permitiendo que ella lo ordeñara con su orgasmo. Wulf se estremeció sobre su espalda y eyaculó dentro de Katie con un gruñido de placer y dolor entremezclado. Fue un clímax inacabable y demoledor. Cada chorro de semen iba acompañado de un escalofrío que lo sacudía de arriba abajo.

Finalmente, se desplomó sobre ella en la cama, pero enseguida se volvió de lado, arrastrándola con él sin salir de su interior.

Cuando se le empezó a calmar la respiración, notó que Katie entrelazaba los dedos con los suyos y se llevaba sus manos unidas hacia el corazón, que le latía desbocado. Él la atrajo hacia su pecho, olvidándose de sus planes de enviarla a los aposentos de las concubinas. Prefería permanecer enterrado en su interior. Conectado a ella.

Si su padre tenía razón y era una traidora, Wulf estaba poniendo su vida en peligro cada vez que dormía con ella. No le costaría nada matarlo en esos momentos de vulnerabilidad. Su muerte provocaría el caos en D'Ashier y, dado que él era la cabeza de las fuerzas militares del país, su pérdida crearía una situación momentánea de indefensión que sus enemigos podrían aprovechar.

Extrañamente, la posibilidad de estar en peligro de muerte no lo asustaba; por lo menos no lo suficiente como para echarla de su cama. Aceptaba que las circunstancias en las que se habían conocido eran sospechosas, pero Katie había tenido muchas ocasiones de acabar con su vida y no lo había hecho.

—Si me echas y me mandas con Sabine, nunca te lo perdonaré.

La respuesta de Wulf fue clavarse más profundamente en ella y agarrarle un pecho con la mano que aún tenía entrelazada con la suya.

Cuando habían dormido juntos en la cama de Katie, en Sari, Wulf había pensado que tenerla en su propia cama, en su propio palacio, calmaría la inquietante sensación de que lo suyo tenía los minutos contados. Pero en vez de la sensación de permanencia que esperaba conseguir, la grieta que los separaba parecía ensancharse cada vez más, convirtiéndose en un abismo.

La abrazó con más fuerza, consciente de que no iba a ser capaz de dejarla ir hasta que se saciara de ella. Nada se interpondría entre los dos.

Ni siquiera Katie.



Sapphire se sentó en la cama, sobresaltada, mientras su mente embotada por el sueño trataba de discernir qué la había despertado. Se apartó el pelo de los ojos con dedos impacientes y se sorprendió al ver un hombre montando guardia ante las puertas, con las piernas muy abiertas y los musculosos brazos cruzados sobre un torso grande como un barril.

Era un hombre tremendo, enorme, que superaba los dos metros de altura. Tenía unos hombros exageradamente anchos, la cintura estrecha y unos muslos del tamaño de troncos de árbol. Tenía la piel y los ojos oscuros como la noche. Era calvo y llevaba dos grandes aros de oro en las orejas.

Sapphire se fijó en su chaleco dorado, adornado con abundantes medallas y un cordón de oro.

—Tú debes de ser el capitán de la guardia de palacio —le dijo sonriendo.

Por un momento, al gigantón se le iluminaron los ojos de sorpresa, pero enseguida reaccionó y respondió con una voz profunda, atronadora.

—Lo soy.

—Buenos días, capitán.

Él se inclinó ante ella, con los brazos aún cruzados.

—Me llamo Clarke, señora.

—Es un nombre poco corriente, me gusta —replicó Sapphire, dirigiéndole una sonrisa radiante, que estuvo a punto de hacer sonreír también al capitán.

Ella, que quería empezar el día recorriendo el palacio, pasó una mano sobre la delicada tela de su vestido rojo. Se preguntó si Wulf se habría dado cuenta de que se había vestido con el color oficial de D'Ashier. Tal vez no se hubiese fijado, ya que había vuelto a la habitación muy alterado. No sabía qué le había dicho su padre, pero era evidente que había despertado sus sospechas, lo que no era de extrañar, teniendo en cuenta quién era ella.

Aunque odiaba la tensión que se había instalado entre los dos, aportando un toque de desesperación a sus encuentros sexuales, Sapphire sabía que era importante que Wulf se enfrentara a la realidad: estaban en tiempo de descuento.

A pesar de todo, siempre le estaría agradecida por haberse fiado de su corazón la noche anterior. Había previsto hacerla dormir con las concubinas, pero en el último momento fue incapaz de hacerlo. La había abrazado por detrás, envolviéndola con su cuerpo, y no la había soltado. Le vino a la memoria el vago recuerdo del tierno beso que le había dado esa mañana, un recuerdo que derribó sus barreras. El corazón le dolió, pero merecía la pena. Había vivido una gran pasión, que había sido correspondida. Desear cosas que eran imposibles —más tiempo juntos, menos impedimentos—, sólo serviría para desmerecer lo que habían compartido.

Tras levantarse de la cama, se volvió hacia el capitán.

—¿Puedo hacer algo por ti, Clarke? —Al ver que él alzaba una ceja, añadió—:

¿Por qué estás aquí?

—Su alteza, el príncipe Wulfric, me ha ordenado que os acompañe durante todo el día.

Ella asintió, reflexiva, entró en el cuarto de baño y salió poco después, cubierta con un largo albornoz blanco.

—Tengo que vestirme y no sé qué ponerme.

Clarke frunció el cejo.

—No lo sé. Yo sólo sé que tengo que seguiros a donde vayáis.

Ajá. Así que Wulf temía que huyera. Sapphire sonrió con ironía.

—Pobre capitán —dijo, haciéndose eco de los pensamientos de Clarke—, menuda misión tan deprimente.

Se echó a reír cuando el hombre asintió con entusiasmo, y le encantó ver que él le devolvía la sonrisa. Tal vez podría ganarse otro aliado. La seguridad y las estrategias militares eran dos de sus mayores aficiones. Sería fascinante poder estudiar esos aspectos del palacio de D’Ashier... y de paso investigar posibles maneras de huir. Por supuesto, tendría que ocultar su curiosidad.

—¿Qué harías en un día normal?

—Supervisaría el entrenamiento de mis hombres.

—Excelente. —Sapphire se frotó las manos—. Me encanta entrenar. ¿Qué te parece si intercambiamos los papeles y en vez de que tú me sigas a todas partes yo te sigo a ti?

Clarke titubeó.

—No tengo nada que hacer y no me apetece pasarme el día encerrada en esta habitación. —Él le dirigió una mirada incómoda, pero no se negó, así que ella insistió—: Perfecto, todo arreglado pues. Voy a ver si encuentro un traje *dammr* entre el montón de ropa que Sabine me trajo anoche.

Por desgracia, entre los preciosos vestidos que la mujer le había llevado, no había ninguna prenda práctica. Tardó casi una hora en conseguir un traje *dammr* de su talla, pero el retraso jugó a su favor. Cuando al fin estuvo vestida adecuadamente, el capitán ya estaba convencido de que no tenía ninguna intención de dedicarse a actividades femeninas. Todos los reparos que le había despertado la misión que le habían encomendado se habían disipado.

Mientras recorrían los pasillos de piedra abovedada, Sapphire tenía que correr para seguirle el paso. Cuando llegaron al campo de entrenamiento, al aire libre, ya había calentado los músculos y se sentía ágil y llena de energía.

Pronto, el capitán volvió a estar en su elemento, supervisando a sus hombres, que se habían dividido en varios grupos, cada uno de ellos centrado en un aspecto específico de las técnicas de combate. Uno de los grupos entrenaba con espadas láser, otro con máscaras de biofiltro y un tercero se preparaba para entrar en combate. El que captó el interés de Sapphire fue el de los hombres que estaban practicando combate cuerpo a cuerpo. Los observó atentamente, tomando nota mental de sus

puntos fuertes y débiles.

Volviéndose hacia Clarke, le preguntó:

—¿Cuáles de esos hombres se encargan de la protección del príncipe Wulfric?

—Los que llevan las bandas rojas y negras.

—Os puedo enseñar algo que creo que os interesará. ¿Podrías llamarlos, por favor?

Clarke la miró con curiosidad, pero hizo lo que le pedía. Pronto, veinte hombres estaban frente a ellos, formando un semicírculo. Sapphire levantó la barbilla, echó los hombros hacia atrás y preguntó:

—¿Alguno de vosotros luchó en las Confrontaciones?

Cinco hombres dieron un paso al frente y ella se fijó en que los cordones que adornaban sus uniformes estaban trenzados de un modo distinto a los del resto.

Recorrió la hilera, inspeccionando a cada uno de los soldados cuidadosamente.

—Supongo que más de uno perdió el arma cuando atacó así...

Al llegar al último soldado, le arrebató la espada y apuntó hacia delante con la punta. La empuñó e hizo los complicados movimientos de pies característicos del ataque de los soldados de D'Ashier.

—Les pasa hasta a los mejores —replicó uno de ellos, a la defensiva.

—Es cierto —admitió ella—, pero puedo enseñaros la manera de que os pase menos a menudo. ¿Alguien se atreve a probarlo?

Tras unos segundos de duda, Clarke asintió dando su aprobación y uno de los cinco hombres se plantó frente a ella en posición de combate. Sapphire se inclinó y atacó. El hombre se defendió reprimiendo su fuerza al principio y luego con más vigor, al darse cuenta de que no estaba ante una mujer indefensa. Poco después, Sapphire le arrebató la espada, usando una técnica que había perfeccionado junto con su padre.

—Joder —murmuró el guardia con los ojos muy abiertos, al ver que el arma había salido disparada y daba vueltas en el suelo a unos metros de donde estaban.

Los guardias de Wulf empezaron a comentar entre ellos:

—Exactamente así...

—Eso mismo me pasó a mí...

Sapphire les habló de nuevo:

—Ya que sois los encargados de proteger al príncipe Wulfric, me gustaría enseñaros cómo repetir lo que acabo de hacer, y también cómo evitar que os pase.

Enseñar a los guardias de Wulf los trucos de su padre no era lo más leal que había hecho en su vida, pero ya que pensaba revelar el truco de Wulf para viajar sin la ayuda de una plataforma de transporte, se dijo que era un intercambio justo. La técnica que les iba a enseñar no pondría a las tropas de Sari en un peligro más grande del habitual, pero les dificultaría atacar a Wulfric. Y aunque su ofrecimiento la hacía sentir culpable, no se echó atrás. Obtendría de su amante una información muy valiosa, pero le dejaría otra igual de valiosa a cambio.

Clarke la miró con el cejo fruncido.

—¿Dónde os enseñaron a hacer eso?

—Nunca le preguntes a una mujer sus secretos. —Recogió el arma del suelo y se la entregó al guardia al que se la había arrebatado.

Mientras el capitán se debatía interiormente sobre si debía aceptar su ofrecimiento o no, el silencio se alargó.

Sapphire se encogió de hombros y se alejó diciendo:

—Si decides aceptar mi oferta, estaré allí, descansando en la sombra.

—¿Señora?

Ella lo miró por encima del hombro.

—¿Sí?

Clarke le lanzó su arma. Sapphire se volvió ágilmente y la agarró al vuelo.

—Genial —replicó ella, con una amplia sonrisa.

La idea de reforzar la protección de Wulf la llenaba de alegría. Tal vez su técnica le salvara la vida. Pensar en eso aliviaba tanto su culpabilidad como su melancolía.

Se entregó en cuerpo y alma al entrenamiento para dejar de pensar.

Mientras Wulf iba pasillo abajo al encuentro de su padre, no estaba de muy buen humor.

Se había pasado horas poniendo al día todo lo que había quedado atrasado en su ausencia, pero no tenía la cabeza en el trabajo. En un rincón de su mente, Katie era un sensual rompecabezas pendiente de resolver. Era incapaz de concentrarse. Habían capturado a cuatro de los hombres que habían participado en el ataque contra él y los estaban interrogando. Esperaba que pronto obtuvieran información para resolver el misterio que envolvía su emboscada y posterior entrega como «regalo» a Katie.

Al doblar una esquina, Wulf se dirigió a un balcón semicircular que daba al patio central, donde se encontraban los barracones de los soldados y el campo de entrenamiento. Su padre estaba allí, mirando hacia abajo agarrado a la barandilla, con la espalda muy rígida.

El patio tenía una escalera a cada lado y la parte superior del mismo estaba cubierta por un toldo que lo protegía del calor del sol, que ahora empezaba a ocultarse, bañando a los guardias en una luz rojiza. Wulf se acercó al rey y miró hacia abajo, tratando de descubrir qué lo preocupaba.

—¿Qué pasa, padre?

En ese momento la vio.

Katie estaba acucillada en el interior de un círculo formado por los soldados de palacio, preparándose para enfrentarse a uno de sus guardias personales.

—¿Qué demonios está haciendo? —bramó Wulf, tensándose inmediatamente al verla en peligro, ya fuera real o simulado.

Su padre se volvió hacia él, con el rostro desencajado por la furia.

—¡Nos está sabotando desde el interior! Lleva ahí abajo todo el día, enseñando a los hombres a usar las espadas de otra manera. Y acaba de empezar con el combate cuerpo a cuerpo. Nos va a traer la ruina. Cuando su padre venga a buscarla, nuestros hombres no podrán defendernos, porque esa zorra los ha entrenado para que fallen.

El guardia atacó y chocó contra Katie. Ambos cayeron al suelo en un remolino de brazos y piernas, cubiertos por el traje *dammr*. El resto de los hombres se apartaban a su paso cada vez que rodaban en su dirección.

—¡Deteneos! —La voz de Wulf resonó, atronadora, en el patio.

Todo el mundo dejó lo que estaba haciendo y se volvió hacia el balcón, excepto las dos figuras que seguían enfrascadas en su lucha.

Wulf echó a correr hacia la escalera y no se detuvo hasta que estuvo en el escenario de la lucha. Quería llegar antes de que el guardia pudiera hacerle daño a Katie, pero con el rabillo del ojo, vio que una sombra oscura se acercaba a toda velocidad, cruzando el campo de entrenamiento. Titubeó al ver que su hermano Duncan se aproximaba al grupo. Tras abrirse camino entre los guardias, el joven príncipe sacó a Katie de la lucha agarrándola de mala manera por el cuello de su traje *dammr* y le cruzó la cara de una bofetada sin que Wulf pudiera evitarlo.

«No».

La sed de sangre hizo que Wulf redoblara su velocidad. Cruzó la pista de entrenamiento y se lanzó sobre su hermano, haciendo caer a Katie.

Wulf echó el brazo hacia atrás y golpeó con fuerza. Al primer puñetazo le siguió otro y luego otro. Golpeó a Duncan con ambos puños con tanta rapidez que este no pudo defenderse.

—¡Wulfric! —rugió su padre—. ¡Para!

Pero él no lo hizo, demasiado furioso para obedecer órdenes. Un montón de brazos trataban de detenerlo y de apartarlo del lugar donde su hermano yacía tumbado. Duncan se había encogido de miedo ante su arrebatado de furia, pero ver a Katie herida en el suelo impedía cualquier posibilidad de misericordia por parte de Wulf.

Se sacudió con brusquedad a todos los que lo retenían.

—¡No tienes ningún derecho a tocar lo que es mío!

El rey lo agarró con fuerza por el hombro.

—¿Qué demonios te pasa? Esa mujer ha desobedecido una orden directa tuya. El castigo de tu hermano era necesario y apropiado.

—No me ha oído y lo sabes perfectamente.

Se retorció para librarse también de la mano de su padre y se arrodilló junto a Katie. Le sujetó la barbilla con delicadeza y le levantó la cara para comprobar el alcance de sus heridas. El ojo derecho se le estaba hinchando y le estaba cambiando el color del pómulos, pero no había derramado ni una lágrima.

La furiosa mirada que Wulf clavó en la espalda de Duncan, que se retiraba, prometía venganza. Su hermano se dirigía hacia las cámaras de curación, un recorrido

que pronto encontraría familiar si se le ocurría volverle a poner la mano encima a Katie.

La ayudó a levantarse y la colocó a su lado, protegiéndola con un brazo. Tras fulminar a los presentes con la mirada, dijo:

—Nadie puede castigar a esta mujer, sólo yo. ¿Queda claro?

—¿Y qué castigo te parece adecuado para ella? —preguntó el rey con una sonrisa burlona—. ¿Follártela hasta que te obedezca?

Wulf le dio la espalda, disgustado, y llamó al capitán de la guardia.

—Llévela a una cámara de curación.

Le dolía mucho tener que separarse de ella en ese momento, pero no tenía alternativa. Tenía que arreglar las cosas con su padre y Katie necesitaba atención médica inmediata.

Mientras el capitán se la llevaba, ella permaneció en silencio.

Anders se pasó las dos manos por el pelo.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho, Wulfric? Has minado la autoridad de tu rey y de tu hermano para defender al enemigo.

—Ella no es el enemigo.

—¿Cambiarías de idea si te dijera que ha elegido expresamente a los hombres de tu guardia personal para entrenarlos? Es una serpiente que espera el momento adecuado para atacar. Pide un rescate por ella o enciérrala en un centro penitenciario. Es una orden real. —Fueron sus últimas palabras antes de marcharse.

Wulf se quedó solo en medio del patio, luchando contra un torbellino de emociones que no sabía cómo manejar. Las últimas semanas de su vida lo habían cambiado por completo. Era imposible estar preparado para situaciones como aquella. Había estado a punto de morir y, al despertarse de aquella pesadilla, se había encontrado en los brazos de una preciosa mujer. Y la vida que había recuperado había quedado inexorablemente unida al afecto que sentía por ella.

—Katie —susurró.

Aunque sabía que era absurdo, necesitaba que le prometiera que se quedaría con él. Podría superar hasta los días más duros si sabía que ella estaría allí para consolarlo por las noches.

Se dirigió al ala médica de los barracones a paso rápido y decidido. Al doblar una esquina vio a Duncan, que salía de una de las cámaras, y se dirigió hacia él.

—¡Wulfric, maldita sea! —Su hermano se tambaleó un momento—. ¿De qué demonios iba todo eso?

Wulf inspiró hondo para tranquilizarse antes de responderle.

—No vuelvas a tocarla, ¿te queda claro?

—Padre ha dicho que es nuestra enemiga.

—Lo primero y más importante: es una mujer. No tolero que se pegue a las mujeres. Y en segundo lugar, da igual quién sea o quién deje de ser. Es mía. Yo me ocuparé de ella.

Duncan le dirigió una sonrisa malhumorada.

—No hacía falta que me dieras una paliza para decirme eso.

—He perdido los papeles, lo reconozco, pero no pienso disculparme. No debiste golpearla.

Wulf miró por encima del hombro de Duncan en dirección a la siguiente cámara de curación y vio que el capitán montaba guardia en la puerta. Frunció el cejo y trató de acercarse a él, pero su hermano se lo impidió.

—En vez de una disculpa —dijo, bloqueándole el paso—, ¿qué te parece si me compensas de alguna manera?

Wulf se volvió hacia él.

—¿En qué estás pensando?

—Me gustaría contratar a unas cuantas mujeres para montar mi propio serrallo.

—Vale —replicó Wulf bruscamente—, ya tienes edad.

—¿Me acompañarás a Akton mañana?

—No, tengo demasiados asuntos de los que ocuparme. Pero puedes visitar a mis concubinas y preguntar si alguna de ellas quiere irse contigo. Puedes iniciar tu serrallo con las que estén dispuestas a seguirte. Yo cancelaré sus contratos. No hay ningún problema.

Duncan estaba tan sorprendido que su expresión resultaba casi cómica.

—¿Me tomas el pelo?

—Si aceptas, me harás un favor.

La puerta se abrió y salió Katie, envuelta en un albornoz blanco. Su mirada se cruzó con la de él, inexpresiva. Luego se dio la vuelta y se alejó rápidamente, sin dirigirle la palabra. Siguiendo sus instrucciones, el capitán Clarke la siguió.

Wulf apartó a su hermano.

—Katie.

Ella aceleró el paso.

—Disciplina, hermano —dijo Duncan, sarcástico—. La prisionera no parece tener muy claro quién manda aquí. Si no te andas con cuidado, su insubordinación puede volverse contagiosa.

Katie se dio la vuelta bruscamente y se acercó a ellos a grandes zancadas.

—Vete, chaval —le dijo con voz muy suave—, antes de que termine lo que ha empezado tu hermano.

Duncan retrocedió varios pasos y estuvo a punto de tropezar. Wulf le dio un empujón.

—Vete, Duncan. Ahora.

Luego, agarrando a Katie con fuerza del brazo, se la llevó de allí en dirección contraria.

—No te equivoques —le advirtió secamente.

—¿Cómo dices? —Ella se lo quedó mirando.

—Mi hermano es príncipe de D' Ashier.

Katie se detuvo en seco y se liberó de su agarre.

—¡Me importa un bledo! ¡Como si es el rey! No es nada mío.

Wulf la pegó a la pared y le sujetó el cuello con una mano, con delicadeza, pero dejándole las cosas claras. Acercó la boca a su oreja para que nadie más oyera lo que quería decirle.

—Tienes que obedecer —susurró enfadado—. Tienes que mostrarte educada y respetuosa. Te lo digo por tu seguridad.

—No pienso hacerlo. No soy una esclava ni una prisionera. —Katie trató de liberarse, pero él se mantuvo firme.

—Tu situación aquí es delicada. Los lazos que te unen a tu padre y al rey de Sari te convierten en sospechosa.

Ella volvió a resistirse con más ahínco. El albornoz se le abrió, dejando su desnudez a la vista de Wulf.

Ver las *talgoritas* que le adornaban los pezones y el ombligo le calentó la sangre. Pegó su cuerpo enfebrecido al de ella, recordando aquella visión del primer día, cuando se despertó en la cámara de curación. Y recordó también la noche anterior, cuando la encontró vestida de rojo sobre su cama. De su color.

Al notar que el pene de Wulf crecía y se endurecía contra su vientre, Katie se quedó muy quieta.

—Déjame marchar —le pidió con los ojos brillantes—. Mándame de vuelta a casa.

Con un gesto de la mano, él le indicó a Clarke que se retirara.

La voz de ella temblaba de emoción.

—Sabes tan bien como yo que se nos ha acabado el tiempo.

—Eso es imposible. Aún te deseo.

—No siempre podemos tener todo lo que deseamos. —Katie volvió a resistirse, restregando su curvilíneo cuerpo contra su dolorosa erección.

Wulf respiró hondo, tratando de controlar la necesidad que se había apoderado de él con garras afiladas, pero lo único que logró fue llenarse los pulmones del aroma de su piel. La cámara de curación había eliminado cualquier rastro de perfume de lirios *draxianos*, pero su propio olor seguía volviéndolo loco.

—Katie, para. No puedo controlarme. Te follaré aquí mismo si no dejas de frotarte así contra mí.

Ella le dio un empujón en los hombros.

—No puedes mantenerme aquí contra mi voluntad. Encontraré la manera de volver a casa.

Al oírle decir eso, el corazón de Wulf se desbocó.

—Haré que quieras quedarte. —Le recorrió la oreja con la lengua, mientras se bajaba los pantalones con una mano, liberando su polla, que osciló entre los dos, tensa y tan dura que le dolía—. Haré que ardas como yo.



Sapphire tenía la vista clavada en el pene de Wulf, muy largo y grueso, alzándose entre ellos. El príncipe de D’Ashier no escondía el deseo que sentía por ella y no dudaba en mostrarse desnudo al aire libre.

Mientras él deslizaba la mano que le quedaba libre dentro de su albornoz y la agarraba por la cadera, ella ahogó una exclamación que era tanto de miedo como de placer. Su sensual amenaza quedó colgando en el aire entre los dos, haciéndola estremecer. Wulf sabía lo mucho que Katie lo deseaba y no dudaba en usar su lujuria contra ella, lo que lo convertía en un peligro doble.

—¿Qué demonios haces? —lo desafió Sapphire, alzando la barbilla.

Él sonrió, pero sólo con los labios.

—Mi padre cree que eres una espía o una asesina.

—Lo que crea tu padre no me importa.

—Pero a mí sí —replicó él, con una dureza que la sorprendió—. Y a pesar de ello, he desafiado sus órdenes, he humillado a mi hermano y he puesto en peligro la seguridad de D’Ashier. Por ti. Tú, en cambio, no parece sentir lo mismo por mí. No paras de recordarme lo fácil que te resultará marcharte.

Entre la mano que la sujetaba por el cuello, la pierna que él había deslizado entre las suyas y el cuerpo entero de Wulf que la anclaba a la pared, Sapphire no podía moverse. Maldijo y le mordió la oreja con tanta fuerza que le hizo sangre, pero él se mantuvo firme.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó ella—. ¿Quieres mi amor? ¿Mi devoción? ¿Aun sabiendo que debemos separarnos y que me moriría si fueras más importante para mí de lo que ya lo eres?

—Sí —respondió Wulf con un gruñido—. He arriesgado mucho por ti.

Le soltó el cuello, le rodeó la cintura con las manos, las hizo descender por debajo de sus nalgas y la levantó.

—¡Wulf!

Con un gemido torturado, él la soltó sobre su miembro erecto.

Sapphire sollozó al notar que la gruesa cabeza se abría camino entre los delicados tejidos, que no estaban preparados para su invasión. Estaba húmeda, pero no empapada. Wulf la empotró contra la pared y movió las caderas adelante y atrás, clavándose cada vez un poco más en su interior, ganando terreno lentamente y con esfuerzo.

—Me haces daño —susurró.

Él se quedó inmóvil.

Ella le apoyó las manos en los hombros y sintió la dureza de sus músculos contrayéndose bajo sus palmas. Se arqueó instintivamente, luchando contra la intrusión de su cuerpo y clavándole así los pezones en el pecho.

Temblando, Wulf apoyó la sudada frente en la suya.

—Tú sí que me haces daño. Me estás destrozando. No me das cuartel. Te da igual irte que quedarte.

—No puedo quedarme.

—Yo no te importo.

—Si no me importaras, las cosas podrían ser de otra manera. Tengo que irme precisamente porque me importas mucho.

—Esta falta mía de autocontrol es descorazonadora —masculló él, con una voz llena de desprecio por sí mismo—. He estado a punto de matar a mi hermano cuando he visto que te estaba haciendo daño y ahora yo hago algo peor, y todo por tratar de entrar en ti del único modo que me dejas.

—Te perdono. —Sapphire lo sujetó por la nuca y apoyó la sien en la suya. Wulf la sostenía en brazos como si no pesara nada y mantenía la mitad de su palpitante verga en su interior—. Estuviste a punto de morir. Yo fui lo primero que viste al despertar y...

Él la agarró con más fuerza.

—No entiendes nada si crees que esto —remarcó la palabra con un movimiento de la polla— es gratitud. Ojalá lo fuera. Te cubriría de joyas, te daría todos los caprichos y se acabaría el problema. Te dejaría marchar sin problemas y consideraría que tu libertad es un regalo para compensarte por tu hospitalidad.

Con manos temblorosas, Sapphire lo obligó a volver la cabeza hacia ella. Vio cómo apretaba los dientes. Tenía las pupilas dilatadas y el verde de sus iris era un mero anillo alrededor de estas. Su enorme cuerpo temblaba, demostrando que no era cierto que no tuviera autocontrol. Aunque la deseaba, seguía dominando sus impulsos.

Con la mirada enfebrecida, le dijo:

—Nunca había querido ser otra persona. Hasta ahora.

—No quiero cambiarte. Nunca lo haré. Me encantas tal como eres. Me gusta todo de ti.

Sapphire deslizó una mano entre sus cuerpos y empezó a acariciarse el clítoris con movimientos circulares.

—¿Katie?

—Quiero que entres en mí.

Él contuvo el aliento un instante, antes de bajar la cabeza hacia su pecho. Le rodeó el pezón con la lengua, entreteniéndose con la joya que lo adornaba, antes de acariciarle la parte inferior. La excitó rápidamente, con gran habilidad. Ella se encendió y se humedeció, lo que permitió que su vagina se deslizara sobre su pene como si fuera un guante hecho a medida. Él se clavó hasta el fondo y liberó su tensión soltando el aire con fuerza contra la humedad que cubría el pecho de Katie.

Esta no podía librarse de la sensación de que se estaba conectando con la otra mitad de sí misma y que esa conexión la completaba. Era una impresión muy profunda e intensa, que se estaba convirtiendo rápidamente en una necesidad tan imprescindible como respirar. Demasiado rápido. Tanto que la asustaba.

No lo sabía. Nadie la había advertido de que el sexo pudiese ser algo más que

placer físico. Sabía que unas veces se disfrutaba más que otras y que la necesidad podía ser más o menos fuerte, pero nada la había preparado para la sensación de ser un solo ser que provocaba hacer el amor con un hombre a nivel emocional.

Y sabía que significaba lo mismo para Wulf, un hedonista tan encerrado en su papel de príncipe heredero que sólo la perspectiva de la muerte lo había liberado.

—Sabía que esto pasaría —susurró ella, oscilando entre el placer físico y el dolor emocional—. Sabía que llegaría el momento en que tendríamos que elegir entre nuestra vida o el otro. Y sabía lo que íbamos a elegir. He tratado de ser fuerte.

—Adoro tu fuerza. —Wulf le dio un beso largo y lento, una fusión de los labios y la lengua que hizo que la vagina de Sapphire se contrajera alrededor de la verga de él con voracidad. Respirando de manera entrecortada, añadió, sin separar sus bocas—: Pero necesito saber que sientes algo por mí.

Hundiendo los tobillos sobre las nalgas de Wulf, Sapphire se elevó un poco, apretando los músculos internos para abrazar su miembro desde la base hasta la punta.

Él gruñó y la frente se le cubrió de sudor. Entonces añadió:

—Tómame. Yo ya te he arrebatado demasiadas cosas.

Ella se dejó caer de nuevo, lentamente, sobre él, soltando el aire entre los dientes apretados, al notar cómo se deslizaba en su interior.

—Me encanta que tú me tomes a mí.

Cuando estaba con él, Sapphire podía abandonarse a la pasión. Sin pensar, sin calcular. Era un tipo de libertad que nunca antes había conocido y a la que ya se había vuelto adicta.

Se apoyó en la pared y bajó los brazos, consciente de que Wulf era tan fuerte que podía soportar su peso con facilidad. Se entregó a él de todas las maneras posibles, mostrándole con la mirada y con su postura que era suya. Aunque sólo fuera en ese momento.

Él empezó a follarla. Al principio con arremetidas breves y poco profundas. Luego con más fuerza y velocidad. Sus brazos se movían al mismo ritmo que sus caderas, empujándola hacia abajo mientras su polla embestía hacia arriba.

Era sexo salvaje y a ella le encantaba. Todo. Desde su manera de empezar, apresurada y desesperada, hasta aquella necesidad desbocada de terminar.

Mediante el movimiento de sus caderas, Wulf penetró tan profundamente en su interior que los dedos de los pies de Sapphire se le encorvaron y amenazaron con provocarle un calambre. Él golpeó una y otra vez ese lugar de sus entrañas que la volvía loca de placer, hasta que ella empezó a gemir. Eso no hizo más que espolearlo.

—¡Tus gemidos son increíbles! —dijo él entre gruñidos—. Los oigo hasta cuando no estás conmigo.

El aroma de su piel, exótico y almizclado, la embriagó, igual que la sensación que le provocaba la cinturilla de los pantalones de Wulf al rozarle la parte interna de los muslos en cada embestida. Sapphire gimió de nuevo, cerrando los ojos.

—Me voy a correr —le advirtió entre jadeos, notando que se tensaba por dentro.

La tensión estalló al fin en un orgasmo violento, vibrante. Su vagina se aferró a la polla de Wulf, que no dejaba de embestirla, ordeñando la gruesa verga con extáticos apretones.

Él maldijo y la clavó contra la pared. Su pecho se elevaba y descendía violentamente, mientras bombeaba su semen con potencia y rapidez. Era delicioso sentirlo en su interior con tanta fiereza.

Frotando su frente resbaladiza de sudor contra la de ella, Wulf dijo jadeando:

—Me vuelves loco. Parezco un jovenzuelo con su primera mujer.

—Ojalá hubiera sido la primera —susurró Sapphire—. La única.

Él le dedicó una sonrisa ladeada.

—Yo, en cambio, agradezco tener la experiencia que tengo. No creo que fuera capaz de complacerte si fuera un muchacho inexperto.

—Me complaces muchísimo. —Sapphire apoyó las manos sobre las de él, que aún la sujetaban por las caderas—. Y, a la vez, siempre me dejas con ganas de más.

Él la miró solemne, dejando a un lado las risas y mostrando una desolación que a ella le puso un nudo en la garganta.

—¿Cuánto tiempo puedes estar conmigo?

—Una semana. Tal vez. Siempre que pueda hablar con mi padre para tranquilizarlo.

Wulf asintió.

—¿Te quedarás una semana?

—Lo intentaré. —Le dio un beso en la frente—. Si pudiera, me quedaría contigo hasta que te cansaras de mí.

—O tú de mí.

—No creo que eso sea posible.

Wulf sonrió con tristeza, pero con decisión.

—Me has concedido unos cuantos días. Voy a intentar hacer lo imposible.

Sapphire se quedó mirando la mancha de sangre sobre la cama de Wulf mientras el vientre se le contraía de dolor.

Le había venido la regla, puntual como siempre.

«Ya sabías que pasaría», se dijo. Aunque eso no impidió que se sintiera decepcionada.

No iba a poder jugar con Wulfric esa noche ni las pocas noches que les quedaban de estar juntos antes de que ella tuviera que marcharse. Sabía por Sabine y por su propia experiencia, que era un hombre con un apetito sexual voraz. Días atrás —antes de la horrible escena con el príncipe Duncan en el patio—, hubiera creído que Wulf igualmente querría pasar las noches con ella; que estaría dispuesto a estar a su lado sin necesidad de sexo. Pero ahora ya no sabía qué creer.

Desde ese día no había vuelto a besarla; ya no la abrazaba por las noches y ya nunca sonreía. Hacían el amor con la misma pasión de siempre y algunas veces Sapphire tenía la sensación de que le había llegado al alma. Le parecía que los ojos de él brillaban en la penumbra de la habitación y se imaginaba que la miraba con deseo, con anhelo y con melancolía. Ella separaba los labios, deseando probar su sabor una vez más, deseando notar cómo bebía de su boca con aquella sed que parecía imposible de saciar.

Pero entonces él volvía a distanciarse y se convertía en aquel príncipe distraído que no reconocía. Un desconocido muy reservado, que, no es que fuera frío, pero tampoco era cálido. Había empezado a alejarse emocionalmente antes de tener que hacerlo físicamente.

Sapphire entró en el cuarto de baño y se metió en la bañera de agua jabonosa. Luego, recorrió el largo pasillo de piedra hasta llegar al serrallo, donde pasaba los días por razones de seguridad. El sonido de varias conversaciones y de risas femeninas le resultaba familiar tras los cinco años que había estado al servicio del rey de Sari. Leer o charlar con las concubinas la ayudaba a pasar el rato durante las horas en que Wulf estaba ocupado.

Sin embargo, ese día Sapphire deseaba que el tiempo no pasara. Las otras mujeres se acercaron a ella, sonriendo, no muy convencidas, y trataron de darle conversación, pero su ánimo sombrío hizo que pronto la dejaran sola. Era incapaz de comer y de perderse en las páginas de un libro. Sólo podía pensar en el momento en que Wulf llegara a la habitación y se encontrara con que tenía la regla. ¿Qué haría? ¿Mandaría llamar a una concubina para que se ocupara de las necesidades que Sapphire no podía cubrir? Tal vez aprovecharía para enviarla a casa antes de tiempo. Aunque no podía evitar conservar un hilo de esperanza. Tal vez por fin saliera de su aislamiento y volviera a ser el mismo hombre de antes, el que le encendía la sangre con una mirada, alguien dispuesto a luchar por ella, a reclamarla a toda costa.

—Señora.

Al volverse, vio que Sabine se le acercaba.

—Es hora de prepararos —anunció la mujer.

Sapphire soltó la tensión que había ido acumulando y expulsó el aire con fuerza antes de decir:

—Me ha venido la regla.

—Oh. —Sabine frunció el cejo.

—Pues sí —replicó Sapphire con amargura.

—Bueno —empezó a decir la camarera—, en circunstancias normales...

—En circunstancias normales, no enviarías a la habitación de su alteza a una concubina incapaz de cumplir con su cometido.

Sabine le dirigió una sonrisa de ánimo.

—Pero vuestra situación es distinta, señora.

—No sabría qué decirte. Preferiría que siguiéramos el protocolo habitual.

—Queréis provocarlo. —Sabine se sentó frente a ella, en una silla acolchada.

—Tal vez. No me importaría volver a ver vida en esos ojos. —Sapphire se frotó los suyos, que le escocían—. Está tan distraído que a veces creo que ni se da cuenta de que estoy en la habitación. Me siento como un mueble. No quiere hablar de nada personal. Él...

—Os manda llamar cada tarde y hace que os quedéis en su cama toda la noche —la interrumpió la mujer, secamente.

—Porque el sexo es fantástico. Te aseguro que no es por nuestra chispeante conversación. Sólo me habla de maniobras militares. Y anoche me dormí antes de que se metiera en la cama.

—¿Y habéis dormido hasta ahora? —le preguntó Sabine, con una sonrisa burlona.

—Bueno, no, pero con más razón. Si esta noche no puedo complacerlo, ¿para qué voy a meterme en su cama? No hicimos nada más. Cenamos y luego él trabajó en su escritorio hasta que me dormí. Aparte de para el sexo, no me quiere para nada.

Las tornas habían cambiado. Ahora era Wulf quien no la dejaba entrar en su vida. Compartía su cuerpo con ella, pero el resto lo mantenía bajo llave.

—Ya es bastante malo que se mantenga tan distante. No soportaría que me echara de la habitación. —Sapphire se estremeció.

—Señora, os sugiero...

—Lo siento, Sabine —la interrumpió ella con serena autoridad—. Su alteza te dijo que debías obedecerme en todo. Por favor, haz lo que te digo. Sigue el protocolo.

La mujer se levantó e hizo una reverencia.

—Como gustéis. —Con un gesto, le indicó a una esbelta pelirroja que la siguiera.

Una hora más tarde, Sapphire vio a la concubina de pelo de fuego salir del serrallo, seguida por dos de los guardias personales de Wulf. Era obvio que ya se había acostado antes con él. Caminaba ligera, con ganas de llegar a su destino. Era preciosa, alta y esbelta. Tenía la boca grande y siempre sonreía.

Sapphire apartó la vista, con el estómago revuelto, y empezó a dar vueltas a la

piscina, nerviosa. Poco después, Clarke se unió a ella.

—Creo que ha sido muy mala idea —refunfuñó—. Una idea pésima, de locos.

—Tengo que saberlo.

—Es un truco femenino, ideado para volver locos a los hombres. Sólo puede acarrear problemas.

Sapphire se detuvo en seco.

—¿Crees me estoy divirtiendo? Pues no. Odio hacer esto. Odio que me importe tanto su reacción. Odio tener esta opresión en el pecho que no me deja ni pensar por falta de aire. Odio verme así por su culpa —admitió frustrada, apretando los puños con fuerza—. Odio todo esto.

Clarke suavizó su expresión.

—Entonces, ¿por qué?

Sapphire se imaginó a Wulf recibiendo a la pelirroja entre sus brazos y dándole uno de aquellos besos devastadores que ya no le daba a ella. Se lo imaginó acariciando las esbeltas formas de la concubina con sus manos hábiles...

Se estremeció. ¿Cuánto tiempo hacía que la joven se había marchado? Mucho... Demasiado.

Las puertas del serrallo se abrieron y Sapphire se volvió hacia ellas. Al ver que Wulf entraba con la concubina detrás, tuvo que apoyarse en el brazo de Clarke. Lo vio detenerse junto a la puerta del serrallo, darle un rápido beso en la frente a la joven y, luego, empujarla suavemente en dirección a Sabine.

Sapphire se llevó una mano al pecho. Ver a Wulf besar a la concubina era duro, a pesar de que había sido un beso casto. Necesitaba un momento para recuperarse antes de enfrentarse a él. Se dio la vuelta a toda velocidad y se dirigió a la habitación que Sabine le había preparado dentro del recinto del serrallo. Pero no llegó muy lejos. Wulf la alcanzó y se interpuso en su camino. Iba vestido de manera informal, con unos pantalones amplios y una túnica sin mangas. La fuerza latente de su cuerpo era visible en cada músculo.

—¿En qué quedamos? —dijo él desafiante—. ¿Puedo tirármela, pero si le doy un beso te molesta?

Ella alzó la barbilla.

Wulf la sujetó por la cintura y la acercó a él. Los bíceps se le flexionaron con el movimiento.

—Katie, desde el principio he admirado tu honestidad. ¿Por qué ahora empiezas con jueguitos?

Ella se quedó con la mirada fija en la parte del ancho torso bronceado visible a través del escote en forma de uve de la túnica.

—Yo... —Suspiró—. Tengo la regla.

Wulf apretó la mandíbula.

—Ajá.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que me he dado cuenta de que era una prueba. —Le levantó la barbilla con un dedo y la miró fijamente—. ¿La he superado?

Sapphire apartó la cara bruscamente y se ruborizó.

—¿Qué viene ahora? ¿Quieres que te diga que estás equivocada? —le preguntó Wulf con la voz ronca—. ¿Quieres que acalle tus preocupaciones con promesas de amor eterno?

—¿Por qué te burlas de mí? Eres muy cruel. —No resistió la tentación de mirarlo. Y lo que vio hizo que todo hubiera valido la pena.

Porque Wulf sonreía con ternura mientras la miraba, por primera vez en varios días.

—Ha funcionado. Tienes toda mi atención.

Ella ahogó una exclamación.

—¿En serio?

—Cuando me han comunicado que habían preparado la habitación anexa al serrallo, me he sorprendido, pero he pensado que tal vez tenías en mente algún jueguito y me he excitado sólo de pensarlo. No te imaginas la decepción que me he llevado al encontrar allí a otra mujer. Habría sido menos cruel por tu parte mandarme a tomar una ducha fría.

Sapphire relajó los hombros y luego el resto del cuerpo. Apoyándose en su fuerte torso, se refugió en el cuerpo que tanto amaba.

Él la abrazó con fuerza.

—Mi dulce Katie. Mataría a cualquier hombre que te tocara. ¿No sientes tú lo mismo por mí?

—Sí. —Enterró la cara en el suave vello que le cubría el pecho—. Pero es que estabas tan distante, que pensaba que tus sentimientos hacia mí habían cambiado. Y a la vez deseaba estar equivocada. Sé que debería habértelo preguntado, pero...

—Chis —la consoló él, acercándose más a sus curvas—. Sí, deberías habérmelo preguntado. Pero tienes la regla y, al parecer, eso altera la mente de las mujeres.

Sapphire gruñó en broma y él se echó a reír.

—Hacía días que no te veía sonreír —comentó ella—. Casi había olvidado el efecto que me provoca tu sonrisa.

—Estoy muy tenso. Tengo un montón de preocupaciones. —Las arrugas que le habían aparecido alrededor de la boca en los últimos días se le marcaron con más intensidad.

—Pero no me las cuentas.

—No quiero llevarme las preocupaciones a la cama.

Ella resopló.

—Te pasas el rato manteniéndome a distancia, hablándome de estrategias militares o de...

Él agachó la cabeza y la hizo callar cubriéndole los labios con los suyos. Luego la agarró por los hombros y la atrajo hacia él. Los pechos de Sapphire se clavaron en su



torso mientras le introducía la lengua en la boca y la volvía a retirar, delicadamente, provocándola. Ella se aferró a sus esbeltas caderas para impedir que se alejara y se abalanzó sobre él.

Pasar una hora entera sin sus besos era muy duro. Esos dos últimos días habían sido una tortura.

Wulf se apartó, gruñendo.

—No te he estado manteniendo a distancia —explicó, apoyando la frente en la suya—. Y si te hablo de estrategias militares, es porque entiendes del tema. Admiro tu forma de pensar y respeto tus puntos de vista. Si comento contigo esos temas es porque quiero demostrarte lo mucho que valoro tu experiencia.

—Mentiroso. Me estás cerrando las puertas. Me estás apartando de tu vida. Calla y bésame otra vez.

—No me vas a soltar, ¿no?

—¿Soltarte? ¿Para qué? ¿Para que se te lleve otra? Ni hablar. Dije que me entregaría a ti completamente durante una semana. Pero no es justo, porque tú no me estás dando nada a cambio.

—No me interesa ninguna otra, Katie —replicó él, suspirando—. Si me aparto de ti no es por falta de interés, sino porque me importas demasiado.

—Wulf. —Sapphire arrugó la nariz—. Nos estamos comportando como dos idiotas.

—Tienes razón. Vamos. Quiero estar a solas contigo. Nos queda tan poco tiempo... —Entrelazó los dedos con los suyos y la llevó de vuelta a sus aposentos.

Cuando las puertas del dormitorio se abrieron, Sapphire se fijó en que el escritorio de Wulf estaba cubierto de mapas y papeles.

—Si quieres mostrar respeto por mis opiniones, cuéntame qué te preocupa —lo desafió.

Él se sentó sobre los cojines y la atrajo hacia su pecho. Le acarició los brazos de arriba abajo y finalmente entrelazó los dedos con los suyos.

—Los cuatro mercenarios que apresamos tenían muy poca información relevante. Lo único que les sacamos es que me capturaron con un objetivo distinto, pero que luego me intercambiaron por su líder cuando este fue apresado por una patrulla de Sari. Lo que resulta interesante, pero no demasiado útil.

Sapphire soltó el aire, frustrada.

—No soporto esta incertidumbre. Me preocupa no saber qué te pasará cuando yo me vaya.

Él le acarició el cuello con la nariz.

—Mi guardia personal es ahora la envidia de los soldados de palacio. La has entrenado muy bien. Sigues protegiéndome; no has hecho otra cosa desde que nos conocimos.

—No entiendo por qué los mercenarios se tomaron tantas molestias para capturarte y luego te soltaron como si nada.

Se dio la vuelta y quedó sentada cara a cara, con él sobre su regazo.

—¿No te parece raro que prefirieran recuperar a su líder en vez de cobrar la recompensa que esperaban sacar por ti?

Wulf le cogió la mano.

—A menos que el líder fuera el único que conociera mi auténtico valor y supiera a quién pedirle un rescate.

—¿Crees que le habría pedido un rescate a tu padre? ¿Qué crees que habría pedido? ¿*Talgorita*?

D'Ashier era famoso por tener los mayores depósitos de *talgorita* del mundo.

—Sí, cualquiera que la use como combustible podría estar detrás del secuestro.

—En ese caso, las posibilidades son casi infinitas. —Al notar el desánimo que se apoderaba de él al oírla, supo que haría todo lo que estuviera en su mano para ayudarlo a resolver el asunto. Cuando se marchó del palacio de Sari, echaba de menos tener un objetivo en la vida. Pues ahora tenía uno; ya sabía en qué iba a ocupar el tiempo cuando volviera a casa.

—Efectivamente —admitió él, antes de cambiar de tono de voz—. Guardián, me muero de hambre.

—Me ocupo de ello, alteza —replicó el ordenador.

Poco después, varios criados llegaron cargados con bandejas rebosantes de comida y vino muy frío. Wulf le sirvió la comida a Sapphire con sus propias manos, acercándole a la boca trozos de sus manjares favoritos. Ella memorizó la imagen de Wulf, que tenía la vista clavada en sus labios, concentrado en alimentarla y en hacerla feliz. El incidente con la concubina parecía haberle dado un toque de atención. Él por fin parecía ser consciente del poco tiempo que les quedaba para estar juntos. Era un crimen perder aunque sólo fuera un instante en tonterías, por culpa de falta de comunicación, dudas o pruebas inmaduras.

En momentos como aquel, aunque por desgracia eran muy escasos, Sapphire se permitía imaginarse cómo sería su vida en común si fueran otras personas. Su amante guerrero era su media naranja perfecta, tan parecido a ella y, al mismo tiempo, lo suficientemente distinto como para cautivarla. Seguía sorprendiéndola cada día, pero a su lado siempre se sentía cómoda, como en casa.

Estaba perdidamente enamorada de un hombre con el que le era imposible mantener una relación. Los manjares que le ofrecía bien podrían haber sido comida insípida, por la poca atención que ella les prestaba. Lo único que oía era el latido desbocado de su corazón.

Más tarde, cuando Wulf la llevó a su cama y la abrazó por detrás, Sapphire notó que su pesada erección se acoplaba entre sus nalgas. Él la estrechó con fuerza, sin dejar ni un milímetro entre sus cuerpos, enterró la cara en su cuello y se durmió.

Ella permaneció despierta durante horas, por miedo a dormirse y perderse aunque sólo fuera un segundo.

Sapphire estaba sentada en el borde de la piscina del serrallo inquieta, moviendo los pies en el agua templada. La semana de plazo que se había dado acababa al día siguiente, lo que le provocaba una inquietud que la estaba volviendo loca. Estaba tan disgustada, que la regla se le había cortado antes de tiempo. No era gran cosa, teniendo en cuenta la situación general, pero igualmente lo agradeció.

—Estáis triste —comentó Clarke.

Ella lo miró. Le había costado mucho convencer al discreto capitán para que se sentara a su lado, en vez de estar montando guardia a sus espaldas. Una vez que se hubo resignado a obedecerla, se remangó los bajos del pantalón del uniforme y se sentó, poniendo las fuertes pantorrillas en remojo.

—Sí, lo estoy.

—¿Añoráis vuestra casa?

Ella se echó a reír sin ganas.

—No llevo aquí el tiempo suficiente como para eso. Además, tampoco es que tenga una casa a la que quiera volver. Mi padre se pasa el tiempo viajando y mi madre es profesora en la Escuela de Artes Sensuales, un puesto que le ocupa mucho tiempo. Y la casa donde vivo actualmente es más del rey que mía. De hecho, me doy cuenta de que no puedo volver allí. En realidad, no me parece que volver a Sari sea muy buena idea.

Clarke le dirigió una mirada compasiva.

—Tal vez podríais acostumbraros a vivir aquí.

—Aquí no sería feliz. El rey no se fía de mí; cree que tengo malas intenciones. Y la solución de Wulf es mantenerme aquí encerrada. —Sapphire le dio una patada al agua y observó cómo las gotas caían sobre una de las tres fuentes—. No puedo pasarme la vida ocupándome de su placer. Acabo de dejar todo eso atrás, y con ganas. No quiero volver a esa vida.

El capitán guardó silencio.

—¿Y qué me pasaría cuando él se casara? —siguió diciendo ella—. No soportaría compartirlo con otra mujer. —Se acordó de la actitud fría como el hielo y amarga como la hiel de la hermosa reina Brenna, encerrada en una coraza de altivez. Sapphire no permitiría que le pasara lo mismo que a ella; se negaba.

—Su alteza es un idiota —refunfuñó Clarke.

—¡Clarke! —Sapphire miró a su alrededor, alarmada, para asegurarse de que nadie había oído esas palabras que podían ser consideradas traición.

—Está enterrando la cabeza en la arena. Un día la levantará y se dará cuenta de lo que ha perdido. Pero entonces ya será tarde.

—No podemos evitarlo. Desde que supe quién era él, comprendí que no había nada que hacer. Y Wulf también lo sabía. Teníamos claro que, si empezábamos algo, era con fecha de caducidad.

Clarke negó con la cabeza.

—No me lo creo. Estoy convencido de que las cosas se pueden cambiar si realmente se quiere.

—Eres tan tozudo como el príncipe. —Sapphire le cubrió la mano con la suya—. Por si no vuelvo a encontrar un buen momento, quiero decirte que te he cogido mucho cariño en estos días, Clarke. Eres un buen hombre. Cualquier persona que te tenga como amigo, debe sentirse muy afortunada.

Él gruñó y una capa de rubor se extendió bajo la bronceada piel de sus mejillas.

—Pues podéis consideraros afortunada.

En ese momento se abrieron las puertas del serrallo. Ambos se volvieron a la vez para ver quién entraba. El príncipe Duncan se dirigió hacia ellos con paso decidido. Sapphire lo miró con cautela. El joven príncipe iba diariamente a las habitaciones de las concubinas y se llevaba a las que se mostraban interesadas en mudarse a su ala del palacio.

Al mirarlo, Sapphire vio cómo debió de haber sido Wulfric de joven. Duncan tenía el pelo negro y los ojos verdes, igual que su hermano, y la altura también debía de ser similar. Pero a los diecinueve años su cuerpo todavía tenía hechuras de muchacho. No poseía los anchos hombros de Wulfric, ni su físico musculado, y en su pecho apenas había vello.

Sapphire sonrió. Por lo que contaban algunas de las mujeres que se habían trasladado a su serrallo, le faltaba experiencia, pero lo compensaba con vigor juvenil. Y, por lo visto, era amable y encantador con ellas, algo que le costaba de imaginar, porque a ella siempre la miraba con malicia. Exactamente igual que en ese momento.

Duncan se acercó a ellos y tanto Sapphire como el capitán se tensaron.

—Ven conmigo —le ordenó a ella.

Sapphire se volvió hacia Clarke.

Duncan la agarró y la levantó a la fuerza, acercándola a él cuando resbaló en las baldosas mojadas.

—No hace falta que lo mires. No puede detenerme —dijo el joven, arrastrándola hacia la puerta.

El capitán se puso en pie con sorprendente agilidad para un hombre de su tamaño.

—Alteza, el príncipe Wulfric me ha ordenado que la acompañe a todas partes.

—Acompáñenos, pues. Puede mirar.

Sapphire trató de liberarse.

—Tengo la menstruación —mintió.

—Según el Guardián, no. Ya has terminado. ¿Por qué crees que he esperado hasta ahora?

Clarke se interpuso en el camino del joven príncipe.

—También tengo órdenes de protegerla.

Duncan se echó a reír con dureza.

—Lo entendió mal, capitán. No la está protegiendo a ella, está protegiendo al

resto del palacio de ella.

—Mientes —replicó Sapphire fríamente.

Por un momento, temió que él la abofeteara por su insolencia y se dispuso a defenderse de los golpes. No volvería a pillarla por sorpresa.

—No olvides que aquí eres una prisionera —le recordó Duncan con una sonrisa burlona—. Debes dirigirte a mí como «su alteza» y debes tratarme con el debido respeto.

—No soy una prisionera.

El joven príncipe se echó a reír de nuevo y esta vez el sonido la molestó aún más que antes.

—¿Qué crees que estás haciendo en D’Ashier?

Ella no se dignó responderle.

—Deja que te lo diga yo —añadió él con maliciosa alegría—. Eres la hija de Grave Erikson, el hombre que nos derrotó en las Confrontaciones. Eres la concubina favorita del rey de Sari, nuestro enemigo. Eres muy valiosa para nosotros. Te devolveremos a tu país a cambio de información y de prisioneros de guerra. Y, mientras tanto, Wulf ha estado disfrutando de su botín de guerra y descubriendo las famosas técnicas militares de tu padre. Por cierto, muchas gracias por ser tan generosa compartiendo su estrategia.

Sapphire dio un paso atrás, como si la hubiera golpeado.

El príncipe le sonrió con suficiencia.

—Wulfric te tiene encerrada aquí todo el día. ¿Por qué crees que lo hace? Es evidente que sabes defenderte solita, así que protegerte no puede ser el objetivo. ¿Dónde crees que ha estado él estos últimos días? Pues negociando las condiciones del rescate. Pronto volverás a casa, pero yo pienso disfrutar de ti antes de que te vayas.

Volvió a tirar de ella en dirección a la puerta. Esta vez, Sapphire no se resistió, ya que su mente estaba tratando de asimilar todo lo que acababa de oír, aunque sin éxito. Pero era verdad que desde ese punto de vista todo cobraba sentido. Un sentido horrible, pero sentido al fin y al cabo. El distanciamiento de Wulf, sus distracciones, los guardias que la rodeaban en todo momento, las largas horas que él pasaba fuera de palacio y su modo de plantearle problemas militares, para que ella le ofreciera sus estrategias.

¿Era posible que hubiera estado utilizándola todo ese tiempo y que ella, cegada por el amor, no se hubiera dado cuenta?

Notó que el estómago se le agitaba y se lo cubrió con una mano.

Cuando Clarke trató de intervenir, Sapphire se lo impidió con una mirada de advertencia. No podía enfrentarse al príncipe. No tenía derecho ni autoridad para hacerlo. Y ella no iba a permitir que lo castigaran por su culpa.

El capitán los siguió con los dientes y los puños apretados.

Sabine los interceptó cuando llegaron junto a las puertas.

—Su alteza real —dijo, postrándose en el suelo—, por favor. Muchas de las concubinas están deseando ir con vos. Elegid a otra, os lo ruego.

—Levántate, Sabine —ordenó Duncan—. El príncipe Wulf me ha dado permiso para usar a sus concubinas.

—Siempre y cuando ellas estén de acuerdo.

Él le dirigió una mirada digna de un depredador.

—Todos sabemos que a esta fierecilla le gusta presentar batalla al principio, pero que luego le encanta.

Sapphire ahogó una exclamación.

—¡Contigo nunca!

Duncan no quiso seguir discutiendo y tiró de ella hasta el pasillo, donde esperaban dos guardias con uniformes de color rojo y blanco, los colores del joven príncipe.

—Llevadla a mis aposentos —ordenó, dejándola en manos de los soldados, antes de desaparecer pasillo abajo.

Sapphire no se resistió y caminó a buen paso. Sabía que era absurdo negarse. No conocía ninguna de las otras alas del palacio, así que si quería huir, iba a tener que hacerlo ya.

Apretó el puño y movió el antebrazo bruscamente, hacia un costado y hacia arriba, rompiéndole la nariz al guardia que tenía a su derecha. Mientras el hombre gritaba de sorpresa y de dolor, ella lo agarró del brazo y lo hizo girar, para usar su cuerpo como ariete y derribar al otro guardia.

Luego echó a correr, lo que no le resultó fácil, descalza sobre el mármol resbaladizo.

Recordó el trayecto que había recorrido el día de su llegada. Sabía que la plataforma de transferencia quedaba a poca distancia de las habitaciones de Wulf, en aquel mismo pasillo, todo recto hasta el final. Si avanzaba a sus perseguidores y les cogía un poco de ventaja, tal vez pudiese encerrarse dentro y escapar a un lugar seguro.

Los hombres de Wulf montaban guardia a intervalos regulares a lo largo del pasillo, pero ninguno de ellos movió un dedo para detenerla. Pasó a toda velocidad por delante de ellos, sorprendida al ver que no le impedían la huida, pero sin tiempo para detenerse a reflexionar sobre ello.

Luego, alguien detuvo en seco su carrera al abalanzarse sobre ella y derribarla. Un pesado cuerpo masculino la mantuvo clavada en el suelo. Aturdida por el fuerte golpe, trató de coger aire, pero cuando su asaltante le dio la vuelta y le vio la cara, se quedó sin respiración.

Duncan estaba montado sobre ella y la miraba con lascivia.

—Esto va a ser muy divertido —masculló él con rabia, desgarrando el delicado vestido.

Sapphire se defendió y le alcanzó la sien con el puño.

Duncan bramó mientras caía de lado. Retorciéndose, Sapphire le dio una patada apuntando a los testículos, pero él se movió y lo alcanzó en el muslo.

—¡Zorra! —la insultó entre dientes, agarrándola del brazo con la fuerza de una tenaza.

Sapphire esquivó un puñetazo, pero el peso de Duncan volvió a inmovilizarla en el suelo. Cuando avanzó sobre su cuerpo, Sapphire le arañó la cara, haciéndolo sangrar. Duncan le cogió una mano, que metió bajo la cadera de ella. La otra se la levantó por encima de la cabeza, sujetándola con fuerza. Luego le lamió la cara, desde la barbilla hasta la sien.

—¿Estás lista para gritar? —le preguntó con voz ronca.

—¿Estás listo para morir? —replicó Sapphire, volviendo a levantar la rodilla, que esta vez le rozó el escroto, dejándolo momentáneamente sin respiración.

Duncan se incorporó con el puño en alto, pero ella liberó la mano que tenía bajo la cadera y lo golpeó con la base de la palma en el ojo. Él echó la cabeza hacia atrás y gritó.

De repente, se quedó en silencio y abrió mucho los ojos antes de ponerlos en blanco. Un instante después, se desplomó sobre ella como un peso muerto. Clarke apareció en su campo de visión, con la espada láser apagada en las manos, con la empuñadura por delante.

Sapphire sintió un gran alivio.

—Quítamelo de encima.

Clarke agarró al príncipe inconsciente por el cuello de la túnica y lo echó a un lado, antes de ofrecerle la mano a Sapphire para que se levantara. Ella la cogió, se puso en pie rápidamente y miró a su alrededor. Los guardias del pasillo tenían la vista al frente. No querían ver nada.

—Tengo que irme —dijo, alejándose renqueando en dirección a la sala de transferencias.

—Lo que ha dicho el príncipe Duncan no tiene por qué ser verdad.

—Pero podría serlo. He puesto en peligro a mi padre y a mi país. ¿Por qué?

—Por amor.

Ella se detuvo y cogió la manaza de Clarke.

—Déjame marchar. ¿No ves que no puedo quedarme? Antes de que pasara esto, ya sabía que no podía quedarme.

Clarke titubeó un momento, pero luego asintió.

—Necesitaréis cambiaros de ropa.

—No hay tiempo. Los guardias de Duncan volverán pronto con refuerzos.

Clarke volvió la vista atrás, hacia el serrallo. Ella siguió la dirección de su mirada. Los hombres de Wulf bloqueaban el pasillo a cierta distancia, fingiendo que tenían un problema con una puerta. A pesar de la ansiedad que sentía, agradeció mucho lo que aquellos hombres estaban haciendo por ella. Al parecer, aquel día de entrenamiento en el patio le había hecho ganarse algunas amistades.

—Venga —la apremió Clarke, echando a andar a grandes zancadas.

A pesar de que le dolían varias partes del cuerpo, Sapphire le siguió el paso. Las puertas de la plataforma de transferencia se abrieron ante ellos y se cerraron cuando el capitán dio la orden. Una vez dentro, la invitó a entrar en el teletransportador y se inclinó sobre el panel de control.

—Maldita sea —murmuró.

—¿Qué pasa?

—Los controles están bloqueados. Sólo se pueden hacer transferencias dentro de las fronteras de D' Ashier. Y únicamente a plataformas oficiales.

—¿Por qué? —preguntó ella, con la vista clavada en las puertas.

—Al príncipe Wulfric le preocupaba que vuestro padre siguiera el rastro de su transferencia y viniera a buscaros aquí.

Sapphire tomó una rápida decisión.

—Transfiéreme a Akton. Desde allí ya llegaré a Sari por mis propios medios.

—Akton es una ciudad fronteriza. Es muy insegura, sobre todo para una mujer vestida así. —Clarke echó los hombros hacia atrás con decisión—. Os acompañaré.

—No. Tienes que quedarte aquí. Échame la culpa de todo. Di que he sido yo quien ha dejado al príncipe inconsciente y que luego he huido sin que pudieras evitarlo.

—Señora...

—Tienes que quedarte y decirle al príncipe Wulfric que le pido que libere a mis *mästares*. Sé que lo hará. —Dirigió otra mirada nerviosa a las puertas—. Venga, introduce las coordenadas. ¡Se acaba el tiempo!

Clarke parecía dispuesto a discutir.

—Puedo cuidarme sola —le aseguró—. Ya lo sabes.

Cuando el capitán empezó a teclear en los controles, ella le dirigió una sonrisa temblorosa.

—Gracias, amigo mío. Ojalá volvámos a encontrarnos.

Clarke respiró hondo mientras seguía tecleando.

Sapphire parpadeó y, al abrir los ojos, se encontró al otro lado de las puertas de la plataforma pública de transferencias de Akton. El lugar estaba abarrotado de mujeres y, curiosamente, todas iban tan poco vestidas como ella. Como si se tratara de una bandada de pájaros de colores, mujeres de todo tipo y tamaño se mezclaban, ataviadas con vestidos brillantes y muy diáfanos. Cuando sopló la brisa del desierto, trajo con ella los aromas de los vendedores ambulantes de comida.

Sorprendida por la cantidad de peatones que circulaban por la calle, Sapphire miró a su alrededor. Una pancarta de color rojo intenso colgaba de lado, mecida por la brisa.

SUBASTA DE CONTRATOS DE CONCUBINAS CADA TRINADÍA

Sapphire calculó mentalmente la fecha y sintió un escalofrío. Hizo una mueca.



«¡Oh, no! ¡Mierda!».

—Te lo advertí.

Wulf tenía a Duncan agarrado por el cuello y clavado a la pared de su salón. Los pies de su hermano colgaban a varios centímetros del suelo.

—Wulfric, po... por favor —musitó Duncan, con los labios cortados e hinchados—. Lo siento. Yo... no me di cuenta...

—Mentira. Te advertí de lo que pasaría si volvías a ponerle la mano encima. —Asqueado, Wulf lo lanzó a una esquina y se volvió hacia el capitán de la guardia—. Póngase en contacto con el general Petersen. Comuníquese que su alteza, el príncipe Duncan, se unirá a la infantería. No recibirá ningún trato de favor ni consideración especial. Se someterá al entrenamiento básico, igual que todos los demás nuevos reclutas. Cuando se haya graduado, quiero que lo asignen a las misiones que nadie quiera durante tres años. Y espero recibir informes semanales directamente del general.

—Por Dios, Wulfric, no —gimoteó Duncan, encogiéndose en posición fetal.

El rey dio un paso al frente.

—La paliza que le has dado ya es suficiente. ¡Es tu familia!

—No me lo recuerdes, padre. No es algo de lo que me sienta orgulloso en este momento.

Wulf se inclinó sobre Duncan, luchando por controlar su enorme furia y frustración.

—No tienes ni idea de la suerte que has tenido al fracasar en tus planes con Katie.

Se incorporó e hizo girar los hombros, en un vano esfuerzo por aliviar la tensión.

—Que se lleven a su alteza inmediatamente. No tiene permiso para usar una cámara de curación hasta que llegue a su destino. Y llevadlo en transporte ordinario, nada de transferirlo.

—Maldita sea, Wulfric —bramó su padre—. ¡Eso es una salvajada!

—¿Y violar a una mujer no lo es?

—¡No ha llegado a violarla!

—Pero no por falta de ganas. Si Katie hubiera sido una mujer más débil, las cosas habrían sido muy distintas. —Wulf apretó los puños al pensar en ello y luego se dirigió a su hermano—: Ahora ya sabes lo que se siente cuando abusa de ti alguien más fuerte. Usar tu fuerza con una mujer es intolerable. Te has convertido en un joven indolente y malcriado y me culpo por ello. He estado tan centrado en los problemas del país que no he prestado suficiente atención a mi propia familia. Enviarte al ejército es la manera de corregir esa falta.

Hizo un gesto para llamar al capitán.

—Llévelo al aeródromo y regrese, capitán. Tenemos muchos temas que tratar.

Cuando se quedaron a solas, Wulf se volvió hacia su padre.

El rey le devolvió la mirada.

—Entiendo tu necesidad de defender lo que es tuyo, y también que pienses que Duncan se merece una lección, para que aprenda a respetar a los demás, pero tres años en el exilio me parecen un castigo desproporcionado.

—El tiempo lo dirá. Te aseguro que ha sido el castigo más leve de todos los que se me han pasado por la cabeza.

—Lo que no entiendo por qué estamos hablando de la hija de Erikson —añadió su padre, empezando a andar de un lado a otro de la sala—. ¿Por qué te empeñas en ponerte de su lado?

Wulf frunció el cejo.

—¿Y tú por qué te empeñas en verla como a una enemiga? Podría haberme hecho daño de cien maneras distintas, pero desde el primer momento no ha hecho más que protegerme.

Apartó la mirada. Tenía un nudo en la garganta que casi no lo dejaba hablar.

«Katie se ha ido».

—Wulfric.

Él interrumpió a su padre con un brusco movimiento de la mano.

—Ya basta, padre. Tú eres tan responsable como Duncan. Tú fuiste quien le llenó la cabeza de sospechas y de odio hacia Sari. —Soltó el aire bruscamente—. Vete, por favor. Luego hablaremos. Ahora tengo que ir a buscarla. Está sola, medio desnuda y herida. Si le pasa algo en nuestro territorio, volveremos a estar en guerra.

El rey titubeó, pero se marchó sin decir nada más.

El capitán regresó poco después.

—El príncipe Duncan ya está en camino. El general Petersen os da las gracias por la confianza que depositáis en él.

Wulf asintió con impaciencia.

—¿Ha captado ya su señal en el *nanotach*?

Wulf daba gracias al cielo por haber tenido la previsión de implantarle a Katie un chip en la nalga durante la primera noche que ella pasó en D’Ashier. Exhausta como estaba tras su tórrido encuentro en la piscina, apenas había gemido cuando se lo insertó mientras dormía. Y aparte de quejarse de una ligera molestia durante los dos primeros días, no había vuelto a sacar el tema.

—Sí.

—Excelente. Vamos. —Wulf entornó los ojos cuando el capitán dudó—. ¿Qué pasa?

—No estoy en posición de llevaros la contraria, alteza.

—Si tiene algo que decir, capitán, dígalo. Tiene mi permiso.

Clarke alzó la barbilla y echó atrás sus anchos hombros en una pose defensiva que puso a Wulf en guardia.

—Creo que deberíais permanecer en palacio y permitir que sea yo quien organice una partida de búsqueda para llevar a Katie Erikson de vuelta a Sari sana y salva.

—Ella es mi responsabilidad.

—Puedo conducir a una patrulla hasta la frontera norte y soltar a sus criados cerca del puesto fronterizo de Sari. Podrían volver a casa andando desde allí.

—No.

Clarke guardó silencio y su rostro permaneció impasible.

Wulf soltó el aire con fuerza.

—Este asunto es muy delicado. Tiene implicaciones políticas. Requiere supervisión cercana.

—Disculpad, alteza —replicó el capitán—, pero en este tema no sois objetivo.

—Claro que no, pero mi preocupación por ella la beneficia —refunfuñó Wulf.

—Sólo si no es una preocupación egoísta.

Wulf se acercó a los ventanales con vistas a la capital y se plantó frente a ellos con las piernas separadas y las manos a la espalda. Observó el país que se extendía a sus pies. D’Ashier era una amante exigente, que le pedía riqueza y que la hiciera crecer. Millones de personas confiaban en él para que no les faltara de nada y Wulf se esforzaba diariamente para cumplir sus expectativas. Si le dedicaba suficiente sangre y suficientes lágrimas, D’Ashier podría llegar a rivalizar con cualquier otra nación.

Lo único a lo que había aspirado en la vida era a ser un buen gobernante. Se esforzaba por ser justo y fuerte, por proteger los derechos y las tierras de su gente. Había aprendido a tomar decisiones de vital importancia en segundos y a no arrepentirse del resultado. Un gobernante poderoso no podía permitirse el lujo de tener remordimientos. Su palabra era ley y la ley no podía flaquear.

Y, sin embargo, no había sido capaz de tomar la decisión más importante de su vida. Por miedo a ser vulnerable, por miedo a equivocarse, se había negado a ver lo que tenía delante de los ojos.

Se volvió hacia su capitán.

—¿Cree que debo dejarla marchar?

—Es una mujer orgullosa —respondió Clarke—, inteligente y fuerte. Durante estos días, se marchitaba en la habitación esperando a que llegerais. Se aburría y se sentía muy sola. Una mujer con tanto talento como ella, necesita sentirse útil. Creo que habría sacrificado su país, su casa y su familia por vos, si le hubierais ofrecido ser vuestra igual; si le hubierais demostrado respeto y afecto. —Clarke se inclinó ante su soberano—. Espero que no os molesten mis observaciones, alteza.

—Katie le gusta, capitán.

—Por supuesto. No hay nada en ella que no me guste.

—La ha ayudado a escapar.

Clarke no dijo nada, lo que en sí fue una elocuente respuesta.

Wulf desvió la mirada hacia la cama de la habitación vecina. ¿Cómo iba a poder dormir sin ella acurrucada a su lado? ¿Cómo soportaría las horas del día sabiendo que Katie no estaría allí esperándolo al caer la noche?

—Agradezco su sinceridad, capitán, pero iré a buscarla. Partimos hacia Akton inmediatamente.

Aquello no podía estar pasando.

Sapphire cerró los ojos y rezó para que, cuando volviera a abrirlos, la subasta se hubiera convertido en una broma pesada de su imaginación. Abrió los ojos, pero no hubo suerte.

«¡Mierda!».

Si hubiera tenido tiempo de ponerse un traje *dammr*, nadie habría asumido que era una concubina barata, obligada a subastar su contrato. Ahora iba a tener que dar explicaciones y eso iba a retrasar su huida, robándole un tiempo que no se podía permitir perder. Si a Wulf se le ocurría perseguirla, lo haría inmediatamente y cualquier retraso llevaría a su captura.

En el fondo de su corazón estaba segura de que Duncan estaba equivocado sobre las intenciones de Wulf, pero eso no significaba que no tuviera razón sobre los planes de la familia real en general. Si el rey de D'Ashier quería usarla para presionar a su padre, lo haría, y Wulf no podría evitarlo. No podía arriesgarse. No podía permitirse poner en peligro a sus seres queridos, y mientras permaneciera en D'Ashier era un peligro tanto para su padre como para Wulf.

Espoleada por ese pensamiento, se movió rápidamente entre la multitud en dirección a la calle. Por desgracia, sus rápidos movimientos llamaron la atención.

La obvia calidad de su vestido hizo que cada vez más ojos se clavaran en ella. Cuando estaba a punto de separarse del grupo de mujeres, la alcanzaron. Un hombre con una sonrisa tan libidinosa que le provocó náuseas, la sujetó con fuerza por el codo.

—¡Suéltame! —exclamó ella en un tono de voz bajo pero enfadado—. No estoy aquí por la subasta.

La mirada de su captor se paseó a conciencia por su cuerpo, examinándola de arriba abajo, ya que la diáfana tela medio desgarrada apenas ocultaba nada.

—No seas vergonzosa, cariño —la animó—. Enseguida habrá pasado todo y volverás a tener trabajo. Con una belleza como la tuya, conseguirás un jefe muy rico, ya lo verás.

Ella se liberó bruscamente y replicó:

—Ya te he dicho que no estoy aquí por la subasta.

Esa vez, cuando el hombre trató de sujetarla de nuevo, Sapphire lo derribó con un golpe de codo que le rompió la nariz. Él se dejó caer de rodillas en el suelo, chillando de dolor y protegiéndose con las dos manos la nariz, que no dejaba de sangrar.

—¿Qué está pasando aquí? —Otro hombre, vestido con un uniforme blanco y negro igual que el del primero que se había acercado a ella, se abrió camino entre la multitud.

—¡Esta jodida mujer me ha pegado en la nariz! —La voz del hombre arrodillado llegaba amortiguada por las manos—. Creo que me la ha roto.

Sapphire los fulminó con la mirada.

—Le he dicho que no estoy aquí por la subasta, pero no me ha hecho caso.

El hombre la examinó de arriba abajo con el mismo descaro que su compañero.

—Menuda casualidad que estés aquí, vestida así, al mismo tiempo que todas estas mujeres, ¿no?

Ella se puso en jarras.

—No importa si es casualidad o no. Si tuviera un contrato que ofrecer, sería yo quien decidiría si quiero subastarlo o no. Pero no tengo contrato.

—¿Ah, no? —ronroneó una voz melosa a su espalda—. Pues es una lástima, porque has llamado la atención de uno de mis principales clientes.

—Nos está dando problemas, Braeden —dijo el que no tenía la nariz rota.

—Lo arreglaremos.

Resoplando asqueada, Sapphire se volvió hacia el dueño de la voz almibarada. Se sorprendió al ver que era un hombre guapo, con un atractivo exótico.

—Pues tu cliente y tú os vais a llevar una decepción, porque no estoy en venta.

La sonrisa del tal Braeden le puso la piel de gallina.

—Me temo que la decepción te la vas a llevar tú. A Karl Garner le gusta que le caliente la cama una mujer ardiente y tu demostración de carácter le ha abierto el apetito. Y Karl siempre consigue lo que quiere.

—Karl puede irse al infierno.

Braeden alargó la mano y cogió el colgante donde Sapphire guardaba el chip del sistema Guardián. Con el pulgar acarició el sello real de D'Ashier antes de que ella retirara el colgante de un tirón.

—Vaya, vaya, parece que hemos atrapado a una ladrona —comentó él, con una mirada gélida en sus ojos oscuros—. Tal vez estaría dispuesto a no entregarte a las autoridades, siempre y cuando colabores conmigo.

—No soy ninguna ladrona. Este colgante me lo dio el príncipe Wulfric en persona. Estoy bajo su protección. Por tu propia seguridad, te aconsejo que me dejes marchar sin montar ningún escándalo.

La multitud que se había agolpado a su alrededor se echó a reír a carcajadas. Frustrada y humillada, Sapphire empezó a abrirse camino entre la gente.

—Puedes preguntárselo al capitán de la Guardia Real si no me crees. Pero mientras tanto, dado que no tienes ninguna autoridad para detenerme, me voy.

Cuando los hombres trataron de impedirle el paso de nuevo, ella se defendió. Asustadas y sorprendidas, las mujeres se apartaron de su camino, lo que la ayudó a despistar a sus perseguidores. Otros tres hombres con uniforme blanco y negro se acercaron y pronto estuvieron tumbados en el suelo de la plataforma de transferencia, heridos de mayor o menor gravedad. Antes de que la situación empeorara aún más, Sapphire subió la escalera que llevaba a la calle principal y echó a correr.

Le habría ayudado bastante saber dónde estaba y hacia adónde quería ir, pero por el momento, cualquier dirección que la alejara de los subastadores le servía. Al doblar una esquina, distinguió un grupo de comunicadores públicos. Eligió el que quedaba

más lejos de la calle y se escondió tras la pantalla que daba intimidad a los que hablaban. Desde su escondite vio pasar de largo a sus perseguidores. Luego se dedicó a intentar activar el comunicador.

Vio la ranura para la tarjeta de crédito, pero no le servía de nada, así que examinó la parte superior y los laterales de la máquina, buscando la manera de manipular los cables para activarla y hacer una llamada. Al pasar las manos por la parte inferior, descubrió un agujero redondo. Al inclinarse para observarlo más de cerca, su collar rozó el comunicador y este se activó.

Animada, Sapphire trató de insertar el collar en la abertura y le temblaron las piernas de alivio cuando el holograma tridimensional con el escudo real de D'Ashier giró lentamente sobre el aparato. De todas las opciones del mismo, sólo se habían encendido los botones de Enviar y Recibir. Marcó el código para desbloquear el identificador del emisor e introdujo la dirección de su padre. Tras una silenciosa oración, apretó el botón de enviar.

Mientras esperaba a que se estableciera la conexión, alguien la sujetó por detrás. Gritando de furia y frustración, se defendió, pero no pudo soltarse. Cuando le dieron la vuelta, se vio cara a cara con el tal Braeden.

—¿Es que no te entera...? —Sapphire ahogó una exclamación al sentir que le clavaban una aguja en el brazo.

Boquiabierta, bajó la vista y llegó a tiempo de ver cómo alguien retiraba una jeringuilla.

Quiso gritar, pero el mundo desapareció entre las sombras.

Inquieto, Wulf recorría la plataforma de aterrizaje de la base militar situada a las afueras de Akton. La pista había caído en desuso, ya que el teletransporte de personas era mucho más rápido y cómodo. Sin embargo, aún se usaba el transporte convencional cuando se necesitaba desplazar armamento pesado. La situación de Akton, tan cercana a la frontera con Sari, la convertía en una ciudad ideal para el aterrizaje de fuerzas cuando era necesario.

Habían pasado cinco horas, cinco jodidas horas, desde que Katie se había marchado del palacio. Cinco horas que a él le habían parecido cinco años. Al miedo por su seguridad, se unía la necesidad de asegurarse que Duncan le había mentado. Wulf no podía soportar que ella creyera que la había utilizado. Y si le pasaba algo antes de que la encontrara...

Se estaba volviendo loco. El corazón le latía desbocado y tenía el estómago encogido.

En unos minutos, el sol se pondría y la ciudad de Akton se convertiría en un laberinto de luces parpadeantes, en medio de la oscuridad absoluta de la noche en el desierto. ¿Dónde estaba Katie? ¿Estaría herida o en peligro? ¿Cómo podía haber estado tan ciego y no haberse dado cuenta de la traición de su propia familia?

Soltó un gruñido.

La señal que les llegaba del *nanotach* era débil, demasiado débil para lo cerca que debían de estar de ella. Dado que el aparato funcionaba con energía vital, que la señal fuera tan débil sólo podía significar dos cosas: o bien Katie llevaba un buen rato inconsciente o estaba agonizando. Y ambas cosas lo ponían furioso. Despertaban a la fiera asesina que llevaba dentro.

—¡Alteza!

Wulf se volvió hacia el joven teniente que corría hacia él.

El oficial se inclinó respetuosamente antes de seguir hablando:

—¡Creo que la hemos encontrado!

—¿Dónde?

—Ha habido un altercado en el centro de teletransporte público esta tarde. Una mujer que encaja con la descripción de la señora afirmó que estaba bajo vuestra protección, antes de que varios hombres la asaltaran.

Wulf soltó un gruñido salvaje.

—¿Quiénes eran esos hombres?

—Empleados de la casa de subastas de Braeden.

Wulf se quedó inmóvil. Era Trinadía.

Se dio cuenta inmediatamente de la importancia de la fecha. Era imposible que a Braeden le pasara por alto una mujer tan hermosa como Katie. Y tal como se había marchado del palacio, casi desnuda, era irresistible. Maldijo y se dirigió a toda prisa al hangar donde se encontraba la plataforma de teletransporte de la instalación.



—Reúna a sus hombres, teniente.

Poco después, Wulf se hallaba en el vestíbulo de la próspera y bien equipada casa de subastas de Braeden. Conocía bien el establecimiento, ya que había estado allí como cliente en más de una ocasión, así que se dirigió directamente hacia la sala situada en la parte trasera.

Su entrada impresionó a los presentes, con su capa de color rojo sangre volando a su espalda por el ímpetu con que avanzaba y la compañía de soldados que lo acompañaban y que se dispersaron por toda la sala, rodeando a los presentes. Cuando los sorprendidos clientes se postraron en el suelo en señal de respeto, Wulf aguardó con impaciencia, pero no dijo nada. No les dio permiso para levantarse, obligándolos así a permanecer a sus pies.

—Alteza —murmuró Braeden en tono zalamero—. No sabía que tuvierais previsto acudir a la subasta. Me temo que ya no se puede seguir pujando, pero estoy seguro de que...

—¿Dónde está? —El tono claramente amenazador de Wulf hizo que el propietario del local frunciera el cejo.

—Os ruego que me disculpéis —dijo para ganar tiempo—, no sé a quién os refe...

Wulf lo agarró y lo levantó con brusquedad.

—Hace un rato has asaltado a una mujer que te ha dicho que estaba bajo mi protección. ¿Dónde está?

El subastador palideció.

—Alteza, os aseguro que creía que estaba mintiendo. Con la ropa que llevaba...

—Vuelvo a repetir —lo interrumpió Wulf con suavidad engañosa—, ¿dónde está? Braeden señaló la escalera con la barbilla.

—En la sala del placer, en la última planta.

Wulf se esforzó por controlar su impulso asesino, pero no pudo evitar que el brazo que sujetaba a Braeden le temblara de furia.

—¿La ha tocado alguien?

—No... no lo creo. —El subastador tragó saliva con dificultad—. El ganador de la subasta acaba de subir.

Wulf miró por encima del hombro y, enseguida, uno de sus hombres se separó del grupo y subió la escalera a toda velocidad.

—¿Ha sufrido algún tipo de daño?

—Le he suministrado un pequeño cóctel —admitió Braeden—. Una combinación de un ligero sedante con un afrodisíaco que uso a veces con mujeres asustadizas. —Elevando el tono de voz, añadió—: Esa mujer era una fiera salvaje, alteza. ¡Ha herido a cinco de mis hombres!

Wulf lo apartó de un empujón. Cuando habló, su voz era fría como el hielo:

—Por haber abusado de una persona que afirmaba estar bajo mi protección, tu negocio queda confiscado.

Braeden empezó a suplicar.

—¡Silencio! Por retener a una mujer de manera ilegal y tratar de vender sus favores contra su voluntad, se te llevará inmediatamente a la cárcel más cercana, donde permanecerás hasta ser juzgado por tus delitos. —Wulf hizo una breve pausa—. Y ya puedes rezar para que la encuentre intacta, Braeden. Porque, si no es así, te castraré con mis propias manos.

—Y luego te las verás conmigo —añadió el teniente con frialdad, lo que levantó un murmullo de aprobación entre sus hombres.

Wulf reflexionó sobre lo sucedido durante las últimas horas. Los acontecimientos lo habían desbordado y se le habían pasado por alto un montón de cosas. Pero luego se había informado. Se enteró de que Sabine había tratado de hacer cambiar de idea a Duncan y de que muchas de las concubinas se habían ofrecido a ir con él en lugar de Katie. Sabía también que varios de sus hombres habían obstaculizado a los guardias de Duncan para darle a Katie tiempo de escapar. Recordó asimismo la charla que había mantenido con su capitán. Era obvio que Clarke la admiraba profundamente. Y el teniente y sus hombres no estaban escondiendo las ganas que tenían de vengarla.

Durante el poco tiempo que había pasado con él, Katie se había ganado el respeto de sus súbditos. Incluso el disgusto de su padre, si lo examinaba desde otro punto de vista, no hacía más que reforzar la idea de que el monarca temía el creciente poder de ella en palacio.

Katie era su pareja perfecta. Era una guerrera, como él. Era fuerte, solidaria y disfrutaba de los placeres de la vida igual que él. Era una mujer digna de respeto y admiración. Una amante a la que podía querer. El corazón se le encogió al darse cuenta de lo que había estado a punto de perder: la consorte perfecta para el rey de D'Ashier y la compañera perfecta para él como hombre.

Se volvió hacia la escalera, totalmente decidido. La uniría a él para que nadie pudiera volver a apartarla de su lado.

A pesar del zumbido que le taladraba los oídos, Sapphire oyó que la puerta se abría, deslizándose suavemente. Tenía la cabeza muy espesa y se sentía desorientada. Todo era confuso; le costaba pensar con claridad.

Se incorporó un poco, tratando de ver más allá de la cortina que rodeaba la cama y distinguió la ancha espalda de un hombre que se estaba desvistiendo. Cerró los ojos con fuerza y gimió, mientras dejaba caer la cabeza sobre los almohadones.

Pensó que lo mejor sería darle la espalda, ya que el relajante muscular que le habían dado la había dejado muy lánguida, pero no inmóvil. Sin embargo, el afrodisíaco la estaba volviendo loca. Se obligó a permanecer lo más quieta posible, porque cualquier movimiento, por pequeño que fuera, le causaba un cosquilleo que le hacía arder la piel, le calentaba las entrañas y la hacía respirar de manera entrecortada. Estaba totalmente desnuda, pero no se tapó con la sábana de seda de la

que se había librado antes de una patada. No había podido soportar el tacto de la delicada tela sobre su piel extremadamente sensible. No valía la pena sufrir tanto para proteger su pudor.

—Yo que tú —logró decir, arrastrando las palabras por efecto de las drogas—, me marcharía de aquí tan deprisa como pudiera.

La respuesta que obtuvo fue una breve risa seductora, que le acarició el cuerpo como si fueran volutas de humo, inflamándole todas las terminaciones nerviosas. Apretó los dientes, luchando contra el cosquilleo, que no dejaba de aumentar.

—El príncipe Wulfric vendrá a buscarme; no tardará. —Esperaba que fuera verdad—. Es un hombre muy posesivo. Si me tocas, podría matarte.

—¿Le perteneces? —La voz rica y grave del hombre resonó en su cabeza.

Sapphire pretendía responder otra cosa, pero cuando abrió la boca, lo que salió de ella fue la verdad:

—Sí.

A través del desquiciante zumbido de su cabeza, le pareció oír pasos de alguien descalzo que se acercaba a la cama.

—Por lo que estoy viendo —murmuró el desconocido—, por unos momentos entre tus brazos merecería la pena correr el riesgo.

—No lo hagas —le suplicó ella en voz baja. El nudo que le atenazaba la garganta le apretaba demasiado como para hablar más alto—. Yo... lo amo. No soportaría que me tocaras.

Sapphire notó que el hombre se tensaba y se quedaba totalmente inmóvil. Cuando volvió a hablar, tenía la voz todavía más ronca.

—¿Te refieres al príncipe? ¿Es a él a quien amas?

Sapphire suspiró, llena de añoranza. Se dio una vuelta en la cama, alejándose del hombre y gimiendo por el deseo involuntario que le provocó el movimiento.

—Él vendrá... No es demasiado tarde... para que te vayas...

Las cortinas transparentes que rodeaban la cama con dosel se abrieron y el colchón se hundió con el peso del desconocido. Estaba tan cerca, que Sapphire notaba el calor de su cuerpo, pero no la tocó.

—¿Y él corresponde a tus sentimientos?

Sapphire gruñó como protesta por la oleada de lujuria que le provocaron su cercanía y su evocador aroma.

—Vete —le ordenó entre jadeos.

—¿Te ama él? —insistió el hombre.

—No... pero me desea. Lucharé por mí.

—Pues si es el dueño de tu amor y no te corresponde, es un idiota.

Abrió la boca y le recorrió con ella el hombro, lo que le provocó sensaciones que se extendieron por todo su cuerpo. Sapphire se dejó hacer a su pesar. Su cuerpo estaba ansioso por lograr alivio al tormento provocado por el afrodisíaco. Mientras la sangre le latía velozmente por las venas, el zumbido de la cabeza se hizo más intenso.

Él le acarició el cuello con la punta de la lengua.

—Quiero amarte —le susurró.

Sapphire se echó a reír. Era una risa burlona.

—No lo dudo. Seguro que te apetece mucho, o de lo contrario no estarías aquí, arriesgándote a perder la vida.

Cuando le rozó la espalda con el vello de su pecho, ella contuvo el aliento.

—Quiero hacerte el amor —le dijo él con ardor, a pesar de que su voz quedaba amortiguada por su hombro—. Desde el primer momento en que te he visto he querido poseerte. Lo haré lentamente, profundamente. Te adoraré. Te daré placer hasta que salga el sol.

—¿Qué? —Sapphire arqueó la espalda y se frotó contra su erección, sintiendo su dureza y su calor en las nalgas.

—Estás sufriendo. Deja que te alivie.

El sonido de voces al otro lado de la puerta penetró en su cabeza, provocándole unos instantes de pánico.

—Vete, por favor —le rogó—. Estoy drogada. No deseo esto.

Él le acarició la mejilla con su aliento.

—Imagínate que soy el hombre que amas. Entrégate a mí como si lo fuera. Haré que olvides a ese príncipe que no te merece. Lo borraré de tu memoria para que sólo puedas pensar en mí: alguien que únicamente desea tu placer.

Le recorrió la oreja con la lengua, haciéndola ronronear de placer prohibido.

—Te necesito. —La voz del hombre le resultaba dolorosamente familiar ahora que estaba tan cerca—. Te necesito como al aire que respiro.

A Sapphire se le paró el corazón un instante.

Cuánto había deseado recuperar a su ardiente Wulf, que ahora se había ocultado entre las sombras de la habitación y la había dejado sin aliento con sus palabras.

Con un ahogado grito de rendición, se volvió hacia él y lo abrazó.

«Wulf».

Wulf gruñó de alivio, dándole la bienvenida entre sus brazos. Qué maravillosa sensación la de tenerla acurrucada contra su pecho, tras un día entero de tormento buscándola y sufriendo por ella.

«Y me ama. Ella me ama». La abrazó con más fuerza y juró que no volvería a dejarla escapar nunca más.

Esa noche le entregaría su amor con cada beso, con cada caricia de sus manos. Le prometería el mundo y pasaría el resto de su vida afanándose por cumplir su promesa. Su vida, que en otro momento había sido una inacabable sucesión de días en los que sólo había trabajo y deber, y de noches llenas de sexo sin sentido, crecería gracias a la felicidad que le daban el amor y la arrebatadora pasión que compartían.

Wulf la besó mientras la atraía hacia él con más fuerza, hasta que la exuberante

suavidad de sus senos se aplastó contra su pecho y su muslo se deslizó entre los de ella. En lo más profundo de su ser, sintió la conexión que los unía. Desde el primer momento había sentido ese nexo y se había dejado arrastrar a un terreno peligroso y prohibido a causa de la pasión que Katie le despertaba. Y a pesar de las muchas dificultades que aún los aguardaban, no lo lamentaba.

Ella se revolvió contra él. Tenía la piel tan caliente y sensible por culpa del afrodisíaco, que se frotaba con rabia, como si quisiera arrancársela.

—Por favor. —Frotó su sexo caliente contra el muslo de Wulf, dejando un rastro de humedad a su paso.

Habían pasado días desde la última vez que la hizo suya. Sentir cómo se derretía por él era una tentación tan irresistible que su polla se hinchó rápidamente hasta hacerle daño.

—Wulf, te necesito dentro de mí.

—Calma. —La tumbó de espaldas y le separó las piernas—. Te daré lo que quieres.

La penetró de una rápida estocada, provocándole un orgasmo casi instantáneo, que le hizo levantar la espalda del colchón. Sus paredes vaginales se contrajeron ávidamente a lo largo de su miembro, mientras su ronco grito de alivio llenaba la habitación y la mente de Wulf, calentándole la sangre al demostrarle que le provocaba sensaciones que ningún otro hombre podía provocarle y la conducía a lugares que no sabía que existían.

—Así, muy bien —la animó suavemente, antes de apretar los dientes para luchar contra el aplastante placer.

Wulf se retiró, pero ella lo aferró por las caderas con dedos de acero y lo devolvió a su interior. Estaba ardiendo, empapada, y Wulf no pudo evitar gruñir al notar la increíble sensación de su deliciosa vagina succionándolo con avidez.

Ante su ruego desesperado, Wulf empezó a moverse entre sus muslos, primero suavemente, luego más deprisa, y con más ímpetu cuando ella le pidió más, cada vez más.

Las sustancias que le habían administrado prolongaron sus orgasmos. Wulf nunca había experimentado nada igual. El cuerpo de Sapphire ordeñaba su pene con frenesí, mientras la embestía con fuerza.

—Katie. —Contuvo el aliento, con los testículos contraídos y la polla palpitándole violentamente. Lo necesitaba. Necesitaba estar así, unido a ella lo más profundamente posible.

—Sí —sollozó Katie, levantando las caderas para ir hacia él—. Sí, me gusta. Me gusta tanto...

Soltando un fiero rugido de placer, Wulf echó la cabeza hacia atrás y se corrió con un chorro espeso y cálido. El orgasmo de ella alargó el suyo, con convulsiones que no parecían tener fin. Wulf la abrazó, llenándole el hombro y las mejillas cubiertas de lágrimas de besos agradecidos. Nunca se había imaginado que hacer el amor pudiera

causar tanta felicidad. Hasta que conoció a Katie.

Sapphire gimió cuando Wulf se retiró de las temblorosas profundidades de su vagina.

—No me dejes.

—Nunca. —Se tumbó a su lado y hundió los dedos de una mano en su pelo alborotado y húmedo de sudor, mientras le acariciaba la cadera con la otra.

Ella separó las piernas, aún no saciada, y acercó la cara a su cuello, aspirando su fuerte aroma. Respiraba a grandes y desesperadas bocanadas. El hambre de sus entrañas apenas se había calmado tras los orgasmos que él había arrancado tan hábilmente de su atormentado cuerpo.

—Estás aquí —susurró, apoyándole la mano en el pecho—. Me alegro tanto de que estés aquí.

—Chis... yo cuidaré de ti.

Sapphire arqueó la espalda al notar que los dedos de Wulf separaban los labios de su sexo, perfectamente depilado. Él siempre se ocupaba de su placer y de sus necesidades. La hacía sentir como si fuera la única mujer sobre la tierra; una mujer a la que cuidaba y adoraba.

Cuando le rozó el clítoris con el pulgar, ahogó una exclamación. Sin afrodisíacos de por medio, sus caricias eran eléctricas. Con las sustancias que le habían administrado, eran casi dolorosas. Esas sensaciones sobrecargaban unos nervios a los que se les estaba exigiendo demasiado. Wulf pasó suavemente la punta de los dedos por la abertura palpitante de su sexo, provocándola.

—Más —le suplicó ella—. Te necesito.

Él bajó la cabeza hacia su pecho y lamió un pezón erecto con la punta de la lengua.

—Sí. —Sapphire arqueó la espalda, introduciendo su pezón endurecido en el refugio que era su boca talentosa—. Chúpame.

Murmurando palabras para tranquilizarla, Wulf le introdujo dos dedos en la vagina. Ella gimió y se agarró a las sábanas con fuerza. Cada vez que él le succionaba el pezón, lo notaba en su vientre. Los tejidos se le contraían, agradeciendo la intrusión de sus dedos.

Wulf alzó la cabeza y la miró con un brillo posesivo en los ojos, mientras seguía penetrándola con los dedos.

—Estás empapada, chorreando, de mi semen.

Sapphire se pasó la lengua por el reseco labio inferior y respiró entrecortadamente, al tiempo que él seguía follándola con los dedos, lenta y delicadamente.

—Me encanta que te corras dentro de mí. Se te pone tan dura y gruesa... Te clavabas tan adentro...

Wulf gruñó y el sonido retumbó por toda la habitación.

—Pi... pierdes el control —siguió diciendo ella entre jadeos, moviendo las caderas en círculos para frotarse con su mano—. Me embistes hasta que creo que no voy a poder soportarlo más. Y por los sonidos que haces... parece que te gusta mucho...

—Me gusta muchísimo. —Le introdujo la lengua en la oreja, haciéndola gritar—. Siempre me pregunto si voy a sobrevivir. Pero luego enseguida pienso cuánto voy a tardar en poder repetir.

—Cuando te corres, lo noto en mi interior. Tu semen es tan caliente... tan espeso... como si nunca se fuera a acabar. Me encanta. —Sapphire se corrió alrededor de los dedos de Wulf, con el recuerdo de su semen en la mente.

—Me matas —confesó él, añadiendo un tercer dedo a los dos anteriores. Los movió dentro y fuera, mientras le follaba la oreja con la lengua, prolongándole el orgasmo—. Me destrozas. No puedo saciarme nunca de ti.

—Wulf... —Sapphire soltó las sábanas y lo agarró. Necesitaba sentirlo sobre ella; dentro de ella.

Le apoyó las palmas de las manos en la espalda cubierta de sudor y alzó un poco la cabeza para apoyar la frente ardiente en su hombro.

—Dentro... —le dijo, jadeando—, te necesito dentro de mí.

Wulf se apoyó en el antebrazo para poder seguir moviendo los dedos en el interior de Sapphire, al tiempo que ella se retorció, presa de los espasmos de placer.

—Esto es por ti, Katie. Para ti —dijo con voz ronca—. No es por mí.

Ladeando la cara, Sapphire lo besó en los labios. Sus pezones, duros y muy sensibles, se contrajeron un poco más al rozarle el vello del pecho. Su vagina se onduló con las réplicas del orgasmo. Todo su cuerpo estaba enamorado de él.

—Pues que sea por mí. Hazlo por mí, pero hazlo.

Él le soltó el pelo y la montó. Sapphire gimió de frustración cuando sus dedos la abandonaron, dejándola vacía y hambrienta. Esperó, conteniendo el aliento, que volviera a llenarla. Wulf introdujo la gruesa cabeza de su pene con facilidad, gracias a los fluidos combinados de ambos.

Preparadísima y ansiosa por recibirlo, Sapphire se dio cuenta de pronto de lo vulnerable de su situación. Las drogas que le habían suministrado hacían que deseara desesperadamente el sexo. Pero el deseo que le despertaba Wulf no tenía nada que ver con ningún afrodisíaco. Nacía de lo más hondo de su alma y no podía controlarlo. Cuando la noche llegara a su fin, todo sería distinto, pero al mismo tiempo nada habría cambiado. No podía quedarse a su lado.

Wulf bajó una mano, le agarró un muslo y se rodeó con su pierna la cadera, dejándola abierta a su invasión. El movimiento hizo que el primer centímetro de su polla penetrara en su abertura. Cuando ella apoyó el otro pie en el colchón y se impulsó hacia arriba, Wulf chasqueó la lengua y le agarró la otra pierna.

—Despacio y lento —murmuró sensualmente, poniéndose de rodillas y colocando los muslos de su amante por encima de los suyos. La inclinó hacia arriba,

dejando su sexo abierto y desesperado por ser penetrado.

Ella agarró las sábanas.

—No, rápido y duro.

Él le llevó las manos a los pechos y se los masajéó con las ardientes palmas de sus manos.

—Te haré daño. Tenemos horas por delante.

—Te necesito.

—Confía en mí. —Wulf echó las caderas hacia delante con suavidad, penetrando otro centímetro en su interior—. Yo me encargo de todo.

Sapphire gimió, agradecida por sus cuidados y atenciones. Le encantaba notar que él sabía lo que necesitaba incluso antes de que ella lo supiera, aunque en esos momentos odiaba que tuviera razón. No quería que fuera con cuidado. El deseo la estaba volviendo loca. Quería retorcerse bajo su cuerpo, rogar y suplicar, gritar y maldecir mientras él se movía en su interior a un ritmo endiabladamente lento.

—Estás tan caliente —dijo Wulf, mientras el sudor le caía por la cara y el pelo—. Me encanta follarte. Me gusta sobre todo la expresión de tu cara cuando te corres. Cada vez que te veo, quiero volver a verte.

—Y yo quiero que me veas. —Unió los tobillos a la espalda de Wulf y tiró de él, siseando de placer cuando lo notó clavado hasta el fondo.

Un instante después, empezaron a cabalgar juntos. Primero lentamente, con suavidad y dulzura. Dentro y fuera. Su miembro se deslizaba por sus terminaciones nerviosas, causándole deliciosas sensaciones. Habría jurado que notaba cada vena palpitante, cada gota de líquido preseminal, cada frenético latido del corazón de Wulf.

Sapphire empezó a gritar. Eran sonidos primitivos, de rendición y lujuria, que espolearon al macho dominante que había en Wulf. Lo notó en su mirada, en el modo en que apretó la mandíbula, en su pecho, que empezó a arquearse por el esfuerzo, a pesar de que el ritmo de sus embestidas se mantuvo regular.

—Más —le rogó ella—. Más profundo. Más duro.

Wulf se negó a hacer caso de su segunda petición, pero le concedió la primera. Se llevó los tobillos de ella a los hombros y se tumbó sobre su cuerpo. Sapphire alzó las caderas en esa nueva postura, al mismo tiempo que él echaba las suyas hacia delante, con lo que su pene alcanzó las profundidades más remotas. En cada retirada, retrocedía hasta dejar sólo la punta del pene en su interior. Sentir ese miembro largo y grueso clavándose en todo su interior la llevó de nuevo al orgasmo en poco tiempo, dejándola agitada y revuelta como una tormenta de arena.

Él le rodeó los hombros con los brazos y siguió penetrándola, mientras le soplaba en el oído con su aliento cálido como aire del desierto.

Sapphire notó retumbar su gruñido en su pecho antes de oírlo. Sintió la tensión que se apoderaba de él instantes antes de rendirse al orgasmo. Mantuvo aquel mismo ritmo sosegado que tenía que estar matándolo, pero incrementó la intensidad de las



arremetidas. El sonido de sus prietos testículos golpeando contra las nalgas de ella se hizo más audible, espoleando su placer.

Sapphire se aferró con fuerza a su espalda y susurró:

—Córrete dentro de mí. Lléname de ti.

—Katie —bramó él.

La erección de Wulf se hizo más gruesa, más dura. Ella volvió a correrse cuando esta tensó nuevos músculos en su interior y él explotó gritando el nombre de su amante en un grito ronco y desgarrado, aplastándola como a ella le gustaba. Wulf perdió el control y reconoció que era tan incapaz como Katie de resistirse a la fuerza de su mutua pasión.

Se quedó unos instantes dentro de ella, apretando las caderas, librándose de su lujuria en chorros potentes, casi violentos.

Con la sien pegada a la suya, inspiró entrecortadamente antes de decir:

—Te quiero. Dios, cuánto te quiero.

Wulf se desmoronó entre los brazos de ella, que lo abrazó mientras el torrente de pasión los barría a ambos.

Wulf se incorporó y la miró a la cara.

—Cuéntame lo que te ha pasado.

Ella inspiró hondo. Sus ojos oscuros brillaban de un modo precioso.

—No quiero hablar. Sólo quiero abrazarte.

Él le acarició con la nariz el fragante valle que separaba sus pechos.

—Tenemos muchas cosas de las que hablar. Hemos de hacer muchos planes de fut...

—No. Durante las próximas horas quiero que te olvides de que eres un príncipe. Quiero que seas sólo mi amante. No quiero pensar en mañana ni en el futuro. Únicamente existen esta cama y esta noche. —Sapphire lo abrazó con las paredes de su vagina, acariciándolo íntimamente hasta que su pene volvió a endurecerse en su interior.

—Duncan me ha contado lo que te había dicho. Nada de eso es verdad.

—Lo sé.

Él la besó en la boca, hundiendo la lengua en su interior y acariciándola con ella. Se sentía tan agradecido por su confianza, que se le hizo un nudo en la garganta. Cuando Katie arqueó las caderas con impaciencia, Wulf se tumbó de espaldas en la cama, dobló un brazo y apoyó la cabeza en él.

—Móntame hasta que te libres del efecto de esa droga.

—No necesito drogas. Tú eres mi fantasía. —Cuando le sonrió, Wulf sintió una opresión en el pecho—. ¿Lo sabías?

Katie montó sobre él con ganas y se empaló hasta el fondo, gimoteando de placer al quedar sentada sobre su miembro. Él le sostuvo la mirada y la opresión de su pecho

se hizo un poco más fuerte al bajar la vista y contemplar su silueta recortada a la débil luz de la luna que entraba por la ventanita que había a su espalda.

—No vuelvas a dejarme nunca. —La voz de él sonó ronca y temblorosa—. Te perseguiré hasta el fin del mundo si tengo que hacerlo. Nunca te dejaré marchar.

Katie empezó a moverse. Se inclinó y se apoderó de su boca. Lo montó lentamente, con delicadeza. Wulf saboreó la presión del cuerpo de su amada sobre él: sus pechos frotándose contra su torso, la humedad aterciopelada de su sexo deslizándose sobre su erección, la suave caricia de su pelo sobre los hombros...

Se obligó a permanecer inmóvil. Sólo se permitía alguna leve caricia sobre el muslo de Katie con la mano que la sujetaba. Apretó con fuerza los dientes y se agarró al primer almohadón que encontró con la otra mano, al sentir la inacabable sucesión de orgasmos de ella. Su exuberante cuerpo estaba siendo atormentado por sensaciones exacerbadas artificialmente y aquello era lo único que Wulf podía hacer para ayudarla a sobrellevarlo. Permitir que usara su cuerpo para aliviar su sufrimiento. Deseó poder hacer algo más.

Ella jadeó mientras se estremecía encima y alrededor de él y lo cubría de delicadas caricias, casi reverenciales. Lo hacía sentir especial e importante. Cada día le hacía saber de mil maneras lo mucho que le gustaba. Se lo decía con su modo de mirarlo, de besarlo, de hablar con él. Y le hacía experimentar mil cosas. Nunca había sentido con tanta intensidad como desde que estaba con Wulf.

Este cerró los ojos y la sujetó pensando que nunca la iba a dejar marchar. Nunca iba a permitir que se alejara del alcance de su mano.

Katie lo montó durante horas, hasta que el movimiento y el sudor eliminaron todo rastro de sustancias de su cuerpo. El último polvo fue lento y delicado. Estaban ellos dos solos, no existía nada más. Katie estaba tumbada y abierta bajo el cuerpo de Wulf y movía la cabeza de un lado a otro, mientras él le hacía el amor sin prisas pero con entrega.

La tomó con deseo y delicadeza a la vez, manteniéndola clavada a la cama, incapaz de huir de sus embestidas lánguidas y rítmicas. Susurraba palabras cariñosas contra su piel cubierta de sudor. Alababa su belleza, su pasión.

Qué distinto era hacer el amor cuando el corazón estaba involucrado. Nunca había experimentado nada parecido en el pasado. El sexo con ella era mucho más que una unión de cuerpos.

Cuando el sol inició su lento ascenso, a Wulf le pareció que los besos de Katie se teñían de melancolía, pero estaba exhausto y no le preguntó nada. Los párpados le pesaban como losas y se durmió, con ella firmemente sujeta entre sus brazos.

Era ya media mañana cuando los sentidos bien entrenados de Wulf le informaron de que ya no estaban solos en la habitación.

Se movió instintivamente para proteger a Katie con su cuerpo, y se quedó

sorprendido por la velocidad con que una mano oscura apareció entre las cortinas de la cama y pegó una placa identificadora en el brazo de ella. Un instante después, el cuerpo de Wulf caía sobre la cama vacía.

Katie acababa de ser teletransportada en sus propias narices.

Con un rugido de rabia, rodó sobre la cama y cayó al suelo por debajo de las largas cortinas. Cogió la espada láser que había dejado sobre los pantalones y la activó, apuntando a su agresor un instante antes de que este se le echara encima.

Wulf rechazó el golpe y le propinó una patada al intruso, lo que le dio el tiempo suficiente para ponerse en pie de un salto. Por un momento se quedó paralizado al reconocer al atacante, pero reaccionó para repeler el siguiente ataque.

—General Erikson —dijo secamente, aliviado al saber que Katie no corría peligro. Sin tiempo para relajarse, se dispuso a enfrentarse a la evidente ira del padre de ella.

—Príncipe Wulfric.

Grave Erikson se enfrentaba a él con una espada en cada mano. Los dos haces de luz blanca y brillante giraban en direcciones opuestas, creando un escudo impenetrable ante su cuerpo.

—Desnudo como el día en que nacisteis —gruñó el general, apartando una silla de una patada—. Muy adecuado. Así os iréis de este mundo igual que llegasteis a él.

Con esas amenazadoras palabras, volvió a atacar, usando una espada para golpear y otra para defenderse.

Al otro lado de la puerta, Wulf oyó el sonido de sus hombres tratando de entrar en la habitación. Cambió de lugar y, al quedar frente a la puerta, vio que Erikson había conectado un alterador al control de mando. Sintió un gran alivio, ya que, si sus hombres entraban, era muy posible que el padre de Katie resultara herido.

Wulf sudaba y el sudor le escocía en los ojos, pero no hizo nada por apartarlo. No podía perder la concentración. Tenía que mantenerse en guardia para defenderse de los ataques del padre de la mujer que amaba. Pero se negaba a atacar. No quería arriesgarse a herirlo. Tuvo que echar mano de su experiencia y habilidad para evitar que las armas de Erikson atravesaran sus defensas. La furia que empujaba los golpes de general parecía infinita. Y letal.

—¡Atacad, maldita sea! —gritó Erikson.

—No puedo. Katie nunca me perdonaría que le hiciera daño.

Bruscamente, el general dio un paso atrás y desconectó las espadas. Wulf hizo lo mismo con cautela. La oscuridad volvió a apoderarse de la habitación cuando las luces láser se retiraron, desapareciendo por completo.

—Habéis mejorado mucho, alteza, desde la última vez que nos enfrentamos —comentó Erikson, con la respiración ligeramente alterada—. Y ya entonces erais jodidamente bueno.

Wulf inclinó la cabeza en señal de agradecimiento, aunque no bajó la guardia y permaneció en tensión, esperando.

—¿Dónde están sus hombres?

—He venido solo. Si hubiera traído a mis hombres, esto habría sido una incursión militar. Estoy aquí sólo en calidad de padre.

—Necesito que vuelva, general.

—No tenéis ningún derecho sobre ella.

—La amo.

—¡A mí no me vengáis con esas! —saltó Erikson—. ¿Sabéis cómo he localizado a mi hija? El asalto que sufrió ayer en la plaza está en boca de todos. Si no podéis protegerla, no la merecéis.

Wulf se encendió.

—La protegeré con mi vida si es necesario.

—La secuestrasteis. —El general se acercó a él con las espadas desconectadas en las manos. Tenía los puños tan apretados que los nudillos estaban completamente blancos—. La sacasteis de un lugar donde era respetada, para traerla a otro donde se la desprecia y está expuesta a todo tipo de peligros. Es el objetivo perfecto para cualquiera que esté resentido con Sari.

Wulf enderezó la espalda, compensado su desnudez con la dignidad de su postura.

—En lo respecta a su hija, general, admito que he cometido un montón de errores, pero estoy dispuesto a corregirlos. Katie es muy valiosa para mí.

—Katie no es nada vuestro, alteza. Olvidad que existe.

—Ni lo sueñe.

Erikson entornó los ojos.

—Para llegar a ella tendréis que pasar por encima de mi cadáver. Creo que os resultaría mucho menos molesto buscar otra concubina.

Wulf dio un paso hacia el general, pero en ese momento una alarma empezó a sonar en el cinturón del militar.

—Se acabó el tiempo, alteza.

Tras ejecutar una breve reverencia, Erikson desapareció.

Wulf permaneció clavado en el sitio, atónito por el brusco giro de los acontecimientos, y por haber perdido a Katie de nuevo cuando acababa de recuperarla.

Se había ido sin saber que deseaba casarse con ella y convertirla en la reina de D’Ashier.

Lo había abandonado el día anterior y, desde ese momento, no le había ofrecido nada que pudiera hacerla cambiar de idea. ¿Sería suficiente su declaración de amor para retenerla a su lado? Katie se había negado a hablar del futuro, como si no concibiera uno con él.

Aún notaba el sabor agrisado de su último beso en los labios.

Sintió un latigazo de desesperación. No iba a volver. Lo sabía; lo sentía en los huesos.

—Sé que me ama, papá, pero no es suficiente.

Sapphire caminaba de un lado a otro del estudio de su padre, tratando de aliviar el dolor que le atenazaba el pecho.

—¿Y tú? ¿Lo amas? —le preguntó él con ternura, sentado en el sofá tapizado de damasco.

Ella soltó el aire y le dirigió una sonrisa ladeada.

—Desesperadamente.

Estar lejos de Wulf la hacía sentir como si le hubieran arrancado una parte de sí misma. Echaba de menos sus exigencias de que le prestara atención absoluta y su manera de dedicarse a ella en cuerpo y alma. Echaba de menos su risa y el sonido de su voz, que la consolaba o la excitaba, dependiendo de su estado de ánimo. Añoraba el olor de su piel y el peso de su cuerpo sobre el suyo. Era adicta a él. En algunos momentos lo deseaba tanto que temblaba como una hoja.

Mientras seguía caminando de un lado a otro de la estancia, inquieta, Grave no la perdía de vista.

—¿Quieres quedarte aquí con tu madre y conmigo o prefieres volver a tu casa?

Su casa. Habían pasado sólo unas semanas desde que el rey le regaló su libertad y ella se había sentido exultante al tener una casa propia, pero parecía que hubiera pasado una vida.

—Esa no es mi casa. Incluye con unas condiciones que no estoy dispuesta a aceptar.

—Lo entiendo. ¿Qué tal unas vacaciones? —le propuso, preocupado—. Un viaje fuera del planeta. A veces la distancia es la mejor medicina.

Sapphire se detuvo y le dedicó una sonrisa radiante.

—Qué idea tan maravillosa. Voy a buscar al mercenario que atacó a Wulf.

—¿Cómo?

—Tengo que averiguar por qué lo atacaron; qué había detrás de ese ataque. Necesito saber si sigue en peligro.

—No estás en condiciones de liderar una operación de caza como esa —replicó su padre—. Tienes que aclararte las ideas primero. Si no, te arriesgarás demasiado.

—Tengo las ideas muy claras. —Miró a su alrededor. Los familiares artesonados de las paredes la hacían sentir como en casa—. Haga lo que haga, no voy a poder quitarme a Wulf de la cabeza. Al menos, de esa manera usaré esa obsesión para algo positivo.

Grave se echó hacia delante.

—No estás hablando de un viaje corto. Puede llevarte años localizar a Gordmere. No soporto la idea de no verte durante tanto tiempo.

Sapphire se dejó caer a su lado en el sofá.

—Es lo mejor. Estoy segura.

—¿Y si lo hablas antes con tu madre?

Sapphire bajó la vista y se miró las manos.

—Mamá es una romántica.

Su padre sonrió.

—Eso es verdad.

—No me arrepiento de nada. —Sapphire alzó la cabeza para mirar a su padre a los ojos—. Deberías verlo trabajando; está absolutamente entregado a D’Ashier. Es un hombre decidido, centrado, firme en sus convicciones... excepto cuando se trata de mí. Tengo el corazón roto, pero merece la pena haber tenido la suerte de ser amada por un hombre como él, aunque haya sido algo tan breve.

Su padre le apartó el pelo de la cara con cariño.

—Estoy muy orgulloso de ti.

—Gracias, papi. —Ella apoyó la cara en su mano—. Además, alguien tiene que pararle los pies a Gordmere. Y yo puedo hacerlo. Estoy capacitada para ello.

—Alguien podría pensar que huyes del peligro...

Padre e hija se volvieron a la vez hacia la voz melodiosa que les llegó desde la puerta. Sasha Erikson entró en la sala y, con ella, entró su palpable energía.

Sapphire arrugó la nariz.

—No tienes ni idea de lo tozudo que puede llegar a ser Wulf, mamá. Cuanto más difíciles son las cosas, más se empeña. Si desaparezco del mapa, tendrá una oportunidad de pensarse bien las cosas. Y dentro de unos años se dará cuenta de que hice lo mejor para los dos.

—Si los dos os amáis, tal vez...

—Es imposible. Su familia... Me merezco algo mejor.

—Por supuesto —corroboró Grave—. Te mereces ser lo más importante en la vida del hombre que te ame.

Sapphire se volvió hacia su padre.

—Entonces, ¿me ayudarás?

—Si es lo que de verdad quieres, me ocuparé de todo. —La abrazó y le dio un beso en la coronilla.

—¡Sí! Voy a hacer el equipaje. —Sapphire se puso en pie de un salto y salió corriendo de la habitación.

Sasha se dirigió hacia su marido con aquellos andares sensuales, que habían sido buena parte de la causa de su unión. Con una sola mirada, Grave había sabido que tenía que hacerla suya. No había tenido más remedio.

Se sentó en el lugar que acababa de dejar libre su hija y apoyó la rubia cabeza en su hombro.

—Lo siento tanto por ella, Grave. ¿Por qué ha tenido que enamorarse del único hombre con quien no puede estar?

—Poder sí que podría, pero no les resultaría fácil. Y tendrían que renunciar a muchas cosas. Les saldría muy caro.

—Y a nosotros también —admitió Sasha.

—Sí, no sé si estamos preparados para pagar el precio.

Echando la cabeza hacia atrás, ella se lo quedó mirando.

Él le acarició las elegantes líneas del cuello y la espalda.

—El príncipe vendrá a buscarla y no tardará. Está en celo. No piensa con claridad.

—¿Tal vez haya amor más allá de la lujuria? ¿Por qué no la retenemos aquí hasta que venga para que lo averigüen?

—Porque esto no es un cuento de hadas, Sasha. Para estar con él, nuestra hija tendría que renunciar a todo, incluida su patria. Y Wulf tendría que hacer lo mismo. Perdería todo lo que ama, incluso la corona. No quiero participar en esa decisión.

—Pobre Katie —suspiró Sasha. Luego, rodeó el cuello de su marido con los brazos y le dio un beso en los labios antes de levantarse—. Iré a ayudarla con el equipaje.

Sapphire vio cómo el último de sus baúles desaparecía de la plataforma de teletransporte. Ya se había despedido de todos, ya sólo le quedaba embarcar.

Marcharse le estaba costando más de lo que se había imaginado. Había salido del planeta en más de una ocasión, siempre como acompañante del rey, pero esta vez era distinto. Iba a dejar su antigua vida atrás y se preguntaba en qué se convertiría con el paso del tiempo. No podía acallar la parte de ella que quería volver junto a Wulf y aceptar lo poco que él pudiera darle. Pero lo quería todo de ese hombre; sabía que no podría ser feliz con menos. Y Wulf nunca podría entregarse por completo si estaba dividido entre ella y la lealtad que le debía a su familia y a la corona.

Dándose ánimos, con la convicción de estar haciendo lo correcto, Sapphire se colocó en la plataforma de teletransporte. Se volvió y le hizo una señal al controlador, indicándole que estaba lista para subir a bordo de la nave espacial, pero en ese momento, Dalen, uno de sus *mästares*, subió a la plataforma.

—¿Qué haces?

—Voy con usted.

—Sólo te he pedido que me ayudes con el equipaje.

—Pero es que quiero ir con usted, señora —replicó él con una sonrisa—. Siempre he querido viajar y usted necesitará a alguien que la ayude a instalarse en su nuevo destino.

—No pienso instalarme en ningún sitio. Es un viaje de trabajo, Dalen. Será peligroso y agotador. No habrá tiempo para lujos.

—Me gusta como suena.

—Acabas de volver de D’Ashier.

—Exacto. Después de eso, este viaje será como unas vacaciones.

Sapphire miró fijamente al guapo y rubio hombre que permanecía de pie a su

lado.

—Sé que puede protegerse sola —dijo él, honestamente—, pero me quedaré más tranquilo si la acompaño. Mi hermano mayor sirvió como capitán a las órdenes de su padre durante las Confrontaciones. El general le salvó la vida y mi familia no ha olvidado que está en deuda con la suya. Acompañarla y servirla es lo mínimo que puedo hacer.

—No es...

—Necesario, lo sé.

—De acuerdo. —Sapphire se encogió de hombros—. Si te hartas, me lo dices y me encargaré de que te traigan de vuelta a Sari.

—Trato hecho. —Dalen se echó hacia atrás sobre los talones y sonrió.

Sapphire le indicó al controlador que estaban listos. Instantáneamente, se encontraron en la plataforma de teletransporte de la nave interestelar *Argus*. Tardarían dos días en llegar a Tolan, donde —según los servicios de inteligencia— se había visto a Tarin Gordmere por última vez.

Sapphire se volvió hacia Dalen y sonrió al ver que estaba entusiasmado y nervioso como un niño pequeño. Tal vez no era tan mala idea tener a alguien conocido al lado para empezar una nueva vida: una vida sin Wulfric.

—¿Qué quiere decir que no la encuentra?

Wulf había empezado a perder la paciencia una hora después de la desaparición de Katie. Ahora, una semana más tarde, no le quedaba ni una gota.

El capitán le sostuvo la mirada sin parpadear.

—Perdimos la señal del *nanotach* ayer y no hemos logrado recuperarla.

—¿Perdida? ¿Qué demonios significa eso?

—Una de dos: o se lo han extraído o está fuera del alcance de nuestros receptores de señal.

Wulf hizo tamborilear los dedos sobre el escritorio en un rápido *staccato*.

—¿Fuera de alcance? ¿Cuánto tendría que alejarse para que no pudiéramos detectarlo?

El capitán frunció los labios antes de responder.

—La señal del *nanotach* se detecta en cualquier rincón del planeta.

Wulf se levantó.

—¿Me está diciendo que se ha marchado del planeta, capitán?

—Es una posibilidad, alteza.

—¡Maldita sea!

Llevaba días esperando con impaciencia. Él mismo se habría puesto en contacto con ella, pero le preocupaba ponerla en peligro ante el rey de Sari. Estaba seguro de que Katie no había olvidado la última noche que compartieron ni su declaración de amor y de que encontraría la manera de mandarle noticias.



No podía saber si se había marchado por voluntad propia o si no había tenido elección.

—Localice al general Erikson. ¡Inmediatamente!

—Buenas noches, general.

Al oír la voz de Wulf, el padre de Katie levantó la vista del libro tranquilamente. Recostado en un sofá verde, el hombre no parecía sorprendido de verlo allí en absoluto, como si ver aparecer a un enemigo en su despacho fuera lo más normal del mundo. La última vez que se vieron, Wulf le había dejado claro que no pensaba renunciar a Katie por las buenas. Dudaba que el general fuera de los que se dejaban sorprender con la guardia baja.

—Buenas tardes, alteza —replicó Erikson—. Me alegra veros vestido esta vez. ¿Os apetece una cerveza? ¿O tal vez algo más fuerte?

—No, gracias. He venido a buscar a Katie. ¿Dónde está?

—Llegáis tarde —le soltó Erikson, cerrando el libro con fuerza—. Pensaba que vendrías hace una semana.

—No podía arriesgarme a ponerla en peligro contactando con ella.

—Entonces, ¿qué estáis haciendo aquí?

—Necesito saber si está bien, general.

—Se ha ido.

—Sé que no está en el planeta. ¿Adónde ha ido?

—¿Cómo sabéis eso? —preguntó el padre de Katie, entornando los ojos.

Wulf lo ignoró.

—Tengo que hablar con ella.

Erikson negó con la cabeza.

—Se ha ido. Ha seguido adelante con su vida, alteza. Marchad. Buscad otra concubina.

—General —gruñó Wulf, apretando los puños. Katie no podía seguir adelante con su vida. No sin hablar antes con él—, no me provoque. No estoy de humor.

—¡Maldita sea! —Grave tiró el libro al suelo—. La actitud del rey y la vuestra respecto a Katie son patéticas. Uno esperaría un poco más de...

Wulf saltó por encima de la mesita baja y derribó al general. Erikson se echó a reír y empezó el combate.

—¿Dónde demonios está? —preguntó Wulf, esquivando un puñetazo que le iba directo a la cara.

—Os gustaría saberlo, ¿eh? —refunfuñó el general, que acababa de pagar por su atrevimiento recibiendo un puñetazo en las costillas.

Se pelearon como dos niños en un patio de colegio, luchando por establecer instintivamente la supremacía del macho dominante, pero también porque disfrutaban haciéndolo.

—No pienso renunciar a ella, general. Ni ahora ni nunca.

—Eso espero —replicó Erikson— o si no iré a patearos el culo, alteza.

Furioso, Wulf gruñó y atacó sin escucharlo. Erikson lo agarró por los hombros y aprovechó el impulso que llevaba para lanzarlo sobre una silla cercana, que se rompió por el impacto.

—¡Ya basta! —exclamó, apartándose—. Si rompemos más cosas, Sasha me hará dormir en el sofá.

Jadeando, ambos se apoyaron en el mueble más cercano que encontraron que no estuviera roto. Wulf le dirigió una mirada asesina, a la que el general respondió con una sonrisa.

—Ya era hora de que mostrarais tener un poco de sangre en las venas, alteza. La vais a necesitar en un futuro próximo.

Wulf resopló.

—¿Dónde está?

Erikson se apoyó una mano en las costillas.

—Ha ido al planeta Tolan, a buscar al mercenario que organizó vuestro secuestro, Tarin Gordmere.

Katie lo estaba protegiendo una vez más.

Wulf se secó el sudor de la frente.

—¿Es demasiado tarde para lo nuestro? —preguntó muy serio—. ¿Quiere que la deje en paz?

—Yo no diría eso —respondió Erikson, sin inflexión en la voz.

—Gracias, general. —Wulf se enderezó con nuevos ánimos—. La encontraré y se la traeré sana y salva.

—El rey no renunciará a ella tan fácilmente.

—Lo entiendo.

El general se lo quedó mirando fijamente.

—Tal vez algún día nos encontremos cara a cara en un campo de batalla.

Wulf asintió, solemne.

—Si llega ese día, le daré la espalda, general.

—Y yo os daré la espalda a vos, alteza.

Ambos se saludaron con una inclinación de cabeza.

Tras hacer girar el anillo, Wulf desapareció.

—Estás imposible, Wulfric —estalló su padre, Anders—. Te ordeno que vayas al serrallo y no salgas hasta que te hayas quitado a esa sariana de la cabeza.

Wulf se concentró en respirar lentamente, controlando la furia que le hervía bajo la piel. Sabía que su mal humor lo convertía en una compañía pésima y por eso mismo había estado evitando a su padre todo lo posible.

—Si no te gusta mi humor, padre —replicó con forzada calma—, te sugiero que te vayas de mis aposentos.

El rey empezó a caminar arriba y abajo.

—No soy el único que piensa que estás insoportable. Los criados tienen miedo de acercarse a ti y los guardias se juegan los turnos a suertes. Esto ha llegado ya demasiado lejos.

Wulf se frotó la cara con la mano. Katie le llevaba una semana de ventaja y parecía haber desaparecido sin dejar rastro. No sabía cómo sobrevivía. No había usado la tarjeta de crédito en ningún momento. ¿Cómo pagaba las cosas que necesitaba? Comida, alojamiento, transporte... Estaba preocupadísimo por ella. ¿Y si Gordmere la había herido... o algo peor?

Apretó los dientes. Sabía que Katie podía cuidarse sola, pero no le gustaba nada que tuviera que hacerlo.

Cuando alguien llamó a la puerta con suavidad, dio permiso a quien estuviera allí fuera para que entrara. El capitán Clarke apareció e hizo una reverencia.

—Majestad. Alteza.

Se enderezó y buscó la mirada del príncipe.

—El grupo de soldados que solicitó como escolta están haciendo los preparativos necesarios para partir hacia Tolan.

Wulf asintió.

—Excelente. Estaré listo enseguida.

—¿No pensarás irte con ellos? —preguntó el rey en un tono de voz engañosamente suave.

—Sí, me voy con ellos.

—Solicito permiso para acompañarlo, alteza —los interrumpió el capitán.

—Concedido.

Con una nueva reverencia, el capitán salió de la habitación.

Wulf iba a dirigirse al dormitorio, donde varios criados estaban preparándole el equipaje, pero su padre lo detuvo agarrándolo por el hombro. Wulf se volvió hacia él y le preguntó sorprendido:

—¿Qué haces?

—El rey de Maneria y su hija llegan hoy.

—Lo sé.

—El objetivo del encuentro es que conozcas a la princesa de cara a un posible

compromiso.

—En ese caso, será mejor que mandes venir a Duncan, porque yo no estaré aquí.

La voz del monarca sonó indignada.

—Te he dado libertad de movimientos, Wulfric, pero no te olvides de que sigo siendo el rey. Tienes que obedecerme.

—Padre, no me pidas esto.

La expresión del hombre se endureció.

—¡Una unión dinástica con Maneria! ¿Tengo que explicarte el poder y la influencia que eso aportaría a D’Ashier?

—Sí, sería una unión muy buena para el país. —Wulf cubrió la mano de su padre con la suya—. Pero la princesa de Maneria puede esperar. Katie está en peligro por mi culpa.

Anders soltó un gruñido.

—Estaba convencido de que pondrías D’Ashier por delante de todo lo demás. Nunca me imaginé que fueras tan egoísta.

—Siento que te lo tomes así —replicó él, cogiendo la mano de su padre y quitándosela de encima para seguir andando.

—¡Wulfric! ¡Ni se te ocurra marcharte hasta que yo te dé permiso para hacerlo!

Wulf se detuvo y se volvió lentamente, para mirarlo con rostro impasible.

—Vas a escucharme de una vez —dijo el rey.

—Siempre te escucho, padre. Y he escuchado tu opinión sobre mi partida con el debido respeto.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Sí. Katie está en Tolan, arriesgando su vida para vengar mi secuestro. Tengo que ir a buscarla.

—¿Y si te ordeno que te quedes?

Wulf soltó un suspiro de agotamiento.

—Tendrías que encarcelarme para impedir que me fuera. Y no creo que eso gustara al rey de Maneria.

Su padre apretó los puños.

—¿Y si te ordeno que te cases con la princesa de Maneria?

—Podemos hablar del tema cuando vuelva.

—¡Te prohíbo que persigas a la hija de Erikson!

—Tengo que acabar de hacer el equipaje.

Wulf hizo una reverencia y se volvió.

—Wulfric. —La nota angustiada que oyó en la voz de su padre hizo que se detuviera en seco—. ¿Por qué?

Wulf se volvió hacia él con las manos extendidas.

—Cuando estuve en aquella cueva... la más ligera brisa que me rozaba la piel me causaba una agonía insoportable. Cuando me desperté en la cámara de curación y vi a Katie allí, pensé que había muerto y que ella era mi recompensa. Me sentí feliz,

agradecido. Desde ese momento supe que era mía. Lo supe. Y ella me miró de la misma manera. Antes de saber quién era yo, ya sabía que era suyo, aunque creía que yo no era más que un pobre prisionero herido, sin nada que ofrecerle.

—Sabía exactamente quién eras, Wulfric.

—No, no lo sabía. —Hizo un gesto cortante con la mano—. Estoy absolutamente convencido. Yo estaba presente cuando se enteró. Vi el miedo y la confusión que se apoderaron de ella. No tenía ni idea.

—Hablas como si esa mujer fuera la única en el mundo que te desea —se burló Anders—. Todas las mujeres te desean.

—Pero yo no las deseo a ellas. Desde que me capturaron, no soporto que nadie me toque. No tengo criadas que me ayuden a bañarme ni a vestirme. Me mantengo a una distancia prudencial de los demás.

—¡Excepto de la única mujer de la que deberías estar alejado!

—Katie me hace sentir. Puedo verla, olerla, saborearla... Todo lo demás me parece en blanco y negro, pero ella es... vibrante. Necesito que me toque. Me muero de ganas de sentir sus manos sobre mi cuerpo. Una parte de mí murió en aquella cueva. Lo que queda está vivo gracias a ella. No puedo explicarme mejor. La necesito para vivir.

Wulf se postró de rodillas.

—Te lo ruego, padre, no me pidas que elija entre D' Ashier y Katie.

—Es la primera vez que me pides algo en toda tu vida —replicó Anders con voz ronca—. Ojalá fuese algo que pudiera concederte.

—El favor del padre de Katie nos podría ayudar a conseguir el tratado comercial que tanto deseamos. Piensa en el futuro.

El silencio que siguió a las palabras de Wulf se alargó de manera agónica.

—Estoy pensando en el futuro, Wulfric. —El rey alargó las manos hacia su hijo y lo ayudó a levantarse, suspirando con tanto sentimiento que a Wulf se le encogió el corazón—. Ve a buscarla si la necesitas. Pero su presencia en tu cama hace que necesitemos un aliado poderoso con más urgencia que nunca.

Wulf abrazó a su padre.

—Ya nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento.

La tensión y el disgusto hicieron que la cara del rey se llenara de arrugas. Se le veía mucho más avejentado de lo normal.

—Haré lo que pueda para calmar a los manerianos. Lo haré por ti, hijo. Porque te quiero.

—No te arrepentirás —le aseguró Wulf.

—Ya me he arrepentido, pero no se me ocurre cómo lograr que te aburras de ella.

Wulf se volvió hacia la ventana. Al ver el paisaje de su amado D' Ashier al otro lado, se le hizo un nudo en la garganta. Recordó a Katie, desnuda delante de aquella misma ventana, bañada por la luz rojiza del atardecer, su cuerpo, suave y lánguido tras hacer el amor.

Su país y Katie. No sabía si sería capaz de vivir sin uno de los dos.

Se llevó una mano al pecho y se lo frotó.

—Tengo que irme. Volveré tan pronto como pueda.

Sapphire se desplazaba ágilmente por la ciudad, con el mango de la espada láser bien agarrado. El mercenario caminaba con despreocupación por la calle peatonal, totalmente ajeno a la persona que lo seguía como si fuera su sombra. No había demasiado movimiento en las calles, probablemente porque ya era oscuro y había estado llovisnando, pero había la gente suficiente como para que ella no llamara la atención.

Respiró hondo, disfrutando del olor de la lluvia. Tolan era un planeta húmedo y exuberante, todo lo contrario de su desértica patria. Era un lugar precioso, cubierto de árboles verdes y mares de hierba. Un auténtico paraíso. Por desgracia, la perfección del planeta quedaba enturbiada por las inmensas ciudades, cuyos edificios, casi siempre metálicos, brillaban a la luz de los dos soles gemelos del planeta.

—¿Tiene fuego? —Gordmere detuvo a una mujer que pasaba por su lado para encenderse un puro.

Sapphire se escondió en las sombras que proyectaba el toldo de una tienda cercana.

Tras el viaje de dos días hasta Tolan, había tardado casi dos semanas en localizar al mercenario. Gordmere era un tipo astuto, que cambiaba de aliados constantemente, lo que hacía que fuera difícil rastrearlo en el sistema interestelar. Habría podido tardar mucho más en encontrarlo, pero Sapphire descubrió que tenía dos debilidades: el juego y la arrogancia. No temía a nada ni a nadie y no era capaz de retirarse de una partida si iba perdiendo. Algunos antros de juego eran más permisivos que otros. Una vez que hubo descubierto qué garitos eran los que dejaban que los jugadores se endeudaran más, el resto fue fácil.

En parte, agradecía que la búsqueda requiriera casi toda su atención, porque el tiempo que pasó siguiendo la pista del mercenario impidió que pasara las horas echando de menos a Wulfric, al menos durante el día. Las noches eran otra historia.

Cuando Gordmere siguió su camino, Sapphire salió de su escondite y lo siguió por la acera. El humo del puro que dejaba tras él le hacía cosquillas en la nariz.

El mercenario se detuvo ante una puerta y miró a derecha e izquierda. Ella siguió caminando y pasó de largo, con cuidado de no llamar su atención. Al no ver nada sospechoso, Gordmere desapareció en el interior del local.

—Dalen —susurró.

La respuesta le llegó a través del diminuto dispositivo comunicador que llevaba en la oreja.

—¿Sí, señora?

—Acaba de entrar.

—Lo estoy viendo.

Sapphire suspiró. Le costaba mucho delegar una misión tan importante en manos de otra persona, pero era un club exclusivo para caballeros y sabía que no la dejarían entrar.

—Siéntate cerca de él, para poder oír lo que dice.

—Sí, tranquila. No se preocupe. Soy muy bueno haciendo amigos.

—Estaré cerca, esperándote.

Sapphire dobló una esquina y tomó un ascensor que la llevó a la pequeña habitación con vistas al club que había alquilado. Era un cuchitril, pero a pesar de su mal estado, le había costado dos cajas de vino sariano, mucho más de lo que valía. Aunque habría aceptado pagar cualquier cosa. No podía dejar a Dalen solo. No era un soldado, ni había sido entrenado para algo así. Podía pasar cualquier cosa y tenía que estar cerca para echarle una mano en caso de necesidad.

Al entrar en la diminuta habitación, se sintió abrumada por el cansancio y las emociones. Le sucedía cada vez que se quedaba a solas sin nada que hacer. Nada aparte de pensar en Wulf.

Mientras miraba a través del sucio cristal de la ventana, Sapphire se preguntó qué andaría haciendo él. ¿Le dolería tanto su ausencia como a ella le dolía la suya? ¿Se sentiría tan vacío por dentro? Por enésima vez, se preguntó si habría cometido un error; si debería haberse quedado a su lado a pesar de todo.

Era tarde cuando Dalen salió tambaleándose del club junto con Gordmere. Ambos iban achispados por las copas de más que se habían tomado. Se despidieron en la acera, mientras Sapphire salía de la habitación y bajaba en el ascensor. Se quedó un poco rezagada, para asegurarse de que nadie seguía a Dalen. Cuando estuvo segura de que era así, subió tras él a la habitación del hotel.

Como casi todo en Tolan, el hotel había sido diseñado para proyectar una imagen moderna. Tenía líneas rectas, estaba construido con materiales metálicos, excepto algún toque de piedra, y los colores eran siempre neutros. Sapphire lo odiaba. No entendía por qué los tolanitas eran tan aficionados a ese tipo de construcciones tan estériles, cuando su planeta era cálido y lleno de vida.

Encontró a Dalen esperándola en la sala de estar, recostado en la tumbona de color beis. Apestaba a perfume y a sexo y su sonrisa bobalicona le dijo que acababa de pasar un buen rato con las concubinas del club. Sapphire se alegró por él. Al decidir acompañarla, había dejado su vida entera atrás y ella se lo había pagado siendo una compañía espantosa, que se había pasado esas semanas maldiciendo o llorando.

Cuando se sentó a su lado, él le dedicó una sonrisa llena de encanto juvenil.

—Creo que estará contenta con lo que ha pasado, señora.

—¿Te ha contado algo sobre el príncipe Wulfric?

—No.

Sapphire gruñó.

—Pero —siguió diciendo Dalen— me ha ofrecido trabajo.

—¿Qué?

—He repetido todo lo que me indicó que dijera. Le he contado que me han echado del trabajo porque me pillaron robando. He mencionado que estoy resentido y buscando un nuevo empleo. No me ha hecho ni caso, claro, hasta que he mencionado que trabajaba en el palacio de D’Ashier. En ese momento, ha empezado a prestar atención.

Sapphire se echó hacia delante.

—¿Y?

—Ha querido saber más. —Dalen bostezó.

—Le has contado que conociste al príncipe Wulfric personalmente.

Dalen asintió.

—Sí, se ha mostrado muy interesado.

—¿Como cuánto? ¿Crees que podrás volver a verlo?

—Mejor que eso. —Dalen sonrió—. Me ha dicho que lo han contratado para secuestrar a alguien muy importante, pero que en sus últimas misiones ha perdido a buena parte de sus hombres. Me ha ofrecido unirme a ellos.

Ella parpadeó.

—¿Te quiere contratar para capturar a un príncipe heredero? Pero ¡si ni siquiera te conoce!

Dalen sonrió con suficiencia.

—Ya le he dicho que se me da muy bien hacer amigos.

—¡Esto es fantástico! —replicó ella, dejándose caer sobre los cojines del diván.

Mientras preparaba la toma de contacto con Tarin Gordmere, se había planteado todo tipo de situaciones, pero la de trabajar para él no se le había ocurrido. Era perfecto.

—Cuéntamelo todo.

—Me ha dicho que tenía que volver a reunir una tripulación antes de ponerse en marcha otra vez y que le han informado de que su objetivo es un guerrero muy hábil. No quiere dar el primer paso hasta estar seguro de que la operación será un éxito. Y, al parecer, tardará unas cuantas semanas en asegurarse.

Sapphire frunció el cejo.

—Me extraña que vaya a tardar tanto, si ya va reclutando a desconocidos por las calles.

Dalen se echó a reír.

—Gordmere se ha mostrado muy interesado en mi trabajo en el palacio de D’Ashier. Si no lo hubiera mencionado, dudo que me hubiera ofrecido nada.

—Me pregunto si pretenderá atacar a Wulf en su propio palacio. —Sapphire se frotó las sienes, tratando de poner en orden todos los fragmentos de información de los que disponía. Había demasiadas variables. Tenía que proteger a Wulf. Si llegara a pasarle algo...



Se estremeció. No le pasaría nada, porque ella se aseguraría de que nunca estuviera en peligro.

—¿Cuándo volverás a verlo?

—Mañana. —Los ojos azules de Dalen se encendieron, animados—. Tenía razón con lo de su adicción al juego, señora. Y también tiene debilidad por las mujeres.

Ella sonrió tristemente.

—Ya lo noto en cómo hueles.

—Confío en pasar unas cuantas semanas a su lado para obtener más información —añadió Dalen con una sonrisa traviesa—, sobre él y su depravado modo de vida.

Sapphire arrugó la nariz. No soportaba la idea de quedarse sin hacer nada. Quería seguir involucrada en la misión de alguna manera. Cuando se le ocurrió una idea, sonrió lentamente.

—Empiezo a reconocer esa expresión, señora. Y rara vez anuncia algo bueno.

—Tonterías —se burló ella—. Seguro que te encantará saber que acabas de adquirir una *mätress*, Dalen.

—Voy a tener que hacer algo —murmuró Sapphire al oído de Dalen, mientras le rodeaba el cuello con los brazos.

Él siguió la dirección de su mirada y observó al corpulento hombre que permanecía junto a Gordmere en la barra del club. La música sonaba a todo volumen, mientras sobre el escenario la artista de turno cantaba a pleno pulmón una animada canción. A su alrededor, varios clientes bailaban desinhibidos, en un ambiente de decadencia y despreocupación.

—¿Algo como qué?

—Aún no lo he decidido, pero ese hombre no se fía de nosotros y, si sigue quejándose, Gordmere acabará dándole la razón para dejar de escucharlo. Tor Smithson lleva muchos años a su lado y nosotros somos un par de desconocidos.

Para potenciar su imagen de pareja acaramelada, Sapphire pasó una pierna por encima de la de Dalen.

—Tenemos que conseguir quedarnos con él hasta que descubramos quién lo ha contratado.

—¿Qué quiere que haga?

Sapphire vio que el mercenario se fijaba en una guapa concubina y que se dirigía hacia ella, dejando a Smithson solo.

—Mantener distraído a Gordmere —respondió, apartándose de Dalen.

Él la agarró del brazo.

—¿Va a hacerlo ahora?

Al verlo tan preocupado, lo tranquilizó con una sonrisa.

—Ya llevamos tres semanas aquí y no nos ha contado nada. No sabemos quién lo ha contratado ni a quién pretende secuestrar. No se fía de ti ni lo hará nunca si

Smithson sigue llenándole la cabeza de dudas. Tenemos que quitarlo de en medio. — Se levantó—. Además, Smithson es uno de los mercenarios que torturaron a Wulfric. Se merece todo lo que le haga.

Dalen la sujetó por la muñeca.

—No va armada.

—Él tampoco —señaló Sapphire—. No te inquietes. Estaré de vuelta en media hora. Si para entonces no he regresado, empieza a preocuparte.

—Su forma de animarme deja mucho que desear —murmuró Dalen, pero se levantó y fue tras Gordmere.

Sapphire avanzó furtivamente hacia Smithson y, cuando estuvo a su lado, le sonrió. Pidió un vaso del licor típico de Tolan, una bebida potente que a Dalen le gustaba, pero que ella no soportaba.

—¿Por qué no te vas a casa? —le soltó Smithson con brusquedad—. Aquí no pintas nada.

Ella lo miró de reojo, examinándolo de arriba abajo y buscando posibles amenazas ocultas. Su padre siempre le decía que estar preparado era ganar la mitad de la batalla.

—Si me voy a casa, me aburriré —contestó, haciendo un mohín.

Smithson le dirigió una mirada de fastidio.

—Ese no es mi problema; a mí lo único que me preocupa es mi cartera. Tu amiguito te mira cada vez que alguien le hace una pregunta. Un hombre que está dominado por un culito respingón no es de fiar.

Sapphire miró por encima del hombro. Dalen estaba charlando animadamente con Tarin Gordmere, que estaba de espaldas a ellos. El camarero le sirvió la copa que había pedido y ella tomó una rápida decisión.

—¿Por qué no me acompañas a la salida?

—¿Te vas? —La observó con desconfianza—. ¿Así, por las buenas?

—Pues sí. —Se encogió de hombros—. No quiero causar problemas. Necesitamos el dinero.

—Pues sal tú solita —replicó el hombre con frialdad.

Sapphire suspiró.

—Bueno, pues entonces me quedo. No voy a poder parar un taxi yo sola y...

Smithson la agarró del codo y tiró de ella en dirección a la salida.

—Eh, ¿y la bebida de Dalen? —protestó Sapphire con voz quejumbrosa, dando traspies detrás de él.

—Yo se la llevaré cuando vuelva a entrar.

Ella disimuló una sonrisa.

—Vale.

En el mismo instante en que las puertas se cerraron tras ellos, Sapphire atacó. La sorpresa era la única arma de que disponía, así que la usó, haciendo girar el brazo de Smithson y apoyándose en él con todo su peso. Apretó los dientes al notar que se le

rompía el hueso. Su grito de dolor fue ensordecedor. Sapphire levantó el pie y le dio una patada en el culo, apartándolo de la puerta para que no lo oyera nadie desde dentro.

La entrada al local estaba en un callejón que nacía en la calle principal, por lo que tenía que aprovechar bien el tiempo. No tardarían mucho en descubrirla.

Desde el suelo, Smithson le dirigió una patada lateral que la derribó. Sapphire cayó hacia delante y aterrizó sobre él. Antes de que pudiera reaccionar, le rodeó el cuello con el brazo bueno y apretó. Luchó por respirar, mientras le arañaba el brazo para liberar la tráquea, pero el mercenario era demasiado fuerte. Vio puntos negros ante los ojos antes de que la oscuridad empezara a ganar terreno. Cuando estaba a punto de perder el conocimiento, le tiró del brazo roto. Mientras su aullido agónico resonaba por el callejón mal iluminado, Sapphire se liberó.

Se le estaba acabando el tiempo. Se incorporó respirando hondo. Los pulmones le ardían y el cuello le palpitaba por el brutal apretón.

Smithson gruñó, rodó sobre sí mismo y se puso de rodillas.

—Te mataré —la amenazó.

Sapphire vio que se llevaba la mano a la bota, donde tenía escondida una daga láser. Sus miradas se encontraron. La del mercenario llena de impulso asesino y una maldad intrínseca que le helaron la sangre. Aquel tipo se ganaba la vida cazando seres humanos y torturaba a gente indefensa por placer. También había estado a punto de acabar con la vida del hombre al que amaba.

—Me alegra oírte decir eso. —Sapphire se preparó para lo que se avecinaba—. Porque matar a un hombre a sangre fría no es mi estilo.

Smithson se abalanzó sobre ella y la amenazadora daga se iluminó en su mano. Sapphire dio una patada. Un poco de buena suerte y muchas horas de entrenamiento hicieron que su pie conectara con la muñeca y que la daga saliera disparada.

De un salto, la atrapó en el aire y de un golpe lateral separó la cabeza del torso del hombre. El cuerpo cayó al suelo pesadamente.

—Pero no tengo problemas en hacerlo en defensa propia.

—Katie Erikson está aquí, alteza.

Wulf apartó la mirada de la pantalla en la que estaba leyendo cuando el capitán entró en la habitación.

—¿La has visto con tus propios ojos?

Clarke asintió.

—¿Cómo está?

—Más delgada; parece cansada.

—Tozuda como una mula —refunfuñó Wulf, aunque acababa de quitarse un enorme peso de encima.

Tras seis semanas buscándola por todas partes, Katie había aparecido al fin. Pronto podría tocarla. Se levantó, pero al echar un rápido vistazo a su alrededor, frunció el cejo.

Tolan era un miembro relativamente nuevo del Consejo Interestelar y su incursión en el mundo de la alta tecnología era bastante reciente, por lo que todavía les gustaba presumir de ello. Todo a su alrededor era sobrio, sin color. Trató de imaginarse a su sensual Katie en un sitio tan deprimente, pero no lo consiguió. Sintió una opresión en el pecho al pensar que estaba en Tolan por él.

—¿Dónde está ahora, capitán?

—El *mästare* y ella están en la terminal, por órdenes de Gordmere.

Wulf empezó a cambiarse de ropa.

—Quiero verla.

—Alteza, no me parece recomendable que vengáis. ¿Y si alguien os reconoce? Podría poner la misión en peligro. Nos ha llevado semanas encontrarla.

—Me mantendré en segundo plano. Nadie me reconocerá. Ni siquiera se darán cuenta de que estoy allí, capitán.

—Disculpadme, pero dudo que os sea posible manteneros en segundo plano.

Wulf sonrió.

—Eso es porque voy a su lado, capitán. Tiene facilidad para llamar la atención de la gente.

Clarke se aguantó la risa.

—Como ordenéis, alteza. Me encargaré de sacarla de allí. Si lo logro, os sugiero que os la llevéis de la zona y dejéis que yo me ocupe del resto.

—Será un placer, se lo aseguro.

Minutos después, se pusieron en marcha hacia la terminal.

Sapphire se echó sobre Dalen y le recorrió la oreja con la lengua.

—Mmm... —ronroneó, arqueando la espalda y frotándole el brazo con los pechos. Le acarició el torso desnudo con una mano, que luego enredó en su pelo

dorado. Pasó los dedos de la otra mano por encima del musculoso muslo hasta llegar a la entepierna, donde se perdió.

Él gruñó y ladeó la cabeza, hundiendo la cara en su cuello.

—Señora —susurró entre jadeos—, ¿le parece necesario todo esto?

—Tiene que creer que somos pareja. Se ha vuelto más desconfiado que nunca desde que Smithson apareció muerto.

—Sí... sí... pero... —Dalen la agarró por la muñeca para detener su sensual asalto—. Yo soy un hombre y usted una concubina de las mejores. No soy de piedra.

Sapphire miró por encima del hombro a los presentes en la pequeña sala de espera de la terminal Espacio Profundo 10 y vio entrar a un hombre rubio y esbelto.

Moviéndose rápidamente, se montó sobre Dalen y le rodeó el cuello con los brazos.

—Ha vuelto —susurró, mientras le acariciaba el cuello con la nariz—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—¡No puedo pensar si me hace esto!

—Discute un poco el precio de tus servicios —replicó ella, también en susurros—. Nos ha costado muchas semanas llegar hasta aquí, no podemos parecer demasiado ansiosos. Y no te olvides de intentar averiguar quién lo contrató para secuestrar a...

Una voz potente retumbó a su espalda.

—Esa mujer, que se largue.

Sapphire se quedó inmóvil unos instantes antes de volverse lentamente. Trató de ocultar su sorpresa, pero fracasó y se quedó con la boca abierta al ver a Clarke al lado de Gordmere. Los dos parecían viejos amigos.

—No necesitamos sus servicios para hablar —añadió Clarke, mirándola de arriba abajo con descaro.

Sapphire parpadeó.

—¿Es que nunca habías visto a un hombre de verdad? —le preguntó Clarke despectivamente, agarrándola del codo y apartándola de Dalen. Tiró de ella con fuerza, casi aplastándola contra su enorme pecho—. Cuando te canses de ese niño bonito, ven a buscarme —añadió, inclinándola hacia atrás, sobre su brazo. Le mordió la oreja suavemente, aprovechando para susurrarle—: Id a la salida.

La ayudó a incorporarse y luego le dio un empujón en dirección a la puerta.

Sapphire se alejó tambaleándose y mirando por encima del hombro, todavía sorprendida.

«¿Qué demonios está haciendo aquí?».

Distraída, chocó contra un pecho duro como una roca. Un instante después, alguien tiró de ella y juntos desaparecieron en la abarrotada terminal.

—Pero ¿qué...?

—Katie.

Sapphire notó que le daba vueltas la cabeza. Siguió con la vista en el brazo musculoso del hombre que la sujetaba por la muñeca. Se detuvo unos instantes en los deliciosos labios que, en ese momento, estaban fruncidos en una mueca de enfado, y siguió ascendiendo hasta que sus ojos, muy abiertos, se encontraron con la mirada furiosa de Wulf.

Los ojos se le llenaron de lágrimas de alivio y de amor, al verla, los ojos verdes de Wulf brillaron como si fueran esmeraldas. Con un gemido de placer, Sapphire se abalanzó sobre él, le rodeó la cintura con las piernas y lo besó en la boca.

Él absorbió el impacto fácilmente. Se volvió y le apoyó la espalda en la pared del pasillo, abriendo la boca con voracidad.

El corazón de ella latía desbocado. Lo había deseado tanto durante las últimas semanas... Tantísimo. Cada noche su recuerdo la acompañaba, obligándola a soñar con él.

—Te he echado de menos —dijo entre jadeos, sin separar la boca de la de Wulf.

Él echó las caderas hacia delante, clavándose en el vértice que formaban sus piernas abiertas, sin poder ocultar lo mucho que la deseaba.

—Dalen y tú... —empezó a reprocharle, pero se interrumpió y se limitó a gruñir de rabia.

—No hay nada entre nosotros.

Sapphire se arqueó contra él, con la sangre encendida.

Wulf la mordió en el sensible punto donde el cuello se une con el hombro. Su caricia fue ruda, casi descontrolada.

—Lo estabas besando, te frotabas contra él... Lo haré pedazos.

—No —gimió ella, clavada a la pared por el cuerpo agitado y muy excitado de Wulf. Estaba ardiendo de deseo. La pasión de él la encendía aún más—. Todo lo que he hecho ha sido por ti.

—No me importan tus razones. ¡Eres mía!

—Sí...

—Me perteneces.

Wulf alzó la mano con la que la agarraba por la cintura y la enredó en su pelo. Tirando de él, le dejó el cuello expuesto y lamió y mordisqueó la delicada piel. Con la otra mano le sujetó un pecho y le retorció el *piercing* del pezón hasta que este se endureció de deseo.

—No quiero que vuelvas a tocar a ningún otro hombre, ni aunque mi vida dependa de ello.

—Bobo celoso. —Sapphire se echó a reír, incapaz de contener la alegría de volver a estar entre sus brazos. Lo rodeó con los muslos, aunque no era necesario. Él la mantenía firmemente sujeta contra la pared—. Haría cualquier cosa por ti. Te amo.

—Vas a acabar conmigo. —Wulf apoyó la frente en la suya—. Me vas a volver loco.

—Wulf. —Le acarició la tensa superficie de la espalda, sabiendo cómo se sentía. Ella había sentido lo mismo cuando envió a la concubina a su habitación—. Sólo existes tú.

—Nunca más —murmuró él contra su mejilla—. No vuelvas a tocar a ningún otro hombre nunca más. No puedo soportarlo.

Apartándose de la pared, se la llevó en brazos.

—Tenemos que salir de aquí.

—¡Dalen! No puedo abandonarlo aquí.

—El capitán se ocupará de él. Pero, ahora mismo, de quien tienes que ocuparte es de mí.

Sapphire se relajó entre sus brazos. Sus fuertes piernas le permitían avanzar con facilidad entre la multitud y su imponente presencia hacía que los usuarios de la terminal se apartaran a su paso.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó abrumada. Nunca lo había visto tan posesivo.

Él alzó una ceja.

—He venido a buscarte.

Aunque estaba más pálido y el rictus de su boca lo hacía parecer más serio, seguía siendo el hombre más guapo que había visto nunca. Sólo él le despertaba tantas emociones. Era algo adictivo, que la aturdió, pero a lo que no sabía cómo renunciar.

—Wulf, me cuesta respirar cuando estoy a tu lado.

Él inspiró hondo, de manera entrecortada. La sujetó con más fuerza y aceleró el paso.

—No tienes ni idea de lo mucho que te he echado de menos. Eres tan hermosa... Te he imaginado cientos de veces, pero ninguna de ellas te hacía justicia.

Sapphire sonrió.

—Estoy horrible.

—Estás más preciosa que nunca. —Wulf le dio un beso en la sien. Con los labios aún pegados a su piel, añadió en voz más baja—: Cambiaré. Haré mejor las cosas. Sé que puedo hacerte feliz.

Ella le echó los brazos al cuello.

—No podré soportar volver a pasar por eso. No deberías haber venido.

—No puedo estar lejos de ti. Nunca he podido. Te quiero.

Ninguno de los dos pudo seguir conteniendo las emociones y empezaron a llorar en silencio.

—Wulf.

—Calla. Espera hasta que estemos a solas. Tengo que pedirte algo.

Sapphire echó la cabeza hacia atrás y lo miró. Su expresión era solemne y decidida, pero sus ojos echaban chispas. Se ruborizó.

—Ya sé lo que deseas.

Él le dedicó una sonrisa muy sexy.

—No lo sabes todo. Pero lo sabrás cuando lleguemos a un sitio más privado.

Tomaron un taxi hasta el alojamiento de Wulf y Sapphire pasó el trayecto arrebujada contra su pecho, mientras él le acariciaba los brazos y le daba delicados besos en la cara y el cuello. No dijeron nada, aguardando con impaciencia el momento de poder quedarse a solas. Cuando el taxi llegó a la puerta del hotel, ambos bajaron y se dirigieron a la habitación a toda velocidad.

Wulf la llevó directamente a su *suite*. La decoración de la sala de estar era parecida a la del resto de la ciudad —aséptica, con pintura plateada en las paredes y suelos de cemento—.

A pesar de las semanas que llevaba allí, a Sapphire aún le molestaba aquella decoración tan estéril. Tanto Sari como D’Ashier hacía tiempo que habían recuperado el gusto por las cosas agradables al tacto. La necesidad de celebrar lo humano era lo que había hecho que sus guerreros fueran tan admirados y sus concubinas tan apreciadas.

—Por aquí.

Entró a su lado en el dormitorio, situado al final de la sala, y por un momento se olvidó de respirar ante la visión que los aguardaba.

Los suelos estaban cubiertos de alfombras multicolor y la cama con una rica colcha de terciopelo y cojines de vivos colores que parecían piedras preciosas. Las luces, demasiado agresivas, estaban apagadas y la habitación estaba iluminada por velas que parpadeaban.

—Es precioso —susurró Sapphire.

Wulf se acercó a ella por detrás y le rodeó la cintura con sus poderosos brazos.

—Sólo porque tú estás aquí. —Le dio la vuelta hasta quedar cara a cara y selló sus labios con un beso.

Ella se fundió bajo sus labios. El calor que se generó entre los dos era más fuerte que nunca. La pasión les encendió todas las terminaciones nerviosas, desde los labios hasta los dedos de los pies. Mareada de deseo, Sapphire apartó la cabeza para tomar aire y se quedó paralizada al ver a Wulf.

Estaba sofocado. Tenía la boca abierta, los labios húmedos y respiraba entrecortadamente. Pero fue su mirada —fiera y decidida— lo que más la excitó. El efecto que causaba en ella era poderoso. No se gastaba, sino que envejecía como los buenos vinos, cada vez con mayor graduación.

—Ahora voy a hacerte el amor. —La voz de Wulf era un sensual murmullo. Alargó la mano y le rodeó un pecho con ella, acariciándole el pezón con el pulgar—. Luego hablaremos de nuestro futuro en común y no te irás de esta habitación hasta que te haya dicho lo que te tengo que decir. ¿Está claro?

Temblorosa, Sapphire le dio un beso apasionado. Aún le costaba creer que aquel extraordinario ejemplar de hombre la amara lo suficiente como para perseguirla por el espacio.

—Te adoro —le confesó y notó como él se estremecía.



Sus palabras despertaron en Wulf un instinto primitivo que lo llevó a agarrarle el vestido y rasgarlo por la mitad.

Sapphire estaba tan desesperada como él. Necesitaba sentir su carne en la yema de los dedos, asegurarse de que no se trataba de otro sueño. Se quedó quieta al ver que él llevaba al cuello la cadena con el chip donde estaba oculto el sistema Guardián.

Wulf la sujetó por la cintura mientras ella examinaba el colgante.

—Lo encontramos en el club de Braeden y no me he separado de él desde entonces.

Sapphire acarició el cálido metal.

—Lo he echado de menos. Me recordaba a ti.

Él acabó de quitarle la ropa y la tumbó de espaldas en la cama.

—No volverás a necesitar recuerdos. Durante el resto de mi vida, voy a pasarme todo el tiempo que pueda enterrado en ti.

Con un suspiro, Sapphire se hundió en el cobertor de la cama, aunque ni siquiera el terciopelo era tan suave y cálido como la piel de Wulf. Él la cubrió con su cuerpo y le recorrió el cuello y los hombros con besos ardientes.

No era suficiente. Sapphire lo lamió y lo mordió mientras lo acariciaba y le arañaba la espalda. Le rodeó la cintura con las piernas y lo atrajo hacia ella. Quería devorarlo entero.

—Date prisa —le rogó.

Wulf se echó a reír.

—Llevo semanas soñando con este momento. Déjame saborearlo.

—Luego.

Él se echó a reír, colocó la ancha cabeza de su pene en la entrada de su vagina y empujó.

—Estás tan prieta, Katie.

La besó apasionadamente, clavándose en ella de forma lenta pero inexorable. Un gruñido de placer retumbó en su garganta.

—Te deseo tanto que pensaba que me iba a volver loco sin ti.

—Te quiero —susurró ella, mientras Wulf acababa de entrar hasta el fondo—. Soñaba contigo. Te necesitaba tanto...

Él apoyó la cabeza en la cama, al lado de la suya, respirando entrecortadamente. Se retiró de su interior y volvió a embestirla. Cuando ella arqueó la espalda, animándolo a incrementar el ritmo, él empezó a follarla como ella quería, haciendo rodar las caderas y penetrándola con una habilidad extraordinaria. Incluyó la cabeza, se metió un pezón erecto en la boca y lo succionó con tanta fuerza que ella notó el tirón en lo más hondo de su vientre.

Sapphire gemía, abandonada al placer. Hacía demasiado tiempo que deseaba exactamente aquello: sentirlo en todo su grosor y longitud, bombeando entre sus piernas con todas sus fuerzas.

—Sí... Me gusta. Me gusta tanto...

Wulf murmuró algo que sonó arrogante, antes de dedicar su atención al otro pecho. Sapphire clavó los talones en el colchón y alzó las caderas. Quería volverlo tan loco de deseo como lo estaba ella, loca de lujuria, desesperada por correrse y enamorada sin remedio. Le encantaba que fuera un hombre tan contenido y que ella fuera tan importante para él como para ser su único punto débil.

Wulf tomó las riendas de la situación. Se alzó sobre ella y le pasó los brazos por debajo de las rodillas para abrirla más. Sapphire tenía los pezones hinchados, extremadamente sensibles y distendidos por su apasionado asalto. Sus embestidas ganaron intensidad, con su enorme polla abriéndose camino entre los tejidos de su vagina, que se contraían ávidamente.

Entre las embestidas y los giros de cadera, Wulf le hizo perder la cordura. La visión de su hermoso rostro contraído en una mueca de placer era muy excitante. Y mucho más sabiendo que estaban unidos de la manera más íntima posible.

—Te quiero —susurró él entre gruñidos.

Sus palabras, impregnadas de pasión, le dieron el último impulso. Arqueando la espalda, Sapphire alcanzó el clímax. Gimiendo, se convulsionó, presa de inacabables estremecimientos.

—Más —rugió él, sin dejar de embestirla—. Córrete otra vez.

—No —replicó Sapphire, segura de que un nuevo orgasmo acabaría con ella.

Wulf deslizó la mano entre los dos y le acarició el clítoris con habilidad. Su siguiente orgasmo fue incluso más potente que el primero. Mientras ella se retorció bajo su cuerpo, notó que la erección de Wulf crecía todavía más. Gritando su nombre, la aferró con fuerza, temblando y estremeciéndose, susurrándole palabras de amor y de deseo al tiempo que se corría abundantemente en su interior.

Jadeando, cambió de postura, colocándola a ella sobre él sin salir de su interior. La abrazó con fuerza, mientras las respiraciones de ambos se calmaban.

La besó en la coronilla.

—Quiero que nos casemos mediante el rito de unión de las manos, Katie.

Ella alzó la cara y lo miró asombrada.

—¿La unión de las manos?

—Sé que puede funcionar. Nos amamos, Katie. No es algo que hayamos buscado, pero ha pasado. Y no me arrepiento.

—¿La unión de las manos? —repitió ella.

—He estado investigando un poco. Durante los primeros años de D’Ashier como monarquía independiente, el soberano y su familia corrían un gran peligro. Para asegurar la continuidad, se buscó la manera de preservar el linaje por encima de todo. A veces, los miembros de la familia real deseaban casarse, pero no podían esperar a organizar una ceremonia solemne, por ejemplo en tiempos de guerra o de traición.

Sapphire asintió.

—Lo entiendo.

Wulf le cogió la mano y se la colocó sobre el corazón.

—El rito de la unión de las manos se estableció para esos casos. Es un acuerdo informal, pero totalmente vinculante, igual que una boda, pero no necesita la bendición del rey. Sólo hace falta que las dos partes estén de acuerdo.

—Wulf. —Sapphire se mordió el labio inferior—. ¿Ignorarías la opinión de tu padre en algo tan importante?

Él le apretó la mano con más fuerza.

—Mi padre seguiría teniendo la última palabra. Si no nos diera su bendición, la unión se convertiría en un matrimonio morganático. Tú serías mi consorte, pero no mi reina, y nuestros hijos no podrían heredar el trono.

—Nuestros hijos —repitió ella, con una punzada de dolor que le atravesó el corazón con tanta intensidad que la hizo estremecer.

Le escocían los ojos y la garganta. Perdería todo lo que tenía, pero a cambio ganaría algo tan precioso que apenas se atrevía a imaginárselo: un marido, una familia. ¡Con Wulf!

Los ojos verdes de él la miraban brillantes como rayos láser. Pocas veces lo había visto tan decidido a algo.

—Te mereces mucho más, Katie. Ojalá pudiera ofrecértelo, pero esto es todo lo que te puedo dar de momento: mi corazón, mi cama, el respeto debido a la pareja del rey y la promesa de que haré todo lo que esté en mi mano para convencer a mi padre para que nos dé su bendición. Creo que lo conseguiré, pero aunque no lo lograra, tú seguirías siendo mía y yo sería tuyo. Nadie podría romper los votos.

Sapphire unió las manos, las apoyó en el pecho de Wulf y descansó la barbilla sobre ellas.

—No quiero causarte problemas con tu familia.

Él se colocó una almohada bajo la cabeza y la miró a los ojos.

—Te necesito en mi vida para ser feliz. Es tan sencillo y tan complicado como eso. Puedo enfrentarme a todos los obstáculos que vengan, siempre y cuando seas mía. Siempre y cuando tenga tu amor.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Sapphire.

—Si hubiera otra guerra... mi padre...

—Le he enviado un mensaje al rey de Sari —la interrumpió él—. Ha aceptado reunirse conmigo para discutir la posibilidad de un cese de las hostilidades y de nuevos tratados de comercio. No te prometo que no vuelva a haber otra guerra, pero te juro que haré lo que esté en mi mano para evitarlo.

—Es imposible.

—No lo es —replicó Wulf, con tanta decisión que el aire a su alrededor se cargó con su energía—. No voy a mentirte; no será fácil. No puedo prometerte un final feliz, donde todo sea maravilloso y nuestras familias convivan en paz. Sólo puedo prometerte que te amaré, te cuidaré y siempre sacaré tiempo para estar contigo. Nunca te daré motivos para que te arrepientas de los sacrificios que tendrás que hacer

para estar a mi lado. Enfrentaremos juntos las penalidades. Encontraremos la manera. Y si no somos capaces, al menos nos tendremos el uno al otro.

A Sapphire se le encogió el corazón.

—Te quiero.

—No necesito más. Dime que sí.

Sapphire asintió. Tenía la garganta demasiado cerrada para hablar. Wulf quería unirse a ella, aunque eso le supusiera graves consecuencias a nivel personal y político. No podía negarse. Lo amaba tanto como él a ella.

Wulf dejó caer la cabeza hacia atrás, como si se hubiera desmayado.

—Bien —dijo.

Sapphire sonrió.

—Se te ve muy aliviado.

La sonrisa que él le devolvió fue igual de amplia, pero mucho más traviesa.

Ella se sentó y notó dentro la erección de Wulf, que había empezado a crecer de nuevo.

—¿Qué habrías hecho si te hubiera rechazado?

Wulf se movió en su interior.

—Habría pasado al Plan B.

—¿Y puede saberse cuál era el Plan B? —preguntó Sapphire, aunque ya lo sospechaba.

—Volver a secuestrarte y mantenerte presa en mi cama hasta que te convenciera y me aceptaras.

Ella suspiró exageradamente.

—Debí haber optado por el Plan B.

Él alzó una ceja. La sujetó por las caderas y la elevó.

—Bueno. —Wulf alzó las suyas y la penetró aún más, dejándola sin aliento—. Sólo porque el Plan A haya funcionado, no significa que tengamos que renunciar al Plan B.

Ella dejó caer la cabeza hacia atrás y gimió con la voz ronca de placer.

—Soy toda tuya.

—Sí —susurró él, tomándola, amándola—. Lo eres.

Wulf estaba muerto de hambre. Sentado frente a la mesita baja de la sala de estar, atacó la comida con entusiasmo. Al mirar a Katie, el corazón le dio un vuelco. Ella le estaba sonriendo indulgente y mirándolo llena de amor. Pensó en el futuro que los aguardaba; en que podría ver aquella misma sonrisa durante el resto de su vida. Nunca se habría imaginado que fuera posible ser tan feliz.

Cuando sonó un pitido en la puerta, dio permiso para que pasaran. El capitán entró seguido de Dalen. Tras hacer una reverencia, se quedaron en silencio, muy serios.

—¿Qué pasa? —preguntó Wulf—. ¿Qué habéis descubierto?

Clarke dio un paso adelante.

—Alteza, hemos identificado el siguiente objetivo de los mercenarios.

Sapphire se levantó, preocupada.

—¿El príncipe está en peligro?

Wulf se levantó también y la estrechó entre sus brazos, mientras el capitán negaba con la cabeza.

—Alguien contrató a Gordmere para que secuestrara a Katie Erikson.

—¿El objetivo soy yo?

Wulf bajó la vista hacia ella, que había palidecido bruscamente. Con un nudo en la garganta, la abrazó con fuerza mientras miraba alternativamente a Dalen y al capitán.

—Menos mal que os marchasteis de la terminal antes de que llegara el mensajero de Sari —siguió diciendo el capitán Clarke—. Gordmere recibió un disco con una grabación de vídeo de su objetivo, del que hasta aquel momento sólo sabía que se llamaba Katie Erikson. Cuando revise los datos, se dará cuenta de que la *mätress* de Dalen y Katie Erikson son la misma persona.

—No lo entiendo. —Katie frunció el cejo—. Pero si antes perseguían al príncipe Wulfric.

—Era otro encargo, que quedó interrumpido cuando las tropas sarianas capturaron a Gordmere. Smithson intercambió a este por su alteza y se quedaron sin botín.

—¿Quién lo contrató?

—No lo sé. Gordmere guarda esa información con mucho celo. Creo que es el único que sabe de dónde viene el dinero.

—Así que... ¿en algún lado hay alguien que todavía quiere que capturen al príncipe Wulfric? —preguntó Katie.

Dalen asintió.

—Gordmere pretende usar el dinero que saque de su captura para finalizar la misión anterior.

—¿Cuántos compradores hay? ¿Es una sola persona o más de una? —inquirió Wulf.

—¿Por qué querría alguien capturarme? —se preguntó Katie, todavía sorprendida—. Yo no soy importante.

—Es importante para dos hombres prominentes —le recordó Dalen—. Por lo que yo sé, son dos misiones distintas con dos compradores distintos.

Wulf miró al capitán, que asintió.

—Yo pienso lo mismo, alteza.

Katie se aferró al brazo de Wulf, que le rodeaba la cintura.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Dalen no puede volver. Ha quedado al descubierto —dijo el capitán—, pero yo me quedaré con Gordmere y averiguaré lo que pueda. No creo que renuncie al encargo, aunque sepa que ha tenido infiltrados en el grupo. Cuando descubra la información del disco y se dé cuenta de que su presa sabe defenderse, comprenderá quién mató a Tor Smithson. Por lo que he visto de él durante estos últimos días, Gordmere os perseguirá para vengar a su amigo.

Wulf miró a Katie. Ella le devolvió la mirada y, sin necesidad de palabras, en sus

ojos vio la respuesta que buscaba: había matado a un hombre por él. Notó que le daba vueltas la cabeza al darse cuenta de que era el mismo hombre que lo había torturado hasta hacerle desear la muerte.

Segundos después, el orgullo ocupó el lugar de la sorpresa. Él también mataría por ella, moriría por ella, haría lo que hiciera falta para mantenerla a salvo. Y Katie le había demostrado una y otra vez que haría lo mismo por él. La abrazó tembloroso por culpa del miedo que le había retorcido las entrañas. Odiaba esa sensación de tener tanto que perder.

—¿Sabe Gordmere para qué la quiere su cliente?

—No. —El capitán soltó el aire bruscamente—. La verdad es que no le importa. Sus órdenes son llevarla a un lugar de entrega que todavía no le han especificado y eso es lo único que le preocupa. Bueno, eso y la cantidad que le ingresarán en la tarjeta de crédito.

Wulf le dio un beso a Katie en la coronilla y la abrazó un poco más fuerte como respuesta a la fuerza con que ella se aferraba a su brazo. Se sentía como un pez fuera del agua. Estaba lejos de su país y de la seguridad que representaba hallarse dentro de sus fronteras.

—Si tenemos que enfrentarnos a una fuerza maligna, creo que lo mejor será hacerlo en terreno amigo.

—Estoy de acuerdo —replicó el capitán—. Tolan no es un lugar seguro.

—Vuelva con Gordmere, capitán. Katie y yo nos marcharemos por la mañana.

—Como ordenéis, alteza. —Clarke hizo una reverencia—. Me pondré en contacto siempre que encuentre ocasión.

Wulf se volvió hacia Dalen.

—No puedes volver a tu antiguo alojamiento; es demasiado peligroso. Pasarás la noche aquí. Pide lo que necesites a los criados. Te debo mucho.

Dalen se inclinó ante él. Luego miró a Katie y le dirigió una sonrisa de ánimo.

—Está en buenas manos, señora. Aunque ya sé que no necesita que nadie la proteja. Puede hacerlo muy bien sola.

Katie le devolvió una sonrisa, poco convencida. Ninguno de ellos sabía quién estaba detrás de aquello.

Y Wulf no descansaría hasta descubrirlo.

Sin ningún tipo de fastos, el príncipe heredero Wulfric Andersson de D’Ashier unió sus manos a las de Katie Erikson —una plebeya, ciudadana de Sari—, en la embajada del Consejo Interestelar del lejano planeta de Tolan.

Él no llevaba corona, sólo una sencilla túnica de viaje. Su futura consorte llevaba un vestido de color rojo intenso, de mangas acampanadas y ceñido a la cintura. De esta le colgaba una cadena de oro que le llegaba a las rodillas. La cadena terminaba con el sello imperial de D’Ashier. Habían comprado el vestido y la cadena en una

tienda local y el sello imperial lo llevaba el príncipe.

La única otra persona presente era el clérigo de la embajada, un hombre delgado de expresión aburrida, que cambió bruscamente en cuanto le echó un vistazo al documento de identidad.

—Alteza. —Hizo una reverencia—. Es un honor para mí officiar vuestro matrimonio. Acompañadme. Tengo una sala mucho más adecuada para eventos de esta categoría.

A Wulf le hubiera dado igual que celebrara la ceremonia en una plataforma de transporte de mercancías. Lo único que le importaba era la novia. Pero lo siguió, sujetándola por el codo, caminando ligero por las ganas de hacer lo que había ido a hacer allí.

La enorme sala de baile de la embajada dejó a Sapphire sin aliento. El techo estaba al menos a cuatro pisos de distancia de ellos. Los candelabros que iluminaban la estancia tenían el tamaño de pequeñas naves antigraitorias y sobre sus cabezas había cintas doradas y plateadas que cubrían el tragaluz, amortiguando la fuerza de la luz solar y proyectando reflejos brillantes en el suelo.

La breve ceremonia pasó en un suspiro. Sapphire estaba como aturdida y, al acabar, apenas recordaba nada, aparte de la suave voz de Wulf al pronunciar los votos y del pinchazo en el dedo cuando les colocaron las manos en el colector de sangre, para sellar su matrimonio en los registros interestelares.

Empezó a ser consciente de lo que había pasado cuando Wulf le deslizó en el dedo el anillo de oro y *talgorita*. En la mano derecha llevaba un sello como el de él, pero más pequeño. Era su medio de transporte para poder volver al palacio de D'Ashier en caso de emergencia, el mismo método que había usado Wulf para llevársela de Sari.

Luego la besó apasionadamente, rodeándola con sus brazos cálidos y protectores. Y por fin ella lo vio claro: Wulf era suyo. Para siempre.

—Te quiero —le susurró con la boca pegada a sus labios.

Sapphire notó que las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—Y yo a ti, mi querido Wulf.

### *Palacio Real de D'Ashier*

—¿Nerviosa?

Sapphire asintió como respuesta a la pregunta que Wulf acababa de formularle en voz baja, aunque decir que estaba nerviosa era quedarse muy corta para definir lo que estaba sintiendo.

Él la acercó, ofreciéndole la protección de su poderoso cuerpo.



—Sólo sé tú misma.

—La última, y única, vez que vi a tu padre, las cosas no fueron demasiado bien —le recordó.

—En aquel momento eras la concubina de un rey enemigo. Ahora eres una princesa consorte de D’Ashier.

—Estoy segura de que eso no me va a hacer ganar puntos —murmuró, perdiendo la poca confianza que le quedaba.

Él sonrió y le besó la punta de la nariz.

—Cada vez que tengas dudas, voy a recordarte que ya es demasiado tarde para cambiar de opinión.

—Una mujer siempre puede cambiar de opinión.

—Tú no —gruñó él.

Sapphire se aguantó la risa.

—Te quiero, mi príncipe arrogante.

—Mucho mejor. Ahora sonrío y muéstrale a mi padre lo mucho que te emociona ser mi esposa.

Ella se volvió hacia las puertas que daban acceso al ala del rey. Había llegado la hora de enfrentarse a la familia de Wulfric.

Con la mano firmemente agarrada a la de él, Sapphire entró en la sala de recepción. Era la primera vez que accedía a esa parte del castillo, ya que antes lo tenía prohibido.

La luz del sol inundaba la estancia, que no era muy grande, y rodeaba con un halo dorado al hombre moreno que los aguardaba. El Palacio Real de Sari era antiguo y muy hermoso. El de D’Ashier era mucho más nuevo y usaba tecnología más avanzada en el diseño, lo que permitía, por ejemplo, tener grandes ventanales sin poner en peligro la seguridad de sus ocupantes y sin tener que emplear más energía para refrigerar las estancias. Las paredes eran de piedra blanca, muy bonita, y estaban decoradas con piedras preciosas multicolores de todas las formas y tamaños.

Sapphire tuvo que hacer un esfuerzo para no girar sobre sí misma, observando la magnificencia del palacio, un palacio que ahora era también su nuevo hogar. Se prometió explorarlo todo en detalle cuando tuviera oportunidad.

Al centrar la atención en el soberano que los aguardaba, se tensó sin querer, por la presión de lograr la aprobación del rey.

Este era un hombre impresionante. Guapo y tan viril como sus hijos, que se parecían mucho a él. Estaba en plena forma física. Alto, moreno, con un torso amplio, tenía un aspecto formidable. Era alguien que imponía respeto sin tener que esforzarse, por la pura fuerza de su presencia. Su mandíbula apretada y las arrugas que tenía alrededor de los ojos no disminuían su atractivo, pero daban una pista sobre lo que opinaba acerca de las novedades que su hijo le había comunicado poco antes.

Sapphire estaba a punto de postrarse ante él, pero Wulf se lo impidió, sujetándola por el hombro. Ella le dirigió una mirada de sorpresa.

Wulf negó con la cabeza.

—No hagas que empiece con mal pie —susurró ella.

—Padre —Wulf alzó la voz—, le he aconsejado a Katie que en vez de postrarse haga una reverencia, que es el saludo adecuado a su nueva posición.

El monarca apretó los labios, tan parecidos a los de su hijo, hasta formar una fina línea.

—Harás lo que se te antoje, como siempre.

Sapphire trató de no hacer una mueca y se inclinó ante el soberano.

—Majestad.

El rey la examinó detenidamente de la cabeza a los pies.

—Creo que mi hijo se equivoca contigo —le dijo al fin—, pero Wulfric es testarudo y siempre hace lo que quiere. Confío en que sea capaz de controlarte cuando sea necesario.

—Amo a vuestro hijo. Es lo más importante en mi vida. Haré todo lo que esté en mi mano para que esté a salvo y sea feliz. Quiero que pueda sentirse orgulloso de mí.

A Sapphire no le extrañó que el soberano permaneciera en silencio, ni que siguiera mirándola con hostilidad, pero que no le extrañara no significaba que no le doliera. Apretó la mano de Wulf con más fuerza.

—Discúlpanos, padre —dijo este, con brusquedad—. Katie y yo tenemos que ocuparnos de los preparativos de nuestro viaje. Partimos mañana, después de desayunar.

—Wulfric —replicó el monarca con dureza—, eres el príncipe heredero. El pueblo quiere una unión de la que poder disfrutar. Una unión que los haga más fuertes como país, no una que seguramente los lleve a la guerra.

—El vínculo ya está sellado, padre —contestó Wulfric—. Certificado en los registros interestelares para todo aquel que quiera verlo. Si quieres, puedes organizar una recepción para mandatarios y otras figuras relevantes. ¡Joder, si quieres que la gente tenga algo que celebrar, organiza una segunda boda! Haz lo que quieras, elige la fecha y el lugar, pero el matrimonio seguirá.

Sapphire se tensó y Wulf, totalmente conectado a ella, lo notó y se tensó también.

El rey se puso rojo como la *talgorita*.

—Esto es intolerable.

—Apreciamos tus felicitaciones, padre —replicó su hijo, muy seco, llevándose a Sapphire hacia la puerta.

—Ha sido horrible —susurró ella mientras salían de la sala—. No podría haber ido peor.

Wulf le apretó la mano para darle ánimo.

—Por suerte, merezco la pena.

Ella se apoyó en su hombro.

—Espero que tú pienses lo mismo de mí.

—Tú mereces la pena mucho más que yo. Por ti lucharía en mil guerras.

Mientras recorrían el pasillo, de vuelta a sus habitaciones, Sapphire le preguntó a Wulf sobre el príncipe Duncan, consciente de que esa era otra batalla que tenían pendiente para poder estar juntos.

—¿Por qué no estaba tu hermano con el rey?

Tras una breve explicación de cómo estaban las cosas con Duncan, Wulf añadió:

—La verdad es que se ha adaptado muy bien a la vida militar. Pronto lo nombrarán teniente.

—¿No crees que el castigo ha podido cambiar sus sentimientos hacia ti?

—Al principio, sí —admitió Wulf—, el entrenamiento básico es duro y yo pedí que le asignaran las misiones más difíciles. Pero ahora dice que me agradece que lo obligara a ir.

—¿Crees que me guardará rencor?

Ella también tenía que superar el rencor que sentía por su cuñado y a veces dudaba que fuera a ser capaz de perdonarlo del todo, ni siquiera por Wulf. Todavía no había visto en el príncipe nada que lo redimiera.

—No más que tú a él, supongo —respondió Wulf, acariciándole la palma de la mano—. Cuando lo envié al ejército, entendió lo importante que eras para mí. Todo el mundo deberá tratarte con respeto o se las verá conmigo. Te aseguro que a nadie le apetece poner a prueba mi paciencia. Y a Duncan aún menos.

Esa misma noche, un poco más tarde, Sapphire se levantó de la cama y se dirigió a los grandes ventanales con vistas a la capital. Permaneció allí, oculta entre las sombras, preguntándose si estaría a la altura de la labor que había aceptado asumir al casarse con un príncipe heredero.

Había soñado con lo feliz que sería cuando pudiera considerar a Wulf suyo y de nadie más, pero inocentemente había pensado en él como si fuera un hombre normal y corriente, no un monarca. Ella lo veía como a un amante, pero el resto del mundo lo tenía por un feroz príncipe heredero, un guerrero de habilidades legendarias. Sabía que estaba a su altura como mujer y como amante, pero ¿lo estaría como consorte del futuro rey?

—Te quiero —murmuró Wulf, abrazándola por detrás.

Preguntándose —no por primera vez— cómo un hombre de su envergadura podía moverse tan sigilosamente, Sapphire se apoyó en él y le preguntó:

—¿Y el amor todo lo puede?

—Puedes estar segura. Y ya es tarde para cambiar de idea. Me dejaste claro que sólo podría disfrutar de ti como mi esposa. Yo me he comprometido, ahora te toca a ti.

—No hace falta que me lo digas así. Pareces molesto —protestó ella.

—¿Molesto? Katie, la última noche que pasamos en Akton ya pensaba pedirte matrimonio. Si tu padre no se hubiera interpuesto entre nosotros, nos habríamos ahorrado un montón de sufrimiento. Tras seis semanas de angustia, creo que tengo derecho a estar un poco «molesto» contigo.

Tiró de ella y la apartó de la ventana.

—Vuelve a la cama. No puedo dormir si no estás conmigo y mañana tenemos un día muy lleno.

—Es verdad, mañana te vas de luna de miel —se burló ella, siguiéndolo.

—Voy a llevarte a mi lugar favorito del universo. Extenderé mantas sobre la arena y te haré el amor bajo las estrellas. Voy a follar tu exuberante cuerpo hasta que no puedas moverte, hasta que no puedas pensar en nada más que en mí y en cuánto te quiero. Y en cuánto me quieres tú a mí.

Sapphire sonrió.

—¿Tengo que esperar hasta mañana?

Sin responder, Wulf la cogió en brazos y la llevó a la cama.

Recorrieron el desierto entusiasmados. Mientras el *skipsbåt* rozaba las dunas a toda velocidad, Katie se agarraba con fuerza a la cintura de Wulf y reía de pura felicidad. El viento fresco les alborotaba el pelo y el sol poniente iluminaba la arena siempre cambiante de las dunas. Con el corazón alegre y ligero, avanzaron por el aire hacia el lugar al que Wulf le había prometido llevarla.

Aquel oasis había sido siempre el lugar favorito de él, el refugio adonde se retiraba cuando necesitaba desconectar de todo. Tras esa noche, se convertiría en el refugio de los dos, el lugar que compartirían para escapar de los problemas del mundo, un nido donde proteger su amor de las exigencias de la vida.

Un grupo de guardias los escoltaban, volando a lado y lado en varias naves antigravitatorias. Ante ellos apareció el oasis, totalmente rodeado de soldados, siguiendo las especificaciones de Wulf. Pero todos ellos se mantendrían alejados, permitiéndoles imaginarse que estaban completamente solos.

Los dos solos en un mundo donde no existía nadie más.

Al oír la risa despreocupada de Katie, Wulf aceleró aún más, ansioso por abrazarla y regocijarse porque al fin fuera suya.

La arena se ondulaba suavemente bajo la brisa. Amaba su planeta y su precioso país casi tanto como amaba a la maravillosa mujer destinada a compartirlos con él. Al traspasar la siguiente duna, la oyó soltar una exclamación de asombro. Wulf sonrió. Su destino se extendía ante sus ojos: un oasis de varios kilómetros de ancho, con un estanque central alimentado por un río subterráneo, rodeado de exuberante vegetación. Era un auténtico paraíso de verdor en medio de un desierto sofocante. El viento hacía ondear una tienda blanca, donde los aguardaba cama y comida.

Wulf detuvo el vehículo, soltó el manillar y apoyó las manos sobre las de Katie, que reposaban sobre sus muslos.

—¿Qué te parece?

—Es precioso —susurró ella—. Oh, Wulf, creo que ya es mi lugar favorito del universo.

Él se volvió para mirarla. Tenía las mejillas arrojadas por el paseo al aire libre, sus ojos oscuros brillaban de felicidad y amor y tenía los labios húmedos y sonrientes. Bajó de la motocicleta voladora, cogió a Katie por la cintura para ayudarla a bajar y dio varias vueltas con ella en brazos, feliz de poder estar al fin solos.

Katie echó la cabeza hacia atrás, riendo y contagiándolo con su risa. Wulf sabía que se estaba comportando como un adolescente enamorado, pero así era exactamente como se sentía. Al menos durante esa noche iban a poder olvidarse de los peligros, de las tensiones, del trabajo. Esa noche sólo existiría Katie.

Sabía que a ella le dolía no haber celebrado su unión con una recepción ni con una alegre comida familiar. Había tenido que anunciar su boda a sus padres como un hecho consumado, un anuncio que habían recibido con lágrimas y preocupación. Pero

Wulf estaba decidido a hacerle olvidar todas esas situaciones desagradables. Quería hacerla tan feliz que todo lo demás no fueran más que meros inconvenientes en una vida llena de amor.

Wulf la dejó en el suelo y corrieron juntos hacia el estanque, donde se quitaron la ropa y se tiraron, al mismo tiempo, al agua que el sol de todo el día se había encargado de calentar. Katie lo salpicó, riéndose como una traviesa ninfa de agua. Él se zambulló y la agarró por la cintura. El agua hacía brillar las *talgoritas* de sus *piercings*. Incapaz de contenerse por más tiempo, Wulf le besó la boca, sonriente, absorto en ella. Cuando Katie lo abrazó, no pudo controlarse y soltó un gruñido de lujuria. Ella le rodeó la cintura con las piernas y él echó las caderas hacia delante. Katie interrumpió el beso y le lamió la mandíbula, mientras le decía palabras calientes, eróticas. Por su tono y su modo de tocarlo, Wulf supo que quería llevar el control y fue incapaz de negárselo.

—Llévame a la orilla —susurró Katie con voz ronca.

Hizo lo que le pedía, moviéndose con agilidad, a grandes zancadas.

La depositó suavemente sobre unas mantas y luego se tumbó encima de ella, que se abrazó a él y se impulsó hasta darse la vuelta y quedar montada sobre su cintura. Descendió lentamente hasta llegar a sus caderas y sonrió.

Descendió lentamente hasta llegar a sus caderas y sonrió.

—Mi príncipe —ronroneó, acariciándole el pecho y pasando de un pezón a otro—. Me encanta tu cuerpo y el placer que me proporciona.

—Katie —replicó él entre gruñidos.

Tenerla así era una tortura constante, pero le encantaba. Quería que estuviera siempre pendiente de él, eternamente. Saber que disfrutaba con su cuerpo era tan importante para él como el placer que encontraba en el suyo.

Katie se inclinó hacia delante hasta que sus pezones rozaron el torso de Wulf. Meneó las caderas hasta que la punta de su miembro quedó encajada en la húmeda entrada de su sexo.

—¿Ves lo preparada que estoy para ti? —le susurró, con la boca pegada a la suya—. Lo húmeda que me pongo sólo con mirarte.

Separando los labios de su boca, Katie descendió, recibiendo su dolorido pene entre sus acogedores pliegues.

Wulf cerró los ojos, mientras un potente rugido de placer le recorría el pecho hasta llegar a su garganta, abrasándolo a su paso. Se estremeció. El amor que sentía por ella y sus recientes votos, hacían del momento una experiencia mucho más devastadora.

—Mírame. —Katie se levantó un poco, apartándose de él hasta que lo único que la mantenía unida al pene de Wulf era su sexo depilado—. Mira cómo te monto.

—Katie... —Mientras la observaba con los ojos entrecerrados por la pasión, abría y cerraba las manos, agitado—. Me estás matando.

Ella alzó las caderas y bajó la vista hacia el lugar donde sus cuerpos se unían. Él

la imitó, se apoyó en los codos y siguió la dirección de su mirada hasta encontrarse con su polla, que, brillante por los fluidos de ambos, se escapaba del cuerpo de Katie. Esta gimió su nombre antes de volverlo a acoger en su interior.

—Mmm..., me gusta tanto.

—Bruja.

El calor que sentía era tan intenso que se estaba volviendo loco. Él, que siempre había podido follar durante horas sin esfuerzo, estaba a punto de estallar tras unas pocas embestidas. Porque la amaba y no tenía defensas contra ella.

Y Katie lo sabía. Lo veía en sus ojos.

Wulf apretó los dientes y se agarró a las mantas. Ella lo cabalgó con gran talento y un ritmo desesperadamente lento, con la cabeza baja, observando cómo se empalaba en su miembro palpitante una y otra vez.

—Me encanta notarte en mi interior. —El tono maravillado de su voz hizo que su erección creciera todavía más—. Me encanta cómo me llenas por completo.

—Me hicieron para ti —logró decir él, con la frente y el pelo empapados en sudor. Katie empezó a moverse sobre él, enfebrecida por la pasión. Los muslos de ambos chocaban ruidosamente mientras ella lo montaba sin reprimirse—. Fui diseñado para ti.

—Eres mío. —Katie jadeó y le arañó el pecho.

—Sí. —Los músculos de Wulf se tensaron cuando el placer lo abrasó, rápido, dulce. Había sido suyo desde que la vio por primera vez en la cámara de curación.

Ella le habló con palabras sensuales y lujuriosas, encendiéndolo hasta que no pudo pensar en nada que no fuera la necesidad de correrse en su interior. Tenía los testículos apretados y doloridos, y los dedos empezaban a agarrotársele, agarrados a las mantas.

—Katie...

—Yo primero.

Bajó las manos desde el pecho de Wulf hasta el lugar donde se unían sus sexos y empezó a frotarse el clítoris al mismo ritmo que lo embestía con las caderas. La luz de las antorchas que los rodeaban se reflejaba en la *talgorita* de su anillo de boda. Cuando empezó a mostrar señales de que el placer se estaba adueñando de ella, Wulf tomó el control de la situación con un gruñido, tumbándola sobre las mantas y arremetiendo salvajemente en su interior, lo que hizo que su erección creciera todavía más, llenándola por completo hasta que gritó su nombre en la noche del desierto.

Cuando Katie se relajó, dócil, sin fuerzas, bajo su cuerpo, él aflojó el ritmo de las embestidas, disfrutando de las pequeñas pulsaciones que hacían vibrar su vagina satisfecha. Penetrando en ella lenta y profundamente, Wulf la calmó, al tiempo que se iba excitando cada vez más, hasta que no se vio capaz de seguir conteniéndose.

Katie le rozó la rodilla con la punta de los dedos.

—¿Wulf?

—Aún no estoy —masculló él, haciendo girar las caderas en cada embestida. Ella

estaba todavía más prieta después del orgasmo. Más caliente y mullida.

Arqueó la espalda, ofreciéndose como si fuera un regalo, y a Wulf se le encogió el corazón al verla.

—Soy tuyo. Todo tuyo. No lo olvides nunca.

A la luz de las antorchas artificiales, ella alzó los ojos, que brillaban como piedras preciosas.

—Me capturaste —susurró—. Me raptaste. Desnuda.

—Y lo volvería a hacer —replicó él, sin detener ni un instante su controlado asalto, atacando y retirándose con su rígido miembro, alcanzando lugares de su interior que la estaban excitando de nuevo.

—Me hiciste tu prisionera y te apoderaste de mi cuerpo. —Katie hizo un mohín—. Eres un príncipe malvado que me dio placer contra mi voluntad.

Wulf le dirigió una sonrisa lobuna. Embriagada de endorfinas, su consorte estaba juguetona. En su actual estado, ardiendo de lujuria y a punto de perder el control, estaba más que dispuesto a seguirle el juego, fingiendo ser un conquistador disfrutando de su botín.

—Tú te pavoneaste ante mí.

—Tú me provocaste para que lo hiciera.

—Y volveré a hacerlo, prisionera —gruñó él—. Antes de que haya acabado contigo, me rogarás ser la única que sacie mi apetito.

—¡Nunca! —exclamó Katie—. Nunca te rogaré, nunca me rendiré ante ti. Tendrás que apoderarte de mí por la fuerza.

Se cubrió con coqueta timidez, mientras lo provocaba con la mirada, lo que encendió aún más la sangre de Wulf. Aquella maravillosa mujer era fuerte y una experta luchadora, capaz de enfrentarse a él en un combate a muerte si quería. Saberlo lo excitaba mucho. Añadía un plus a su relación. Igual que le encantaba que usara el sexo para unirlos más a todos los niveles, no sólo el físico. Loco de lujuria y sintiéndose más posesivo que nunca, la penetró con más fuerza de la que quería usar.

Katie jadeó.

—Por favor —le rogó, clavando los talones en el suelo y apartándose de él.

Al notar que su pene era expulsado de su interior, Wulf contuvo el aliento.

—Katie. —Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para controlar el instinto primitivo de abalanzarse sobre su hembra y follarla hasta calmar el ardor de su pene—, ¿te he hecho daño?

Katie tenía los ojos clavados en su miembro rubicundo y enhiesto, brillante por los fluidos de su propio clímax. Estaba tan duro que las venas, palpitantes, se marcaban en relieve. Incluso para él era una visión impresionante y acabó de clavarse en ella sin miramientos.

En ese momento, Katie se puso a cuatro patas y se alejó de él. Su vulva rosada lo atraía de un modo irresistible. Lo miró por encima del hombro y le guiñó un ojo.

Era su manera de tranquilizarlo... pero también un desafío descarado para que



fuera tras ella.

Con un rugido, se lanzó en su persecución. Katie se escabulló y cuando Wulf la agarró por el tobillo, ella soltó un grito que habría resultado más convincente si no se hubiera estado partiendo de risa.

—Voy a tener que darte una clase de sumisión —la amenazó él con voz ronca, tirándole del tobillo—. Soy tu amo y tu única misión es tenerme satisfecho.

—Pero tú nunca lo estás.

Wulf se cernió sobre ella, le pegó el pecho a la espalda y le mordisqueó la oreja.

—Esfuézate más.

Con la mejilla pegada a la suya, la agarró por las caderas y modificó el ángulo, para volver a penetrarla, esta vez por detrás. Apoyó la punta del pene en la diminuta entrada de su sedosa vagina y tiró de sus caderas, haciéndole perder el equilibrio y llegando hasta lo más profundo de su interior.

El gemido de Katie flotó y se extendió en la noche, llevado por la brisa.

Wulf enderezó la espalda. Salió de ella y volvió a embestir, gruñendo de placer. En esa postura, Katie estaba inclinada en un ángulo que le permitía penetrarla muy profundamente, hasta donde su vagina se estrechaba y se convertía en un mullido puño que lo apretaba. Su polla estaba tan enamorada de esa parte de su cuerpo, que empezó a humedecerla con pequeños chorros de semen que no pudo contener.

—Por favor. —La voz de Katie le llegaba amortiguada; arrastraba las palabras por el placer que estaba sintiendo—. Ya basta.

—Eres mía —dijo él con voz ronca—. Tú misma lo has admitido. ¿Por qué no iba a hacer contigo lo que me apeteciera?

—Porque... vas a hacer que me corra.

Un gruñido animal le brotó del pecho.

—Puedes estar segura, joder.

No había nada mejor que sentir cómo se corría alrededor de su miembro, con los pequeños músculos de su interior estremeciéndose, temblando y comprimiéndolo con tanta fuerza que siempre pensaba que la cabeza le iba a estallar de placer.

Levantándole un poco más las caderas, Wulf se retiró de su interior deslizándose con parsimoniosa lentitud. Al llegar a la punta, se detuvo, ensanchando los labios del sexo de Katie con el hinchado glande. La anticipación era al mismo tiempo una tortura y el más sublime de los placeres.

Ella se estremecía de arriba abajo, suplicándole, sin aliento. Echó las manos hacia atrás, buscándolo, reclamándolo. Aunque era una mujer fuerte, Wulf la mantenía bajo control. La lujuria que le despertaba no disminuía el respeto que le provocaba. Admiraba su fuerza y habilidad además de su belleza. La amaba por completo, lo amaba todo de ella.

Conteniendo un gruñido, volvió a embestirla.

—Mmm... —Katie tenía la mejilla apoyada en la manta, los ojos cerrados y los puños apretados a lado y lado de los hombros.

Demasiado lejos.

Wulf le deslizó las manos por los costados y bajo los pechos. Ella meneó las nalgas contra sus ingles y protestó.

—No pares.

—Pero si acabas de pedirme que lo haga —se burló Wulf, atrayéndola hacia él y poniéndose de rodillas—. Me has rogado que no siguiera.

Ella gimoteó cuando la acomodó en su regazo, con las piernas muy abiertas a lado y lado de sus rodillas.

Wulfric le rodeó el cuello con una mano y llevó la otra al lugar donde se unían sus piernas. Con los dedos extendidos, le acarició el clítoris mientras la penetraba por detrás. Su cuerpo la cubría como una manta, protegiéndola del frío de la noche en el desierto.

Katie se imaginó el aspecto que debían de tener vistos desde fuera. El exuberante cuerpo de la cortesana, dominado por el enorme guerrero. La piel oscura de este sobre la de ella, mucho más clara. Las piernas de Katie abiertas, dejando a la vista su diminuto agujero, que se estremecía alrededor de su miembro hinchado, pesado, clavado hasta el fondo en su interior.

Echó la mano hacia atrás y lo sujetó por la nuca, enredando los dedos en su pelo. Volvió la cara y le buscó la boca. Él le dio el beso que quería, deslizando la lengua entre sus labios sin dejar de acariciarle el clítoris en ningún momento.

—Wulf —susurró ella en su boca, ondulándose contra su mano en busca de la fricción que necesitaba—. Apiádate de mí.

Él se echó hacia delante y la punta de su pene alcanzó una parte de su vagina que la hizo estremecer. Mientras él la acariciaba de la cabeza a los pies, Katie empezó a retorcerse de placer. El plan de Wulf era volverla loca de deseo, provocarle una necesidad tan abrasadora que sólo él fuera capaz de apagarla.

—No tendré piedad, Katie. —Su voz era un murmullo ronco por el titánico esfuerzo que estaba realizando para mantener a raya su propio orgasmo—. Lo quiero todo de ti. Absolutamente todo.

—Ya lo tienes. Siempre lo has tenido.

—¿Estás segura? —Wulf hizo girar las caderas, bañándose en los abundantes fluidos que recubrían su erección—. Demuéstramelo.

Ella gimoteó. Trataba de frotarse contra él, pero no podía apoyarse en nada. Wulf sabía lo que hacía al arrebatarse el control de la situación. Para Katie, el placer siempre había ido ligado a su trabajo, era algo que requería atención y concentración. Tras la primera noche que pasaron juntos, Wulf había decidido que, cuando estuviera con él, le arrebataría ese control. Sería él quien estuviera al mando. La llevaría más allá de la conciencia, hasta un mundo en el que sólo existieran las sensaciones. Y el sexo era su medio para alcanzar ese fin. Era el viaje, no el destino. Su conexión era el ojo de la tormenta a la que ambos se enfrentaban. Tenía que ser más fuerte que la sangre, más valiosa que el agua y penetrar más profundo que la piel.

—¿Sabes lo que siento cuando estoy así contigo? —le preguntó en un murmullo, con los labios pegados a su oreja—. ¿Sabes lo suave y apretada que estás? Estás ardiendo por dentro, Katie. Me quemas. Me destrozas. Cuando te vi desde la cámara de curación, frotándote contra el cristal, devorándome con la mirada, te imaginé así: hambrienta, vulnerable, mía. Sólo mía.

—Tu... tuya.

—Quise vivir por ti. Para poder darte lo que me estabas pidiendo. Para sentirte completamente pegada a mí, sin ningún cristal entre nosotros.

Jadeando, ella le ofreció los labios, hinchados por sus besos.

—Nada entre nosotros.

—Necesitaba sentir tus manos en mí para curarme.

—*Karisem*, amor mío.

—Katie...

Con la lengua en su boca, la polla en su sexo y sus dedos frotándola con maestría entre las piernas, Katie alcanzó un nuevo orgasmo y soltó un grito desgarrado. Temblando violentamente. Sollozando. Ordeñándolo con rítmicas contracciones. Wulf gruñó de satisfacción masculina y la abrazó con fuerza.

Sintió como si un relámpago le recorriera la columna vertebral y le apretara los testículos. El semen empezó a hervir en su interior hasta que salió despedido por su dolorosa erección, en un estallido que la inundó por dentro. Volvió la cabeza y le mordió en el hombro, gruñendo mientras el orgasmo se desataba en su cuerpo, naciendo de un lugar en lo más profundo de su ser. Un lugar creado por ella. Un lugar que ella había llenado hasta que se desbordó y lo ahogó.

Wulf se dejó caer sobre Katie, cubriéndola y embistiéndola con estocadas rápidas y poco profundas. Cuando las rodillas de ella no pudieron seguir aguantando su peso, cayó sobre las mantas, y él la siguió en su caída sin dejar de follarla. No podía detenerse. La necesidad de unirse a aquella mujer, de copular, de marcarla de un modo primitivo, era demasiado fuerte como para poder resistirse. Entrelazó los dedos de ambos y le estiró los brazos hacia delante para cubrirla por completo, de la punta de los dedos a la de los pies.

La arena empezó a ceder bajo el cuerpo de Katie, mientras él seguía follándola como un animal salvaje. Y ella le seguía el ritmo, corriéndose una y otra vez y gimiendo su nombre cada vez que se clavaba en su interior.

—Katie.

Cuando el orgasmo aflojó, Wulf notó que el anillo de ella se le clavaba en el dedo.

«Mía», se dijo.

—Mío —dijo ella, jadeando, como si le hubiera leído la mente—. Tú también eres mío.

Él le acarició la sien con la frente bañada en sudor.

—Tuyo —le juró—. Siempre.

Más allá del círculo dorado que proyectaban las antorchas, la oscuridad de la noche del desierto se tragaba el resto del mundo, creando un diminuto paraíso para los saciados amantes en la orilla del estanque.

Wulf dibujaba formas geométricas sobre la piel desnuda del muslo de Sapphire.

—¿En qué piensas? —preguntó él.

—Pienso que me alegro de que vinieras a buscarme, porque el sexo es increíble.

Se echó a reír cuando él gruñó y la aplastó con su cuerpo.

—¿Aceptaste unirte a mí por el sexo?

Parpadeando con expresión inocente, ella preguntó:

—¿No te parece una buena razón?

Wulf le dio un mordisquito en el labio inferior.

—Ojalá fuera tan sencillo. Entonces podría esperar que la llama que arde entre nosotros acabara extinguiéndose. Y que, con el paso del tiempo, las cosas se volvieran más tolerables.

—Prométeme que esa llama nunca se extinguirá.

—Ya te he hecho varias promesas y pienso cumplirlas todas, incluida esta última. Te quiero demasiado. Aunque te quisiera la mitad de lo que te quiero ahora, todavía sería demasiado.

Ella se apartó de la frente un rebelde mechón de pelo.

—Prometiste cuidar de mí.

Wulf alzó una ceja.

—¿Y no lo estoy haciendo?

—No me has dado de comer desde el mediodía —protestó, haciendo un mohín—, y encima me agotas con tu voraz asalto.

Una segunda ceja se unió a la primera.

—¿Mi voraz asalto? Si no recuerdo mal, has sido tú la que lo ha empezado.

Katie se dio unos golpecitos en la barbilla.

—No lo recuerdo.

Wulf se abalanzó sobre ella y le hizo cosquillas. No se detuvo ni siquiera cuando vio que empezaba a llorar de risa.

—¿Te acuerdas ahora?

—Wulf —le rogó jadeando—, para, por favor. Haré lo que sea.

Él se detuvo.

—¿Lo que sea?

Ella asintió, sabiendo que disfrutaría con cualquier cosa que se le ocurriera.

—No puedo resistirme a ese ofrecimiento. —Wulf la soltó, dirigiéndole una sonrisa traviesa.

Katie se puso de pie.

—Eres un marido horrible. Abusas de mí para conseguir lo que quieres.

Él se tumbó de espaldas sobre las mantas y cruzó las manos bajo la cabeza.

—Esposa, trae comida —le ordenó, con la voz más grave de lo normal. Al ver que ella ponía los brazos en jarras, se echó a reír y, guiñándole un ojo, añadió—: Por favor.

Para castigarlo por su arrogancia, Sapphire se alejó, meneando seductoramente las caderas desnudas mientras lo hacía. Remató la actuación dirigiéndole una mirada de fingida indignación por encima del hombro, antes de entrar en la tienda blanca.

Dentro encontró paquetes de comida envasada al vacío y una gran jarra de vino. Cuando volvió a salir, se dio cuenta de que ya no estaban solos.

Wulf cogió una de las mantas, se dirigió hacia ella y cubrió su cuerpo desnudo, sin preocuparse por su propia desnudez. Cuando se apartó, Sapphire reconoció a su visitante. Era un soldado al que había visto alguna vez en el palacio.

El joven oficial se inclinó ante ella.

—Disculpad la interrupción, alteza.

—¿Ha pasado algo, teniente? —preguntó Sapphire.

Wulf le pasó un brazo por los hombros.

—¿Recuerdas que te conté que había propuesto a Sari que firmásemos un acuerdo para estabilizar las relaciones entre los dos países?

Ella asintió.

—Claro que lo recuerdo.

—El teniente trae noticias de palacio. Esta noche ha llegado un emisario de Sari con un mensaje del rey. Al parecer, Gunther está dispuesto a reunirse conmigo. Pero tiene que ser mañana, y en el lugar que él indica.

—¿Es esa la manera habitual de celebrar ese tipo de reuniones?

—No. Se suele tardar meses en organizarlas. El rey lleva seis meses negándose a reunirse conmigo, pero ahora ha cambiado de idea y quiere verme inmediatamente.

Sapphire se volvió entre sus brazos para mirarlo a la cara.

—No me gusta. Algo no encaja. No quiero que vayas.

Él le acarició el cuello, trazando delicados círculos con el pulgar para tranquilizarla.

—Te prometí que haría lo que estuviera en mi mano para solucionar las cosas entre nuestros países. El rey es un hombre impulsivo y de carácter muy volátil. Ha estado a punto de ir a la guerra varias veces por asuntos que se podían solucionar fácilmente con una reunión. Si no fuera mañana, añadiría más combustible a una situación que ya está bastante caldeada.

—Pues entonces iré contigo.

—No. —Wulf entornó los ojos—. No quiero que te acerques a ese hombre.

—Wulfric, nuestra unión es legal. ¿Qué podría hacer?

—No quiero averiguarlo.

—O vamos los dos o no va ninguno.

A él se le escapó una sonrisilla.

—¿Conque esas tenemos?

—Sí.

Wulf se volvió hacia el teniente.

—Ya ha oído a la princesa consorte. Vuelva a palacio. Ocúpese de que preparen nuestros trajes de ceremonia y vuelva mañana por la mañana con todo lo necesario. Saldremos desde aquí hacia el lugar acordado. Sabine lo ayudará a prepararlo todo. Y envíe un batallón a las coordenadas que el rey ha dado. Que lo preparen todo antes de nuestra llegada.

El teniente hizo una reverencia.

—Me encargaré de todo, alteza.

—Excelente. Buenas noches, teniente.

—¿Nos quedamos aquí? —preguntó Sapphire cuando el teniente se hubo marchado.

La mirada de Wulf era cariñosa, pero al mismo tiempo estaba llena de seductoras promesas.

—No voy a permitir que el rey estropee nuestra luna de miel.

—Me alegro, porque estoy muerta de hambre.

—¿Tienes hambre de mí?

Ella levantó los paquetes de comida y la jarra.

—Primero me comeré esto. Luego a Wulf.

—Ya me advirtieron que no me casara —refunfuñó él en broma.

Sapphire se dirigió hacia las mantas, dejando caer la que la cubría por el camino. Al oír el silbido de admiración de su marido, lo miró por encima del hombro y sonrió.

—No sabes lo que te espera, cariño.

Llevándose los prismáticos a los ojos, Sapphire examinó las numerosas cúpulas azules que se alzaban a pocos kilómetros de distancia y a las tropas que se extendían detrás de los edificios. Se volvió lentamente, moviendo los prismáticos en un amplio semicírculo y estudiando el terreno, mientras buscaba los puntos fuertes y débiles. Sabía que la elección del escenario había sido cosa de su padre, ya que la ventaja estaba aplastantemente a favor del bando sariano.

Bajó los prismáticos y soltó el aire, tratando de relajarse. Era muy incómodo estar en su situación, apoyando a D'Ashier mientras su amado padre hacía preparativos para enfrentarse a su marido en caso de que la guerra fuera inevitable. Wulfric también estaba haciendo preparativos. Las cúpulas de camuflaje eran propias de su modo de enfrentarse a un conflicto bélico. Al dejarlo solo —minutos atrás—, su hermoso rostro estaba muy serio y la boca con la que le había dado tanto placer horas atrás estaba apretada en una mueca de preocupación.

—Esto no es fácil para ti, ¿no? —murmuró una voz profunda a su espalda.

Ella se tensó al oír aquella voz conocida, pero no precisamente bienvenida. Volviéndose hacia su cuñado, respondió:

—Por supuesto que no. —No soportaba estar cerca de Duncan, así que lo rodeó para alejarse de él.

—¡Por favor! —le pidió él—, espera.

Ella se detuvo y se volvió para mirarlo. Ambos llevaban puestos trajes *dammr* para protegerse de la fuerza del sol.

Las puntadas de hilo dorado de las solapas anunciaban su estatus como miembros de la familia real. Sapphire observó a Duncan con atención y se fijó en que, desde la última vez que lo había visto, había ganado musculatura. Y, aunque todavía era más bajo que Wulfric, aún estaba en edad de crecer. Se imaginó el hombre en el que se convertiría al cabo de unos años. Sería tan guapo como su hermano. Lástima que su belleza fuera sólo externa.

—¿Qué quieres, Duncan?

—Disculpame.

Sapphire volvió a alejarse.

—¡Maldita sea! ¿Quieres escucharme un momento?

Ella frunció los labios.

—¿Con quién te crees que estás hablando?

—Con nadie, porque no me escuchas. —Duncan se pasó la mano por el pelo y, en ese momento, le recordó a Wulf. Y esa breve imagen hizo que pensara en la importancia de tratar, al menos, de tolerarlo.

—Te lo ruego. —Su cuñado la miró fijamente—. Deja que te diga lo que te tengo que decir.

—Te escucho.

—Gracias.

Esta vez fue Duncan el que apartó la mirada y se volvió hacia el horizonte, igual que ella acababa de hacer, aunque desde esa distancia era imposible ver el campamento sariano sin ayuda de prismáticos.

—Siento mucho haberte tratado como lo hice, Katie, y las cosas que te dije. Todo era mentira. —Tras soltar el aire bruscamente, añadió—: Estaba celoso.

—¿Por qué?

—Tú eres hija única. No tienes ni idea de lo que es tener que estar a la altura de tus hermanos. Sólo eso ya es bastante duro. —La miró por encima del hombro y le dedicó una sonrisa sardónica—. Pero ¿a la altura de Wulfric? Es imposible. Siempre es el mejor en todo. No es que sea mejor que yo, es que es mejor que cualquier otro hombre. No hace nada si no puede hacerlo a la perfección.

Sapphire observó que los hombros del joven se iban hundiendo a medida que iba confesando sus secretos. No le extrañaba que estuviera desesperado. Tratar de competir con su hermano era una locura. Duncan tenía razón: cuando Wulf decidía hacer algo, tenía que hacerlo a la perfección.

Y aquel chico había intentado competir con él. Algo que probablemente su hermano ignoraba.

Duncan volvió la mirada hacia las inacabables dunas.

—Desde que Wulfric tenía mi edad, o tal vez menos, todo el mundo se dio cuenta de que había nacido para mandar. Nuestro padre es demasiado cabezota e impulsivo para ser un buen monarca. Por eso le cedió la responsabilidad a él tan temprano. Desde el día en que hizo el traspaso de poderes, D’Ashier ha sido siempre lo más importante para mi hermano. Ya no tuvo tiempo para nada ni para nadie más.

—No tuvo tiempo para ti.

El joven príncipe soltó una carcajada que no logró enmascarar su dolor.

—Wulfric es sólo diez años mayor que yo, pero siempre se ha portado conmigo más como un padre que como un hermano. Habría querido que me enseñara a tener más confianza en mí mismo, a ser mejor con la espada láser, a resultarles más atractivo a las mujeres... Joder, que me enseñara a ser como él. Pero cuando acababa la jornada, ya no le quedaban energías para mí. —Se cruzó de brazos—. Sin embargo, todo cambió cuando llegaste tú.

Hizo una pausa y le dio una patada a la arena.

—De repente —siguió diciendo luego—, ya sólo hablaba de ti. De tu aptitud para la estrategia, de tu inteligencia, de tus habilidades como guerrera... Estaba tan orgulloso de ti, joder. Mucho más de lo que lo había estado nunca de mí. Y cuando acababa la jornada, parecía tener más energía que por la mañana y estaba ansioso por llegar a tu lado, no al mío.

Duncan la miró por encima del hombro y guardó silencio.

—Te odié por haber logrado que se ocupara tanto de ti —prosiguió al cabo de un momento—. Luego, cuando lo forcé a elegir entre tú y yo y me envió al ejército,



también lo odié a él.

—Wulf te quiere —le aseguró Sapphire—. Ya lo sabes.

La historia del chico que adoraba a un hermano mayor que nunca tenía tiempo para él era conmovedora, pero eso no implicaba que su antipatía por él hubiera desaparecido.

—Ya lo sé, Katie. Y también lo sabía entonces, pero... —Duncan titubeó y tragó saliva antes de seguir abriéndole su corazón—. No sé. Yo sólo quería que cenara conmigo de vez en cuando, que viniera a buscarme como lo hacía contigo y que pasáramos horas hablando. Pagué mi frustración contigo y me arrepiento de haberlo hecho. Mi comportamiento fue imperdonable, pero te vuelvo a pedir que me perdones. Quiero a mi hermano, quiero que sea feliz y tú lo haces feliz.

—Me maltrataste, Duncan. Trataste de herirme de todas las maneras posibles. Trataste de destruirme. No es algo que pueda perdonar tan fácilmente.

—Lo sé —admitió él, mirándola con sus ojos de color verde oscuro—, pero si me dejas, trataré de reparar el daño que hice. Por Wulf, pero también por nosotros.

—¿Por qué? ¿Qué ha cambiado entre tú y yo?

—Ahora somos familia. Viviremos y trabajaremos codo con codo el resto de nuestras vidas.

Sapphire se frotó un punto entre las cejas, donde empezaba a notar dolor de cabeza. Aún le costaba asimilar que aquel arrogante muchacho ahora formaba parte de su familia. Pero era el hermano de su marido y Wulf lo quería.

Entre ellos seguía existiendo mucho resentimiento, pero sabía que a Wulf le dolía que sus relaciones con su familia no fueran buenas. Y si ella podía hacer algo para arreglar las cosas, lo haría.

—Volvamos a empezar —accedió—, pero el perdón tendrás que ganártelo. No es algo que se conceda a cambio de cuatro palabras bonitas.

—Me lo ganaré —le aseguró el chico.

Sapphire asintió.

—En ese caso, te daré una oportunidad.

—No vienes conmigo, Katie, y es mi última palabra.

Wulf contempló a su esposa alzar la barbilla con aquel gesto testarudo que tanto le gustaba y sonrió. Le iba a ser imposible domar a Katie. Y esa era una de las razones que hacían que la amara tanto.

—¿Te parece gracioso? —preguntó ella, dándole la espalda y apretando los puños—. No te parecerá tan divertido cuando duermas solo.

Efectivamente, a Wulf se le borró la sonrisa de la cara. Con esas cosas no se jugaba.

—No me provoques, Katie. Sabes que si te dejo aquí es por razones de peso.

—Y tal vez yo tenga razones de peso para dormir en mi propia tienda.

Wulf tiró de ella y la abrazó. Katie alzó la cara hacia él, mirándolo con sus preciosos ojos castaños. Tenía los labios entreabiertos, aquellos labios carnosos que le hacían cosas que lo esclavizaban. Al sujetarla, su idea había sido reñirla y darle una lección. Pretendía dejar claro de una vez por otras que allí era él quien mandaba y ella la que obedecía. Pero en vez de eso, la besó.

Y siguió besándola hasta que dejó de resistirse. Hasta que los músculos se le relajaron y su curvilíneo cuerpo se fundió con el suyo. La besó hasta que abrió los puños y le enredó los dedos en el pelo para evitar que la dejara. Hasta que su cuerpo empezó a protestar de deseo y no pudo pensar ni recordar sobre qué habían estado discutiendo. Y cuando lo hubo logrado, interrumpió el beso y le acarició la nariz con la suya.

—Necesito que te quedes aquí por si algo sale mal. Tú sabrás qué hacer para proteger el campamento y las tropas. Si sé que lo dejo todo en tus manos, iré a la reunión más tranquilo.

—Para eso ya tienes al general Petersen —refunfuñó ella, abriendo los ojos lentamente—. Pero me quedaré. Esto ha sido un golpe bajo, Wulf. Sabes que no puedo pensar ni enfadarme contigo cuando me besas así.

—Me quedo mucho más tranquilo.

Katie trató de apartarse, pero él se lo impidió, agarrándola con más fuerza.

—De todos modos, no entiendo por qué no puedo acompañarte —insistió ella, frunciendo el cejo.

—Porque no me fío de él. —Wulf le dio un lametón en el labio inferior.

—Pues no vayas.

—Tengo que ir. —Wulf le apartó el pelo de la cara—. Si su propuesta es seria y yo la rechazo, tal vez no volvamos a tener otra oportunidad de firmar un tratado en años. Este conflicto ya se ha alargado varias generaciones. Me gustaría evitárselo a mis hijos, si es posible.

Katie le apoyó una mano sobre el corazón. En su expresión, Wulf vio el amor y la preocupación que sentía por él. A pesar de la inquietud que le provocaba el inminente encuentro con el rey, sintió una gran paz al saber que al fin las cosas estaban bien entre ellos dos.

—¿Crees que el rey aún quiere recuperarme?

—Sí. Y no puedo arriesgarme a que sus sentimientos por ti impidan un posible acuerdo.

—¿Volverás esta noche?

Él le acarició los labios con los suyos, disfrutando de la sensación de tenerla entre sus brazos.

—Por supuesto. No pienso volver a pasar una noche lejos de ti. Las negociaciones no acabarán en un solo día, pero volveré para dormir contigo.

Ella pegó sus labios a los de Wulf y le pidió con sentimiento:

—Prométemelo.

Él la levantó del suelo y la besó.

—Te lo prometo.

Hacía horas que Wulf se había marchado. El sol empezaba a ocultarse y Sapphire recorría su tienda de arriba abajo, sin tocar la cena.

—Tienes que comer algo —le dijo Duncan, sentado frente a la mesita baja.

Ella le dirigió una mirada de advertencia.

—Te preocupas demasiado —insistió su cuñado, tratando de parecer despreocupado sin conseguirlo—. Wulf sabe lo que hace.

—No es él el que me preocupa —admitió ella, dejando de andar—. No puedo librarme de la sensación de que algo va mal y mi instinto nunca me falla.

—Yo también lo creo. El rey y Wulfric nunca se han entendido. ¿Por qué iban a entenderse ahora que Gunther sabe que te has unido a él? En todo caso, las cosas tienen que ser más tensas que antes.

—Odio estar aquí sin saber nada. Yo... —Sapphire guardó silencio y ladeó la cabeza—. ¿Oyes eso?

—¿El qué?

—¡Ese zumbido!

Salió de la tienda climatizada y recibió la bofetada de calor del desierto. El sonido aumentó de intensidad. Girando en redondo sobre sí misma, Sapphire trató de averiguar de qué dirección llegaba. El zumbido se intensificó al mismo ritmo que lo hacía su mal presentimiento. Cubriéndose los ojos con la mano para mirar en dirección al sol poniente, lo vio al fin. Una nube oscura se acercaba a ellos a una velocidad alarmante. De un salto, se puso en marcha.

Regresó a la tienda, pasó junto a un asombrado Duncan y golpeó con el puño el botón de alarma. El aullido de la sirena rasgó el silencio del atardecer en el desierto.

—¿Qué pasa? —gritó el joven, sacando la espada láser de la funda.

—¡Nos atacan!

Sapphire cogió la máscara de su traje *dammr* y se cubrió la boca y la nariz antes de salir otra vez para organizar la defensa. Mientras el general Petersen corría a su encuentro, ella sacó el arma de la funda.

La voz del oficial le llegó a través de los auriculares de la máscara.

—*Skipbåts*. Por el ruido diría que son más de cien.

—¿Su alteza...?

Petersen le apoyó una mano en el hombro.

—Los he oído llegar momentos antes de que dierais la alarma. Ya he enviado dos patrullas a buscar al príncipe Wulfric.

Ella asintió, pero el miedo que la atenazaba no disminuyó. Wulf estaba en la tienda levantada en territorio neutral, a mitad de camino entre ambos campamentos, pero si el rey de Sari estaba dispuesto a lanzar ese ataque sorpresa, ¿qué más estaría

dispuesto a hacer?

Sapphire no tuvo tiempo de hacerse muchas más preguntas, porque los ocupantes de las ágiles naves se echaron sobre ellos como si fueran una plaga de langostas, sin dejar de disparar con sus pistolas láser.

Se obligó a no escuchar los gritos de los heridos para concentrarse únicamente en salvar su vida y la de los hombres que luchaban a su lado. Algunos de los enemigos llevaban el uniforme del ejército sariano, pero muchos de ellos no lo llevaban, por lo que llegó a la conclusión de que habían contratado a una tropa de mercenarios.

No le resultaba fácil luchar sobre la arena del desierto, a pesar de que estaba entrenada para luchar en circunstancias parecidas. Para ser realmente eficaz necesitaba una moto, pero todas estaban ocupadas. Cuando un enemigo se acercó a velocidad moderada, aprovechó la oportunidad que le brindaba.

En el momento en que el hombre la atacó, se agachó y rodó sobre sí misma, y cuando la nave pasó sobre ella, Sapphire alargó la mano y cortó la conexión entre el motor y el acelerador. La súbita pérdida de velocidad hizo que el atacante saliera despedido por encima del manillar. Las tropas de D' Ashier lo capturaron al momento y ella pudo apoderarse de la nave.

Se montó en la moto, transfirió la señal del acelerador del pedal derecho al izquierdo, que era un freno de emergencia, dio gas con cautela para comprobar si su puente de emergencia había funcionado y sonrió al ver que la nave aceleraba. Agarrándose con fuerza al manillar, aceleró a fondo y la elevó por los aires.

Rodeó el campamento y volvió a acercarse desde el norte, inclinándose mucho sobre la moto para que a sus enemigos les costara más alcanzarla.

Estaba preparándose para atacar a un motorista que se acercaba, cuando otro vehículo la alcanzó por detrás, lanzándolas a ella y a la moto voladora al suelo, donde dieron vueltas con violencia. La fuerza del impacto le hizo soltar el manillar. Mientras rodaba duna abajo, perdió la espada y la máscara se le movió de sitio.

Cuando se detuvo, al fin, al fondo de la duna, soltó una maldición. Le dolía todo el cuerpo por la fuerza del impacto, pero la adrenalina amortiguaba el dolor. Se puso en pie de un salto y buscó su arma alrededor.

—Es un placer volver a verte, Sapphire.

Se tensó al oír la voz familiar. Mientras el hombre rubio se le acercaba, la mano se le fue instintivamente a la funda del arma, aunque sabía que estaba vacía.

—¿Sorprendida? —La sonrisa que el mercenario le dirigió no le iluminó los ojos—. Entre tú y yo hay cosas pendientes. Debías de saber que vendría a buscarte.

Sapphire quería encontrar el arma, pero sabía que sería un gran error apartar los ojos de él. Se arrancó la máscara del todo para responder:

—Así no. Aquí no.

—La muerte coge a todo el mundo por sorpresa.

Ella le sonrió, sin dejarse amedrentar.

—Bueno, Gordmere, no te quejes. Tú no tendrás ese problema.

—¿Ah, no? —El mercenario palmeó su espada láser.

—No. Porque te aviso de que estás a punto de morir —respondió Sapphire, lanzándose sobre él.

Wulf tamborileó con los dedos sobre la mesa, ridículamente larga, y miró al rey, sentado en el extremo opuesto. Todo le parecía absurdo, empezando por las dos entradas gemelas, a lado y lado de la tienda, como si no pudieran entrar los dos por la misma puerta. Estaba claro que el monarca estaba perdiendo el tiempo. Y Wulf tenía cosas más importantes que hacer.

Se levantó.

—Tal vez sería mejor que estudiaras mi propuesta en privado —le sugirió.

Gunther arqueó una ceja rubia.

—¿Tienes prisa, Wulfric?

—De hecho, sí.

—Pensaba que este tratado era importante para ti.

—Todos lo son —le aseguró Wulf—, pero no es necesario que esté aquí mientras lo lees.

—Tal vez tenga alguna pregunta que hacerte —señaló el rey con aspecto inocente.

—Pues escríbelas. Te las responderé por la mañana.

Wulf se volvió hacia la puerta y les indicó a sus guardias que lo siguieran.

—Tus modales siguen dejando mucho que desear —dijo Gunther, con los dientes apretados.

Wulf se echó a reír.

—Acabemos con esto para que podamos...

La puerta se abrió bruscamente y entró un gran contingente de soldados de D'Ashier. El oficial al mando, un capitán, saludó con una rápida reverencia antes de anunciar:

—Alteza, están atacando el campamento —le dijo a Wulfric, dirigiendo una mirada de odio al rey de Sari—. Algunos de los hombres llevan uniformes sarianos.

Wulf salió de la tienda a toda prisa y vio una columna de humo negro que se alzaba hacia el cielo a la altura del campamento.

«Katie».

—¿Dónde está la princesa consorte?

—Luchando con los soldados.

«No». El corazón de Wulf se detuvo unos instantes. Si le pasaba algo a Katie...

Se volvió hacia el rey, que palideció bajo su bronceado artificial.

—¡Hijo de puta! —gritó, subiendo sobre la mesa para abalanzarse sobre él—. Lo del tratado era una trampa.

Mientras corría sobre la mesa, Gunther se puso en pie y dio un paso atrás,

tambaleándose... y chocando contra el pecho de Grave Erikson, que acababa de entrar por la otra puerta.

—No deis un paso más, alteza —le advirtió a Gunther el general—, o me veré obligado a deteneros.

Wulf se detuvo en seco al ver la tensión en los rasgos del padre de Katie.

—Id a buscar a Katie —le pidió entonces Erikson, aferrando a su rey con todas sus fuerzas, lo cual era muy significativo—. Encontradla. Ponedla a salvo.

Wulf asintió. Sin dudarlo, se dio la vuelta y volvió a recorrer la larga mesa a toda velocidad hacia la puerta.

—¡Espera! —gritó Gunther a su espalda—. Si me la devuelves, firmaré todos los tratados que quieras.

Wulf no se detuvo ni un momento. Instantes después estaba sentado sobre su *skip*, cruzando el cielo, que se oscurecía rápidamente, en dirección a su esposa.

Sapphire se echó hacia la izquierda para esquivar el ataque de Gordmere. El sol se estaba ocultando tras las dunas, a su espalda. La principal fuente de luz provenía de la espada láser del mercenario, por lo que no veía lo suficiente como para buscar su arma en la arena.

Sólo tenía una ventaja, que era que podía verlo a él, mientras que a ella la protegía oscuridad.

—¿Por qué prolongar lo inevitable? —la provocó Gordmere en tono burlón.

Ella se guardó mucho de responderle. No tenía ninguna intención de revelar su posición. Si quería matarla, iba a tener que sudar.

Lo rodeó mientras se volvía a colocar la máscara en su lugar.

El mercenario giró sobre sí mismo despacio, usando la luz de la espada láser para localizarla. Cuando la vio, le dirigió una mirada de pura maldad. Avanzó hacia ella lanzando descontroladas estocadas.

Saltando y esquivando los golpes, Sapphire logró mantenerse de una pieza hasta que tropezó con un desnivel del terreno y cayó.

Dando vueltas sobre sí misma para permanecer en movimiento, luchó contra el abrazo de las arenas inestables. Mientras Gordmere usaba su elegante arma para tacaarla, Sapphire luchó contra el pánico que le provocaba sentir el calor del sable de luz, ya que eso significaba que estaba muy cerca. Aprovechando la cercanía, dio una patada con todas sus fuerzas y se sintió exultante al notar que conectaba con su enemigo.

—¡Zorra!

—¡Cabrón!

Sapphire le dio otra patada con los tacones de las botas, que lo alcanzó directamente en la espinilla. Oyó el sonido sordo que hizo su cuerpo al caer sobre la arena un instante antes de que la oscuridad fuera completa. Gordmere había perdido el arma y el láser se había apagado al no estar en contacto con la palma de su mano.

Al menos de momento, estaban en igualdad de condiciones.

Ambos se lanzaron en la dirección donde suponían que había ido a parar el arma. El mercenario aterrizó casi encima de ella y le hundió la cara en la arena. Sapphire se revolvió violentamente, respirando con dificultad a través de la máscara.

Pero Gordmere era demasiado fuerte, demasiado pesado y se notaba que era un asesino profesional.

Notó que cambiaba de postura y poco después sintió que le clavaba la rodilla en la espalda. Respiró entre dientes, buscando el arma desesperadamente entre la arena.

Y la encontró.

Con las últimas fuerzas que le quedaban, alargó el brazo y la agarró. El rayo láser se activó con el contacto, convirtiendo la arena en vidrio y sorprendiendo a Gordmere, que se apartó de un brinco, liberándola.

Sapphire dio varias vueltas, sosteniendo la espalda en alto, por encima de la cabeza. El hombre gritó cuando ella lo alcanzó, hiriéndolo. Pero de una patada le quitó el arma, que salió despedida al otro lado del terraplén, fuera de su alcance. Sapphire se alejó arrastrándose hacia atrás, pero el mercenario la alcanzó, agarrándola del tobillo y tirando de ella.

Se defendió dándole patadas con la pierna que le quedaba libre y, aunque lo alcanzó varias veces en la cabeza y en los hombros, él no la soltó y consiguió tumbarse sobre ella.

Sapphire no paró de retorcerse ni un momento para liberarse, aunque cada vez estaba más cansada. Si Gordmere lograba aplastarla por completo, no sobreviviría. Su cabeza chocó contra algo duro, tal vez una piedra o un saliente rocoso. Él la sujetó con fuerza contra el suelo, mientras ella llevaba las manos hacia el objeto, por si podía usarlo para defenderse. Si lograba golpearlo en la sien, tal vez pudiera hacerle perder el conocimiento. O matarlo.

Cuando rodeó el objeto con los dedos, se sorprendió al notar de qué se trataba.

Era su espada. O tal vez fuera la del mercenario y la suya fuera la que había salido volando más allá del terraplén.

Fuera como fuese, iba a salvarle la vida. Se arrancó la máscara.

—Quisiera haberte interrogado antes —dijo, agarrando el puño de la espada.

Gordmere, sentado a horcajadas sobre ella, se echó a reír.

—Por desgracia —añadió Sapphire, encendiendo el láser— voy a tener que matarte sin más.

A la blanca luz del láser, vio el miedo en los ojos del mercenario un instante antes de que su cabeza desapareciera de su vista, separada del cuerpo.

El torso permaneció unos instantes en equilibrio, sobre ella. El olor de la carne quemada de la herida cauterizada por el láser le provocó arcadas. Con las dos manos, empujó el cuerpo, que cayó rodando por el terraplén.

Sapphire permaneció tumbada en el suelo, respirando y llorando. El miedo se resistía a abandonarla.

—¡Señora!

En la oscuridad del desierto, Clarke era totalmente invisible, pero habría reconocido su voz grave en cualquier parte.

Con esfuerzo, Sapphire se sentó en la arena.

—¡Capitán, estoy aquí!

—¿Estáis bien? ¿No os han herido? —Al llegar a lo alto de la duna, su voz sonó con más fuerza—. He visto la luz de una espada.

—Estoy bien. Gordmere está muerto.

—Dadme la mano.

Sapphire alargó la mano, a ciegas, y lo encontró. El capitán la ayudó a levantarse y tiró de ella en dirección al débil resplandor de las llamas que brillaban al otro lado de la duna.



—Hemos de volver al campamento inmediatamente. El príncipe Wulfric se está volviendo loco buscándoos.

Al oír eso, Sapphire echó a correr y subió tan deprisa como pudo la duna que los separaba del campamento. La luz anaranjada de las hogueras iluminaba un escenario de pesadilla y destrucción: todas las tiendas estaban ardiendo, igual que buena parte de los *skipbåts* que se habían estrellado en la batalla y que soltaban un humo espeso. Había cuerpos tumbados a lo largo del valle. El silencio de la noche era roto por los gritos desgarradores de los heridos.

Aquello era la guerra. Sapphire nunca la había vivido tan de cerca. Nunca lo olvidaría.

Al mirar a los que luchaban, vio dos sables láser que dibujaban una gran línea a lo largo del campamento. Los mortíferos rayos se movían con evidente impaciencia y los brazos que los sujetaban —aunque lo hacían con precisión y usando la mínima energía necesaria— delataban el pánico de los que los sostenían.

«Wulf».

Bajó trastabillando por la empinada duna, con el corazón en un puño. Luchó contra el mismo miedo y la misma inquietud que sabía que él tenía que estar sintiendo. Le arrebató una espada láser a uno de los muertos con los que se cruzó y la encendió sin aflojar el paso. Regresó a la batalla con frenesí, furiosa por aquella traición que había costado vidas innecesariamente.

Sapphire siguió luchando mientras avanzaba en dirección a Wulf, llamándolo a gritos todo el rato, aunque el ruido de la batalla era ensordecedor y ni siquiera ella oía sus propios alaridos. Estaba cerca, a escasos metros, cuando Wulf se volvió y la vio.

Estaba pálido bajo su piel bronceada y arrugas de tensión y preocupación rodeaban sus ojos y su boca. Se dirigió a ella a grandes zancadas, con la capa ceremonial flotando al viento, a su espalda. No dejó de mirarla a los ojos en ningún momento, a pesar del humo, que lo hacía llorar. Sapphire siguió luchando en su dirección, aunque cada vez había menos atacantes entre ellos. Los mercenarios estaban huyendo y los soldados de Sari que quedaban eran capturados por las tropas de D’Ashier.

A medida que iban acercándose, vio la furia y la sed de sangre en la mirada de Wulf. Su expresión reflejaba un enorme sufrimiento. Sapphire corrió hacia él y saltó sobre un enemigo que yacía en el suelo, al ver que Wulf se dejaba caer de rodillas.

—¡Wulf!

Él desconectó el láser de su espada un instante antes de que ella se le echara encima. La abrazó, aplastándola contra su pecho. A Sapphire le zumbaban los oídos. Entre eso y que ocultó la cara en su pecho, tardó unos instantes en darse cuenta de que estaban en la plataforma de teletransporte del palacio de D’Ashier.

Wulf alargó los brazos y la sacudió hasta que le entrechocaron los dientes.

—¿Qué demonios estabas haciendo ahí fuera?

Ella parpadeó, aturdida por lo que acababa de vivir. Wulf volvió a aplastarla

contra su pecho en un abrazo y Sapphire se lo devolvió con la misma intensidad.

—Joder —susurró él, con voz temblorosa, mientras le examinaba el cuerpo en busca de posibles heridas—. ¿Por qué no has vuelto aquí? Cuando no te he visto, pensaba que... —Tragó saliva con dificultad—. Casi me vuelvo loco.

—Gordmere bloqueó el anillo —respondió ella, con la voz ronca de tanto gritar.

—¡Me estaba volviendo loco buscándote por todas partes! —insistió él.

—Estaba al otro lado de las dunas. Gordmere está muerto. —Sapphire alzó la cara y lo miró. Wulf seguía estando muy pálido—. No me puedo creer que haya organizado todo esto. Él...

—Ha sido Gunther.

—¿Qué? No se atrevería a iniciar una guerra sólo por...

—Se ha atrevido. Lo ha hecho. Sabía que estabas conmigo. —Wulf soltó el aire con fuerza—. Pero mientras estés a salvo, puedo soportar todo lo demás.

Ella le acarició la mejilla. Al ver que su mano dejaba un rastro de sangre a su paso, Sapphire gritó alarmada. Se apartó de él y le buscó las heridas.

Le arrancó el broche que le mantenía la capa cerrada y vio un profundo corte en el costado derecho.

—Oh, no. Dios mío, no.

—No es nada.

Wulf trató de abrazarla de nuevo y la poca fuerza que tuvo que hacer Sapphire para impedirselo le indicó que estaba mintiendo.

Con un nudo en la garganta, le dijo:

—Necesitas ir a la cámara de curación, mi amor.

Él asintió, agotado.

—Tenías que haber vuelto en cuanto te hirieron —lo reprendió ella, aunque le temblaba tanto la voz que sabía que sonaba más asustada que enfadada. Estaba aterrorizada.

—No podía marcharme sin ti.

Sapphire le presionó la herida con las manos.

—Y yo no puedo vivir sin ti.

El rojo intenso de la capa había disimulado la cantidad de sangre que Wulf había perdido, pero ahora saltaba a la vista que estaba sangrando copiosamente. Tenía el lado derecho del traje *dammr* empapado desde el costado hasta la rodilla y la mancha no cesaba de extenderse.

Sapphire les hizo un gesto a los guardias que rodeaban la estancia, que se acercaron a socorrer a su príncipe.

—Necesita atención médica. Rápido.

Los soldados lo llevaron hacia la puerta.

—Ven conmigo, Katie —le pidió Wulf, arrastrando las palabras.

—Nadie podría impedirlo.

Bañada en sudor frío, entró con él en la sala de curación. Una vez dentro de la

cámara, no se quedó tranquila hasta que hubo comprobado que las constantes vitales se le estabilizaban. Más relajada, apoyó la frente en la puerta de cristal, con la cabeza dándole vueltas, de alivio. Respiró hondo varias veces y notó que, al fin, el corazón empezaba a latirle más despacio.

Al notar unos golpecitos en el cristal, alzó la cara, llorosa. Sus ojos se encontraron. Él la estaba mirando, posesivo; Sapphire llena de amor. Wulf apoyó la mano abierta contra el cristal y ella levantó la suya y la apoyó al otro lado.

El momento fue muy parecido al de su primer encuentro. El instante en que se habían enamorado. Y por la ternura con que Wulf la estaba mirando, él también lo recordaba.

Sapphire acercó los labios al cristal y le dio un suave beso. Luego, llevándose la mano al corazón, dijo:

—Te quiero.

La emoción que vio en los ojos de Wulf en ese momento le hizo sentir una punzada en el corazón. Lo amaba tanto que le costaba respirar.

Aquella iba a ser la última vez que permitiría que pasara algo así. La última vez que estaba a punto de perderlo. Estaba harta.

Y sabía adónde tenía que ir para acabar con todo aquello.

Retrocedió y Wulf, que la conocía muy bien, al adivinar lo que se proponía, negó frenéticamente con la cabeza, con el pelo ondeando alrededor por la presión del aire. Sapphire le miró el costado. La herida se iba curando lentamente. No quedaba mucho para que saliera de la cámara y fuera a buscarla. Consciente de que iba contra reloj, le lanzó un beso y salió corriendo de la habitación.

Mientras se dirigía a toda prisa a la plataforma de teletransporte, los tacones planos de sus botas marcaban un ritmo rápido sobre el suelo de mármol. Pasó junto a los guardias, que se inclinaron al verla, y se dirigió directamente al teclado para marcar las coordenadas y su número de identificación personal.

Luego se colocó sobre la plataforma, aguardó a que pasaran los quince segundos de plazo que había programado y se encontró en el despacho de su padre, en el palacio de Sari.

El sistema Guardián del lugar aún aceptaba su código.

La última vez que había viajado allí había sido para una breve visita a su madre. Esta vez, el motivo de su presencia no era tan inocuo.

De hecho, sus intenciones eran asesinas.

Conteniendo la furia con gran esfuerzo, Grave observaba cómo su rey recorría la inmensa sala del trono de punta a punta una y otra vez. Esa noche habían muerto hombres buenos por culpa de la insensatez de ese loco.

—¡No me puedo creer que le dijera a Wulfric dónde estaba Sapphire! —gritó Gunther.

—¡Y yo no puedo creer que iniciarais una guerra por ella! ¿Acaso no os dais cuenta de lo que habéis hecho? ¿No os dais cuenta de las vidas que se perderán?

El rey se volvió bruscamente, con la cara deformada por la furia.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que estaban juntos y no me dijo nada!

—¿Cómo iba a saber que haríais algo tan jodidamente estúpido? —estalló Grave, hirviendo de frustración.

Otra guerra. Sólo con pensarlo sentía náuseas.

—General, creo que se ha olvidado de que está hablando con su rey.

—No, nunca lo olvido, pero igualmente digo lo que pienso. Sólo soy útil para Sari si me dedico en cuerpo y alma a su seguridad. Sin mentiras ni reservas.

El monarca se pasó una mano por sus rizos rubios y suspiró pesadamente.

—¿Por qué no me lo dijo, Grave? Durante todo este tiempo, sabía que estaba con él, ¿no?

—Al principio no, pero luego me enteré. Habíais rescindido su contrato, majestad. Vuestro derecho a saber cosas de mi hija había terminado por vuestra propia voluntad.

El rey gruñó.

—Está enfadada conmigo y dolida porque rescindí el contrato sin despedirme de ella. La última vez que la vi, discutimos. Sé que, si pudiéramos hablar, arreglaríamos las cosas.

Grave casi se atragantó aguantándose la risa.

—No parecéis comprender la gravedad de la situación, majestad. Las cosas entre los dos acabaron ese día. Para siempre. Mi hija está enamorada y...

—¡No puede estar enamorada! —bramó Gunther—. ¡No es posible! Ha estado años a mi lado. En cambio, a ese hombre sólo hace semanas que lo conoce.

—Meses.

Ambos se volvieron al oír la voz de Katie.

—Pero sólo tardé un instante en enamorarme de él.

Sapphire entró en el salón del trono detrás de la reina de Sari y le dirigió una sonrisa a su padre para tranquilizarlo. Llevaba la espada láser en la mano, aunque apagada. La parte delantera de su traje *dammr* estaba cubierta de sangre, igual que sus manos. Vio que los ojos de su padre se llenaban de preocupación y negó con la cabeza, diciéndole que no se preocupara.

—Katie —preguntó el general, inquieto—, ¿qué demonios estás haciendo?

Ella alzó la barbilla.

—Acabar con esto de una vez por todas, papá. Ahora —añadió, mirando a Gunther con los ojos entornados.

Este dio un cauteloso paso atrás.

—El príncipe heredero de D’Ashier ha resultado gravemente herido esta noche —prosiguió Sapphire en tono bajo pero amenazador—. No volverá a ocurrir. Al menos, no por una orden vuestra, majestad.

Empujó levemente a la reina para que avanzara.

—Contadle lo que hicisteis.

La reina tropezó y, tras recuperar el equilibrio, le echó una mirada incrédula por encima del hombro. Se apartó el pelo rubio platino de la cara antes de exclamar:

—¡Yo no obedezco órdenes de una *mätress*!

—Podéis llamarme alteza —replicó Sapphire, sonriendo sin humor—. Aunque, pensándolo mejor, ya que fuisteis quien me presentó a mi marido, os doy permiso para que me llaméis princesa consorte Katie.

El rey se atragantó. Miró alternativamente a la reina y al general, y acabó fijando la vista en Sapphire.

—¿De qué estás hablando?

El padre de Katie asintió muy serio.

—Está diciendo la verdad, majestad. Tanto sobre su unión con el príncipe como sobre la implicación de la reina.

El rey se volvió hacia su esposa con la cara congestionada por la rabia.

—¿Qué has hecho?

El general se interpuso rápidamente entre los dos.

La reina echó los hombros hacia atrás, adoptando una postura de gélida altivez.

—¿Pensabas que me quedaría de brazos cruzados, siendo para siempre una mártir?

—¿De qué demonios estás hablando? —El rey se abalanzó sobre ella.

Grave se interpuso de nuevo en su camino y sujetó al monarca, impidiendo que atacara a su esposa.

La actitud gélida de la reina aumentó, haciendo que la temperatura de la sala descendiera varios grados.

—Eres un idiota, Gunther. —Cuando el rey abrió la boca para protestar, ella lo calló, levantando una mano con autoridad regia—. Escúchame por una vez en tu vida. Tuve muchos pretendientes, algunos de ellos eran reyes de países más grandes y poderosos que Sari. Tal vez no sea lo bastante buena a tus ojos, pero te aseguro que hay muchos hombres que me encuentran hermosa y deseable. Podría haber sido muy amada. Y en vez de eso me casé contigo porque te quería a ti. —Lo examinó de la cabeza a los pies con sus ojos azules, que brillaban exaltados—. Sigues siendo el hombre más guapo que he visto nunca. La idea de compartir tu cama y tu vida me hacía tan feliz que no veía el momento de convertirme en tu esposa.

El rey se quedó muy quieto, mirándola como si no la conociera. Ella se echó a reír, pero el sonido de su risa era frío y muy amargo.

—Menuda sorpresa, ¿no?

—Pensaba que me odiabas —respondió él, apartando la vista—. Durante la noche de bodas te mostraste fría y rígida, y después te echaste a llorar. ¿Para qué íbamos a repetir una experiencia tan negativa?

—¡Era virgen, por el amor de Dios! —exclamó la reina, abriendo y cerrando los

puños, como si quisiera darle un puñetazo—. ¡Y tú pretendías que te diera placer como si fuera una concubina! ¡Soy la reina y soy tu esposa! Deberías haber tenido más cuidado conmigo. En mi país, la virginidad es un bien muypreciado, pero tú lo detestaste.

Gunther se ruborizó y miró a Sapphire, buscando su complicidad. Ella se cruzó de brazos y no dijo ni hizo nada.

—¡No la mires! —El hermoso rostro de la reina se contrajo en una mueca de odio y celos. Volviéndose hacia Sapphire, le dijo entre dientes—: Pensaba que el príncipe de D’Ashier te mataría. Estaba segura de ello. ¿Cómo iba a resistirse a la tentación de acabar con la amante de su enemigo y la hija de Erikson? Pero en vez de eso, ¡el muy idiota va y se casa contigo!

—Vuestras palabras me ofenden, majestad —dijo una voz profunda desde la puerta.

Sapphire se volvió hacia Wulf.

—No deberías haber venido. Es demasiado peligroso.

Los ojos verdes de él no se apartaron de ella mientras recorría los metros que los separaban.

—Tú y yo vamos a tener una larga conversación sobre lo que significa obedecer órdenes.

—¿Cómo ha entrado aquí? —bramó el rey.

Wulf se rio entre dientes.

—Como si algo fuera a apartarme de mi mujer.

—¡Guardián! —gritó Gunther.

—Puedo matarte en segundos —replicó Wulf con una calma amenazadora— y marcharme de aquí sin un rasguño. Tú eliges, pero yo que tú le diría al Guardián que no avisara a nadie.

La reina miró a su marido con despecho.

—Reconozco que las cosas no han salido tal como las planeé, pero al menos ella ya está fuera de tu alcance.

—¿Habrías dejado que la mataran, Brenna? —preguntó el rey, muy sorprendido.

—No tienes ni idea de las cosas que he hecho para llamar tu atención.

Wulf se detuvo junto a Sapphire y la abrazó por la cintura. Ella notó que estaba listo para el combate, a pesar de su actitud despreocupada.

—¿Podríais explicarnos cómo es que acabé siendo propiedad de mi esposa? —le preguntó Wulf a la reina.

Esta le dirigió una sonrisa crispada.

—Habéis llegado tarde a la conversación, príncipe Wulfric.

—Hacedme un breve resumen, para ponerme al día.

La reina subió al estrado y se sentó con elegancia en su trono.

—Cuando me di cuenta de que mi marido no tenía intención de volver a compartir mi cama, decidí tomar medidas drásticas. Las patrullas acababan de

anunciar que había habido un conflicto en la frontera y envié a algunos de mis hombres a investigar.

—Sin consultarlo conmigo —murmuró el general.

—Sabía que no estaba enterado todavía. Pensé que, si me ocupaba del asunto personalmente, Gunther estaría orgulloso de mí. La patrulla capturó a Tarin Gordmere y...

—¡No me contaste nada de esto! —exclamó el rey, que, libre ya del agarre del general, había vuelto a recorrer la sala de lado a lado con los puños apretados.

Brenna se encogió de hombros.

—Iba a hacerlo. Pensaba que te alegraría enterarte de que habíamos capturado al cazador de recompensas, sobre todo después de saber que su grupo había capturado al príncipe Wulfric y que me lo ofrecían a cambio de liberar a Gordmere. Tú habías aceptado rescindir el contrato de ella y yo era feliz pensando que íbamos a tener la oportunidad de empezar de nuevo. Pero cuando vi lo disgustado que estabas, me di cuenta de que la amabas.

La reina se echó hacia atrás en el trono y apoyó los brazos en los reposabrazos con delicadeza antes de proseguir.

—Hasta ese momento, creía que, si lograba atraerte hasta mi cama, las cosas se arreglarían entre nosotros. Pero tu amor por la *mätress* lo hizo imposible. —La reina sonrió, pero era una sonrisa amenazadora—. La solución se presentó con la aparición del príncipe Wulfric. Él se ocuparía de librarme de ella y cargaría con todas las culpas. Y luego, yo, por supuesto, te consolaría de su pérdida.

—¡Eres una zorra despiadada y manipuladora! —exclamó el rey con desprecio.

—Oh, yo diría que fue una jugada brillante, teniendo en cuenta la información de que disponía —opinó Wulf—. Además, no puedo enfadarme con ella, teniendo en cuenta que gracias a su plan conocí a mi esposa.

El rey se detuvo en seco y los ropajes se le enredaron en las piernas.

—¿Lo amas de verdad? —le preguntó a Sapphire.

—Sí. Mucho.

Él hizo una mueca.

—¿Por qué?

—¿Cómo explicar cómo pasan esas cosas, majestad? Simplemente tenía que pasar.

—Pensé que estabas resentida conmigo porque había rescindido el contrato. Pensé que podríamos arreglar las cosas y volver a estar juntos. Te quiero. Nunca se me ocurrió que tú no correspondieras a mis sentimientos.

—Hubo un tiempo en que deseé amaros, majestad —admitió Sapphire—, pero vos sólo veáis lo que queráis ver, y lo que no os gustaba, lo ignorabais. —Se apoyó en Wulfric, exhausta—. Esperaba que nuestra ruptura fuera amistosa. Pero ahora miles de personas pagarán las consecuencias.

—No hay nada que no pueda arreglarse con...

—¿Nada? —exclamó ella, con las fuerzas que le daba la indignación—. Esta noche han muerto inocentes y he estado a punto de perder a mi marido.

—Yo no planeé el ataque. —El rey se volvió y se sentó en el trono junto a la reina—. Le confié los detalles a Gordmere.

Brenna contuvo el aliento.

—¿Tarin Gordmere?

—Sí, lo contraté para que encontrara a Sapphire.

—Me encontró —replicó ella, muy seria—. Ha estado a punto de matarme.

El horror de la cara del rey no era fingido.

—¡No era mi intención! Le ordené a Gordmere que te trajera a mi presencia, sana y salva. Le dije también que se diera prisa, porque sabía que el príncipe Wulfric te había capturado. Pensaba que te parecería romántico que me tomara tantas molestias por recuperarte. No supe nada del ataque al campamento de D’Ashier hasta que sucedió.

—¡Mentís! —lo acusó Sapphire—. ¡La reunión fue idea vuestra!

—Pensaba que así Gordmere podría encontrarte sin problemas —protestó el rey—. Sólo pretendía distraer al príncipe Wulfric, nada más. Yo nunca te haría daño, ya lo sabes.

—Si no quieres hacerle daño a mi esposa, déjala en paz —refunfuñó Wulf—. Olvida que existe.

Gunther tamborileó con los dedos sobre el reposabrazos del trono.

—Como si fuera tan fácil, como si no me estuviera desgarrando el pecho y arrancándome el corazón. Imagínate que la tienes en tu cama durante cinco años y luego te exijo que me la devuelvas. ¿Cómo te sentirías? ¿Qué harías?

Wulf inspiró hondo, miró primero a Sapphire y luego a su alrededor. Finalmente, mirando al rey, dijo:

—Nos vamos.

Cogió a Katie por el codo.

—¿Tienes ya las respuestas que has venido a buscar? —le preguntó a ella.

—No me voy a ir de aquí hasta que esté todo aclarado. —Sapphire se volvió hacia el rey—. ¿Qué le pasará a mi padre?

—No te preocupes por mí —respondió el general.

—No corre peligro —replicó el rey, aunque el tono en que lo dijo no la tranquilizó.

Grave se cruzó de brazos.

—No pienso llevar a mis hombres a la guerra por este asunto.

—No habrá guerra —dijo Gunther—. Hay maneras de trampear la situación. —Miró a Wulf—. Tendremos que ocultarles lo sucedido a nuestros respectivos pueblos. Y las familias de los caídos no pueden enterarse o exigirían venganza.

—Pero los supervivientes lo saben —les hizo notar Grave—. No entenderán por qué les pedimos que lo oculten. Habrá rumores. No los podremos contener del todo.



Gunther hizo un gesto con la mano.

—No nos queda más remedio.

—Odio mentirles a mis hombres —Grave no ocultó su enfado—. No se lo merecen.

Wulf se volvió hacia el general. Ninguno de los dos dijo nada, pero Sapphire sintió que se entendían. Más tarde le preguntaría a Wulf de qué iba aquello.

Tras unos instantes de silencio, su padre asintió. Se acercó a Sapphire y la abrazó con fuerza.

—Ven con nosotros —susurró ella.

—No puedo. —Grave la besó en la frente—. Si no me quedo, no te dejarán marchar. Soy su garantía para evitar ataques.

—¿Qué harás aquí?

—Lo que tenga que hacer.

Sapphire se puso de puntillas y lo besó en la mejilla.

—Mamá y tú aquí no estáis a salvo.

—Estaremos bien. No puedo decirte más. —La estrechó entre sus brazos—. Pero que sepas que nada se interpondrá entre nosotros, Katie. Nunca.

Sapphire notó que su padre se tensaba y que soltaba el aire entre los dientes. Alarmada, se apartó.

Wulf tenía la mano apoyada en el hombro de Grave.

—Lo siento, general —murmuró, ladeando la mano para que Sapphire viera la jeringuilla que ocultaba—, ese pinchazo ha sido mi anillo. Resultó dañado en la batalla y ahora tiene un canto puntiagudo.

«Un *nanotach*, el chip de localización». A Sapphire le tembló el labio inferior mientras miraba a su marido. En ese momento lo amaba más que nunca.

—Cuidaré de ella —le prometió Wulf a su padre.

—Más os vale.

Sapphire le dio la mano a Wulfric y tiró de él en dirección a la puerta, caminando de espaldas lentamente, con la espada láser en la mano, preparada para cualquier imprevisto.

—Ha sido un placer, pero tenemos que irnos.

La reina le dirigió una sonrisa maliciosa.

—Hasta la próxima.

Wulf estaba junto a los ventanales de su habitación, contemplando las brillantes luces de la ciudad que se extendía a sus pies. En ese momento todo estaba tranquilo y apacible, pero sabía que era pasajero. El día siguiente volvería a estar lleno de trabajo por hacer, de alianzas que cerrar.

Notó el roce suave de unos brazos instantes antes de que unos pechos voluptuosos se apretaran contra su espalda. Cubrió los brazos de Katie con los suyos y suspiró feliz, mientras su miembro se endurecía sólo con el roce y el aroma de su piel.

Notó el cálido aliento de ella en su piel antes de que hablara.

—Todavía hemos de capturar a la persona que contrató a Gordmere para que te secuestrara. No podré descansar del todo hasta que sepa quién es y lo que quería de ti.

—Pues tampoco podemos bajar la guardia contigo —replicó Wulf—. El rey de Sari es como un niño mimado y yo le he robado su juguete favorito. Es de los que prefieren romper el juguete antes que permitir que otro lo disfrute.

Volviéndose entre sus brazos, Wulf bajó la vista hacia los brillantes ojos oscuros de Katie. Su espalda bloqueaba la luz de la ciudad y dejaba sus amados rasgos en sombras, pero la falta de iluminación no importaba. Tenía su rostro grabado en la memoria.

—Y mientras el rey siga deseándote —siguió diciendo Wulf—, el odio de la reina no desaparecerá.

—Estoy preocupada por mi padre —admitió ella en un murmullo.

Wulf le apoyó la mejilla en la cabeza y la abrazó con más fuerza.

—Yo también. He ordenado que monitoricen la señal de su *nanotach* constantemente, pero por la mañana tendremos que buscar juntos una manera mejor de protegerlo. Conocer su localización es tener ganada la mitad de la batalla, pero tenemos que vencer también su desconfianza. Te quiere con locura, pero no se fía de mí. Se quitaría el *nanotach* si supiera que lo lleva.

Katie suspiró.

—Dijiste que no podríamos tener un final feliz.

—No es muy probable que lo tengamos, no.

Ella le apoyó la mejilla en el corazón y dijo:

—No me arrepiento de nada.

—Yo tampoco.

—¿De nada?

Él sonrió con la cara enterrada en su pelo.

—Ojalá te hubiera pedido que te casaras conmigo antes.

—¿Qué harás para compensarme por haber tardado?

Wulf notó que su erección crecía con entusiasmo entre los dos. Con una sonrisa traviesa, la levantó en brazos y se sentó con ella en la zona de los cojines.

—Pasaré el resto de mi vida dándote placer.

—Mmm..., suena bien —ronroneó Katie, dándole la bienvenida con los brazos abiertos.

Mientras se acomodaba entre sus muslos abiertos, a Wulf se le encogió el corazón de tanto amor como sentía por ella.

—Pues aún no has visto nada.

## **Nota de la autora**

Algunas lectoras tal vez recuerden esta historia de cuando se llamaba *Sapphire's Worth*. Escrita en 2004, colgué unas cuantas entregas en mi web y las lectoras nunca se olvidaron de ella. Desde ese momento, no dejé de recibir correos electrónicos pidiéndome que escribiera la historia de Wulf y Sapphire. Ojalá penséis que ha valido la pena esperar. Esta novela fue la segunda que acabé y, aunque desde entonces he escrito muchas otras, esta tiene un lugar muy especial en mi corazón.



SYLVIA DAY (Los Ángeles, California, EE. UU., 19733). Es autora de más de una docena de novelas escritas de varios subgéneros: contemporánea, fantasía, histórica, ficción futurista, ciencia ficción, suspense romántico, romance paranormal y fantasía urbana, bajo tres seudónimos diferentes. Su trabajo ha aparecido en las listas de *bestsellers* más importantes, entre ellos el *New York Times*, *USA TODAY*, *Publishers Weekly*, el *Wall Street Journal*, el *Washington Post*, el diario *Globe* y *Daily Mail*. La serie *Crossfire* ha sido comprada para televisión por la famosa productora Lionsgate.

Nació en Los Ángeles y creció en el Condado de Orange (California) (o el Valle de Santa Ana). Actualmente reside en California junto a su esposo y sus dos hijos. Antes de dedicarse a la escritura trabajó como interprete de ruso para la Inteligencia Militar del Ejército de los Estados Unidos. Actualmente, su trabajo la ha llevado a recorrer diversos países como Japón, Alemania, Jamaica, Holanda y Brasil, entre otros.